

Yerik



Antiguados

Para África.

Glosario

1. *Mamochka*: mamá
2. *Lapta*: juego folclórico ruso del tipo bate y pelota.
3. *Otets*: padre.
4. *Brigadirs*: brigadistas, líderes de un equipo compuesto por cinco o seis soldados.
5. *Mudak*: insulto ruso; imbécil, estúpido, gilipollas...
6. *Suka*: prostituta.
7. *Boyevik*: soldado, combatiente, guerrero.
8. *Obshchak*: consejero directo del jefe que se dedica a la recaudación y distribución del capital de la organización.
9. *Juy tebye sza schyoku*: ¡Chúpamela! (En el sentido de; anda y que te den).
10. *Govno*: mierda.
11. *Malysh*: bebé.
12. *Sovetnik*: asesor, consejero estratégico y táctico.
13. *Blyat*: típica maldición rusa; joder, maldita sea, mierda...
14. *Niet*: no.
15. *Devochka*: niña.
16. *Nyanya*: nana, empleada que cuida los niños.
17. *Malen'kiy tsvetok*: pequeña flor.
18. ¡*Chyort poberi!*!: ¡qué el diablo me lleve!
19. *Capo dei capi*: jefe de jefes.
19. *Quando accadrá*: ¿cuándo sucederá?
20. *Cosa ha offerto quell'elfo di merda?*: ¿qué fue lo que ofreció el duende de mierda?
21. *´Ndrina*: unidad básica de la *´Ndrangheta*. Cada *´ndrina* está compuesta por miembros relacionados por lazos de sangre o matrimonio.
22. *Capobastone*: líder de la *´ndrina*, quien toma decisiones importantes y maneja los asuntos de la unidad.
23. *Moya koroleva*: mi reina.

Prólogo

Yerik

Odio el invierno, no me dejan hacer nada. Le he pedido a *mamochka* que me deje salir al jardín que da a la parte trasera de la casa. Esa zona de la finca es la que queda más próxima a los senderos que van hacia al bosque, un camino que usan mis amigos para venir a pasar alguna tarde conmigo. Ser hijo único es aburrido. Akim, Luka y yo prometimos que nos veríamos esta tarde para jugar *lapta*, pero mamá me ha repetido por cuarta vez que hace demasiado frío y que no podemos. Que a ellos tampoco los dejarán sus padres salir, pero yo sé que acudirán y tengo que ir.

—¡Mientes! Ayer salimos acompañados de Mihail y hacía más —grité con tanta rabia acumulada que era capaz de sentir las orejas rojas.

—No —indicó con severidad, dándome la espalda para no mirarme a los ojos.

—Me pondré guantes y bufanda, y ese abrigo horrible que siempre me pides que use para no enfermarme —rodeé el cuerpo de mi madre y usé la mirada más lastimera que fui capaz de transmitir—, *porfi, mamochka*. Le puedo pedir a Mihail que nos acompañe, a él no le molestará.

—No seas un niño malcriado, te he dicho que no puede ser y no volveré a repetirlo. Y no interrumpas a Mihail, está trabajando junto a tu padre en el despacho y no es un buen momento para molestarles.

Otra cosa que también odio es que me llamara niño, o *malysh*, mi bebé... Me quedaban solo tres meses para cumplir los once años y era más alto que Akim y Luka pese a que los tres apenas nos separaban meses de diferencia, pero mi madre seguía usando esos odiosos motes.

—*Otets* siempre dice que las promesas no se rompen —argumenté, cruzándome de brazos, esperando que me diese la razón.

Escuché un suspiro de resignación e intenté que mis labios no esbozasen una sonrisa. Aún no me había dicho que sí, pero cómo iba a negarse. Papá siempre dice que las promesas que se hacen deben de cumplirse sin excepción, la palabra dada lo es todo para la familia Bykov, por eso estoy convencido de que no me negará salir ahora que conoce lo importante que es.

Sin embargo, mi entusiasmo disminuye por completo en cuanto veo la cabeza de mamá negar con lentitud.

—No puede ser, Yerik, no insistas.

Conteniendo el aire en los pulmones, reprimo las ganas de gritar. Quizás también las ganas de llorar, pero es una cosa que no reconoceré en voz alta. Porque esa es otra de las lecciones que *otets* me ha inculcado: «nunca dejes que las emociones te ganen». Ya no soy un niño y no debo llorar.

Enfurecido, giro sobre mis pies y me encamino en dirección a las escaleras para subir a la segunda planta. En cuanto paso por delante del despacho de mi padre, dudo durante un segundo si tocar en la puerta de roble macizo y probar suerte con él, pero en el último segundo decido no hacerlo. No sé el motivo exacto del carácter sombrío que últimamente tiene, pero ha de ser debido al trabajo.

Avanzo hasta llegar a mi dormitorio y me acerco al ventanal. Desde aquí tengo una vista panorámica de todo el terreno que rodea a la casa. Guío la mirada a la frondosidad de los altos árboles que rodean el jardín trasero, a no mucha distancia está el poblado más cercano. Allí viven mis amigos, una caminata de escasa media hora y que están acostumbrados a hacer desde... bueno, desde siempre. El padre de Akim es el *sovetnik* de papá, su consejero, mientras que el padre de Luka es el *obshchak*, el cobrador.

Entrecierro los ojos, me ha dado la sensación de que algo se movía entre los arbustos de la arboleda. ¡Deben de ser ellos!

Con el corazón latiendo a mil por hora, agarro la bufanda que cuelga del respaldo de la silla, haciendo caso omiso a las tareas que se acumulan encima del escritorio y que me han puesto los profesores particulares para este fin de semana. Estoy a punto de abandonar la habitación cuando me acuerdo del horrible abrigo de color amarillo chillón que mamá me compró para el invierno, y me lo pongo de mala gana.

Llego a la planta baja con cautela, no quiero que nadie avise a mis padres de que intento salir de la casa. Tengo que ser sigiloso, sé que hay distintos hombres patrullando los alrededores por orden de papá, y si me ven es muy posible que mamá se enfade por no quedarme dentro tal como me pidió.

Me repito una y otra vez que solo voy a avisar a Akim y a Luka de que habrá que posponer el partido de *lapta* para otro día. Subo la cremallera del abrigo hasta el cuello en cuanto noto que el aire gélido acaricia mis mejillas. Miro a un lado y al otro del jardín para asegurarme de que, en cuanto me ponga a correr, nadie me verá, pero me olvido de la cautela en el instante en el que escucho el taconeo característico de *mamochka* cerca, demasiado cerca.

Emprendo a toda prisa la huida, y no quiero mirar hacia atrás porque sé que me encontraré los ojos azules de mamá recriminándome. Aprieto el paso cuando la escucho gritar mi nombre y estoy casi seguro de que me está siguiendo.

—Akim, Luka, ¿estáis por aquí? —les llamo, expulsando una bocanada de aire.

El silbido del viento me distrae, insisto una vez más llamándolos. Avanzo por el sendero cuando, de repente, siento una mano hosca y áspera tapándome la boca al tiempo que me alza en brazos.

—Por tu bien, te recomiendo que te portes como un buen niño y no causes problemas —espeta en mi oído con un acento que no reconozco. Tiene mal aliento, su olor es nauseabundo, me dan ganas de vomitar e intento agitarme para alejarme de su agarre, pero cada vez nos alejamos más de casa, desviándonos del sendero.

—Veo que tienes al mocosito —indica otro hombre a nuestra espalda—, yo me he tropezado con un caramelito.

Muevo la cabeza de forma frenética, quiero usar los dientes y morderle con todas mis fuerzas, pero el gimoteo que capto me deja petrificado. Dejo de luchar. Observo la figura esbelta de *mamochka* y su cabello rubio enmarañado mientras intenta en vano zafarse de nuestros captores.

—Ahora, al *pahkan* no le quedará más remedio que atender nuestras demandas —dice el que me sujeta con fuerza.

—Tenemos a su heredero y a su esposa. Ahora tendrá que aceptar el trato.

No sé de qué hablan, no sé qué es lo que quieren, pero lo que sí sé es que los odio con toda mi alma y espero que mi padre nos encuentre y les haga pagar.

Nina

Veinte años más tarde...

Debería haber metido en el bolso un calzado de repuesto que fuese más cómodo que los zapatos de tacón, pero llego tarde a la entrevista de trabajo. El trayecto en el metro desde mi apartamento en Corona, Queens, hasta llegar al local de *striptease* Sin City en el Bronx es, según el navegador del móvil, de apenas una hora. Sin embargo, la realidad es bien distinta: tres transbordos en metro y una caminata de veinte minutos a paso de tortuga debido al dolor de pies.

Me siento sudada y me falta el aliento, pero me apresuro al comprobar como el reloj cambia de dígitos con demasiada rapidez. Por si no tuviese suficiente presión a mi espalda, un par de gotas de lluvia caen en la punta de mi nariz, advirtiéndome de que en cualquier momento empezará a caer un diluvio.

Giro en la siguiente calle y suelto una exhalación prolongada al comprobar que he llegado a mi destino; son las cuatro de la tarde, y sí, mi entrevista está programada para las cuatro en punto. Necesito conseguir el empleo.

Llamo al timbre, y mientras espero intento peinarme con los dedos: tener el pelo rizado y vivir en una isla no es lo más aconsejable para domar una melena. Escucho el sonido de la cerradura de la puerta antes de que se abra y corrijo la postura con rapidez, alzando el mentón y echando los hombros hacia atrás.

—Nombre completo —reclama, con voz aguda, un hombre alto y fuerte que me mira con cara de perro rabioso. Debe ser uno de los porteros del local.

—Nina Rodríguez, vengo por el puesto de camarera —respondo, forzando una sonrisa.

—Llegas tarde, te están esperando.

Frunzo el ceño y reviso el reloj del móvil, que marca las cuatro y tres minutos. «Debe hablar en broma...», pienso mientras alzo la mirada.

Pero no, parece que King Kong no sabe hacer bromas. Realiza un gesto con la mano para que entre en el club delante de él. Escucho el sonido de la puerta cerrarse a mi espalda y miro por encima del hombro. La entrada tiene un gran ropero, es... ¡enorme! El portero me rodea porque me he quedado clavada en el sitio, echa la cortina de terciopelo negro a un lado y hace un gesto con la cabeza para que me mueva. Camino un par de pasos y mi boca se abre: el local es mucho más grande de lo que aparenta desde el exterior.

—Tú debes de ser la siguiente —oigo a mi derecha. Me giro, encontrándome con un hombre de unos cuarenta años, bien vestido, que se aproxima a grandes zancadas.

—Vengo por el puesto de trabajo —le indico, dándole la mano para que la estreche.

Sin dejar de mirarlo a los ojos, observo como levanta una ceja y el silencio incómodo que se ha formado se impone. Tan solo ha durado cinco segundos, pero son suficientes para que retire la mano. Su mirada danza por mi cuerpo sin ningún pudor.

—Vayamos al despacho, los muchachos están empezando a realizar las pruebas de sonido e iluminación, allí estaremos más tranquilos.

Asiento con la cabeza mientras trago con fuerza, siguiéndolo por el pasillo que hay en un lateral de la barra. Intento fijarme en cada detalle, ahora que estoy aquí los nervios empiezan a salir a flote y tengo que inspirar con fuerza un par de veces para que no me consuma la ansiedad.

—Me presentaré —comenta, abriendo la puerta del despacho—, mi nombre es Iván y soy el encargado de Sin City.

—Nina Rodríguez, encantada —respondo por inercia.

—Toma asiento, Nina. —Señala la silla que está frente al escritorio de roble. Con paso vacilante le obedezco; él, por su parte, se acomoda en su asiento justo enfrente—. Bien, ahora cuéntame por qué una muchacha con apariencia de abogada quiere un puesto de camarera en un local de *strippers*.

—Yo... —Bajo la mirada, observando con ojo crítico mi atuendo. He tardado dos horas en decidir qué ponerme y al final me he decantado por una minifalda de tubo negra que me llega a mitad de muslo y una blusa blanca ligera porque estamos en verano y hace un calor de mil demonios. Parpadeo con rapidez, reiniciando mis pensamientos; necesito este trabajo—. Vivo en Queens, estoy en el paro y una vecina del barrio me habló del puesto vacante.

Intento ser lo más sincera posible.

—¿Quién te habló del puesto? —pregunta mientras realiza anotaciones en una pequeña *tablet*.

—No sé su nombre completo, es rubia, muy delgada y más baja que yo. Me la encontré en la tienda del barrio comentando que dejaba el trabajo porque ya había conseguido ahorrar lo suficiente.

No sé si mi explicación le convence o no, pero asiento y vuelve a realizar otra pregunta:

—¿Cuántos años tienes? Y dime, ¿posees alguna experiencia de camarera?

—Tengo veinticinco años y sí la tengo. He servido cócteles y atendido a clientes en la barra durante tres años en un local de ocio nocturno mientras estudiaba en la universidad —le indico con tranquilidad.

—¿Qué estudiaste? —pregunta, y levanta la mirada, quizás porque he tardado en responder un poco.

—Comunicación —pongo una sonrisa y me encojo de hombros—, no hay mucha demanda de eso. Lo único que conservo son las deudas de los créditos estudiantiles.

Iván cruza las manos encima de la mesa y vuelve a observarme con intensidad. Realiza varias preguntas más, casi todas rutinarias: tipos de bebidas que sé elaborar o si sé llevar una bandeja. De vez en cuando me pregunta por algo personal, aunque se excusa indicándome que no quiere novios celosos a la salida que puedan montar un escándalo.

—Quince días de prueba si eres capaz de superar esta noche, empiezas en media hora. —El corazón me golpea con fuerza en el pecho, asiento con entusiasmo a todo lo que me dice: sueldo, horario, descansos, propinas... Se levanta del asiento y me impulso para seguir sus pasos hacia el club—. Esta es la barra, trabajarás con otras dos chicas, Lexi y Bree, ellas te dirán dónde colocarte para que no las molestes. El local tiene varias habitaciones privadas en la parte trasera para los que quieren intimidad, no vayas a esa zona. Aquí, con vistas al escenario, hay cinco salas vip con capacidad para treinta personas, tenemos una camarera para cada sala. Por lo que tampoco tienes permitido la entrada en ellas, ¿me entiendes?

—Sí, nada de acercarme a las habitaciones ni a las salas vip, solo la barra —digo casi sin aliento, intentando seguirle el paso.

—Entre bailarinas, camareras, seguridad y mantenimiento trabajamos más de sesenta

personas, así que espero que seas puntual —asevera, lanzándome una mirada que me deja sin aire, y asiento para que continúe—. Las mesas que se encuentran en la pista son atendidas por las chicas que trabajan en el escenario, espero que no te escandalice ver un par de tetas.

—Claro que no.

—Bien, ahora sígueme hasta los vestuarios, necesitas quitarte esa ropa de juzgado y prepararte.

Llevo una semana trabajando en el club, y aunque el primer día las chicas me aseguraron que no duraría la jornada de cinco a cuatro de la madrugada, lo logré. Intenté centrarme en servir copas sin mirar a los babosos que lanzaban piropos obscenos a todas, sin excepción alguna. Me quedé mucho más tranquila al comprobar que la seguridad del local se tomaba en serio su trabajo y velaba por nuestra integridad. Las camareras que estamos en la barra solo nos dedicamos a eso, a servir.

Aunque bien es cierto que si mi padre me viese vestida de esta manera se echaría las manos a la cabeza y mi madre me arrastraría a misa para confesarme. Y es que el atuendo que me he puesto está diseñado para llamar la atención, o al menos es como me siento, porque el resto de las mujeres que me rodean directamente andan con apenas un tanga mientras sirven las mesas y restriegan los pechos en el rostro de los clientes. Llevo un provocativo conjunto que emula la sensualidad de un bikini, con detalles brillantes que capturan la luz de forma tentadora y resalta mis curvas. Lo combino con un *short* vaquero diminuto que realza mis piernas. He elegido un maquillaje que realza mis ojos de color avellana con tonos ahumados y unos labios carmesíes que invitan al pecado. Mi cabello castaño, rizado de manera salvaje, cae en cascada sobre mis hombros.

Por suerte, detrás de la barra no necesito usar tacones de aguja y me permiten ponerme un calzado un poco más cómodo siempre que siga la estética glamurosa del negocio, pero solo es debido a que soy un poco más alta que la media; por ejemplo, Bree, con su escaso metro cincuenta y cinco, tiene que soportar unas plataformas de un palmo.

En los últimos días me he acercado más a Bree y Lexi, ya que son con las que más tiempo paso. Desde el inicio fueron amables conmigo, enseñándome los trucos para atender lo más rápido a la clientela; les he preguntado por todo en general. Y ya me he ganado el sobrenombre de «pico dorado» porque siempre que Iván me ve estoy hablando con alguna compañera.

Esta noche el local está hasta los topes, no dejo de servir copas sin parar mientras una melodía con ritmo suave y sensual suena a todo volumen por encima de los silbidos y vítores que lanzan los hombres mientras esperan a que haga su aparición Sasha.

—¿Siempre es así con ella? —pregunto a Lexi.

—Sasha es la mejor bailarina que tiene el Sin City, aunque dudo mucho que su público esté lo suficientemente sobrio como para apreciarlo —indica, riéndose de su propia conclusión—, sabe captar la atención.

—El otro día, no estoy segura de si fue Katy —comento mientras preparo un *Brandy Smash* —, me dijo que había una chica que era incluso mejor que Sasha. ¿Cómo se llamaba? Creo que me dijo Daisy, ¿la llegaste a conocer?

Mientras espero a que me conteste, observo cómo atiende a un cliente algo pesado. Le lanza una sonrisa sensual y le incita a que se acerque a una de las chicas de la pista; intentamos que nadie se propase con nosotras. Acto seguido, se gira hacia otro que solicita un cóctel elaborado. Aprovecho ese momento para acercarme a ella y volver a intentarlo.

—Debía de ser maravillosa sobre el escenario, no me imagino a alguien mejor que Sasha.

—Ella lo era —reconoce, apretando los labios.

—Bueno, me imagino que habrá conseguido un mejor trabajo...

—Es posible —afirma, dándose la vuelta al terminar la bebida. Lexi agranda los ojos, está mirando por encima de mi hombro. Tengo curiosidad por saber qué es lo que está observando, y me giro—, ponte a trabajar.

Un séquito de seis guardaespaldas, vestidos todos de negro, rodean a un hombre que barre con la mirada el lugar. Su aspecto es toda una conmoción, debe medir cerca del metro noventa de altura, de espalda ancha y brazos fuertes. Tiene el pelo rubio y reparo en su rostro de mandíbula angulosa y cejas gruesas.

—¿Quién es? —pregunto a Lexi.

—El jefe —responde nerviosa.

—¿El nuestro? —insisto sin dejar de observarle. Iván ha realizado una especie de reverencia con la cabeza en cuanto ha llegado a su altura; a punto he estado de ponerme a reír a carcajada limpia.

—Sí, el jefe de todo —inquieta molesta, agarrándome del brazo—. Haz tu trabajo, Nina, céntrate en eso y olvídate de Yerik Bykov.

—Sí, claro —expreso en tono plano.

No obstante, pese a que sigo realizando el trabajo tal y como se espera de mí, aprovecho para reparar en cada gesto, cada movimiento del personal y, sobre todo, la actitud de Iván ante el jefe.

En cuanto cierran las puertas con el último cliente saliendo a la calle, me dirijo al vestuario arrastrando los pies. Por suerte, hay personal de limpieza que se ocupa de todo para que podamos salir a nuestra hora, no me imagino el tiempo que debe llevar dejar todo preparado para el día siguiente. Abro la taquilla que me asignaron y reviso el móvil, tengo dos mensajes importantes, pero no puedo responder hasta que salga del club. Me cambio de ropa con rapidez y me despido con una gran sonrisa.

—Hasta mañana.

Ando sorteando las mesas de la pista, las botellas tiradas por el suelo y los charcos pegajosos hasta que llego a la parte delantera del local. King Kong o, mejor dicho, Sergey me abre la puerta y me señala el taxi que espera en la acera de enfrente.

—Gracias por llamarlo —le agradezco; es un hombre serio, pero muy atento.

Me subo al coche y, después de indicarle al chófer la dirección de mi casa, me dispongo a responder a los mensajes.

“Estoy avanzando, puede que me lleve más tiempo de lo que pensaba”.

Lo envío y me fijo por la ventana en lo vacía que se siente la ciudad a estas horas de la madrugada. Me sorprende la vibración del móvil con un mensaje entrante.

“Nina, no es necesario que continúes”.

Pongo los ojos en blanco, sé lo que hago. Le respondo con rapidez y también algo cabreada.

“Sí lo es, ya te escribiré”.

Apago el móvil con la necesidad de tener un respiro y descansar doce horas seguidas. Sin embargo, sé que en cuanto llegue al apartamento lo primero que haré es buscar información sobre una persona en particular:

Yerik Bykov.

Yerik

Utilizar los clubs al azar para las reuniones con los *brigadirs* es una fachada para ejercer un control territorial implacable, sin necesidad de intermediarios. No me fío de nadie, sin importar cuánto tiempo lleven en nuestras filas. En mi mundo, la confianza es una quimera, una palabra ajena a nuestro léxico. Todo se reduce a transacciones brutales, negocios sin escrúpulos y el ansia de poder. No hay un solo individuo que ostente más influencia que yo, mi poder se extiende desde la madre patria hasta llegar a toda la Costa Este de Estados Unidos. Una vez se sella un acuerdo, su cumplimiento es sagrado; cualquier desviación acarrea consecuencias implacables, sin lugar para justificaciones o excusas.

El Sin City solía ser uno de los lugares menos glamurosos de la zona. Sin embargo, la inversión realizada el año pasado ha marcado una notable transformación; los toscos sillones de cuero y las paredes negras quedaron en el pasado. Lo que antes era un agujero de mala muerte donde las chicas se prostituían, ahora resplandece con intensidad gracias a la renovación que incluyó modernas luces led, consiguiendo una atmósfera vibrante con el nuevo mobiliario. La reforma, que costó unos pocos miles de dólares, ha triplicado los beneficios. Eso me satisface; es más fácil blanquear dinero con negocios que tuvieran, al menos, un aspecto legal como este.

Lo que no me ha agradado tanto ha sido el motivo de las últimas reuniones. Los informes que Akim y Luka me han proporcionado no han sido alarmantes, pero ambos me conocen bien y saben que, por pequeño que sea el problema, quiero ser informado.

La sala vip es un remanso de elegancia y privacidad. Iluminada por una luz tenue, las paredes revestidas de tejidos suaves crean una atmósfera íntima y lujosa. El mobiliario es elegante, pero acogedor, con cómodos sofás y sillones dispuestos alrededor de una mesa central de mármol, sobre la cual se encuentra un arreglo floral. La zona del bar está en una esquina discreta, donde una de las chicas nos ofrecerá más tarde una selección de los mejores licores prémium. El suave murmullo de la música de fondo añade un toque de sofisticación al ambiente. Estas salas tienen un cristal antibalas que nos separan del resto del local, es un refugio exclusivo para unos pocos privilegiados.

Me adentro en la sala que nos indica Iván, es un *mudak* de mierda, pero sabe dirigir al personal, por eso aún no le he metido una bala entre ceja y ceja. Dirijo la vista al escenario, la *suka* que se contonea mostrando su cuerpo me lanza miradas sensuales e intenta excitarme llevando las manos hacia los pechos y dando pequeños tirones a los pezones. Se define a sí misma como bailarina exótica, pero todos sabemos lo que es en realidad y lo que hace en las habitaciones privadas del club. Desvío la mirada hacia mis hombres, todos han tomado asiento y esperan a que hable.

—Novedades —inquiero, fijando la mirada en el veterano del grupo con una intensidad que corta el aire, Igor, cuyo rostro está marcado por las cicatrices de incontables batallas en los bajos fondos de la ciudad.

—Nada destacable —responde con calma—. Los *spaghettis* se mantienen tranquilos, pero los irlandeses han vuelto a meter la nariz donde no les corresponde, han intentado interceptar un

cargamento de plomo en el muelle.

Plomo. Un término para las armas que hemos pasado de contrabando. Un eufemismo necesario en un mundo donde las paredes poseen oídos y cada paso que damos puede acarrear nuestro último suspiro. Las autoridades nos han vigilado desde las sombras, pero nosotros somos las tinieblas del inframundo. Desde que mi padre estableció como segunda sede de la organización a esta ciudad, hemos aprendido a movernos entre los límites de la ley, a comunicarnos en códigos y a burlar a la justicia como si fuera un juego de niños.

Los sobornos han mantenido a raya a nuestros enemigos, pero el peligro siempre ha acechado en la penumbra, listo para devorarnos si bajamos la guardia. Si la justicia alguna vez se atreve a husmear en nuestra dirección, sabemos cómo desviar su atención, cómo hacer que se pierda en un laberinto de corrupción y engaños.

En este mundo de oscuridad y secretos, somos los maestros del juego. Las reglas son maleables y la moralidad es una ilusión en este terreno baldío. Mientras podamos mantenernos un paso por delante de nuestros rivales, seguiré reinando desde mi imperio sombrío, donde las lealtades cambian según el viento y la traición acecha en cada esquina.

—¿Y qué diablos estáis haciendo para evitar que Cormac nos siga jodiendo? —Mi tono refleja con claridad mi irritación por la aparente pasividad que veo en ellos. No elevo la voz; no hace falta.

—Los irlandeses no lograron nada. Modificamos la entrada al puerto en el último minuto y... —Lo interrumpo con un simple giro de cabeza hacia su dirección.

Es el más joven del grupo, Daniel, si no me falla la memoria, y eso no suele ocurrir. Hasta hace poco era solo un *boyevik* más, un simple soldado. Pero el *brigadir* al mando de su unidad resultó ser una maldita rata que soltaba la lengua cuando bebía más de la cuenta. Hubo que tomar medidas. Y, gracias a eso, este muchacho ascendió en la organización.

—¿Estás insinuando que debo esperar a que lo intenten de nuevo para reaccionar?

—¡No, no! —responde nervioso—. Yo solo...

—Igor —menciono al veterano sin apartar la mirada de Daniel.

—Dime, jefe —responde raudo.

—¿Qué vas a hacer con los irlandeses?

—Mantenerlos vigilados de cerca, he mandado una unidad para que controle sus comunicaciones y desplazamientos. Puede que solo estén midiendo fuerzas, o puede que estén preparando algo, mejor ir un paso por delante.

—Daniel, ¿cierto? —Asiente con la cabeza, manteniendo una postura tensa. Señalo a Igor con el dedo índice sin apartar la vista del chaval—. Eso es lo que espero de un líder de unidad, soluciones.

—Sí, señor —dice con ímpetu—. Me coordinaré con Igor y su unidad para brindar apoyo táctico. Si me permite la sugerencia, creo que deberíamos infiltrar en sus filas a alguien que nos informe de sus planes.

—Aprendes rápido —contesto, dando un golpe seco a la mesa con la palma de la mano—. Y ahora, que alguien avise para que nos sirvan de una puta vez, tengo sed.

Media hora más tarde, observo cómo entra al local Akim, busca con la mirada entre las zonas vip y, en cuanto me visualiza, emprende la marcha. Mi mano derecha siempre ha sido un jodido arrogante, su cabello oscuro está recortado con cuidado y su porte denota confianza. Viste un traje a medida, una chaqueta ajustada y los pantalones de corte moderno muestran su estilo

refinado, pero la apariencia de chico de revista es solo una fachada. Akim es un arma, una que manejo bien de cerca.

Despacho al grupo, dando por finalizada la reunión; por mí pueden irse a buscar cualquier coño y usar las habitaciones privadas.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto a mi consejero en cuanto toma asiento a mi lado—. ¿No estabas de viaje con Luka en Nevada?

—Ha ido todo sobre ruedas, el señor Murphy está encantado con nuestro regalo de compromiso y agradece la invitación para pasarse por nuestra ciudad en su luna de miel. —Asiento, son buenas noticias, la droga ya está en circulación y todo ha transcurrido sin sorpresas federales. Bien.

—¿Cuándo regresa Luka?

—Mañana por la tarde, ya conoces a tu *obshchak*, quiere asegurarse de que la nueva amistad con el señor Murphy es beneficiosa.

Le doy un trago corto al vaso de vodka, asimilando cada decisión, asumiendo las siguientes jugadas del tablero y adelantándome a cada acontecimiento.

—Eh... Disculpe, jefe, señor. —Iván se presenta en la sala vip portando una carpeta entre las manos, extiende el brazo en mi dirección, pero Akim se adelanta y la intercepta.

—¿Qué es eso? —inquiero.

—Es la información de los nuevos trabajadores del Sin City, señor, he pensado que, como se encontraba por aquí, pues que, eso, en vez de enviarle el dossier a sus consejeros, quizás... —Le muestro la palma de la mano para que deje de parlotear, sé a la perfección lo que se le ha pasado por esa cabeza de mosquito.

—Se revisará como siempre.

—Bien, sí —balbucea—. Cualquier petición, ya me conoce, estoy a su disposición, señor Bykov. Si quiere alguna mujer, Sasha es estupenda con las mam...

—Iván —le interrumpe Akim.

—Sí, señor Petrov —responde con un parpadeo rápido. Observo cómo una gota de sudor recorre su sien mientras traga con fuerza y se retuerce las manos con nerviosismo.

—Lárgate y déjanos disfrutar del espectáculo —espeto.

—Por supuesto, faltaría más, todo lo que necesiten —responde mientras retrocede con lentitud, sin prestar atención a dónde va. De repente, choca con una columna y parece que por poco se lo hace encima.

Miro de reojo a Akim, este abre el dossier comprobando varias hojas por encima.

—A ti también te ha sonado más acojonado de lo habitual —me apunta, y no hace falta que le dé la razón. Es evidente que algo ocurre.

—Revisa esa información y comprueba la identidad de los nuevos empleados. Mientras tanto, habrá que vigilar a Iván de cerca, puede que simplemente esté apostando más de lo debido o que haya puesto en nómina a una amante. Sea lo que sea, averígualo y mantenme al día.

—Como ordenes.

Nina

A estas alturas, después de más de un mes trabajando en el Sin City, puedo afirmar sin titubeos algunas observaciones significativas: en primer lugar, la mayoría de las bailarinas también ejercen la prostitución; en segundo lugar, el acceso a las salas vip está restringido, probablemente debido al perfil de la clientela que frecuenta el lugar. Durante este período he sido testigo de cómo concejales, policías y prominentes propietarios de negocios de Brooklyn son tratados con especial amabilidad y atención por parte del personal.

—Nos estamos quedando sin *whisky*, también necesitamos varias botellas de vodka —suelta Bree, alzando la voz por encima del *soul* pegadizo de Beyoncé.

Es sábado noche, y pese a que se repuso la mercancía en las estanterías y las neveras antes de abrir, estamos desbordadas, se han juntado varias despedidas de soltero y una fiesta privada en una de las zonas vip. Y, por si fuese poco, Iván ha decidido que el aforo aún no estaba al máximo y que se permitiría el acceso a los clientes habituales.

—¡Ya voy! —grito sin aliento mientras termino de servir unos chupitos a un estúpido. Me pongo de espaldas a la barra y repaso con rapidez las marcas de bebida que hay que reponer con urgencia.

—No vayas sola al almacén —me dice Lexi, observando de reojo al tipo que me ha requerido sin anestesia para un trío—, pídele a uno de los niños que te acompañen.

«Los niños» es la forma cariñosa que tiene para referirse a los encargados de la seguridad y a los porteros.

—Sí, voy a ver quién está disponible.

Me deslizo entre la multitud, sintiendo cada roce intencionado de la gente, mientras odio la elección del *look* que escogí para esta noche. Una minifalda que apenas tapa mi trasero y un top corto que me hace sentir expuesta. He recogido mi melena en una coleta alta, me muero de calor y hay demasiadas personas. Aunque intento mantener la compostura, cada mirada indiscreta me hace desear estar en cualquier otro lugar que no sea este. Avanzo hacia el almacén, observando sobre las cabezas hasta localizar a Maxim lidiando con un exaltado que ha incomodado a Naomi. Ella, molesta, se recompone con rapidez y se acomoda en las piernas de otro hombre. Evalúo si alguien me acompañará al almacén, pero lo descarto. Decido ir sola y usar la carretilla para mover las cajas una vez allí.

El almacén está en la parte trasera, facilitando la descarga de bebidas por parte de los transportistas. Está cerca de las habitaciones privadas, a las que no tengo acceso. La entrada está protegida por un guardia y todas requieren una llave electrónica para entrar.

Niego con la cabeza, es mejor que me olvide de esa zona.

Empujo la puerta del almacén y entro, dejando atrás el bullicio del club y el compás rítmico de *Fever* de Peggy Lee. El ambiente fresco me golpea, aliviando el calor sofocante del interior. Observo las estanterías llenas de cajas etiquetadas con nombres de bebidas y números. Me dirijo hacia la carretilla y la tomo de su lugar, preparándome para comenzar a cargar las cajas. La trastienda del club es casi del mismo tamaño que el salón principal.

—Belvedere, Cîroc, Ketel One, Jack Daniel's, Bourbon —murmuro, enumerando las marcas que debo apilar.

Mientras me concentro en mi tarea, percibo pasos acercándose desde la parte trasera. Me tenso, preparada para lo que pueda venir, estudiando la superficie de las estanterías por si encuentro algún cúter. Una figura emerge de entre las sombras, revelando a un hombre de unos cincuenta años de aspecto rudo con una expresión desafiante en el rostro.

—¡Qué cojones! ¿Qué estás haciendo aquí? —gruñe con un acento ruso muy marcado, avanzando hacia mí con una actitud amenazante.

Mantengo la compostura, sin retroceder.

—Solo estoy haciendo mi trabajo —respondo con calma, intentando no mostrar mi nerviosismo.

El hombre se detiene frente a mí, evaluándome con una mirada intensa. Parece indeciso por un momento, antes de al fin asentir con la cabeza.

—Está bien —comenta, retrocediendo un paso—. No te entrometas en nuestros asuntos, ¿entendido?

Asiento con la cabeza, agradecida de que la confrontación haya terminado sin incidentes mayores. El hombre se da la vuelta y se aleja, dejándome sola una vez más en el silencio del almacén. Aliviada, suspiro y vuelvo a mi trabajo, intento concentrarme en la tarea de mover las cajas sin pensar demasiado en lo que podría estar sucediendo más allá de las paredes del club, de verdad que lo intento, pero la intriga que fluye por mis venas supera en poder a la sensatez y, en un parpadeo, me encuentro apoyada en una estantería, observando en la distancia cómo arrastran a una persona inconsciente por los brazos hacia la calle trasera del edificio.

El corazón me late con fuerza mientras mi mente intenta descifrar qué está sucediendo. ¿Quién es esa persona y por qué la están llevando de esa manera? Mis pies se mueven por instinto hacia la escena, guiados por una curiosidad irresistible. Al acercarme, noto la tensión en el aire. Mis manos tiemblan un poco mientras acorto la distancia, decidida a descubrir la verdad. Quizás esto tenga relación con lo que he venido a investigar.

—¡Nina! —oigo el grito de Lexi.

—Mierda —maldigo entre dientes, encogiéndome de hombros, rezando para que los matones que se llevan al chico no me hayan escuchado.

Retrocedo con cautela y regreso a toda prisa.

—¡Nina! —vuelve a gritar al verme llegar—. ¿Dónde te has metido?

—Estaba buscando... —pienso en una excusa con rapidez—, ¡whisky!

—Estas cajas que tienes aquí son suficientes —dice acelerada—. ¡Venga, joder, mueve el culo, que estamos a cinco segundos de colapsar!

—Sí, claro —respondo, arrastrando la carretilla fuera del almacén, negándome a mirar por encima del hombro y asegurarme de que no me han descubierto.

La noche avanza veloz, como si el tiempo se me deslizara entre los dedos. Me he sentido torpe y ausente la mayor parte del turno, no he dejado de pensar en la escena de hace un par de horas y en si he obrado bien. ¿Debería de haber llamado a la Policía?, ¿puede que a un médico? No voy a ser hipócrita, no lo hice porque sé que lo iban a meter en un vehículo y que cuando llegase la Policía o un sanitario allí no habría nadie, tan solo yo para dar la cara. Y, por supuesto, no puedo olvidarme de que sería llamar demasiado la atención.

Tengo que ser cauta, tomarme las cosas con calma.

Estoy cambiándome de ropa en el vestuario, dejando la minifalda en la taquilla y

enfundándome en unos vaqueros, cuando escucho a Sasha quejarse.

—Qué asco de tiempo, está lloviendo otra vez —bufa, y se sienta en el banco a mi lado para ponerse un calzado distinto.

—Menos mal que me dio por mirar el tiempo y me traje un chubasquero —le indico, señalando el interior de mi taquilla.

—Prefiero mojarme de pies a cabeza antes que tener que ponerme esa monstruosidad —comenta, poniendo mala cara.

—Para gustos colores —rebato con gracia.

—Nina, creo que en esto le tengo que dar la razón a Sasha —participa Bree—. Creo que eres daltónica.

—No tenéis sentido de la moda —declaro, alzando el mentón con buen humor y poniéndome el chubasquero.

—Ahora se cree que es Jeremy Scott —se burla Sasha, y pongo los ojos en blanco.

Me despido de todas y me dirijo hacia la salida, como siempre; escucho el sonido del móvil y lo busco en el fondo del bolso para contestar. Ya ha amanecido, hemos hecho horas extras, y he descolgado por inercia sin prestar atención en dónde me encuentro ni a quién le he descolgado. El cansancio es una perra de mierda.

—Hola, mi *chaparrita* ¿cómo estás?

—¿Papá? ¿Ha pasado algo, mamá está bien? —pregunto en español, preocupada. Avanzo hacia el exterior, la lluvia cae con ímpetu y me tapo la cabeza con la capucha—. ¿Por qué me llamas a esta hora? —Sin fijarme a dónde me dirijo, voy dando pequeños pasos cuando, de repente, choco con un muro de carne que me sujeta de los brazos. El móvil se me escapa de las manos y termina en el suelo.

Alzo la mirada y es la persona que menos me esperaba. ¿Qué era eso que tenía que hacer hoy? Ah, sí, pasar desapercibida, no llamar la atención.

Yerik

En la zona este de los Hamptons, para ser más precisos en Sagaponack, se alza imponente frente a mí la villa familiar de los Bykov. Sus muros de piedra y ventanas de cristal parecen casi amenazantes bajo la luz del sol que se desvanece con lentitud. Cada paso que doy hacia la entrada principal resuena en el silencio de la tarde, y mientras me acerco, una mezcla de emociones encontradas se agita en mi interior.

Desde el atentado casi mortal que alejó a mi padre de la organización, la propiedad se ha convertido en una cárcel dorada para él. En cambio, para mí es un recordatorio constante de los peligros que acechan en nuestro mundo.

Empujo la puerta principal, preparándome para visitar al hombre que una vez fue el líder indiscutible de nuestra familia. La villa está en silencio cuando entro, solo interrumpido por el sonido sordo de mis pasos sobre el mármol pulido del vestíbulo. Los guardias, apostados en zonas estratégicas, van inclinando la cabeza en señal de respeto a medida que avanzo.

Finalmente, lo veo. *Otets* está en su estudio, rodeado de montañas de papeles y la sombra de su antiguo yo. Sus ojos verdes, duros y penetrantes, como siempre, se encuentran con los míos. Entre nosotros hace demasiado tiempo que no hay un lugar para las palabras suaves o los abrazos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —gruñe con voz ronca.

—Vine a comprobar que sigues respirando —respondo.

Hay un momento de silencio tenso, y decido acomodarme en el sofá de cuero mientras espero paciente a que hable.

—Más pronto que tarde llegará. Ya no soy el hombre que solía ser, Yerik. Tienes que prepararte.

Y aquí estamos de nuevo con la conversación del último lustro. Sé que tiene razón, por supuesto que lo sé. Fui yo quien asumió el liderazgo después del atentado, quien mantuvo la organización unida en medio del caos y la incertidumbre, pero eso no cambiaba el hecho de que mi padre seguía siendo mi padre y que cada cierto tiempo, de alguna forma retorcida, necesitaba comprobar cómo se encontraba y verlo con mis propios ojos. Porque sí, soy un jodido controlador que necesita tenerlo todo bajo mi dominio, aunque eso signifique escuchar de nuevo su opinión.

—No debes preocuparte por eso, *otets*, soy fuerte —le indico, mirándolo a los ojos.

—De verdad crees que lo eres, ¿no es así?

—Lo soy —afirmo, levantándome del sofá y avanzando hacia el escritorio, amenazante; no suelo tener mucha paciencia y siempre terminamos discutiendo.

—No lo eres, y lo sabes —me reta—. Mírame, esto sucedió en cuestión de un abrir y cerrar de ojos.

—Eso no me...

—¡No me vengas con mierdas! —Golpea con la palma de la mano la mesa—. No eres inmortal —escupe con rabia—, he estado en tu lugar, yo también me sentí invencible.

—*Otets*, ya lo hemos hablado, no bajo la guardia en ningún momento —le indico, apretando la mandíbula.

—Yo moriré, tú morirás y dime. —Arrastra la silla de ruedas para bordear la mesa y ponerse delante de mí—. ¡Dime! ¿Quién te sucederá?

—Tengo tiempo.

—Ese es el mayor error que tienen los jóvenes, siempre pensando que hay tiempo para todo. —Me señala con el dedo índice y me fulmina con la mirada—. Quiero nietos, asegúrate de que la sangre Bykov continúe. Puedes casarte como te dé la gana, pero tiene que ser legítimo, y no puedes olvidarte de la ley de sucesión.

—Soy el *pakhan*, sé lo que se espera de mí y no hace falta que me lo recuerde nadie —le indico con rotundidad—, ni siquiera tú.

—El *pakhan*... el *pakhan*... —farfulla, arrastrando la silla hasta el mueble bar, donde se sirve un vaso con vodka y se lo bebe de un trago.

La conversación que continúa está llena de tensión, cada palabra que pronuncia es un recordatorio más de la amargura en la que se ha convertido su vida.

Me marché de la villa de Sagaponack en el Mercedes-Maybach S-Class de color negro que me compré hace unos meses. El trayecto que normalmente duraría dos horas y media, en esta preciosidad de vehículo que supera los seiscientos caballos de fuerza lo conseguiré en mucho menos tiempo. Durante todo el recorrido no despego el pie del acelerador, disfrutando de cada giro en cada curva, sintiendo la tracción a las cuatro ruedas con cada acelerón y, de alguna forma, alejando el malestar que siempre me queda en la boca del estómago al visitar a mi padre.

En algunos aspectos de mi vida, pese a mi juventud, me considero una persona de firmes tradiciones, las cuales deberé honrar tarde o temprano. Sé lo que se espera de mí, lo aprendí con la peor de las lecciones a una edad temprana, y mi prioridad en esta etapa de mi vida es afianzarme como *pakhan*. El resto llegará a su debido tiempo.

El sonido de una llamada interrumpe mis pensamientos, observo la pantalla digital del Mercedes.

—Aceptar llamada —le indico al navegador de a bordo.

—Jefe, lamento molestar, pero tengo noticias.

—No te andes con rodeos, Igor, y dime qué ocurre para que me llames a mí directamente. — Lo normal sería que avisase a mis consejeros.

—Nos hemos encontrado con un amigo en el Sin City —habla en clave.

—¿Dónde ha estado en los últimos meses?

—En Irlanda —sentencia.

—Quiero ir a saludarlo, acércalo hasta mi casita y acomódalo bien hasta que llegue — inquiero mordaz.

Mi casita no es otra cosa que una fábrica de mi propiedad, que mantengo en un estado abandonado, situada en las afueras de New York. Sus paredes de ladrillo, una vez robustas, ahora están cubiertas de musgo y ennegrecidas por la intemperie. Las ventanas, rotas y desprotegidas, dejan que la luz del día se filtre entre los escombros que han caído en el interior. El perímetro de la finca está controlado por un equipo de seguridad que lo vigila con cámaras, y para disuadir a los indigentes se colocó una verja, pero todos saben a quién pertenece y nadie se atreve a entrar sin permiso.

Lo que más me gusta del lugar, el cual uso de vez en cuando, es el sótano insonorizado. Tiene puerta blindada y una cerradura biométrica. Un pequeño dominio al que acudo con placer.

—Llamar a Akim.

De inmediato, el tono de llamada suena en el interior del automóvil.

—Acabo de enterarme —me suelta al descolgar.

—¿Qué cojones estabas haciendo? —pregunto molesto. La cadena de mando debe respetarse, él es mi segundo, mi mano derecha, así como Luka es la izquierda.

Este último, como de costumbre, está de viaje, en esta ocasión en Colombia, pero Akim tiene que estar operativo a cualquier hora del día. Esa es su obligación.

—Estaba abajo sin cobertura. —La red de túneles de New York nos es muy útil para mover mercancía sin ser vistos—. Acabo de salir, vi la llamada perdida de Igor y se la devolví, me avisó de nuestro amigo y no me has dado tiempo a llamarte. Eres peor que una novia celosa —larga, soltando una risita al final.

En momentos como este es inevitable recordar que nos conocemos desde niños, que tanto Luka como él me consideran, aparte de su *pakhan*, un hermano.

—Si tuvieses una novia hace tiempo que te hubiera cortado las pelotas por arrogante. Centrémonos, ¿cuánto tardarás en llegar a la casita?

—Media hora si urge mi presencia, si no es tan urgente quería ir al apartamento y darme una ducha en condiciones, allí está todo lleno de mierda, polvo y tierra. —Arrugo la nariz al imaginar el tufo que puede salir de esas cloacas.

—No seas cerdo y dúchate. —Reviso la hora que es en el reloj de muñeca—. Estaré ocupado con nuestro amigo unas cuantas horas, únete cuando termines. —Finalizo la llamada, estoy a tres calles.

Aparco en la entrada de la fábrica. Igor me espera a los pies de los escalones, impasible, hasta que me sitúo a su altura y comienza a hablar.

—Lo encontramos en el Sin City, entró como cliente —me indica mientras avanzo por el que antaño era un vestíbulo—, estaba tomándose una copa en la barra.

—¿Habló con alguien?

—No que sepamos, he solicitado las grabaciones de las cámaras de seguridad a Iván.

—¿Quién dio la voz?

—El nuevo, Daniel. —Guarda un segundo de silencio antes de continuar—. Le atrae una camarera nueva, por eso estaba en el club. Según me ha dicho, se aproximó a la barra para charlar con ella, pero reconoció de inmediato al irlandés. Llevamos observándolos durante las últimas semanas, tal y como quedamos.

—Y bien... —Hago un gesto con la mano para que continúe.

—Su nombre es Liam Walsh, un lugarteniente de Cormac.

—Perfecto —me acerco a la puerta del sótano y escucho el clic de la cerradura al abrirse—, ¿algo más que deba saber antes de entrar?

—Mmm... —Frunce el ceño, algo le inquieta—. Cuando llegamos, lo acorralamos y lo sacamos por la zona del almacén, y creo que la camarera a la que Daniel le tiene echado el ojo pudo ver algo.

—Nos ocuparemos de eso después, ahora veamos qué es lo que ha motivado al señor Walsh a entrar en mi territorio. —Realizo una pausa y, bajando el tono de voz, advierto a Igor—. Por cierto, que sea la última vez que me llamas a mi número personal.

—Por supuesto, *pakhan*.

Al dar un paso adelante, me encuentro con la visión grotesca del cuerpo inconsciente de Liam Walsh, colgando de las muñecas con una cuerda que lo sostiene desde una de las vigas. Sus

ropas yacen en el suelo, despojadas por mis hombres, dejando al descubierto la carne magullada y los primeros signos morados de los golpes infligidos. Su silueta inerte ofrece un espectáculo dantesco que helaría la sangre de cualquier persona normal, pero no a mí.

Me acerco a la mesa adyacente a la pared, donde reposan las herramientas de tortura, y deslizo mis dedos sobre ellas con un deseo siniestro que espero que se refleje en mi mirada. Sin embargo, antes de empezar...

—Despiértalo —ordeno con una voz que emana oscuridad.

Uno de mis hombres se acerca con un cubo de agua helada y lo arroja sobre el rostro de Liam. Este despierta de golpe, soltando un grito ahogado mientras el líquido frío lo sacude hasta la médula. Abre los ojos con dificultad, tratando de enfocar la vista en la figura amenazante que se recorta en la penumbra. Avanzo un par de pasos en su dirección mientras me retiro la chaqueta del traje, los gemelos y, por último, tanto el chaleco con la Glock como la camisa, pasándoselo todo a un soldado.

—Bienvenido al infierno, Walsh —susurro con una sonrisa retorcida, saboreando el miedo que se refleja en sus ojos dilatados.

Yerik

En el rincón más oscuro del sótano, el agua helada del lavabo arrastra los vestigios de la sangre de Walsh de mis manos. El corazón me late como un tambor poseído, una euforia salvaje se apodera de mí, imposible de contener. Habitualmente, después de una sesión de interrogatorio con un rehén, siento un torrente de adrenalina atravesando mis venas que tiendo a canalizar con ciertas actividades.

—Parece que llegué tarde a la fiesta —la voz de Akim me alcanza desde atrás mientras me froto las uñas con un cepillo—. ¿El tipo sigue respirando?

—Muerto no me sirve de nada —respondo. Una vez termino mi tarea, me seco las manos y extiendo el brazo para que me pasen mi camisa blanca y el chaleco con la Glock.

—¿Y qué hacemos con él? —pregunta, intrigado.

—Igor y su equipo se encargarán de llevarlo hasta Cormac. —Mi vista se posa en el cuerpo de Liam, marcado por cortes precisos por todo su cuerpo, ninguno mortal.

Terminando de ajustar mi atuendo, ordeno que se ocupen de la limpieza y trasladen a Walsh. Al salir del sótano, Akim me sigue de cerca, ávido por saber si he obtenido información, pero dejarlo preguntándose qué me dijo el irlandés es más estimulante. Pocas cosas me motivan en esta vida, y hacer rabiar a mis asesores es una de ellas.

Afuera, compruebo que el amanecer está a punto de empezar, dejando atrás la oscuridad de la noche y que la lluvia comienza a manifestarse.

—Sube al Mercedes conmigo, vamos al Sin City —ordeno, y veo cómo aprieta los labios con fuerza—. Te contaré todo por el camino.

Akim no necesita más explicaciones, le deja las llaves de su automóvil a uno de los soldados de Igor y le ordena que lo acerque hasta el club. Después se dirige hacia el Mercedes negro con una sonrisa de expectación. Mientras arranco, comienzo a relatarle el interrogatorio.

—En resumen —me interrumpe—, no ha dicho nada.

—Te equivocas. He consigui...

—El qué, ¿una erección? —se burla, señalando mi entrepierna.

—*Juy tebye sza schyoku*.

—No pienso ayudarte con eso. —Se ríe entre dientes.

—*Govno*. —Aprieto el volante con fuerza, conteniendo las ganas de golpearlo—. Liam ha demostrado su lealtad a Cormac aguantando lo que le hice, pero a veces lo que no se habla es tan importante como lo que se dice. Mencioné el puerto y su actitud cambió, desafiándome a seguir.

—Y así es como te puso cachondo.

—Así fue como consiguió que lo dejase inconsciente —respondo molesto, fulminándolo con la mirada—. Ahora toca esperar. Quiero conocer cuál será la reacción de Cormac cuando vea a su hombre.

Akim asiente, dejando de lado el tono burlón para considerar las posibles consecuencias futuras. Si Cormac mata a su hombre, podría ser por temor a que haya revelado demasiado en

nuestro encuentro o como castigo por dejarse atrapar. No obstante, si lo deja vivo, eso implicaría que lo necesita para un plan mayor.

Entre nosotros reina un silencio que se extiende mientras avanzamos, y el sonido de la lluvia golpeando el techo del auto cobra fuerza. Al fin llegamos a la entrada del Sin City y estaciono justo enfrente del club.

—Busca a Iván y llévatelo al despacho —le indico a Akim antes de bajarnos. Él asiente y sale del Mercedes a toda prisa para no mojarse.

Con apenas unos segundos de diferencia salgo del automóvil, y en cuanto me pongo a caminar escucho la dulce voz de una chica que habla español.

—¿Por qué me llamas a esta hora? —le pregunta a su interlocutor. Alzo la mirada y mis pies se anclan al suelo. No soy capaz de moverme. Lleva puesto un chubasquero amarillo chillón, algo que hace que mi cerebro salte al vacío a una época a la que no quiero regresar.

Estoy acucillado frente a mi mamochka, quien intenta aguantarse la risa mientras me sube la cremallera del abrigo.

—No me gusta, es feo —señalo lo evidente, molesto por tener que llevar algo tan horrendo. Me cruzo de brazos, realizando un puchero.

Ella tan solo me mira a los ojos y me sonrío justo antes de darme un beso en la frente.

—A mí me gusta, malysh. Póntelo por mí, no quiero que te enfermes. ¿Lo harás?

Pestaño confuso y regreso al presente. Como si fuese el espectador de una asquerosa película romántica, observo como mi *brigadir* más joven, Daniel, choca de manera intencionada con la chica en cuestión. El móvil termina en el suelo.

Ladeo la cabeza, debe ser la camarera de la que me habló Igor, y me mantengo expectante. La chica levanta la cabeza y la capucha que lleva puesta se desliza hasta exponer una melena castaña con mechones más claros. Su pelo es rizado, lo lleva descuidado, pero su rostro..., su rostro es de una belleza sorprendente, con rasgos delicados y una expresión en su mirada de color avellana de curiosidad y determinación que me llama la atención.

—Creo que te lo he roto —Daniel, el *brigadir*, se disculpa con torpeza mientras se agacha para recoger el teléfono del suelo; la chica sonrío con amabilidad—, te compraré otro.

—No te preocupes, yo también tengo parte de la culpa por no fijarme por dónde iba — responde con un acento encantador, ya en inglés. Realiza un puchero al comprobar los daños del móvil y lo guarda en el bolso.

Mientras observo cada gesto de la chica, me doy cuenta de que he estado mirando la escena con fijeza durante demasiado tiempo, y decido que es hora de intervenir entre la idílica pareja.

—¿Está todo bien aquí, Daniel? —pregunto con un tono calmado, aunque por dentro mi mente está luchando contra un oleaje violento de recuerdos por culpa del color del chubasquero.

Daniel se gira hacia mí, su semblante muta al verme. La lluvia está calándome hasta los huesos y en mi rostro debe reflejarse la molestia que eso implica. Con una expresión de disculpa en su cara, se aleja de la chica dando un paso atrás.

—Sí, jefe, solo fue un pequeño accidente —asegura, con una mirada de cautela—, pero ya está todo solucionado.

—Pues, entonces, ya puedes retirarte —ordeno sin preámbulos.

—Por supuesto.

Asiento con una aprobación superficial, pero mis pensamientos se sumergen en una oscuridad intranquila. La sonrisa forzada de la nueva camarera despierta una curiosidad inquietante en mí. Dirijo mi atención hacia ella, una sensación de intriga ominosa se apodera de

mí ¿Qué podría estar escondiendo esta joven bajo su apariencia tranquila? La semilla de la sospecha comienza a germinar en mi mente.

—¿Eres nueva? —pregunto con una leve tensión en la voz, esperando captar algún indicio en sus expresiones, algún destello revelador que arroje luz sobre sus secretos, pero su asentimiento y la sonrisa forzada solo avivan las llamas de mi inquietud.

¿Qué demonios hace esta chica trabajando en uno de mis clubs? Repaso su figura, tiene buenas tetas y un buen trasero, no obstante, algo me dice que no es una de nuestras putas, y no es solo por su dulce rostro. ¿Será una espía? Mis pensamientos se sumergen aún más en la oscuridad mientras mi mente se consume con la necesidad imperiosa de descubrir la verdad oculta que yace bajo la superficie.

—Si me disculpa, ese es mi taxi —comenta, deteniendo mis reflexiones, y se apresura a entrar en el coche, dejándome plantado bajo la lluvia y con un cabreo monumental.

Entro en el local con paso decidido, emitiendo órdenes a quienes se cruzan en mi camino. Me dirijo hacia el despacho y, al llegar, abro la puerta con tal ímpetu que golpea la pared, provocando que Iván, sobresaltado, se estremezca en su silla. Akim coloca la palma de la mano sobre su hombro, ejerciendo fuerza para que el *mudak* no se levante.

Rodeo el escritorio, quitándome la chaqueta empapada y dejando a la vista el chaleco y, por supuesto, el arma que siempre me acompaña.

—Tú y yo vamos a tener una pequeña charla. —Me siento y espero a que el silencio tenso haga su magia.

—*Pakhan*, yo no he hecho nada, se lo juro —balbucea.

—¿Qué hacía un irlandés aquí? Dime —le insto a que coopere.

—Yo, no lo sé, señor. Le juro que no me di cuenta de quién era, esta noche ha sido una locura —se excusa—, pero en cuanto me di cuenta de lo que había pasado, he recopilado las grabaciones de las últimas horas para que las recojan sus hombres.

—¿Era la primera vez que este hombre entraba en el Sin City?

—No..., no lo sé —responde nervioso, el sudor recorre su frente y su mirada viaja entre mi Glock y mis manos.

—Y crees que un encargado que no sabe lo que sucede en mi club es algo que me agrada —le indico, levantándome de la silla despacio. Me inclino hacia delante y clavo la mirada en él—. Dime, Iván, quizás no sabes lo que sucede entre estas paredes y es necesario poner a otra persona en tu lugar. —Observo como traga con fuerza—. ¿Tú qué opinas, Akim?

—Sin duda, es una falta grave —asevera mi consejero.

Iván intenta levantarse, pero Akim es rápido y vuelve a ejercer fuerza sobre su hombro para que no lo consiga. Acto seguido, y leyéndome los pensamientos, agarra el antebrazo del encargado, colocándole la palma de la mano sobre el escritorio con fuerza. Les rodeo dando pasos lentos, aplazando la sensación de tensión por cada poro de su piel, fomentando mi ansia, consumiendo mi placer.

Con un movimiento ágil, retiro del compartimento oculto del cinturón una navaja y se la clavo sin contemplaciones en la mitad de su palma. Los gritos agónicos de Iván no se hacen esperar.

—Deja de gritar —demando a dos palmos de su rostro, la respiración entrecortada del encargado se acelera, exhala e inhala realizando un esfuerzo titánico para no seguir gritando como una niña pequeña—. Estoy seguro de que será la última vez que te descuidas de esa manera, ¿verdad?

—Sí..., sí, señor —responde con lágrimas en los ojos, esperanzado. De un solo gesto retiro la navaja, que limpio con un ágil movimiento en la pernera de su pantalón.

—Vete, estas manchando todo.

En cuanto nos quedamos Akim y yo a solas en el despacho, asimilo todo lo acontecido en las últimas doce horas.

—Tráeme el dossier que te dio Iván hace unas semanas.

—Revisé los antecedentes y conexiones con las autoridades de los nuevos empleados y no encontré nada destacable —responde mi mano derecha—, ¿crees que alguno está trabajando para Cormac de encubierto?

—No sería nada extraño, nosotros también usamos esas artimañas.

—Te lo llevaré al *penthouse*, asumo que estarás en el de la Quinta Avenida. —Asiento—. ¿Las claves de acceso siguen siendo las mismas?

—Sí, son las mismas, y, Akim —le indico mientras salgo del despacho—, hazlo cuanto antes.

Esa camarera oculta algo.

Nina

Anhelo la comodidad de mi refugio, un pequeño apartamento que, a pesar de su sencillez y tamaño, para mí es maravilloso. Mi casera, la señora Quillenwood es, a su vez, la vecina del piso de abajo, una mujer hosca. La saludo cuando me la encuentro en las escaleras.

No dejo de repasar en mi mente lo ocurrido una y otra vez, he estado cara a cara con Yerik Bykov, ¿se habrá dado cuenta de lo mucho que me perturba su presencia?

¡Mierda, mierda y más mierda!

Al llegar a casa, el peso de toda la jornada recae sobre mis hombros, dejándome exhausta y vulnerable. Así que, sin pensármelo dos veces, me voy desnudando, dejando la ropa tirada por el suelo hasta llegar al baño. Me sumerjo bajo el agua caliente de la ducha, dejando que cada gota me limpie no solo física, sino también emocionalmente.

Mi mente bulle con pensamientos turbulentos, pero el sonido reconfortante del agua me ayuda a encontrar un momento de calma. Después de secarme con una toalla suave, una determinación firme se apodera de mí, aunque primero debo hablar con papá. Recuerdo que tengo un móvil viejo que guardo en el fondo de un cajón. Con manos temblorosas, rebusco entre mis pertenencias hasta encontrarlo; aún estoy alterada. Con dedos nerviosos, marco el número de mi padre.

Cuando al fin escucho su voz al otro lado de la línea, un torrente de alivio me inunda y le aseguro que estoy bien, que solo se me cayó el teléfono al suelo y se me rompió.

—*Mijita*, eres un poco patas para trompo —me suelta, y comienzo a reírme—. ¡No hay pedo! Todos tenemos nuestros días de patosos. ¡Lo importante es que no te me vayas a dar un madrazo!

—No me di un madrazo —le digo, justo necesitaba esto para olvidarme un poco del estrés que estoy empezando a soportar—. Solo me choqué con un chico por la calle y...

—¡Chico! —oigo la voz de mamá al fondo, esto no es bueno— ¿Qué chico? ¿Dónde lo conociste? ¡Pero dime, *mija*, que no hablas y hay que arrancarte las palabras!

—No es lo que piensas... —Pongo los ojos en blanco, entro en mi dormitorio y me siento en el borde de la cama—. Nomás se acaba de presentar, creo que se llama Daniel, parece buena onda.

Con mis padres siempre me sucede lo mismo, termino hablando una mezcla de español e inglés un tanto peculiar. Soy hija única, nací, viví y me crié en el estado de New York. Siendo una niña, me costó mucho relacionarme con mis compañeros en el colegio, tenía un padre que emigró de México con sus padres siendo él un adolescente y una madre nacida en Estados Unidos, pero con un acento ruso que delataba el origen de mis abuelos.

Se enamoraron al instante al conocerse, con tan solo veintidós y diecinueve años respectivamente, y decidieron casarse. Mis abuelos paternos fallecieron en un accidente de automóvil, por desgracia, sucedió antes de nacer yo, pero sí existen muchas fotos y recuerdos de primos, tíos y el resto de la familia que siempre han estado ahí para las reuniones, cumpleaños o

celebraciones. Por parte de papá somos una familia enorme, como bien reflejan las fotos que tengo de mis quince.

Y de los abuelos maternos no tengo recuerdos, era muy pequeña cuando se fueron. Sin embargo, sé por mamá que me pusieron Nina por expresa petición de mi abuelo.

Y esta soy yo, Nina Rodríguez. Un coctel de varias nacionalidades, culturas, e idiomas.

—Nina, ¿me estás escuchando? —pregunta mi madre, y sonrío. No la cambiaría por nada.

—Sí, mamá, te escucho, pero necesito descansar. En cinco horas debo volver al trabajo y no he dormido nada.

—¡Ay, pero ¿por qué no avisas antes?! —me increpa—. Hablaremos en otro momento, descansa.

—Lo haré. —Me recuesto encima del colchón y apago el móvil, pocos segundos más tarde cierro los ojos.

Me levanto de la cama, he intentado dormir, pero me ha sido imposible, no dejo de pensar en él, en esos ojos azules y en la lluvia mojándolo de pies a cabeza.

Alejo de mi mente esos pensamientos, debo centrarme. Reviso la hora, apenas tengo tiempo para comer algo y marcharme de nuevo al club.

Entro en el pequeño salón y me dirijo hacia la pared junto a la puerta de entrada, donde cuelga una pizarra que utilizo para registrar todos los avances. Miro lo que he logrado hasta ahora y siento cómo la desesperación me envuelve. Nadie está dispuesto a hablar; todos evitan responderme de manera directa y la tensión en el aire es palpable cada vez que insisto.

¿Qué debo hacer ahora?

Extiendo el brazo, mis dedos se pasean por encima del nombre de Yerik y los pocos datos que he obtenido de él. Según la versión oficial, proviene de una familia adinerada de Moscú, se establecieron hace veinte años en New York y él se hizo cargo de las empresas familiares cuando el padre, Fyodor Bykov, sufrió un accidente. De su madre tan solo se menciona que falleció siendo él un niño de escasos diez años.

He pasado horas recabando información en internet sobre él, pero es un fantasma, no usa redes sociales y no existen datos de su vida privada. Solo he encontrado artículos en la prensa especializada de economía, tratando temas de inversión, y crónicas en revistas de sociedad, donde se habría fotografiado con gente poderosa como el alcalde, concejales o el comisionado de policía de la ciudad.

Yerik es un hombre importante, de eso no tengo ninguna duda.

Sin embargo, yo tengo mis propias teorías; por lo pronto son solo eso, teorías. Necesito acercarme lo suficiente para conseguir pruebas y avanzar porque en este momento estoy estancada.

—Podría ser... —digo, pasando el dedo índice por encima de mi labio inferior, perdida en mis pensamientos—, quizás Daniel...

No quiero aprovecharme de nadie, pero es la única persona, en este mes que llevo trabajando como camarera en el Sin City y que está involucrada en el círculo que rodea a ese lugar, que está dispuesta a hablar conmigo.

Echo un vistazo por encima del hombro y pego un salto al comprobar la hora que es. ¡Voy a llegar tarde!

Iván me mira con desaprobación cuando irrumpo en el club, y sus ojos se clavan en el reloj con expresión de frustración. Mi tardanza no pasa desapercibida y puedo sentir su irritación.

—¿Acaso no entiendes la importancia de llegar a tiempo? —me reprocha con voz elevada y

su rostro enrojecido por la frustración.

Me tenso ante su brusquedad. Desearía poder responderle como me gustaría, pero no puedo, al menos no ahora.

—Lo siento, Iván. Hubo un problema con el metro, no pude evitarlo —respondo, tratando de mantener la calma.

—¡No me importan tus excusas! ¡Tu falta de puntualidad está arruinando todo el ritmo del lugar! —grita, frustrado.

Asiento, sintiendo la vergüenza quemar mis mejillas. Las chicas que suelen servir las mesas nos miran de reojo, alguna se ríe entre dientes y otras, en cambio, miran hacia otro lado.

—Lo entiendo, lo siento mucho. No volverá a suceder —prometo.

—¡Bien, espero que así sea! —gruñe Iván, aún visiblemente molesto—. Pero que te quede claro: la próxima vez que llegues tarde, no te molestes en regresar al club. ¿Entendido?!

Asiento con rapidez, comprendiendo la gravedad de la situación.

—Sí, Iván. No volverá a suceder —le aseguro; no puedo perder este trabajo.

—Está bien. Ahora ve y cámbiate de ropa. Tenemos mucho trabajo que hacer esta noche y no podemos permitirnos más retrasos —ordena con gesto autoritario.

Asiento de nuevo y me apresuro a obedecer. Me dirijo hacia los vestuarios con decisión, tengo que avanzar con la investigación.

En cuanto entro al vestuario, una docena de miradas inquisidoras me dan la bienvenida. Lo mío es hacer amigos, sí, señor. Me acerco hasta la taquilla que tengo asignada, y en cuanto la abro, veo por el rabillo del ojo que Lexi y Bree se acercan en mi dirección.

—¿Te ha despedido? —pregunta Bree.

—Lleva desde que llegamos de mal humor —me indica Lexi.

—No me ha despedido, pero me ha advertido —les comento.

—Esta mañana discutió con el jefe en su despacho, será eso lo que lo cabreó tanto —susurra Bree.

—Eso no es asunto nuestro —la amonesta Lexi.

—Lo cierto es que me da igual, han sido solo veinte minutos, si no fuese porque no quiero ser despedida, le hubiese dicho un par de cosas —les confieso.

Me quedo en ropa interior y cierro la taquilla, me dirijo a la zona donde están situados los burros para elegir el vestuario que me pondré esta noche.

—No sé qué ponerme —me lamento en alto mientras paseo de una prenda a otra sin apenas reparar en cómo son.

—Te ayudaremos —dice Bree sonriente.

—Hoy vamos a conseguir que las propinas se dupliquen. —Lexi me guiña un ojo.

—Vamos a empezar, ropa interior fuera —me suelta Bree.

—¡¿Qué?!

—Obedece —Lexi se ve en su salsa—, hoy somos tus hadas madrinas.

Bree y Lexi me sugieren un atuendo que destaque mis atributos de forma atrevida y sin necesidad de usar sostén o tanga. Se trata de un vestido atrevido y provocativo, diseñado para dejar poco a la imaginación sin revelar completamente las zonas íntimas ni los pechos.

Se ajusta a mi cuerpo de manera ceñida, realzando mis curvas con su tejido de encaje delicado y transparente. El escote profundo agrega un toque de seducción, revelando una sugerente cantidad de piel mientras mantiene una parte de los pechos oculta.

El encaje transparente cubre de forma estratégica mi cuerpo, permitiendo que la piel se

vislumbre a través de él de manera tentadora, mientras que en las áreas clave garantiza cierto nivel de discreción usando una capa un poco más opaca. La longitud corta del vestido muestra mis piernas en toda su gloria, con cada movimiento creando una estela de elegancia y sensualidad.

Eligen unos tacones altos de charol negro, alegando que con un atuendo como este es un pecado no ponérselos.

Bree se aleja para observarme desde otra perspectiva.

—Te falta algo —se da toquecitos con el dedo índice en la punta de la nariz de una manera muy graciosa—, ¡ya sé!

Se dirige a su taquilla y regresa con unos pendientes largos de pedrería en las manos.

—Son perfectos para agregar un toque de brillo al conjunto —le indica Lexi.

—¡Venga, pónelos!

Estoy lista.

Dos horas más tarde, el local está en pleno apogeo. Tengo que admitir a mis compañeras que el vestuario sí que importa cuando se trata de propinas en un local de *strippers*. Desde la barra puedo controlar prácticamente todo lo que sucede en el club, y en el instante que observo que Daniel llega, mi sonrisa se amplía.

El chico camina hacia aquí y busca un hueco donde situarse en la barra. Me aproximo sin dejar de mirarlo a los ojos, esta es mi oportunidad.

—Hola —le saludo—, Daniel, ¿no es así?

—Sí —responde alegre—, y tú debes de ser...

—Nina —le indico—, dime qué te pongo.

—Me pones un vodka sin hielo.

—Marchando uno sin hielo. Y dime, ¿llevas mucho tiempo trabajando para el jefe? —indago, mirándolo por debajo de las pestañas mientras le echo la bebida. Me doy cuenta de que al instante se tensa, e improviso algo con rapidez—. Quiero decir, se te ve tan joven... —Le dejo el vaso con sutileza enfrente de él.

—No soy tan joven, tengo veinticuatro años. —Frunce el ceño—. Mi familia lleva trabajando para los Bykov desde siempre. —Le da un sorbo al vodka.

—Vaya, eso sí que es interesante. —Me inclino hacia delante y la mirada de Daniel se dirige a mi escote; sé que me estoy comportando como una perra.

—¿Te gustaría quedar cuando...?

—¡Nina! —nos interrumpe la voz de Iván, que aparece de la nada. Estaba tan centrada en intentar cautivar a Daniel que me he olvidado del resto del local.

Giro sobre mis pies y me acerco al encargado. Espero que no me vuelva a echar la bronca por estar hablando con la gente.

—¿Sucede algo? —pregunto de manera ingenua.

—Te quieren en la sala vip —me informa.

—¡¿Qué?! Pero..., pero si me dijiste que tenía prohibida la entrada a esa zona —le contesto, nerviosa por lo que pueda implicar este cambio—. Además, yo..., yo no voy a...

—Deja de balbucear y obedece, que te están esperando. —Me sujeta del antebrazo y me arrastra para que salga de detrás de la barra—. Dedícate a poner las copas que te pidan, no hables a no ser que te hablen, ahí dentro estarás ciega, sorda y muda. ¿Me has entendido?

—Eh... —No sé qué decir.

—¡Que si lo entiendes, cojones! —masculla a pocos centímetros de mi nariz.

Asiento, nos acercamos a la zona de las salas vip y mis nervios aumentan. Iván se recoloca el cuello de la camisa y me fijo en la venda que tiene en una de las manos. En cuanto llegamos a la puerta, exhala con fuerza y la abre.

—Aquí la tiene, señor.

Yerik

El edificio en el 432 de Park Avenue, donde tengo el *penthouse*, es un bastión de lujo en medio del tumulto urbano que se alza como un oasis de opulencia y sofisticación. Llevo más de veinticuatro horas en pie, y aunque no es la primera vez que paso varios días sin dormir, los acontecimientos de las últimas horas me han drenado.

Siento los párpados cargados, como si estuvieran hechos de plomo, apenas se mantienen abiertos mientras salgo del ascensor y cruzo el recibidor para introducir la clave de acceso de esta zona. Esta es una de las propiedades que más me gusta. Desde el momento en que mis pies tocan los suelos de mármol brillante de la entrada, soy abrazado por una sensación de control que se extiende por toda la vivienda.

Desde los ventanales del salón se puede observar Manhattan mientras la superficie del pavimento reluce con destellos bajo la luz de la luna. Tengo varias obras de arte de valor incalculable, cuadros de Francis Bacon y Giorgio de Chirico distribuidos a lo largo de toda la vivienda. La cocina, con su isla central majestuosa, está equipada con los más modernos electrodomésticos de acero inoxidable; parece haber sido diseñada para satisfacer los caprichos de un gran chef. La encimera de granito negro ofrece un contraste impactante con los gabinetes de madera mientras que una serie de lámparas colgantes de cristal iluminan el espacio con una luz cálida y acogedora. Justo al lado, la terraza llena de vegetación y unos sillones para relajarse.

Subo las escaleras, el dormitorio principal está en la planta superior del *penthouse*, es un santuario, mi santuario. Aquí no permito la entrada a ninguna *suka*, ellas van, si las llamo, a algún otro apartamento del centro o directamente me las follo en algún club. Tengo una cama *King Size*, con el cabecero tapizado en terciopelo rojo oscuro, que se yergue como un trono en medio de la habitación.

Entro en el baño y me retiro la ropa. Me meto bajo el torrente de agua caliente de la ducha y dejo que la tensión se desprenda de cada músculo de mi cuerpo. Sin embargo, el recuerdo del chubasquero de esa niñata me jode el cerebro, me echo jabón y me pongo a frotar con rudeza cada centímetro de mi piel.

La cama me llama con la promesa de un descanso regio. Al dejarme caer sobre ella, la suavidad y el frescor del tejido de las sábanas me envuelven por completo.

Salto como un resorte hacia la mesita de noche para agarrar la Glock, he escuchado un ruido en la planta de abajo que me ha sobresaltado. Desnudo, me levanto de la cama sujetando con fuerza el arma, abro la puerta de la habitación con cautela y compruebo que no haya nadie en el rellano.

Avanzo hacia la barandilla, revisando los más de ciento cincuenta metros cuadrados del salón en un barrido rápido, fijándome en los puntos muertos como detrás de los sillones de piel, o las esculturas de Brâncuși. Sin embargo, mi cuerpo se relaja en cuanto veo encima de la mesa del comedor el dossier.

A los pocos segundos, le observo salir de la cocina con un vaso de vodka que se lleva a la boca. Carraspeo y alza la mirada.

—Por lo que veo, te he despertado.

—Por lo que veo yo, no pierdes el tiempo en vaciar mi despensa.

—Me tengo que aprovechar, esta marca es exquisita.

—Voy a vestirme —le respondo, ignorándolo.

Entro de nuevo en mi dormitorio, dejo el arma encima de la cama y me dirijo al vestidor. Los estantes y armarios empotrados almacenan y exhiben tanto el calzado y los accesorios como las prendas de vestir. Cuenta con un área con espejos para observarse de cuerpo entero.

Elijo un traje a medida de Tom Ford en tono gris carbón, una camisa blanca de cuello italiano y puños simples, el cinturón de cuero negro con una hebilla discreta, pero mortífera; todos mis atuendos están diseñados con bolsillos secretos o compartimentos para esconder algún arma blanca. Los zapatos de cuero con la puntera ligeramente alargada relucen. Me coloco el reloj Patek Philippe, y, por último, me pongo unas gotas de perfume de Roja Dove Oligarch. Observo mi reflejo mientras me peino, aprobando el resultado.

Me coloco el chaleco por encima de la camisa y ajusto el arma. Después me planto la chaqueta de solapa ancha y bajo a revisar la información.

Me siento en el sofá, Akim está situado en el de al lado. Abro la carpeta, pasando con rapidez a los empleados que no me interesan, y paro en cuanto llego a ella.

Reviso los datos que ha recopilado Iván, no son muchos, la chica llegó hace poco más de un mes al club buscando trabajo. Padre mexicano y madre estadounidense, sin embargo, me llama la atención el apellido de soltera de la madre, María Smirnova.

—Me encargué personalmente de verificar todo, no encontré nada extraño.

—¿Qué me dices de ella? —inquiero.

—¿Quién?

—Nina Rodríguez.

—Nada destacable.

Todo en esa mujer es destacable, desde el momento en el que mis ojos se posaron en su silueta supe que algo no encajaba. Puede que fuesen un cúmulo de coincidencias: el escucharla hablar español, el chubasquero amarillo, su nerviosismo al intentar esquivar mi mirada, pero yo no creo en el azar, esa mujer esconde algo.

—Todo lo que sé es que la información que le dio a Iván es real, su origen, estudios, donde reside coincide con la dirección del carné de conducir y que su último empleo registrado fue en un local de copas.

—¿Has memorizado todo el dossier? —Dejo la carpeta encima de la mesa de centro.

—Es posible —responde con arrogancia.

Me levanto del sofá y me dirijo hacia uno de los muebles, donde guardo alguno de los móviles desechables. En cuanto enciendo el teléfono, marco el número de uno de mis *vor*, el mejor en este tipo de temas.

—Quiero saberlo todo sobre una persona, te enviaré a través de mi asesor una copia de lo que ya tengo.

—Como ordene —me responde en tono neutro. Cuelgo y retiro la tarjeta para deshacerme de ella.

—Debe de ser algo serio si has llamado a Constantine —me comenta Akim, que otea por encima los folios—. Está buena la *suka*.

Ignoro el comentario, es cierto que tiene un cuerpo que incita al pecado y que sus labios carnosos harían las delicias de cualquier polla, pero antes quiero comprobar de qué madera está

hecha.

—Llévale el documento al *vor* y reúnete conmigo en el Sin City —digo mientras me dirijo hacia el recibidor, seguido de cerca por Akim.

—Como consejero es mi obligación advertirte que estás acudiendo demasiado a ese local, tienes medio centenar en esta ciudad, elige cualquier otro —comenta en tono preocupado, no es la primera vez que intentan atentar contra mi vida.

—No pasará nada, nadie se espera que acuda tan pronto al mismo club —le aseguro.

—Eso es cierto, pero de todas maneras aumentaré la seguridad —afirma—, es mi trabajo. Si te pasa algo me quedo sin sustento, y me gustan mis trajes caros.

Entramos en el ascensor privado y bajamos las noventa y seis plantas que nos separan del garaje en cuestión de dos minutos. En cuanto la puerta se abre, me dirijo al lugar donde está aparcado el Mercedes y observo el Lamborghini de Akim, estacionado justo al lado.

—Ese es un coche de niño rico nuevo —le indico, mofándome de su elección.

—¿Acaso no es eso lo que soy? —Me guiña un ojo y pulsa la llave del auto para desbloquear las puertas.

La vida de mi consejero no fue fácil en absoluto. Su padre era una persona despiadada y cruel. Lo crio con la intención de que se convirtiera en su réplica, un individuo igual de despiadado y violento. Desde su infancia estuvo rodeado de pobreza extrema, sin acceso a suficiente comida, ropa o atención médica. Aunque en Moscú la pobreza era común, era inusual que la mano derecha del mayor líder criminal en esa parte del planeta viviera en condiciones tan precarias.

Mientras su madre, sus hermanas pequeñas y él mismo luchaban contra las enfermedades cada invierno debido a las extremas temperaturas, su padre vivía en una de las mansiones más ostentosas de la ciudad, rodeado de lujos y alcohol. Tanto le daba cómo se encontraba su familia o las penurias que pasaban. Sin embargo, todo cambió cuando Akim, con apenas trece años, antes de que nos mudáramos a los Estados Unidos se presentó en mi casa exigiendo ver a su padre.

El *sovetnik* de *otets* bajó las escaleras gritando toda clase de amenazas, pero se quedó en silencio al ver a su hijo apuntándole al pecho. Akim llevaba una de las pistolas con las que solía practicar, estaba desquiciado, esa misma mañana su pequeña hermana Anna, de solo cinco años, había fallecido de neumonía. Fui testigo de cómo Akim le recriminaba todos los años de sufrimiento y dolor, y también presencié el momento en que mi padre intervino.

—Tienes esa cara —le oigo decirme.

—¿Qué cara? —cuestiono.

—La que pones siempre que recuerdas nuestras vidas en Moscú. —Abre la puerta del automóvil y deja la carpeta con la información de Nina encima del asiento del copiloto.

Decido ignorar lo que ha dicho.

—Te veo después en el Sin City, avisaré a Igor y a los demás *brigadirs* para que acudan.

—No te sorprendas cuando veas a los nuevos soldados escoltándote, he ordenado que un escuadrón te acompañe —me suelta en el último segundo, justo antes de meterse dentro del coche.

A pesar de que de manera constante me acompañan al menos dos soldados y he aprendido a ignorarlos, siempre estoy al tanto de dónde se encuentran y, siendo honesto, no es algo que me guste.

Fulmino con la mirada a Iván en cuanto entro en el club, el *mudak* se arrastra con la mirada

baja hasta donde me encuentro y se inclina, realizando una reverencia absurda.

—Señor Bykov, es un auténtico placer volver a tenerlo en el...

—¿Han llegado mis hombres? —le corto la perorata.

—Están en una de las salas vip, señor.

—Indícame cuál, e Iván...

—¿Sí, señor? —pregunta, temeroso.

—La quiero a ella para servirnos hoy. —Realizo un gesto con el mentón. Iván se gira para observar la barra, donde se encuentra Nina hablando con mi *brigadir* Daniel.

—Como quiera, señor, ¿qué hago con Rosalyn? Ya está en la sala vip.

—Yo me encargo.

Nina

Dentro de la sala vip, la música es apenas un murmullo, han cubierto el cristal con vistas al escenario con la cortina de terciopelo y el humo del tabaco que flota en el ambiente es asqueroso, pero lo que más destaca son los ocho hombres que están sentados alrededor de la mesa de mármol, con Yerik en el centro como anfitrión.

Elevo la barbilla y enderezo los hombros, decidida a no dejarme abrumar por la situación. Esta, sin duda alguna, es la mejor oportunidad que he tenido en mucho tiempo. Camino con paso firme hacia la zona designada para licores prémium, detrás de una pequeña barra que apenas me llega a la cadera, y espero a que me indiquen qué hacer.

—¿Dónde se ha metido el nuevo? —habla el hombre que me encontré en el almacén.

—Estoy aquí, Igor. —Se me salta medio latido al oír la voz de Daniel entrando en la sala vip. Apenas ha girado la cabeza para mirarme, pero se ha dado cuenta de mi presencia.

—Sienta el culo, tenemos pendientes cosas que organizar. —Yerik, con su voz profunda, hace que se me seque la boca—. Akim, ponlos al corriente.

—Vamos a tener que mandar crisantemos, Cormac no dudó con Walsh.

Daniel se acomoda en un extremo del sillón semicircular, mientras que Akim continúa dando explicaciones que apenas comprendo. Intento quedarme con los nombres o apodos que usan, pero...

—¡Chica, trae vodka para todos! —me grita uno de los hombres.

Coloco encima de la bandeja los vasos, y me acuclillo para revisar las botellas que tienen, pero no sé cuál usar. Las marcas de esta zona son distintas a las que sirvo con Bree y Lexi. Decido agarrar una que me suena y sé que es cara.

Avanzo con la bandeja, odiando el momento en el que dejé que mis compañeras me ayudasen con mi atuendo. Las miradas lascivas que me echan son más que evidentes, menos la de Yerik, que mantiene la vista al frente mientras habla con firmeza.

—Quiero una reunión con Cormac —menciona rotundo.

—Eso es una mala idea —rebate Akim.

—No quiero escuchar vuestra opinión, hacedlo.

—¡Blyat! —exclama Daniel sobresaltado, dándose con las rodillas en la parte baja de la mesa.

Los hombres se burlan de él por su reacción, riéndose a carcajadas y soltando tonterías en ruso. Algunas palabras las entiendo, otras me alegro de no hacerlo. Cuando escucho la palabra «suka», dirijo la mirada hacia debajo de la mesa y veo los tacones de una mujer asomándose. Es obvio lo que les está haciendo a los presentes. Sin embargo, Yerik ha mantenido la compostura todo el tiempo, como si el hecho de que una mujer se arrodille y les esté realizando una felación en medio de una reunión fuese lo más corriente del mundo.

—Mujer, la bebida es para hoy —espeta el hombre bajito que está al otro extremo del sofá.

Me acerco a la mesa, sintiendo la tensión en el aire mientras los hombres se ríen y beben. Sirvo con cuidado, tratando de ignorar los comentarios lascivos y las miradas que me recorren

como cuchillos afilados, pero cuando uno de los hombres intenta tocarme el culo, doy un respingo y la botella cae al suelo, estallando en mil pedazos. El líquido transparente se derrama, empapando tanto a la chica como los bajos del pantalón de varios hombres.

—¡*Blyat!* *Suka* del demonio —exclama el bajito.

Un alarido de sorpresa se eleva en la habitación, creo que ha sido la mujer que está debajo de la mesa, pero yo estoy enfocada en controlar la ira que hierve dentro de mí. No puedo caer en la tentación de responder a ningún insulto.

Me agacho para recoger los restos de cristal, mi cabello cae en cascada sobre mi rostro ocultando la furia que arde en mis ojos. Es cuestión de un segundo, pero reconozco a la chica que está arrodillada a los pies de Igor, es el rostro de Rosalyn. En cuanto mi mirada se cruza con la suya, ella niega con la cabeza, realizando un gesto rápido. Sus ojos se muestran temerosos.

Al mismo tiempo, puedo sentir la perturbadora presencia de todos ellos sobre mí como si fueran depredadores acechando a su presa.

—¿No vas a disculparte? —lo escucho decir justo antes de que me agarre del pelo con fuerza, raspándome las rodillas con los trozos de vidrio.

—¡Suéltame, bruto! —Intento zafarme de su agarre sin meditar demasiado lo que hago.

—¡¿Quién te crees para responderme así?! —grita, tirándome del pelo de nuevo y dándome una bofetada que me deja aturdida por un momento.

Mis pensamientos se dispersan mientras intento recuperarme del *shock*. Realizo un barrido con la mirada buscando ayuda, Iván tiene los puños apretados encima de la mesa, pero no se inmiscuye. Igor y Akim están discutiendo algo sobre Cormac, fechas, lugares de encuentro, pero lo que me haga este tipo tanto les da. Estoy sola, nadie de los aquí presentes moverá un dedo para socorrerme.

La fuerza de su agarre se acentúa, tira con rudeza para situar su boca a la altura de mi oído.

—Eres una *suka* muy desobediente —masculla, frotando su erección en mi trasero. Intento alejarme, las lágrimas pican en mis ojos deseando caer en cascada—. Vas a aprender a pedir perdón.

El pánico me deja helada, los latidos de mi corazón golpean con tanta intensidad que temo no ser capaz de volver a escuchar de nuevo con nitidez. Comienzo a dar golpes al aire, moviendo las piernas y los brazos sin control aparente. Tan solo quiero alejarme de él y que deje de tocarme. Chillo con toda mi alma, dejándome la garganta en el proceso, el cabronazo vuelve a propinarme varios golpes más. Con un movimiento brusco me lanza contra la pared.

—Deja de pelear —gruñe, dando varios pasos en mi dirección. Se baja la cremallera del pantalón y comienza a tocarse por encima de la ropa interior.

—No lo hagas, no... Por favor, no me toques —le suplico con apenas un hilo de voz entrecortado.

Intento controlar mi respiración, pero el pánico me ahoga. Cierro los ojos con fuerza, deseando estar en cualquier lugar menos aquí. Su presencia me pesa como una losa, y cada uno de sus movimientos me paraliza aún más. Las lágrimas empiezan a surcar mis mejillas, mezclándose con el sudor frío que recorre mi cuerpo. Siento la impotencia y la rabia crecer dentro de mí, pero sé que no puedo enfrentarme a él físicamente. Mis manos buscan con desesperación algo a mi alcance para defenderme, quizá uno de los cristales de la botella rota, sin embargo, solo encuentran el vacío.

Entonces, su voz, cargada de malicia, resuena en la habitación, retumbando en mis oídos como un eco ominoso.

—Deja de pelear —ordena, acercándose con lentitud hacia mí. El miedo se apodera de mis sentidos y mi mente se nubla por el terror. Lo veo bajarse el pantalón, y un escalofrío recorre mi espina dorsal. Suplico con voz temblorosa que no lo haga, que no me toque, pero mis súplicas caen en saco roto.

Una sensación de indefensión me invade cuando se acerca más, sus intenciones son claras y mi cuerpo se tensa en anticipación del horror que está por venir. Las lágrimas continúan surcando mi rostro, testigos mudos de mi dolor y mi desesperación.

Tengo que salir de esta situación, no puede pasarme esto. Tengo que pensar algo rápido, algo que me dé algún tipo de ventaja.

Y la idea más absurda se me pasa por la mente, si le convengo de salir de esta sala, puede que sea capaz de huir.

—No aquí, no delante de... —no puedo terminar la frase porque en un abrir y cerrar de ojos su cabeza ha explotado, esparciendo la materia gris de su cerebro por mi cuerpo y el suelo.

Yerik

Disfruto manipulando la mente de mis subordinados. Para ellos, tener a una mujer dispuesta a satisfacer sus deseos es un regalo, pero para mí es solo un juego psicológico.

Cuando ascendí a *pakhan*, en una de mis primeras reuniones llevé a una profesional destacada y les ordené a todos que recibieran sexo oral de su parte. Al mismo tiempo, les exigí a mis hombres que controlaran sus impulsos, sin hacer ningún ademán. Si no podían resistirse ante una mujer, ¿cómo podrían manejar los negocios con entereza?

Daniel se ha sorprendido por mi acción, no se lo esperaba. Está distraído, y sé que se debe a la camarera. La he estado observando sin que se dé cuenta; es más expresiva de lo que imagina. Sus gestos con las cejas denotan su interés, y su respiración se detiene cuando escucha algo relevante sobre la reunión con Cormac. Cuando Pavel pide vodka para todos, su semblante cambia, es evidente que ella no está cómoda en este entorno.

«Nina Rodríguez, ¿qué es lo que escondes?», pienso.

Continúo hablando con Akim y con Igor sobre la organización de la reunión. Sin embargo, en ningún momento dejo de controlarla mientras sirve el vodka. Los hombres se animan al tener a una mujer como ella tan cerca, observo cómo Andrei le mete mano y Nina reacciona dando un respingo y tirando la botella de Beluga Gold al suelo, mojando a casi todos en el proceso.

Me vuelvo a centrar en la conversación sobre Cormac, dejando a la camarera a su suerte con Pavel. La escucho de fondo pedir ayuda, giro la cabeza y la veo en el suelo con las rodillas manchadas de sangre, y su rostro blanco de pánico. Pavel quiere follarla, y que le dé algo de pelea se la pone dura. Todos sabemos los gustos que tiene, gritar y patalear no la va a ayudar.

—No aquí, no delante de...

Me encuentro tendido en el suelo de un sótano, atrapado en un aislamiento que ya dura al menos dos días. Nuestros captores no han escatimado en golpes ni amenazas. Después de cansarse de intentar amedrentarme, me han forzado a llevar una mordaza para silenciar mis gritos y evitar que les escupa. Mis manos y tobillos están asegurados con cuerda de manera firme, dejándome sin defensa alguna.

Uno de los secuestradores arrastra a mi madre por el cabello. Ha desgarrado su vestido, dejando sus rodillas raspadas y su rostro hinchado por los golpes. Intento con desesperación romper las cuerdas que me atan para socorrerla, sintiendo la sangre resbalar entre mis dedos. El despreciable individuo se baja los pantalones y se acerca a ella.

—No aquí, no delante de él. —Mamochka llora desconsolada, agacha la mirada avergonzada, no deja de temblar. Yo solo pienso en matarlo.

En un abrir y cerrar de ojos, sujeto la pistola y disparo sin pensarlo dos veces. Pavel yace muerto a los pies de Nina, con el cráneo partido en dos. El silencio nos envuelve, nadie sabe qué hacer o cómo reaccionar ante mi arrebato.

—Akim, cierra el puto encuentro con Cormac y avísame cuando sea un hecho —le ordeno, la ira está amenazando mi cordura—. Os he advertido en más de una ocasión que lo primero son

los negocios —guardo el arma en el chaleco y observo el cuerpo inerte de uno de los míos, autoconvenciéndome de que todo está bajo control—, que no vuelva a ocurrir.

Un murmullo se extiende entre los *brigadirs*, estarán pensando que me he vuelto loco; yo mismo empiezo a creerlo.

—Igor, ocúpate del cuerpo de Pavel y asegúrate de que limpien bien.

—Sin problema, jefe. ¿Qué hacemos con las mujeres? —pregunta, sujetando a Rosalyn del brazo; ella suelta un quejido de dolor.

—No, no le hagas daño —la voz de Nina es un susurro apenas audible, pero en mi mente se magnifica.

—*No le hagas daño, no lo toques.* —Mamochka ruega.

Cierro los ojos y aprieto los dientes con fuerza. ¡¿Qué cojones me ocurre?! Fijo de nuevo la vista en la camarera, Nina está en *shock*, apenas es capaz de pestañear mientras las lágrimas caen por sus mejillas. No sé cómo ha sido capaz de verbalizar su preocupación por la *suka* antes que por sí misma.

Estúpida, debería pensar antes en su situación y no en la otra mujer.

—Señor, no he visto nada, llevo trabajando en el Sin City dos años. —Rosalyn se pone de rodillas, suplica por su vida y es consciente de ello—. Puedo ser útil, yo puedo...

Cierro los ojos un instante, luchando por recuperar el control de mis emociones. No puedo permitirme perder la cabeza, no frente a mis hombres, no más de lo que lo he hecho ya.

—Cállate —respondo con brusquedad a sus quejas—. Daniel, llévala junto a Louis, dile que la prepare.

—Gracias, señor —lloriquea, intentando levantarse del suelo—. Gracias.

Avanzo hacia el novato y le indico en voz baja que prepare los documentos falsos de la chica para mandarla a Rusia, no la mataré, pero deberá aprender a sobrevivir en mi patria. Si lo consigue, cosa que dudo, puede que tenga una oportunidad de regresar a los Estados Unidos.

—Me ocuparé de la otra yo mismo —indico, dando pasos amenazantes. Sin embargo, Nina no reacciona. Frunzo el ceño, consciente de que en su estado actual no será capaz de caminar. Me agacho para rodear su cuerpo con mis brazos y alzarla, pegándola a mi pecho. Ella hunde la cabeza bajo mi cuello, aferrándose con fuerza a mi chaqueta.

—¿Qué haces, Yerik? —Akim susurra por lo bajo, acercándose a nosotros.

—¿También quieres una maldita bala en la cabeza? —le increpo.

Con los ojos abiertos de par en par, Akim da un paso atrás y asiente, comprendiendo que no estoy para bromas.

Abandono la sala con Nina en brazos, varios soldados me siguen de cerca. En el pasillo que lleva al almacén, me cruzo con Iván y le exijo que cierre la zona vip, que restrinja el acceso a la pista. El miedo que ejerzo sobre él es suficiente para que salga corriendo a ejecutar mi mandato.

Cruzo el almacén con Nina en mis brazos, su calor se filtra a través de mi chaqueta. Una ira creciente me consume; desearía poder golpear a alguien, desearía poder dispararle de nuevo a Pavel, pero sé que ninguno de esos actos calmará mi agitado interior.

Salgo por la puerta trasera hacia el callejón y la dejo con suavidad en el suelo, apoyada contra la fachada. Se aferra a mi chaqueta, como si esta fuera su única salvación. Qué equivocada está. Soy su verdugo.

Sostengo sus manos, mirando su rostro inexpresivo, y me alejo.

—Quedaos con ella, que no se mueva —les ordeno a los soldados.

Rodeo el edificio para llegar a la entrada, donde está estacionado el Mercedes. Necesito

recuperar el control de la situación. Me subo al automóvil y conduzco, reflexionando sobre mi próximo movimiento.

—Metedla en el coche —ordeno al bajar la ventanilla.

Dos de mis hombres la levantan, sosteniéndola por los brazos. Nina parece reaccionar por fin, gritando y forcejeando para liberarse. Golpea a uno de ellos en la pantorrilla, consiguiendo que este se enfade y la agarre del pelo. Aprieto los puños sobre el volante y salgo del auto con ira.

—¿Acaso no sabéis cómo contener a una mujer?! —grito con furia.

Mis hombres se apartan cuando me acerco. Nina levanta la mirada hacia mí, notando la diferencia de altura entre nosotros. Nuestros ojos se encuentran.

Sujetándola de los hombros, la observo en silencio durante unos largos segundos. Termino apartando un mechón de pelo de su rostro y me inclino para hablarle:

—Vas a venir conmigo, no te perderé de vista.

—¿Vas a matarme? —Frunzo el ceño, molesto ante la idea de acabar con su vida—. ¿Lo harás? —insiste.

—*Niet*.

—No te creo, vas a matarme. Lo sé, vas a... —Nina intenta zafarse de mí, pero la mantengo en el sitio. Está a punto de perder la cabeza.

—Deja de moverte y obedece.

—No quiero, vas a matarme en cuanto me dé la vuelta.

—Te he dicho que no lo haré —hago hincapié.

—¿Por qué voy a creerte?! —grita. Está histérica, pero de cierta forma no se amedrenta. Está manteniendo la mirada con aplomo; exige, no ruega.

—Tienes mi palabra —termino soltando.

—¿Y eso qué significa?

—Eso es una promesa, y créeme, eres una afortunada.

—¿Quién eres? —murmura, llena de temor.

—¿No lo sabes? —inquiero, acercándome a su boca, nuestros rostros apenas separados por un suspiro. Una sonrisa se forma en mis labios; no sé si está intentando engañarme o en realidad lo ignora, pero voy a disfrutar mostrándoselo—. Soy la Bratva.

Nina

El habitáculo del coche de Yerik me envuelve con intensidad mientras me acomoda en el asiento del copiloto y, con una precisión quirúrgica, asegura el cinturón. Estoy a punto de que me dé un ataque de pánico. ¿Es posible que mi vida esté en peligro en este momento? Me cuesta imaginar que alguien que planea un acto tan atroz, como un asesinato frío y calculado, se moleste en garantizar la seguridad de su próxima víctima poniéndole el cinturón, ¿no?

A menos que, por supuesto, ese sea justo su *modus operandi*: deleitarse con el terror reflejado en los ojos de aquellos a quienes está a punto de sesgar la vida.

Me atrevo a mirarlo de soslayo, evitando girar la cabeza hacia él. Yerik es una figura imponente, su presencia se cierne amenazante sobre todo y todos a los que rodea. Ha dicho que él es «la Bratva», eso, eso no... Me niego a reflexionar en este momento en las posibles consecuencias que acarrea conocer esta información.

Mi mente regresa de golpe al recuerdo del hombre que intentó violarme y que Yerik, en un acto de... ¿de qué? ¿Justicia? Lo ha matado, le disparó en la cabeza sin contemplaciones y a sangre fría. Sin embargo, lo más desconcertante fue mi propia reacción: una especie de entumecimiento emocional que me ha dejado absorta, como si estuviera presenciando los acontecimientos desde la distancia, como si fuera una espectadora en un teatro, ajena al paso del tiempo y a la realidad que se desarrollaba a mi alrededor.

No obstante, poco a poco estoy regresando al mundo real, y siento que el corazón me va a estallar en cualquier momento, noto cómo el sudor recorre mi espalda, las manos no dejan de temblarme y solo pienso en empujar la puerta del coche y saltar.

Creo que me va a dar un infarto.

La voz profunda de Yerik interrumpe mi creciente pánico.

—No hagas eso —su tono es firme, una advertencia.

—¿Hacer qué? —mi respuesta brota de manera automática.

—Inspira con fuerza. Como llegues a vomitar en mi Mercedes, te aseguro que pasarás un buen rato limpiándolo... —su amenaza está impregnada de una seriedad que hiela mis venas.

Intento seguir su consejo, aunque los latidos desbocados y mi mente enredada en un torbellino de pensamientos conspiran en mi contra. Opto por desviar la atención hacia la vista que se despliega frente a nosotros, tratando de descifrar el destino al que Yerik me conduce.

—¿A dónde me llevas? ¿Qué tienes pensado hacer conmigo? —Cierro los ojos, lamentándome al instante. Cuando me pongo nerviosa y una circunstancia me supera, me da por hablar por los codos, sin meditar lo que sale de mi *bocota*—. ¿Por qué no me has matado?

—Nina...

—¿Yerik? —pregunto por inercia, y no pretendo molestarle, lo juro. Giro la cabeza y me fijo en la fuerza con la que sujeta el volante, y temo estar a punto de llevarlo al límite.

No abro la boca en lo que resta de trayecto.

Una hora más tarde nos desviamos de la autopista. El coche se desliza en silencio por las tranquilas calles de una zona que no reconozco hasta detenerse frente a la verja de hierro forjado

de una lujosa residencia de dos plantas. La penumbra de la noche envuelve la escena y apenas se vislumbra la figura del vigilante, quien, al reconocer de inmediato a Yerik, acciona un mecanismo que abre las puertas dobles, brindándonos acceso.

A pesar de la hora tardía, el jardín luce sereno bajo la luz plateada de la luna, extendiéndose en un verdor oscuro. Los árboles altos rodean la casa y el sonido de las ramas entrechocando por culpa del viento añade un toque de película de clase B al ambiente, algo que en este momento desearía fuese parte de mi fantástica imaginación.

—Sígueme —me ordena.

El tiempo parece detenerse mientras Yerik se desliza fuera del coche y avanza con paso firme hacia la entrada principal. Después de dudar por un momento, algo en mi interior me dice que es mejor no enfadarlo, salgo del coche y lo sigo. No porque sea una suicida, es debido a que el vigilante de antes iba armado con una automática, y ese es un camino que no tengo pensado tomar.

Me fijo en las paredes de piedra y los grandes ventanales de la fachada, el interior es igual de impresionante que el exterior. Con un gigantesco *hall* en la entrada que comunica con un salón comedor, y que intuyo también lo hará con la cocina. No obstante, Yerik y su paso apurado me recuerda que no me está dando un *tour*. Subimos una escalera curva, que culmina en un largo pasillo iluminado por lámparas de diseño y con distintas puertas a cada lado.

Por último, llegamos a una de roble macizo al final del pasillo. Yerik la abre con un chirrido suave y me hace un gesto para que entre. Al hacerlo, me encuentro en una sala decorada con muebles antiguos y cortinas verde oliva que cubren las ventanas.

—Siéntate —me indica, señalando un sillón situado frente a la chimenea de piedra.

Le obedezco, nerviosa por lo que vendrá a continuación. Yerik se instala en el sillón opuesto y me observa en silencio por un momento antes de hablar.

—Sabes por qué estás aquí, ¿verdad? —dice con voz grave y un tono amenazador.

Asiento con lentitud para acto seguido negar nerviosa, sin saber qué más decir. La verdad es que no tengo ni idea de por qué me ha traído a esta mansión en medio de la noche, pero algo me dice que no es para nada bueno. Agacho la mirada y reviso mis manos, las tengo sucias con los restos de sangre de ese desgraciado.

Siento una arcada involuntaria al darme cuenta de que tanto mi vestido como mis rodillas están hechos un desastre. Me esfuerzo por contener la respiración y evitar las náuseas para no arruinar la alfombra persa con el contenido de mi estómago.

Oigo el bufido que suelta y lo observo levantarse con brusquedad para dirigirse hacia el escritorio, donde compruebo con alegría que tiene un teléfono de línea fija, el cual descuelga para marcar un número.

—Estoy en el despacho, tengo un encargo para ti —es lo único que dice antes de colgar.

—Me vas a matar, ¿verdad?

—Deja de preguntarme eso, te he dicho que no lo haré —responde molesto.

—Me vas a matar —afirmo, asumiendo que no he podido despedirme de mis padres.

Me levanto del asiento, estoy frenética. No dejo de danzar, dando vueltas sobre mí misma mientras balbuceo cosas incoherentes sobre lo que ha pasado. Racionalizando cada paso, cada decisión. Me bajo de los zapatos de tacón, sintiendo un alivio inmediato en los pies, y regreso a mi bucle interno.

—Yo no pedí que lo matases —murmuro—, eso fue todo cosa tuya.

—Nina...

—A ver, que tampoco es que no agradezca tu intervención. —Muevo las manos, expresándome de forma exagerada—. Que tampoco es que esté diciendo que lo que hiciste sea correcto.

—¡Para quieta, mujer! —Me sujeta de los hombros y siento como el corazón me late con fuerza.

—Ya... ya estoy quieta —le respondo, conteniendo el aliento.

—Has visto y escuchado demasiado —me dice.

—Aquí es cuando me mata —murmuro para mí.

—¡Que no voy a matarte, cojones! —grita, exasperado.

—Disculpe, señor Bykov —la voz de una señora nos interrumpe, giro la cabeza y Yerik suelta mis hombros, dando un paso atrás.

—Buenas noches, Mariana. Ella es Nina —me señala—, quiero que la instales en uno de los dormitorios que tiene vistas al invernadero.

La señora, que rondará los sesenta años, asiente, atenta a las directrices que su patrón le indica.

—¿La señorita se quedará durante mucho tiempo? —pregunta ella, y vuelvo a girarme para plantar la mirada en Yerik.

—La señorita Rodríguez se quedará hasta nuevo aviso, ahora enséñale el camino al dormitorio.

—Sígame —me indica la señora.

Echo un último vistazo a Yerik por encima del hombro, no soy capaz de comprender el motivo por el cual no estoy muerta de miedo con su cercanía, puede que sea porque justo después de sentir cómo un desconocido iba a violarme delante de un grupo de hombres, él lo mató, sí. Pero también me consoló de cierta forma, me sujetó entre sus brazos y me dio el calor que necesitaba cuando no era capaz de ser yo misma. Puede que, por eso, no me dé pavor interactuar con él. Aunque en el fondo de mi mente sé que es una base muy endeble porque Yerik Bykov es un asesino.

Avanzo por el pasillo tras los pasos de Mariana, observando sus rasgos con atención. A pesar de los años que han pasado, es evidente que en su juventud debió ser una mujer de una belleza notable. Su cabello castaño claro está recogido en un discreto moño bajo y su estatura es un poco menor que la mía. La robustez de su constitución y sus curvas sugerentes emanan una confianza innata en cada paso que da, eso si tenemos en cuenta que va en bata y zapatillas. Lo más seguro es que Yerik la haya despertado para atender sus demandas.

—Este es —abre una puerta, quedándose bajo el dintel y haciéndose a un lado para que pase—, esa puerta de la derecha es el cuarto de baño, tiene ducha y bañera. Será mejor que la use.

—Sí, eso es una buena idea —haber realizado el trayecto en silencio y estar bajo la supervisión de una desconocida incrementa mi incomodidad—, puede dejarme a solas.

—En cuanto se desnude —dice, entrando en la habitación y dirigiéndose al baño—. ¡Venga, que no quiero quedarme hasta mañana mirándola!

—Pe... pero sé bañarme sola.

—Eso espero —responde, abre el cajón de un mueble bajo y saca una bolsa que despliega en un movimiento brusco—. Meta toda la ropa aquí, los zapatos ya los iré a recoger al despacho más tarde.

En un abrir y cerrar de ojos comprendo todo, son pruebas, es la sangre de ese hombre, tienen que deshacerse de ello. Asiento y realizo lo que me pide sin olvidarme de meter todo dentro.

—Los pendientes también —los señala.

—No, los pendientes no son míos, me los prestó... —Mariana da un paso al frente y me los arranca de un tirón. Por suerte, son de clip.

—Te traeré ropa para dormir esta noche. —Se gira, cerrando la bolsa, y me deja sola.

Abro el grifo de la ducha y dejo que el agua cálida caiga sobre mí, lavando la sangre y la suciedad de mi piel. Cierro los ojos y trato de mantener alejado ese dolor de cabeza que se aproxima a pasos agigantados, amenazando mi cordura. Mientras me enjabono, siento el peso de la incertidumbre sobre mis hombros.

«¿Qué tienes pensado hacer conmigo, Yerik?», cuestiono.

Me quedo bajo el chorro, desnuda y vulnerable. Cierro los ojos y dejo que el agua me envuelva, tratando de encontrar algo de calma en medio de la confusión y el miedo que se arremolinan en mi mente.

Con cuidado, comienzo a lavar las heridas de mis rodillas, sintiendo el dolor agudo cada vez que el agua toca la piel rota. Trato de no pensar en cómo he terminado en esta situación, es algo que ya no tiene vuelta atrás. En lugar de eso, me concentro en el presente, en limpiar las heridas y las manchas que han salpicado mi cuerpo. La sangre se desliza por el desagüe, llevándose consigo los vestigios de una noche de horror.

Una vez que termino de lavarme, salgo de la ducha y me envuelvo en una toalla, sintiéndome un poco más yo misma. Miro alrededor de la habitación en busca de algo que pueda ayudarme, algún teléfono o arma que pueda usar para defenderme en el caso de que...

—Aquí tiene. —Salto sobre mis pies.

—Me ha asustado —le indico a Mariana, que lleva entre las manos lo que parece ser una camiseta y varios utensilios de primeros auxilios.

—Siéntese en la esquina de la cama —comenta mientras me pasa la prenda de vestir.

Me siento y me pongo la camiseta por encima de la toalla, sintiéndome de esa manera más protegida.

—Gracias por la ropa —intento ser educada.

—No me las des, he obedecido órdenes, nada más —revela molesta—. En esta pequeña mansión no tenemos ninguna prenda de mujer, y se lo he comunicado a Yerik —señala la camiseta—, me la ha dado y me ha dicho que cure tus heridas. Y eso mismo estoy haciendo.

Y, sin más explicaciones, siento como Mariana me pone una gasa en la rodilla, consiguiendo que me muerda la lengua por culpa del escozor.

—Será mejor que aprendas a ser más fuerte, *devochka*. —La última palabra la dice utilizando el mismo tono cálido que usaría mi madre para reconfortarme.

—Yo no he pedido estar aquí —le aseguro.

—La Bratva no pide, toma —musita mientras me sigue atendiendo.

Poco después, Mariana me vuelve a dejar a solas en la habitación, no sin antes asegurarme que es mejor no salir al jardín de noche; los soldados pueden pensar que soy una amenaza y que me hieran sin querer.

Con ese pensamiento, me deslizo entre las suaves sábanas de la cama y cierro los ojos. Solo deseo despertar mañana en mi pequeño apartamento de Corona, en Queens, y descubrir que el despertador no sonó, que me quedé dormida y llegué tarde al club. Que todo ha sido una pesadilla.

Yerik

Me sirvo un vaso de vodka del minibar que tengo en el despacho; Nina es exasperante. Si no fuese porque quiero saber qué es lo que esconde y que necesito recuperar el control de lo que ha sucedido hasta el momento, ya la hubiese matado sin contemplaciones.

He sesgado la vida de uno de mis hombres, perdiendo el dominio de mis acciones, ¿cómo ha podido ocurrir? Ella no es nadie, ni siquiera se parece a mi madre y, sin embargo, aquí estoy, reviviendo la voz atemorizada de *mamoschka* en mi cabeza de nuevo.

Estrés postraumático le dijeron a *otets* cuando regresé. Mi padre, el gran *pakhan* de la organización, se negó en rotundo a que su hijo fuese un eslabón débil, y una noche, cuando no dejaba de llorar y gritar en sueños, me retorció el cuello y me dijo:

«—Somos Bratva, nosotros no lloramos, no le tememos a nada —aseveró—. ¿Quieres venganza? Yo te enseñaré a impartirla».

Y lo hizo, fui de su mano durante todo mi adiestramiento, maté a mi primer hombre apenas dos semanas después de haber despertado de esa pesadilla. Aprendí a usar todo tipo de armas de fuego, a manejar los cuchillos con agilidad y a combatir cuerpo a cuerpo. Años más tarde, cerca de los veinte, descubrí lo mucho que disfrutaba con los interrogatorios, sonsacando la información y teniendo mi tiempo para causarles el mayor daño posible sin matarlos hasta que yo lo decidiese.

—Chico —Mariana entra en el despacho, se agacha para recoger del suelo los zapatos de Nina y los mete en una bolsa de plástico negra—, ¿quién es esa niña?

La anciana es una de las pocas personas a las que permito que me hable así en la intimidad; ella junto con mi madre me criaron en Moscú.

—No es nadie importante. —Le doy otro sorbo al vaso, dando media vuelta para situarme al lado del ventanal y dirigir la mirada a la oscuridad de la noche.

—Si quieres engañarte a ti mismo, está bien —me indica, sentándose en uno de los sillones—, pero yo ya soy demasiado mayor para que pienses que lograrás engatusarme.

—No pretendo hacerlo —aseguro, girando sobre mis pies—, apenas hemos cruzado cuatro frases.

—Jamás has traído a una mujer aquí, y esa niña no pertenece a este mundo, se encuentra demasiado asustada pese a que intenta hacerse la fuerte —asegura mientras se abrocha la bata con un doble nudo.

—Esconde algo, estoy seguro —le confieso—. Además, ha visto y oído demasiado.

—No tienes que dar explicaciones a nadie, eres el *pakhan* —finaliza, para levantarse con torpeza—. La *devochka* se ha duchado, le atendí las heridas como pediste y le di una de tus camisetas viejas para dormir. ¿Vas a conseguirle ropa o pretendes dejarla desnuda?

La idea no me desagrada.

—Me ocuparé de eso, ve a descansar, *nyanya*.

Durante la siguiente media hora me dedico a realizar llamadas para ordenar que se entre en el apartamento de Nina y se trasladen sus pertenencias, también aviso a Akim para informarle

dónde me encuentro, información que ya conoce debido a los soldados que nos han seguido durante todo el trayecto. Le indico que en el Sin City Nina debe tener una taquilla, y le comento que la vacíe y me traiga hasta aquí todo lo que contenga su interior.

A diferencia de Mariana, él no me pregunta por mi decisión de mantener cerca a Nina, y hace bien.

—¿Has averiguado sobre la familia de Pavel? —inquiero, aún molesto por mi forma de proceder.

—Ni viuda, ni hijos legítimos —contesta mi segundo.

—¿E ilegítimos?

—El hijo de puta tiene un hijo de quince años y una niña de siete —el tono rabioso que transmite Akim detrás del móvil revela lo mucho que le molesta conocer esos datos—, viven en un suburbio de Queens con su madre de veintiocho años. Yerik, ese perturbado tiene dos hijos con una chica de veintiocho años, joder. ¿Sabes lo que eso implica? —Guardo silencio, mi mano derecha necesita digerirlo, nunca hemos aprobado que se abuse de los niños—. Creo que apenas les daba dinero para subsistir.

—¿Puedes ocuparte de ellos?

—¿A qué te refieres con ocuparme? No pienso llevármelos a mi *penthouse* —responde molesto, y por un instante me resulta gracioso imaginarlo en una tesitura como esa.

—Después de ocuparte de la taquilla en el Sin City, hazles una visita y comunícales el fallecimiento de Pavel. Dales la buena noticia de que, debido a esa circunstancia, y dado que son parte de la hermandad, se les proporcionará una vivienda y una pensión vitalicia siempre y cuando su hijo adolescente comience con la formación de *boyevik*.

—Se lo haré saber.

Dejo atrás el despacho y me dispongo a irme a mi dormitorio, no es una casualidad que a dos puertas de distancia se encuentre el que ocupa Nina; en cuanto paso por delante de su habitación, la escucho. Está teniendo una pesadilla, o puede que se encuentre despierta en mitad de un ataque de pánico. Ella sola se ha metido en este lío, se ha adentrado en el inframundo de una manera arrolladora. Ahora solo le queda asumir las consecuencias.

Decido continuar hacia mi dormitorio cuando, de repente, la escucho con nitidez mencionar mi nombre.

—Yerik...

Como una polilla atraída por la luz, abro la puerta que nos separa. Mi visión tarda unos segundos en adaptarse a la penumbra y me sitúo en los pies de la cama, observándola luchar en su pesadilla; una parte de mí se siente atraído por su sufrimiento. Es como si nuestras almas estuvieran conectadas por un hilo invisible de tormento compartido, un lazo que me obliga a acercarme a ella, incluso cuando mi instinto me grita que me mantenga alerta.

Me contengo, resistiendo el impulso de tocarla. En cambio, me quedo allí, inmóvil como una estatua, mirándola con atención y con intensidad. Recorro la silueta de su cuerpo, fijándome en el contorno de sus piernas, dirijo con lentitud la mirada hacia la curva de su cadera. Es como si estuviera atrapado en un trance, hipnotizado por la belleza etérea que emana de ella, por la fragilidad oculta detrás de su máscara de valentía y nerviosismo.

Un mechón de cabello se desliza por su rostro, pegado por el sudor de sus pesadillas y, sin pensar, me acerco con calma. Mi mano se extiende hacia su rostro con una suavidad inesperada, mis dedos rozan su piel con una delicadeza que apenas reconozco en mí mismo. Con un gesto

cuidadoso, retiro el mechón de cabello de su rostro, apartándolo para revelar su mejilla húmeda por el llanto demarrado.

Por un momento, nuestros ojos se encuentran en la oscuridad de la habitación, ha sido un parpadeo somnoliento. No obstante, su mirada ha sido una súplica silenciosa que me hace desear protegerla, cuidarla de todo mal que la atormenta. Aunque el causante de dichos horrores sea yo.

Pero antes de que pueda ceder ante ese impulso, antes de que pueda permitirme caer más hondo en el abismo de su presencia, me aparto con brusquedad, retrocediendo molesto.

Echo un último vistazo a Nina, dormida en su cama ahora un poco más tranquila, y me doy la vuelta, saliendo de la habitación en silencio y con una erección del demonio.

Nina

Me despierto con un retortijón agudo que me obliga a doblarme por la mitad. Abro los ojos, apartando de forma brusca las sábanas, consciente de que me ha llegado el periodo, y los cierro al instante al comprobar que mis muslos están manchados, así como la cama y la parte trasera de la camiseta.

—Estupendo —ironizo—, como si no hubiese tenido mi dosis de sangre cubierta para las próximas décadas.

Entro al baño, metiéndome bajo el chorro de agua templada de la ducha, consciente de que he tenido una noche terrible. Mis sueños han estado plagados de la imagen de un hombre con la cabeza destrozada, de la visión de la sangre derramada y de la presencia de Yerik. Esto ha sido, sin duda alguna, perturbador, ya que en un momento llegué a creer que él estaba a mi lado en la habitación, protegiéndome.

Una vez termino de lavarme, salgo del baño envuelta en un albornoz blanco. Rebusco entre los cajones del mueble del baño y encuentro una toalla pequeña de algodón, que decido colocarme entre las piernas para evitar dejar rastros por toda la casa. Me siento en el borde de la cama y aguardo la llegada de Mariana, aunque quedarme quieta nunca ha sido una de mis virtudes. Después de pasar unos largos minutos contemplando la pared, me doy cuenta de que no puedo quedarme de brazos cruzados.

Giro el pomo de la puerta, convencida de que me encontraré con un obstáculo, sin embargo, para mi sorpresa, se abre con facilidad. Aliviada al constatar que no estoy encerrada, abro la puerta con determinación. De inmediato frunzo el ceño y me aseguro de que el albornoz cubra bien todo mi cuerpo.

—Eh... —Me quedo sin palabras al encontrarme con un chico en la puerta haciendo guardia.

—Mi nombre es Shamil, señorita. —Parece tenso, tendrá unos veinte años o quizá menos—. Soy su escolta.

Me quedo unos instantes evaluando la situación, con el ceño fruncido y los brazos cruzados, realizando pequeños movimientos con el pie, inquieta, mientras lo escucho con atención.

Shamil, mi vigilante y carcelero particular, se presenta guardando las formas, sin revelar su verdadera función en la mansión antes de mi llegada. Explica que tiene órdenes de vigilar mi seguridad, pero agrega que puedo moverme con libertad tanto por el interior como por los jardines exteriores, siempre y cuando esté acompañada.

Aunque estas palabras suenan reconfortantes, sé que estoy atrapada aquí bajo el control de Yerik. Aun así, decido mantener la calma y disimular mi verdadera incomodidad.

—Entiendo —respondo con serenidad, aunque por dentro me siento inquieta ante la idea de ser vigilada de cerca.

Shamil asiente con seriedad y luego agrega:

—El señor Bykov ha solicitado su presencia en el despacho de inmediato —me indica, llevándose la mano izquierda a la oreja. Ladeo la cabeza y me fijo en que está usando un pinganillo para comunicarse con quien quiera que esté al otro lado.

—¿Podría ver antes a Mariana?

—Ha salido al mercado, no esperábamos invitados. —La última palabra la pronuncia con lentitud—. Es posible que tarde unas cuantas horas en regresar.

—Está bien, guíame. —Hago un gesto con la mano, inquieta.

Avanzo con paso lento por el pasillo, manteniendo las piernas juntas para evitar que la toallita se deslice al suelo. Una sensación de alivio me embarga al divisar la imponente puerta de roble del despacho.

Shamil golpea la puerta con los nudillos tres veces, aguardando la señal de su jefe para pasar. Al oír la voz grave de Yerik, mi mente retrocede al momento en que me sostuvo entre sus brazos.

—Señor, aquí la tiene.

—Espera fuera —ordena Yerik.

Permanezco plantada en medio del despacho, observando unas cajas situadas a un lado del escritorio, pero prefiero dirigir mi atención a Yerik, quien examina mi atuendo con seriedad. Alzo una ceja. ¿Acaso esperaba que me presentara con la camiseta?

Siempre va vestido de forma impecable, con un traje a medida que realza su elegancia, sus zapatos lustrosos y ese aroma envolvente que lo distingue. Es una fragancia única, una mezcla sutil de maderas nobles y especias exóticas que deja una impresión duradera en el aire a su paso.

—Me ha informado mi escolta —comento con cierta ironía— que Mariana ha salido a realizar unas compras. ¿Podría llamarla? —pregunto con una chispa de esperanza.

—No —responde rotundo—, no puedes realizar llamadas.

—¿Por qué?

—¿Te crees que estás de vacaciones en un resort?

—Necesito ropa, no puedo pasar el día en albornoz —le respondo, dando un paso al frente, pero me arrepiento en cuanto él da otro, imitándome, quedando a dos palmos de distancia de mí.

—Todo lo que necesitas está en esas cajas —las señala—, mis hombres te han traído tus cosas.

—¿Han entrado en mi casa? —cuestiono, y lo rodeo para ir a comprobarlo.

—Sí, y... —me concentro en abrir las cajas, en mi inquieta búsqueda compruebo que solo han amontonado mis prendas de vestir, calzado, y ropa interior—... Será mejor que hables.

—¿Dónde están las cosas del baño? —lo interrumpo, levantándome con cautela y enfrentándolo con una mirada firme, aunque por dentro esté echa un amasijo de nervios. No puedo dejarme amedrentar, tengo que mantenerme fuerte frente a él. Sus ojos azules me envuelven en su cautivante profundidad. Humedezco los labios, necesito concentración—. ¿Las cremas, champús y otras cosas?

Observo cómo Yerik aprieta la mandíbula, una sombra oscura cruza sus ojos. Retrocedo por instinto ante la ira que emana de él, un temor nuevo se apodera de mí en su presencia. Mi espalda encuentra el frío consuelo de la pared mientras él se abalanza sobre mí, aprisionándome con su mirada y su agarre. Sus dedos se cierran alrededor de mi garganta, no ejerciendo toda la fuerza que sé que posee, pero sí la suficiente como para temer por mi integridad.

—Ahora vas a decirme por qué tienes una pizarra con los nombres de mis empleados y el mío propio en tu apartamento —su voz es un susurro amenazante.

Abro y cierro la boca en busca de aire mientras el mareo de la situación me embriaga. Mi cuerpo, rígido, se desvanece ante la oscuridad que se cierne sobre mí, pero la negrura no llega del

todo porque Yerik afloja su agarre. En ese instante mis piernas pierden fuerza, consiguiendo que la toallita se caiga. El suave tejido aterriza en sus costosos zapatos.

—¡Govnó! —exclama.

Me desplomo sobre las rodillas temblorosas, rendida ante él y su aura de peligro irresistible, me mortifico ante la visión de la toallita manchada de sangre menstrual. Me llevo las manos al cuello, buscando aliento, rogando para no ser una víctima más.

—Yo no... —mi voz suena ronca, carraspeo y vuelvo a intentarlo—. No te investigaba a ti, solo sentí curiosidad e indagué un poco.

Yerik le da una patada a la toallita, alejándola de entre los dos, y se acuclilla ante mí. Me sujeta con firmeza el mentón, escudriñando mis ojos, mi alma.

—¿Qué investigas? —inquire—. ¿Para quién trabajas?

Vuelvo a humedecer mis labios, me he deshidratado, siento la boca seca y el miedo me martillea el corazón como si fuese un yunque.

—Soy independiente —le confieso, pero él reacciona sujetándome con más fuerza el mentón —, me informaron de la desaparición de dos chicas que trabajaban en el Sin City y pensé que sería un buen artículo.

—Eres...

—Periodista —le interrumpo, cerrando los ojos con fuerza, imaginándome cómo saca de debajo de su chaqueta la pistola y me dispara a bocajarro.

Yerik

Me alejo de ella porque estoy demasiado colérico como para razonar, no le creo ni una sola palabra, no creo que alguien en su sano juicio se inmiscuya de tal forma en un club de *striptease* para investigar sin un propósito mayor. Cormac debe haberla contratado, o puede que sea una federal. En cualquiera de los casos, hasta que sepa al cien por ciento quién es, la retendré en la propiedad.

Abro la puerta del despacho y visualizo a Shamil, le hago un gesto para que se acerque.

—Quiero que la vigiles, no la pierdas de vista —le indico en ruso, comprobando por el rabillo del ojo la expresión que pone Nina, fijándome en si es capaz de entenderme o, de lo contrario, es una baza a mi favor.

—Así lo haré —me responde el chico.

Regreso junto a ella mientras permanece en la misma posición, con las palmas de las manos apoyadas en el suelo y sentada sobre sus rodillas, las cuales han vuelto a abrirse y mostrar las heridas que se hizo anoche. Contiene las ganas de llorar; sus ojos están enrojecidos, pero ninguna lágrima ha caído aún. Nina demuestra una fortaleza que va más allá de su apariencia frágil.

Su mirada terrosa con tonos dorados me hipnotiza, recorro su rostro con la vista, tratando de descifrar los enigmas que oculta entre sus facciones.

—Entiende una cosa, Nina —digo con voz firme, inclinándome ligeramente hacia ella—. No sé quién eres, pero sé que estás ocultando algo. Y mientras no obtenga respuestas claras, no saldrás de aquí.

Nina asiente con cautela, manteniendo una aparente calma. Parece decidida a no ceder ante la presión, pero no tiene idea de con quién está jugando.

Justo en ese momento, el tono insistente de uno de los teléfonos desechables interrumpe la tensa atmósfera. Me alejo de ella, agarrando el dispositivo de encima del escritorio y miro la pantalla. Es un número oculto, pero respondo de todas formas, solo pueden ser dos personas.

—¿Qué pasa? —digo en voz baja.

—Yerik, tengo noticias importantes —responde una voz familiar, la de Akim, mi asesor—. He logrado contactar con Cormac. Tiene una propuesta para ti y quiere discutirla en persona.

—Comprendo —afirmo, meditando en la posible localización para el encuentro que me pueda favorecer.

—Ha dicho que no quiere alargarlo y que, si estás de acuerdo, este mismo fin de semana sería un buen momento.

—Eso me parece una decisión demasiado precipitada, incluso para él —comento, reflexionando sobre la reputación de Cormac. A pesar de su experiencia y liderazgo, siempre ha sido conocido por su naturaleza pasional. Para sorpresa de todos, en los negocios ha mostrado un arrojo implacable, influenciado quizás por su segundo al mando, Brendan—. Asegúrate de que todos estén atentos a cualquier movimiento extraño.

Finalizo la llamada. No me siento del todo confiado en cuanto a ese irlandés. Regreso mi atención a Nina, quien sigue ahí, observándome con cautela.

—Bien, Nina —digo con un tono más suave—. Parece que tendremos que posponer nuestra conversación por ahora. Pero no te preocupes, no me olvidaré de ti. Hablaremos más tarde. Shamil te llevará al dormitorio, no intentes nada tonto mientras estés allí. Créeme, no deseas conocer las consecuencias.

—Prometiste no matarme —murmura.

—Soy un hombre de palabra, no lo haré.

Con eso, me doy la vuelta y me dirijo hacia el gimnasio, dejando a Nina en manos de Shamil mientras me preparo para la reunión con Cormac.

Pasado el mediodía continúo golpeando el saco de boxeo, el sudor recorre mi cuerpo y los guantes amortiguan los impactos en mis nudillos. Llevo horas aquí machacándome, sin darme un ápice de tregua. Cabreado con Cormac, molesto con Nina, enfadado con la puta vida en general.

Oigo como alguien golpea la puerta y me aparto de la trayectoria del saco.

—¿Quién es! —gruño, no es el mejor momento para que me interrumpen.

—Señor. —Mariana asoma la cabeza, cautelosa.

—¿Ocurre algo? —inquiero.

—La niña, no me dejan entrar en su habitación. —Abre la puerta con más confianza al darse cuenta de que estoy un poco más tranquilo.

—Daré aviso. —Mariana asiente y da un paso atrás, alejándose para dejarme de nuevo en mi mundo de autodestrucción. Pero de repente me acuerdo de un detalle—. Por cierto, a Nina le vino la menstruación y necesita...

—Lo sé —me interrumpe, y me da la sensación de que está enfadada conmigo por algo—, la sirvienta que cambió la ropa de cama me aviso de ello, y por eso quería entrar en el dormitorio.

Uso los dientes para abrir el velcro de los guantes y así retirarlos. *Nyanya* suelta una exhalación y entra en el gimnasio arrastrando los pies, extiende las palmas de sus manos para prestarme su ayuda y retirar las vendas ella.

—Llévale analgésicos —refunfuño.

—Así lo haré —me responde sonriendo, y no comprendo por qué ahora se le nota más animada—. Akim y Luka están en el jardín trasero, les he dicho que estabas ocupado, pero ya conoces a esos maleantes, no hay forma de sacarlos de aquí.

—Eso es porque saben que harás *blinis* de mermelada y no quieren quedarse sin ellos.

—Qué manera más sutil de pedirme que te haga tu postre favorito —menciona, poniendo los ojos en blanco. Le mantengo la mirada hasta que termina diciendo—: Está bien, los haré después de ocuparme de la chiquilla.

—Eres única, *nyanya*. — Me inclino para darle un beso en la mejilla en cuanto termina con la última venda.

Después de darme una ducha y de volver a enfundarme en un traje a medida, salgo al jardín de la parte trasera de la casa, cerca del invernadero. Ahí se encuentran mis consejeros, sentados en los bancos de piedra, esperándome para tratar el asunto de Cormac. Estoy a pocos pasos de ellos cuando se percatan de mi presencia, Akim realiza un gesto con la cabeza mientras que Luka se levanta de un salto y lo primero que me dice es:

—¿Cómo es eso de que tienes a una mujer aquí?

—Hola a ti también —respondo con sarcasmo, y lo estrecho entre mis brazos con fuerza.

Luka Chernov, mi segundo consejero y el infame cobrador de la Bratva, una figura imponente que eclipsa todo a su paso. Su alta estatura y su musculatura bien definida imponen

respeto, pero es la cicatriz que adorna su rostro y cruza la mitad de su mejilla lo que en realidad inquieta a quienes lo miran.

Su expresión es siempre sombría, como si llevara el peso del mundo sobre sus hombros, pero detrás de esa máscara de seriedad se esconde una chispa de inteligencia y astucia. Viste con modestia, con pantalones vaqueros oscuros y un suéter que apenas llama la atención, pero debajo de ese aspecto común late el corazón de un guerrero, un hombre cuya lealtad es firme e inquebrantable.

—No, en serio. Esto es totalmente inesperado. —Se gira hacia Akim con un gesto de incredulidad—. ¿Está teniendo un lío con ella?

—No estoy seguro, pero creo que se la pone dura —responde con indiferencia, como si fuera una simple anécdota y no estuviesen hablando en mi presencia.

—Estoy deseando que me la presente.

«¡Me los voy a cargar, de hoy no pasa!», pienso.

—¡Basta ya! —alzo la voz con rotundidad—. Nina me ha dicho esta misma mañana que es periodista.

—¡¿Cómo?! —exclaman al unísono.

—He llamado a Constantine para que lo verifique, hasta este momento apenas ha recopilado información sobre ella.

—Eso es extraño, nadie se le escapa a ese hombre. —Luka frunce el ceño, su mirada se ha vuelto fría—. ¿Es ella? —pregunta, realizando un gesto con la cabeza dirección a la casa.

Con un rápido giro sobre mis talones, fijo la mirada en el ventanal donde sé que está Nina. No pasa ni medio segundo antes de que la localice y nuestras miradas se encuentren. La tensión en el aire es palpable, un campo magnético invisible que nos atrae y repele a la par.

—Está buena la *suka*, ¿me dejarás probarla? —Akim rompe el silencio con su desafortunado comentario.

En un abrir y cerrar de ojos me encuentro rodeando su cuello con ambas manos, y lo fulmino con la mirada.

—Está prohibida, ¿me has escuchado? —pronuncio, apretando los dientes—. Ella es mía, su vida me pertenece —asevero. Y jamás he estado tan seguro de algo, le prometí que no la mataría, y con esa promesa ha sellado su destino al mío.

—Yerik —Luka se coloca a mi lado, posa la palma de su mano en mi antebrazo con suma delicadeza—, lo vas a matar. Yerik, ¿es eso lo que quieres?, ¿matar a Akim?

Soy su *pakhán*, no me juzga, no me ordena ni me ruega que me aleje de su amigo. Ambos harían lo que les pida. Incluso si lo que les solicito es la muerte, la aceptarían de buen grado.

Aflojo el agarre de mis manos; oigo como Akim recupera el aliento y comienza a toser casi al instante.

Regreso la mirada hacia el ventanal, Nina se ha mantenido inerte en la misma posición, observando mi arrebato, y ese hecho me resulta fascinante. ¿Por qué no se ha escondido?

Tengo que distanciarme de ella, recuperar el control de mis actos y olvidarme de meterme entre sus piernas. Por mucho que me atraiga, por mucho que ansíe escuchar sus gemidos, no puedo olvidarme de que esconde algo. Y mientras espero a que llegue la información de Constantine, me centraré en Cormac.

—Vayamos al despacho, hablemos del puto irlandés —restablezco el orden.

Han transcurrido dos noches desde que Nina está en mi residencia. Le he pedido a Mariana que me mantenga informado sobre cualquier cosa que le afecte; deseo conocer cada detalle de su

vida. Desde sus hábitos alimenticios hasta sus rutinas diarias. No me interesa solo su origen o su historial académico, sino también sus secretos más profundos. Anhele sumergirme en los recovecos más oscuros de su ser. Quiero desvelar qué la perturba en sus sueños, qué sombras la acosan en la penumbra de la noche y si acaso yo soy un actor en esa tétrica obra que se desarrolla en sus pesadillas.

Me he sorprendido pensando en ella más veces de las que debería, y debo admitir que, en la mayoría de mis fantasías, su cuerpo es el protagonista. Me obsesiono con la imagen de sus ojos avellana, profundos y enigmáticos, y con esas manos de dedos finos y alargados que parecen ansiosas por explorar cada recodo de mi anatomía. Es como si su presencia me atrapara en un vórtice de deseo y curiosidad del cual no deseo escapar. La he estado observando, aunque sé que ella no se ha dado cuenta, lo he hecho.

Abro el portátil que tengo en el escritorio de mi dormitorio y tanteo una tienda de ropa exclusiva, imaginándola entre telas de seda o satén. Escojo dos vestidos distintos y algo de lencería, con eso será suficiente, una vez que averigüe qué oculta, la mandaré a alguna propiedad apartada. No me agrada tener a una posible espía tan cerca, tengo que desentrañar cuanto antes quién es en realidad Nina Rodríguez.

A la mañana siguiente doy la orden de que preparen un servicio para dos en la terraza de la segunda planta, aviso a Mariana de que se lo comunique a Nina y le lleve el vestido que le he elegido.

Deseo mantener una charla durante la cena de esta noche.

La terraza se baña con la suave luz del sol, que comienza a ocultarse, creando sombras danzantes sobre la mesa preparada para la cena. Se han dispuesto velas que iluminarán nuestro encuentro y luces led que emulan las estrellas. Un ambiente que pretendo sea relajante, quizás de esa manera me confiese la verdad que esconde.

Nina se presenta con una actitud provocadora, luciendo un atuendo que desafía mis expectativas y despierta una mezcla de sorpresa y admiración en mi interior. Sus ojos avellana me observan con una chispa de audacia, como si estuviera lista para cualquier cosa que se cruce en su camino.

No ha optado por el vestido palabra de honor de satén negro que elegí para ella. En su lugar, llama mi atención su aspecto actual, con un pantalón negro ajustado que resalta cada una de sus curvas, combinado con una blusa de seda roja que parece arder contra su piel pálida. El contraste entre el negro y el rojo es llamativo, provocativo y resalta la feminidad de Nina de una manera que no había anticipado.

Me mantengo impasible mientras la observo, tratando de discernir qué hay detrás de su fachada de valentía. La elección de su vestimenta es una pequeña rebelión, un recordatorio sutil de que no quiere ser controlada. Y aunque su desafío me molesta un poco, no puedo evitar sentir una cierta atracción por su audacia.

—Buenas noches, Yerik —saluda con una sonrisa, y noto el tono desafiante en su voz.

—No esperaba verte con ese atuendo, Nina —mi tono es serio, pero no puedo evitar una pizca de diversión en mi mirada. ¿A qué está jugando?

Ella alza una ceja con insolencia, desafiándome con su mirada.

—¿No te gusta?

Me acerco a ella con pasos calculados, sintiendo cómo la tensión entre nosotros aumenta con cada centímetro que nos separa. Puedo percibir el aroma sutil de su perfume mezclado con un ligero rastro de nerviosismo.

—No te equivoques, Nina —susurro, dejando que mi aliento cálido roce su piel—. No permitiré que desafíes mi autoridad.

—¿Desafiarte? —repite, con una mueca que no logro descifrar—. Solo pensé que sería más adecuado para la ocasión.

Me pregunto qué es lo que de verdad busca con su actitud. ¿Quiere provocarme? ¿O está tratando de ocultar algo detrás de esa fachada de valentía?

—No te conviene jugar conmigo, Nina —le advierto—, no estás preparada para lo que eso puede conllevar.

—¿Qué tienes pensado hacer conmigo? —su voz suena retadora, pero puedo detectar el ligero temblor en su tono.

Con un movimiento casi instintivo, trazo su mandíbula con un dedo, sintiendo como su cuerpo reacciona ante mi contacto. Su mirada se desvía hacia mi boca, pero me niego a sucumbir a mis instintos.

—Eso, querida Nina —susurro—, es algo que descubrirás muy pronto.

Mientras me alejo de ella, puedo sentir el peso de su mirada sobre mí, como si estuviera tratando de descifrar mis pensamientos, pero no puedo permitir que sepa cuán intrigado estoy por ella, no aún. Por ahora, debo descubrir qué secretos esconde.

Nina

Cinco días han transcurrido desde que me vi atrapada en este mundo. Durante este tiempo solo he compartido espacio con la chica encargada de la limpieza, Laila, y Mariana. Esta última, al menos, se digna a entablar conversación, porque lo que es la joven apenas alza la mirada del suelo en nuestra interacción.

Desde la cena de la otra noche con Yerik no he vuelto a verlo. Aún no puedo creer que haya tenido el coraje de desafiarlo y negarme a usar el precioso vestido de satén que había elegido para mí. Ese acto fue una forma de rebelarme, quizás la única oportunidad que se me ha presentado hasta ahora. Su cercanía me afecta de una manera que me aterra, un miedo distinto al que siento al pensar que él es el *pakhan* de la mafia rusa.

Durante la cena, la tensión entre nosotros fue aumentando a medida que Yerik hacía preguntas sobre mi vida, cosas que sé que ha debido investigar. Le respondí a todas con sinceridad: dónde crecí, dónde me gradué y mi lugar de residencia. Le aseguré que mi cuenta bancaria era insignificante, con apenas cuatro mil ochocientos dólares ahorrados, y que nunca había visto ni oído hablar de Cormac.

En cierta manera, su actitud me recordó a mí misma cuando persigo una pista y no me rindo hasta encontrar las respuestas que tanto necesito.

Pensar en todo esto me entristece, desde este lugar no puedo avanzar con mi investigación y cada día que pasa siento que he fallado.

La ventana del dormitorio se ha convertido en mi única fuente de entretenimiento, aunque ya he memorizado cada rincón del jardín trasero y hasta puedo describir la estructura del invernadero con un detalle casi obsesivo. Y, como si estuviese visualizando una telenovela en la televisión de esas que tanto les gustan a mis primas Sabela y Teresa, he descubierto los secretos que la oscuridad de la noche oculta: los fugaces encuentros entre un guardia de seguridad y su amante.

Cada mañana, antes de que el sol despunte en el horizonte, el jardinero se presenta en su puesto de trabajo. Y Mariana, con un gesto que oscila entre la cortesía y la obligación, le ofrece una jarra de agua y unos panecillos, quizás como un ritual rutinario o como parte de sus deberes laborales.

Estos pequeños detalles de la vida cotidiana, desenterrados de la oscuridad por la inquietud de mis noches insomnes, pintan un cuadro vívido de la realidad que se desenvuelve más allá de estos muros.

Las pesadillas no han cesado, incluso podría asegurar que se han incrementado. No solo sueño con lo que sucedió en el Sin City, también lo hago con Yerik y sus gélidos ojos azules; en ocasiones tengo la sensación de que está observándome entre las sombras. Me avergüenza reconocer lo mucho que me atrae, revivo el calor de sus brazos contra mi piel, me imagino sus labios paseando por mi cuello mientras se pega a mi pelvis y noto su erección, pero cuando estoy a punto de rogar por más, el sueño se torna oscuro. El ambiente cambia y su aura muta y me apunta con su arma. Me despierto sudorosa, con la sensación de que me ha atravesado una bala

el estómago, y soy incapaz de volver a conciliar el sueño. Por ese motivo dormito la mayor parte del día.

A pesar de los días de encierro y el constante miedo que me invade, algo en mí se niega a rendirse por completo. Aprovecho cada oportunidad para observar y analizar mi entorno, buscando cualquier pista que pueda ayudarme a encontrar una salida. Por mucho que escudriñe, mi mayor temor es qué le pasaría a mi familia si huyo.

El rostro de Yerik no solo sigue persiguiéndome en mis pesadillas, su presencia dominante y su mirada implacable me atormentan incluso en mis momentos de descanso. Pero también hay algo más en él, algo que me intriga y me atrae a pesar de todo. Es como si hubiera una capa de oscuridad que envuelve su figura, solo que bajo esa capa existiesen destellos de humanidad que me hacen dudar de mis propios juicios. Durante la cena que compartimos hubo un momento en el que me sentí cómoda, me sentí bien a su lado.

Mientras me sumerjo en mis pensamientos, el sonido de la puerta que se abre me saca de mi ensimismamiento. Mariana entra en la habitación con una bandeja en las manos, trayendo consigo una pequeña dosis de normalidad en medio de este caos.

—Buenas tardes, *devochka*. ¿Cómo te encuentras hoy? —me pregunta con una sonrisa cálida mientras coloca la bandeja sobre la mesa junto a la cama.

—Hola, Mariana. Supongo que igual que ayer —respondo con sinceridad, agradecida por su presencia amable en este lugar sombrío—. He dormido un par de horas en la mañana.

—Lo sé, vine a revisar cómo te encontrabas. —Deja la bandeja encima de la mesa auxiliar—. ¿Seguro que no quieres tomarte un somnífero?

—¡No! —exclamo, sintiendo que el corazón se me acelera solo de imaginarme adormecida y sin la capacidad de moverme.

Mariana asiente, comprensiva, y se sienta en el borde de la cama, mirándome con curiosidad.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudarte? ¿Necesitas algo en particular?

La pregunta me toma por sorpresa, y por un momento me encuentro indecisa sobre qué pedir, pero luego un pensamiento audaz se abre paso en mi mente.

—¿Podrías ayudarme a salir de aquí? —suelto la pregunta con cautela, sintiendo el peso de la posibilidad en mis palabras—. No me malinterpretes, tan solo quiero respirar un poco de aire fresco, caminar por el jardín.

Mariana me mira con sorpresa, solo que su expresión pronto se transforma en una mezcla entre resignación y disgusto.

—Lo siento, *devochka*, pero no puedo hacer eso. Mi lealtad está con Yerik, y él ha decidido retenerte aquí. No puedo ni quiero ir en contra de sus órdenes.

La decepción pesa en mi pecho, no obstante, también siento un destello de osadía.

—Lo comprendo... —Agacho la mirada—. Creo que me vendrían bien esos somníferos para esta noche.

—Te los traeré, necesitas descansar. Me alegro de que al final entres en razón —dice, dándome una palmada en la rodilla antes de levantarse de la cama.

He esperado a que sea de noche para revisar todas las prendas de vestir que me trajeron de mi apartamento y escoger algo que fuese llamativo. Nunca me he caracterizado por ser una mujer estilosa. Así que me imaginé a las chicas del Sin City a mi lado dándome consejos. Al final me decidí por ponerme una parte de arriba palabra de honor color burdeos y una minifalda negra con

tachuelas en los bordes que llevaba escondida al fondo de mi armario desde hace al menos tres años. Respiro con profundidad antes de reunir las agallas para abrir la puerta.

—Buenas noches, Shamil. —Le sonrío amable.

—Señorita Rodríguez, no puede abandonar su dormitorio —me asevera, cruzándose de brazos y plantándose justo debajo del marco.

—Lo sé —realizo un mohín—, tan solo quería tener con quién charlar.

—No creo que sea...

—Por favor, llevo días aquí sin salir, sin un teléfono, sin música ni libros. Voy a volverme loca. —Le ruego con la mirada.

—El señor Bykov ha ordenado que...

—El señor te ha dicho —le interrumpo de nuevo con rapidez, posando la palma de la mano en su pecho—, el señor ha dicho que no salga del dormitorio y que me vigiles.

—Así es. —Frunce el ceño, bajando la vista a donde tengo posada la mano.

—No estás incumpliendo ninguna orden, ¿verdad? —le insisto, y doy un par de pasos hacia atrás para incitarle a entrar.

—No, claro que no —murmura, avanzando con dudas en el dormitorio.

La sonrisa que le lanzo es de alivio, pero también una de esperanza. Me muerdo el labio inferior sin saber del todo cómo reaccionará.

—¿No hace demasiado calor aquí dentro? —pregunta Shamil, observando por el rabillo del ojo el termostato.

—Creo que se ha estropeado. —Me encojo de hombros, intentando restarle importancia—. Mariana me trajo antes de irse a descansar una jarra de agua fría con hielo, ¿te apetece un vaso?

—No, gracias.

—Ni que fuese alcohol —levanto una ceja y me sirvo un vaso—, pues yo pienso beber, hace demasiado calor.

—Voy a dar aviso para que vengan a arreglarlo. —Se da la vuelta con intención de marcharse.

—Mariana ya lo hizo —expreso inquieta, me dirijo dando una pequeña carrera a la mesita de noche y le muestro una baraja—. ¿Te gustaría jugar a las cartas conmigo? —Shamil duda, y no lo dejo pensar demasiado o no accederá—. Podemos dejar la puerta abierta, solo una partida y luego podrás volver al aburrido pasillo.

Esbozo una sonrisa victoriosa en el momento que acepta la invitación. Doy un salto triunfante en mi interior; si todo sale como he planificado, esta noche podré sentirme libre.

Han pasado cuarenta y cinco minutos desde que empecé a jugar con Shamil, y no solo me refiero a las cartas. Al final he conseguido que beba agua en varias ocasiones, y me da la sensación de que los somníferos están comenzando a hacer efecto. He leído el prospecto para asegurarme de que no le suministraba una dosis demasiado elevada, aun así, no estoy segura de cuáles serán los efectos adversos.

Me tapo parte del rostro con las cartas que tengo entre las manos en forma de abanico. Tengo los nervios a punto de ebullición, en cualquier momento el corazón se me saldrá del pecho.

Shamil pestañea con lentitud, se sostiene por pura fuerza de voluntad, y estoy aterrada con la posibilidad de que se dé cuenta de lo que he hecho y dé la voz de alarma. En cuanto me percató de que su cuerpo comienza a deslizarse a un lado, me levanto con rapidez de la silla y me apresuro a sujetarlo para que no se caiga de bruces contra el suelo.

—¡Madre mía, cuánto pesas! —protesto, agarrándolo de la cintura e intentando arrastrarlo hacia la cama.

—Qué...qué me has... —Shamil balbucea, apenas puede mantenerse despierto.

—No pasa nada —le indico, subiéndole los pies al colchón—, descansa.

Me aproximo al pasillo con cautela, reviso a ambos lados antes de salir del dormitorio y cierro la puerta con cuidado de no hacer ruido. Avanzo usando las puntas de los pies, he agarrado unas bailarinas que llevo en la mano para ponérmelas después, dado que es más seguro ir descalza. Observo el despacho de Yerik desde la distancia, recuerdo el teléfono de cable que tiene encima del escritorio y desearía usarlo para llamar a mis padres y decirles que estoy bien.

Me aproximo hasta la puerta de madera, coloco las palmas de las manos en ella y arrimo la cabeza hasta pegar la oreja. No se escucha nada, pero eso es lo más lógico teniendo en cuenta que lo más seguro es que esté insonorizada. Me muerdo el labio inferior por dentro de la boca hasta hacerme daño, tengo que tomar una decisión.

Lleno los pulmones de aire y lo retengo mientras giro el pomo con cautela, pero me percató al instante de que está cerrada con llave y no es posible acceder. Desanimada, giro sobre mis pies y decido continuar con mi pequeña escapada nocturna.

En cuanto alcanzo la planta baja, me muevo por instinto para llegar al jardín trasero. Traspaso un gran salón y me freno enfrente de las puertas dobles de cristal, contengo la respiración en cuanto giro el pomo, rezando para que no suene ninguna alarma. En cuanto compruebo que no sucede nada, vuelvo a recuperar el aliento y me escabullo entre las sombras para ir hacia el invernadero.

Soy consciente de que salir de esta finca es algo imposible de contemplar, también sé que, en el supuesto de lograrlo, Yerik me daría caza, me buscaría y pondría en peligro a mi familia, cosa que nunca haré. No obstante, necesito sentir algún tipo de libertad, que soy capaz de tomar alguna decisión y sentirme libre. Por ese motivo tenía que dar esquinazo a Shamil.

Al adentrarme en el invernadero, la calidez de la noche me envuelve y se me forma una pequeña sonrisa al imaginarme a la pareja de enamorados escabulléndose aquí dentro para dar rienda suelta a sus instintos más carnales. Aunque la luz es tenue, las estrellas y la luna se reflejan en las paredes de cristal, creando destellos que iluminan la senda con suavidad. Las cortinas blancas son movidas por una brisa suave.

Camino a través de los senderos de piedra, deteniéndome junto a un estanque bañado por la luz de la luna, donde los nenúfares bailan al compás de una sinfonía muda y los peces juegan bajo la superficie. En los rincones más apartados localizo bancos tapizados en terciopelo de color crema que invitan al descanso y la intimidad. Reconozco el jazmín y la lavanda entre las exuberantes plantas exóticas.

Llama mi atención unas flores blancas en forma de campanilla que resplandecen en la penumbra. La fragancia dulce de esta flor embriaga mis sentidos, invitándome a perderme aún más en la magia de la noche.

—¿Te gustan? —Se me corta la respiración en cuanto escucho su voz—. Son lirios del valle, una flor típica de Rusia —me giro, Yerik camina en mi dirección, quedándose a un palmo de distancia—, *mayskiy zvonok*.

—¿Qué significa? —pregunto en un susurro.

—Campanilla de mayo —responde, y alargando la mano para colocarme un mechón de pelo continúa hablándome sin dejar de mirarme a los ojos—, el lirio del valle tiene un significado simbólico en la cultura rusa, a menudo es asociada con la juventud y la pureza.

—Son preciosas.

—También son peligrosas —da un paso al frente, sus labios rozan los míos—, todas las partes del lirio del valle, especialmente las bayas rojas, son altamente tóxicas si se ingieren.

—¿Y por qué las tienes en tu invernadero si tan peligrosas son?

—Por la misma razón que te tengo a ti en mi propiedad.

Sus palabras están cargadas de un magnetismo oscuro que envuelven mi mente en un torbellino de turbación y deseo. La intensidad de su mirada me atrapa como si estuviera bajo un hechizo, incapaz de apartar mis ojos de los suyos.

—¿Qué quieres decir con eso? —mi voz apenas es un susurro, temerosa de romper el encanto que nos envuelve.

—Las cosas más hermosas a menudo llevan consigo un peligro latente. —Su aliento acaricia mi piel, haciéndome estremecer—. Al igual que el lirio, tú, mi querida Nina, eres una flor en medio de la oscuridad, hermosa, pero peligrosa.

El palpitar de mi corazón resuena en la quietud del invernadero. La atracción que siento hacia él es tan intensa como el perfume del lirio del valle, pero también va acompañada de un temor que se arraiga en mi ser. Tenerle tan cerca me perturba, soy incapaz de pensar con claridad.

—Señor, aquí se lo traigo. —Un guardia de seguridad irrumpe en nuestro encuentro y mi alma se me cae al suelo en cuanto veo que arrastra a Shamil de un brazo.

El chico intenta seguir el ritmo, pero sus pies torpes tropiezan uno con otro. Estoy sudando solo de imaginarme cuál va a ser su destino.

—¿Qué es lo que le vas a hacer? —Mi voz tiembla, reflejo de la incertidumbre que me consume.

Yerik se acerca aún más, sus labios rozan mi cuello con suavidad, enviando escalofríos por todo mi cuerpo.

—Quiero que aprendas una valiosa lección —susurra, sus palabras cargadas de certeza—. Te hice una promesa, y siempre cumplo mi palabra, pero no voy a permitir que mis hombres bajen la guardia ante una cara bonita.

—No lo hagas, por favor —lo sujeto del brazo con tanta fuerza que creo que le estoy clavando las uñas a través de la chaqueta—, él no ha hecho nada, yo le drogué.

—En eso te equivocas *malen'kiy tsvetok*, él es responsable de sus actos. Así como tú de los tuyos.

Cierro los ojos, dejándome llevar por la corriente de emociones que siento; culpabilidad, miedo y resignación entre otras muchas. En medio de la oscuridad del invernadero, el sonido de un disparo me devuelve a la realidad.

Yerik no es mi salvador, es el jefe de la Bratva y yo soy su prisionera.

Yerik

Mientras el sol se sumerge en el horizonte, mi despacho se convierte en un santuario de penumbras, iluminado solo por los destellos dorados que se filtran entre las cortinas color oliva. Akim y Luka permanecen junto a mí, sus semblantes serios revelan la gravedad de la situación que enfrentamos.

—¿Qué sabemos sobre Cormac? —mi voz resuena en la estancia, dejando que la incertidumbre se apodere del ambiente.

Akim toma la iniciativa, desplegando sobre el escritorio un expediente meticulosamente organizado, revelando los secretos que han desenterrado nuestras fuentes.

—Según nuestros informantes, ha estado expandiendo sus redes en los últimos meses. Parece estar atrayendo a nuevos aliados y consolidando su poder en la región. Esta propuesta podría ser su intento de forjar una alianza estratégica contigo, Yerik, pero debemos considerar la posibilidad de que oculte otros motivos.

—No podemos bajar la guardia —asegura Luka, sus puños tensos expresan su malestar—. Podría ser una trampa.

Me sumerjo en un mar de pensamientos, sopesando cada palabra de mis consejeros. Sé que debo proceder con cautela, aunque también reconozco que esta es una oportunidad que no puedo dejar pasar.

—Iré de todas formas, pero asegúrense de que nuestros hombres estén en alerta para cualquier eventualidad —determino, aceptando el desafío que se avecina.

Mientras Akim y Luka se retiran para ultimar los preparativos, me quedo solo en mi despacho, sumergido en un océano de reflexiones. La presencia de Nina en mi propiedad sigue siendo un enigma que se interpone en mi camino. A pesar de mis instintos de desconfianza, algo en ella me intriga, despertando una curiosidad que no puedo ignorar.

Me levanto de mi escritorio y salgo del despacho, dirigiéndome hacia el ala de la casa donde se encuentra su habitación. Horas atrás, Constantine me ha entregado un informe detallado sobre Nina Rodríguez, revelando su verdadera identidad como periodista. Con astucia ha utilizado el seudónimo de Nina Tarasova, adoptando el apellido de soltera de su abuela materna. Resulta intrigante que recurra a sus raíces rusas para firmar sus artículos.

He buscado en internet algunos de sus trabajos y debo admitir que quedé cautivado por su habilidad para exponer la verdad con pruebas contundentes, manteniendo al mismo tiempo una imparcialidad inquebrantable en casos de corrupción y malversación de fondos. Aunque sus escritos desafían a las altas esferas, aún no logro descifrar cuál fue su motivo para adentrarse en el Sin City.

Al llegar, la puerta entreabierta me da la bienvenida, custodiada por un soldado que se aparta al verme. Una tenue luz se filtra desde el interior, revelando la figura de Nina sentada en la cama, con la mirada perdida en el vacío. Al levantar la vista y encontrarse con la mía, su sorpresa es palpable y se incorpora con rapidez.

—¿Qué haces aquí? —su voz es suave, pero firme, resuena en la habitación, tejiendo un manto de cautela y desconfianza.

Permanezco inmóvil por un instante, atrapado por la intensidad de su mirada y la magnética atracción que siento hacia ella. Durante todas estas noches, en algún momento de la madrugada he entrado a hurtadillas en el dormitorio para observarla a la distancia, memorizando su rostro, su cuello, sus manos. Con un gesto decidido, doy un paso adelante, acortando la distancia entre nosotros.

—Recuerda que esta es mi casa —mi voz, cargada de tensión, se cuela entre nosotros mientras la observo con detenimiento, dejando que mi mirada recorra cada detalle de su presencia.

—Cierto, eres el carcelero y el verdugo de este castillo —responde insolente, algo que me hace hervir la sangre.

—Ten cuidado, princesa —doy un paso al frente y ella se mantiene en su sitio, clavando los pies al suelo—, nadie vendrá a rescatarte.

Nina permanece frente a mí, su mirada chispeante con una mezcla de sorpresa y cautela. Su presencia exuda una energía magnética que me atrae como un imán, y la tensión entre nosotros se vuelve palpable, cargada de una atracción prohibida.

—¿Acaso vas a castigarme como hiciste con Shamil? —Nina entrecierra los ojos, tiene la mala costumbre de soltar lo primero que se le pasa por la cabeza cuando está nerviosa.

—Shamil sigue con vida porque yo lo decidí; se llevó un disparo en el brazo en vez de en la cabeza, y está agradecido por ello —le puntualizo.

—Claro que sí, porque todos debemos estar agradecidos de que nos permitas seguir respirando —replica sarcástica.

—Nina —menciono su nombre con un tono más grave de lo habitual.

—¿Qué quieres, Yerik?

Mi pulso se acelera ante su tono desafiante, pero me mantengo firme, sin apartar la mirada de la suya.

—Estoy aquí para descubrir qué me estás ocultando —respondo, mi voz resuena con una intensidad que refleja el tumulto de emociones que siento en mi interior.

Nina me observa con atención, sus ojos terrosos brillan de curiosidad y con audacia.

—¿Y qué te hace pensar que voy a compartir mis secretos contigo?

Sin pensar, doy otro paso hacia ella, reduciendo aún más la distancia entre nosotros. Puedo sentir el calor de su cuerpo atrayéndome, alimentando el fuego que arde dentro de mí.

—No es una petición *malen'kiy tsvetok* —susurro, mis palabras cargadas de una tensión eléctrica que parece llenar la habitación.

Nina me mira con intensidad, como si estuviera evaluando mis palabras, buscando descifrar mis verdaderas intenciones. Entonces, sin previo aviso, me acerco aún más a ella, nuestros labios se rozan, y un segundo más tarde ese movimiento lento y candente se transforma en un beso ardiente, apasionado.

El contacto de sus labios contra los míos desata una oleada de deseo que arde como un fuego en mi interior. Mis manos encuentran su cintura, atrayéndola hacia mí con fuerza mientras nuestras bocas se funden en busca del aire que nos falta.

El mundo a nuestro alrededor desaparece mientras nos entregamos al ardor del momento, explorando cada rincón del otro con una urgencia febril. Mis manos recorren su cuerpo con

avidez, memorizando cada curva y cada contorno mientras sus dedos se enredan en mi cabello, atrayéndome más cerca.

Nos separamos un segundo para recuperar el aliento, pero la tensión sexual entre nosotros sigue zumbando en el aire, envolviéndonos en un torbellino de deseo y anhelo. Sin palabras, nuestros labios vuelven a encontrarse en un beso aún más fogoso, agarro el borde de su camiseta y empiezo a levantarla para retirársela.

—No —susurra entre jadeos.

—¿No a qué? —cuestiono en voz baja, besándole el cuello mientras mis manos han dejado su camiseta para centrarse en su cintura. Uso la pierna como ancla y la introduzco entre sus muslos—. Dime, pequeña flor.

—Esto, tú... yo... —Sé que lucha contra la atracción que siente, pero lo que no comprende es que ya no tiene escapatoria.

—¿Qué ocurre con esto? —pregunto sin dejar de esparcir pequeños besos por su escote, usando mi lengua como si fuese una pluma y su piel mi diario personal—. ¿No te gusta?

—Sí —musita temblorosa, restregándose, realizando más fricción y usando mi muslo como soporte para cabalgarme.

—Entonces dime, ¿quieres que me aleje?

—Yo... No...

—Háblame, Nina, ¿qué deseas?

—Yerik... —susurra mi nombre, y siento como su cuerpo se contrae.

Sujeto su mentón con la punta de mis dedos y fijo la mirada en la suya, tiene los ojos vidriosos, su respiración es entrecortada y la vena de su cuello se ha dilatado y palpita al ritmo de su corazón. Tengo una erección de mil demonios, deseo meterme entre sus piernas, follarla y lamer cada rincón de su cuerpo. Sin pensarlo dos veces la beso, uno nuestros labios y siento cómo me corresponde sin reparos, sin temor a lo que pueda sucederle entre mis manos. Y esa rendición es adictiva.

Nina se ha convertido en mi nueva adicción.

Nina

Mi cabeza da vueltas en una danza vertiginosa que no se detiene, una vorágine de sensaciones que me envuelven. No es una metáfora, es la realidad cruda que enfrento cada segundo, cada minuto en los brazos de Yerik. Cada instante a su lado desgarrar un poco más mi cordura, desmantelando las barreras que intento erigir con desesperación.

Debo resistir, no hay otra opción. Debo reunir los fragmentos dispersos de mi voluntad, aunque sean solo migajas de cordura, para alejarme de él. Me enderezo con rigidez, los hombros cuadrados, la mandíbula tensa, apartando la cabeza con un gesto brusco. No soy una de sus marionetas, no soy una muñeca a su disposición para que me use y luego me descarte como un juguete roto.

La atracción que arde entre nosotros es innegable, una llama oscura que consume todo a su paso, pero no puedo permitir que esa pasión eclipsable nuble mi juicio. No puedo olvidar quién es él.

—Apártate —mi voz es un susurro firme, un eco en mi mente que se repite constante.

Yerik me mira con intensidad, sus ojos escudriñan los míos, como si buscaran la verdad en lo más profundo de mi ser.

—¿Estás segura? —su voz es un murmullo que me acaricia, pero su presencia es una sombra que me acecha.

—Sí, lo estoy —respondo con una firmeza que apenas puedo sostener—. No quiero esto.

Mis manos presionan su pecho, intentando empujarlo lejos de mí, pero su cercanía es asfixiante, su presencia abrumadora.

El fantasma de Pavel regresa a mi mente con su violencia repugnante, un recuerdo me golpea con fuerza, avivando el fuego de mi repulsión hacia cualquier toque masculino.

Yerik nota mi gesto, su ceño se frunce en una mueca de dolor apenas perceptible. Sin embargo, su mano se posa con firmeza en mi mentón, imponiendo su autoridad con un toque suave, pero dominante.

—Soy muchas cosas, Nina, pero jamás he violado a una mujer —su voz es un susurro grave cargado de una verdad que corta el aire que nos separa como una daga.

Sus palabras me desconciertan, su mirada profunda me arrastra a un abismo de emociones contradictorias. ¿Quién es este hombre que me desarma con cada palabra, con cada mirada?

—Tienes poder, Yerik, un poder que muchos temen —musito, compartiendo mis pensamientos más oscuros—. Eres rico, poderoso y perteneces a una de las organizaciones más peligrosas del mundo. ¿Cuántas mujeres se atreverían a decirte que no?

La tensión en el aire es palpable, una corriente eléctrica que arde entre nosotros. Yerik me enfrenta con determinación, su mano desciende hasta mi cuello, ejerciendo una presión sutil, pero implacable.

—En este instante no me interesan otras mujeres, y hace unos momentos tú gemías mi nombre —su voz es un murmullo ronco lleno de un deseo que me consume por dentro—. Estoy seguro de que, si meto mi mano dentro de tus bragas, encontraré tu sexo empapado. Eso no es el

resultado de mi dinero o mi posición, Nina. Eso es tu deseo, tu ansia desesperada de entregarte a mí.

Me esfuerzo por mantener la compostura, por resistir la oleada de placer que amenaza con arrastrarme, pero mi mente se niega a ceder, se aferra a la única certeza que tengo en este mar de incertidumbre.

—Puede que mi cuerpo reaccione a tus caricias, a tus besos —mi voz es un susurro que apenas logra escapar de mis labios—, pero mi mente se niega a aceptarlo.

La rabia destella en los ojos de Yerik, su mano se afloja en mi cuello antes de soltarme con brusquedad. Se aleja de mí con pasos largos y decididos, dejando un rastro de oscuridad.

Espero el portazo que nunca llega, el sonido de su partida que nunca resuena en la habitación. La puerta queda entreabierta, una invitación silenciosa a la libertad que tanto ansío.

Me desplomo en la cama, exhausta por el torbellino de emociones que me consume. ¿Qué ha pasado? Cierro los ojos con fuerza, deseando encontrar refugio en los brazos de Morfeo, anhelando escapar de este mundo de sombras y miedos que amenaza con devorarme entera.

Al despertar a la mañana siguiente, me sorprendo al sentirme relajada y renovada. He dormido toda la noche sin pesadillas, aunque recuerdo haber soñado con Yerik, con sus miradas y sus besos, excitándome como ningún otro hombre ha logrado hacerlo. Me estiro en la cama, bostezando somnolienta, y me permito quedarme perezosa durante unos treinta minutos antes de levantarme para dirigirme al baño y darme una ducha.

Me tomo mi tiempo para lavarme el cabello y mimarme con las esencias que ofrecen en este lugar, algo que nunca imaginé que podría usar. Salgo con cuidado de la bañera, envuelta en un albornoz mientras seco mi pelo.

—Buenos días, *devochka* —escucho la voz de Mariana entrando en el dormitorio, sonrío al saber que dejó una bandeja con un desayuno completo en la mesa auxiliar.

—Buenos días, Mariana. Salgo en un minuto —le digo por encima del ruido del secador.

—¿Qué? —pregunta, abriendo la puerta.

—Decía que salgo en un minuto. —Río al ver lo común de la escena y lo distante que está de la realidad.

—Tienes mejor aspecto. Me alegra que hayas podido descansar bien esta noche.

—Yo también.

—El señor Bykov ha dado permiso para que puedas pasear por la finca durante el día —Mariana me indica antes de volver a la habitación.

—Espera —apago el secador y la sigo—, ¿Yerik dijo qué?

—No es necesario que continúes metida aquí —repite, y no puedo creerlo.

—Entonces puedo salir. —La alegría me inunda mientras sujeto sus manos—. Puedo salir.

—Puedes, pero dentro de la finca —aclara—, y siempre habrá alguien que te acompañe de cerca.

No le presto mucha atención a lo último que dice, solo estoy pensando en salir al sol y sentir la brisa entre mis dedos. Me dirijo al armario, elijo lo primero que encuentro, un vestido de verano que me llega a las rodillas, y sin preocuparme por si es apropiado o no, me calzo unas Converse.

Olvidándome por completo del desayuno, e incluso de la pobre Mariana, que grita cuando me ve salir corriendo por la puerta hacia la planta baja, bajo por las escaleras con paso ligero, sintiendo la emoción palpitando en mi pecho. La perspectiva de salir al aire libre, de explorar,

aunque sea los confines de esta finca, me llena de una sensación de libertad de la que no era consciente cuánto anhelaba.

Al llegar al vestíbulo, me detengo un instante, tomando aire para calmar mi excitación. Mariana me sigue de cerca, con una expresión entre preocupada y sorprendida por mi repentina energía.

—Ten cuidado —me advierte, su voz cargada de ansiedad—, has podido matarte. ¿Cómo se te ocurre bajar de esa forma?

—No te preocupes, estoy bien —le aseguro con una sonrisa.

Empujo con decisión la pesada puerta principal y salgo. La luz del sol me golpea con fuerza, cegándome por un momento mientras mis ojos se ajustan a la claridad.

Inhalo en profundidad, llenando mis pulmones con el aire fresco y perfumado de la mañana. El aroma de la naturaleza me envuelve, mezclándose con el dulce perfume de las flores que adornan los jardines que se extienden frente a mí.

Camino, dejando que mis pies me guíen sin rumbo fijo. Mis sentidos se inundan con los sonidos de la vida que bulle a mi alrededor: el canto de los pájaros, el susurro del viento entre las hojas, el suave murmullo del agua que fluye en una fuente cercana.

Por un momento, me permito olvidar todo lo que me atormenta, todo lo que me ha traído hasta este lugar. Me dejo arrastrar por la belleza de mi entorno, por la serenidad que encuentro en medio de este oasis de tranquilidad.

Pero incluso en este paraíso, la sombra de Yerik sigue acechando mis pensamientos, y no puedo evitar preguntarme qué estará haciendo en este momento. Sacudo la cabeza, tratando de apartarlo de mi mente.

Continúo mi paseo, dejando que mis pies me lleven a donde quieran; pasan los minutos, quizás varias horas. Estoy segura de que ya es la hora de la comida, sin embargo, estoy tan a gusto que me da lo mismo. Por un momento, me permito sentirme libre, aunque sea solo por un instante fugaz. Es como si el mundo se detuviera, como si por fin encontrara un refugio en medio de la tormenta que se ha convertido mi vida.

Entonces, un sonido rompe el silencio, sacándome de mi ensimismamiento. Alzo la mirada, encontrándome con Mariana, quien me observa con preocupación, sus ojos reflejan temor.

—*Devotchka*, tenemos que volver adentro —dice con voz temblorosa.

Frunzo el ceño, confundida por su repentino cambio de actitud, pero antes de que pueda preguntarle qué sucede, escucho el sonido de pasos acercándose por el sendero.

Me giro y veo a un hombre alto y fornido aproximándose hacia nosotros, su rostro oculto bajo la sombra que proyecta un árbol me impide visualizar sus rasgos. Mi corazón se acelera, un nudo se forma en mi garganta y siento un escalofrío recorrer mi espalda.

—¿Quién es ese? —pregunto, mi voz apenas un susurro.

—Es un hombre de Yerik —responde Mariana, nerviosa—. Tenemos que irnos, ahora.

Sin dudar, me doy la vuelta y corro hacia la casa, con la adrenalina bombeando por mis venas.

—¿Qué sucede? —le pregunto casi sin aliento.

Mariana no me contesta, apresura el paso hasta que llegamos a la entrada y cierra la puerta a mi espalda. En cuanto escucho el portazo, siento cómo me sujeta del antebrazo y me dirige hacia el salón.

—Vas a atenderme y a obedecer sin hacer preguntas —me indica mientras su mirada sondea cada ventanal de la vivienda—. Dos soldados nos van a escoltar hasta una habitación, una vez

dentro, tenemos que esperar.

—¿Esperar a qué?

—Lo de sin preguntas no es lo tuyo, ¿verdad?

—Perdón, tan solo es que no entiendo qué es lo que está pasando.

De repente, el sonido de varios coches derrapando en la entrada de la finca nos interrumpe. Por el rabillo del ojo reconozco a uno de los hombres de seguridad que se mueven por la casa, es Shamil, que pese a tener un brazo en cabestrillo ha sacado su arma y revisa el exterior desde una de las ventanas. Me acerco a su espalda, necesito saber quién acaba de llegar, si son una amenaza o, de lo contrario...

—¿Qué hacéis ahí paradas?! —nos grita—. ¡Marchaos!

Yerik

Cormac piensa que el lugar que se ha escogido para la reunión ha sido elección suya, pero lo que no sabe es que, de las tres opciones que le ofrecí, esta localización es la que más me beneficia de todas.

Las instalaciones en Kings Park Psychiatric Center son vastas y comprenden numerosas construcciones dispersas por el terreno; abandonado durante décadas, es una ubicación perfecta. El edificio principal es una estructura imponente de estilo victoriano, no obstante, demasiado grande para el objetivo que tengo en mente. Por eso estamos en un pabellón anexo.

Al ingresar en su interior, nos encontramos con pasillos oscuros y estrechos, paredes desconchadas y ventanas rotas que dejan entrar la luz filtrada. El olor a humedad y moho impregna el aire, algunas de las salas están equipadas con camillas oxidadas y viejos equipos médicos.

Akim me sigue de cerca acompañado de dos soldados, avanzamos encontrándonos con áreas más especializadas, como la sala de electroshock, nuestro destino.

—En posición —oigo a Luka a través del pinganillo.

Mis soldados entran primero en la sala, empujando las puertas dobles, y realizan un gesto afirmativo al comprobar que es seguro continuar.

—Esto no me gusta, Yerik —menciona Akim—, según los centinelas, entró en el edificio hace diez minutos, debería estar aquí.

El eco de los pasos en el pasillo nos anuncia su llegada. Dirijo la mirada a la puerta, mantengo la sangre fría, no es la primera vez que tengo negociación con los jefes de alguna facción, cártel o sindicato.

—¡Vaya, vaya, vaya! —Cada palabra que pronuncia está impregnada de una cadencia distintiva, alargando las vocales y puntualizando su herencia irlandesa. Cormac realiza su aparición sonriente, altivo y soberbio.

Su aspecto no ha cambiado desde nuestra última reunión en persona, antes de que mi padre me entregara el mando. La única diferencia es que ahora ha perdido más pelo y su barba rojiza ha crecido. Con orgullo, exhibe sus tatuajes en manos y brazos al remangarse la camisa hasta el codo.

—Empieza a hablar —le indico.

—Pero qué agresivo te has despertado hoy, ¿acaso la pequeña puta que calienta tu cama desde hace una semana no es tan buena como las que trabajan en tus clubs? Si te aburres, siempre puedes regalármela como un presente de nuestra nueva relación comercial.

«¡Cojones! ¿Cómo se ha enterado de que Nina está en mi residencia?», pienso cabreado por la falla en la seguridad que eso supone. Sin embargo, no le muestro ni un ápice de mi ira.

—De momento, no existe tal relación comercial —le puntualizo.

Nos enfrentamos cara a cara, a solo unos pasos de distancia, cada uno respaldado por tres hombres a nuestras espaldas.

—Quizás debería haberle propuesto esta reunión al viejo Fyodor —manifiesta mordaz, mostrándome una media sonrisa—, pero claro, el señor Bykov está un tanto impedido en la villa de Sagaponack, ¿no es así?

—Déjate de juegos, Cormac, y habla de una puta vez —le digo, dando un paso al frente, reparando en como sus dos soldados y su segundo al mando, Brendan, hacen el amago de sacar sus armas. Sin embargo, no lo llegan a hacer debido a que el jodido irlandés comienza a reírse como un puto lunático.

—Los rusos siempre tan serios, está bien, esto es lo que quiero —ahora es él quien da un paso al frente y son mis hombres los que se tensan—: acceso ilimitado a los muelles de Long Beach y el control total de Anaheim.

Quién controla los muelles es el rey del inframundo, y ese soy yo. Que esté interesado en la ciudad de Anaheim me alerta. Sé que hay mucho más en juego que el atractivo turístico de Disneyland Resort. La ciudad es un imán para actividades criminales como la prostitución y el juego ilegal, y Cormac por supuesto que tiene planes más grandes en mente.

—¿Y qué gano yo a cambio?

—Imagina los beneficios que podrías obtener al asociarte con nosotros: protección, influencia y acceso a recursos ilimitados. Además, ¿quién más en este negocio puede ofrecerte una alianza tan poderosa como la nuestra?

—Ya poseo todo eso, la realidad es que no hay nada que puedas ofrecerme que me convenza a aceptar tal propuesta.

Fijo la mirada en la suya, cada fibra de mi ser desea utilizar los aparatos de electroshock que hay en esta sala en él. La habitación parece encogerse a nuestro alrededor, atrapándonos en un duelo de voluntades.

—¿Tan seguro estás, Yerik? —la voz de Cormac ruge como un trueno, llenando el espacio con su presencia—. Te doblegarás ante mí o te enfrentarás a las consecuencias.

No puedo permitir que Cormac me intimide, no cuando está en juego el futuro de mi apellido y el imperio de mi familia. Hemos superado decenas de amenazas, tentativas de asesinato, torturas y secuestros en nuestras filas.

La Bratva no se doblega ante nadie.

—No confío en alguien como tú, cuyo honor se desvanece con cada palabra que pronuncia. ¿Cómo puedo estar seguro de que no me apuñalarás por la espalda en cuanto te convenga?

La sonrisa de Cormac se convierte en una mueca fría, sus ojos brillan con un peligro latente.

—No necesitas confiar en mí, Yerik. Solo necesitas entender que desafiarme sería la última decisión que tomarías.

—Tus amenazas no me hacen temblar, Cormac. Mis hombres y yo estamos dispuestos a luchar hasta el final. —Tenso la mandíbula con rabia—. Si decides venir a por nosotros, puedes empezar a rezar.

El silencio que sigue es pesado, cargado con la electricidad de un enfrentamiento inminente. Cormac estudia mi rostro con una mirada penetrante, evaluando su próxima jugada con un cuidado calculado.

—Muy bien, Yerik. Has elegido tu camino. Pero recuerda esto: en este juego solo hay dos opciones, estar conmigo o estar en mi contra. Y todos aquellos que se atrevan a desafiarme sufrirán las consecuencias.

Con un gesto de su mano, Cormac da la señal, y tanto él como sus hombres se van, dejándonos a solas.

—¡Pero qué narices ha sido eso! —Irritado, Akim rompe el silencio.

—Aquí no, salgamos —respondo molesto. Existe la posibilidad de que hayan puesto micrófonos antes de que llegásemos.

A medida que avanzamos por el pasillo del pabellón, aviso a Luka para que reúna al equipo en la casita. Hay que tomar decisiones, y no debo perder el tiempo.

—Akim, informa de inmediato a la seguridad de Fyodor de que incrementen la vigilancia —le comento en voz baja.

La respuesta de mi mano derecha no se hace esperar y observo cómo teclea con rapidez en su teléfono, enviando las órdenes. Estamos a punto de salir del edificio cuando escucho la advertencia de Luka:

—¡Francotiradores! —espeta a través del pinganillo.

—Plan B, salgamos por los túneles —les indico a mis hombres.

Retiro el móvil del bolsillo y realizo una llamada urgente. Solicito a mi *brigadir* Igor que acuda a la residencia como apoyo, y me informa que se llevará también a Daniel y a su equipo. Al mismo tiempo me comunico con Mariana y le ordeno que se metan tanto ella como Nina en la sala del pánico, allí estarán seguras hasta que yo lo crea conveniente. Tienen agua, comida y espacio suficiente para que no les dé un ataque de ansiedad. En cuanto termino la llamada, le envío a Constantine que investigue las comunicaciones de mis empleados y le advierto de que necesito la información para ayer.

Saco el arma del chaleco en el instante que escucho el sonido de varios disparos a la distancia. Mis soldados han abierto fuego para distraer al enemigo, putos irlandeses de mierda.

Nos adentramos en la red de túneles subterráneos y caminamos durante más de veinte minutos entre telarañas, moho y ratas que se mueven entre nuestros pies. En cuanto llegamos al destino, Akim y los dos soldados son los primeros en empujar la puerta de metal que da al exterior. Revisan con prudencia que no nos estén esperando, y al poco rato me hace un gesto para que lo siga. Se había aparcado un coche blindado detrás de unos árboles por si necesitábamos salir a toda mecha. Cosa que ha sucedido.

Akim decide conducir y le cedo el asiento del conductor, estoy cabreado.

—Cormac está tramando algo, no creo que se atreva a amenazarnos sin tener un respaldo. Quiero saber cuáles son sus planes, por qué ese interés por Anaheim y quiero que me señaléis a las cucarachas que han filtrado información para arráncales la piel a tiras. —La ira recorre mis venas.

—Así se hará.

Yerik

Han pasado unas diez horas desde el encuentro con Cormac. Mantuve la reunión con los *brigadirs* y con los *vors* en la fábrica abandonada y pauté los siguientes pasos a seguir a los equipos tácticos. Constantine se ha puesto las pilas investigando a mis empleados, y odio admitir que me han jodido en mi propia casa. Se requisaron los móviles del servicio y localizó varios mensajes salientes sospechosos en uno de ellos. Lo que le llamó la atención no era el contenido, de por sí inofensivo, *sexting* en su mayoría. Lo que fue revelador era que el receptor usase un teléfono desechable, y que no estuviese en mi nómina.

—¿Quién es él? —cuestiono, mostrándole una imagen impresa de un chico joven de apenas unos veinticuatro años.

—Su nombre es Maxim, llevamos viéndonos cuatro meses, señor. —Laila llora desconsolada. No comprende el motivo por el cual dos de mis hombres la sujetan de los hombros, manteniéndola de rodillas en el suelo.

—Falso, este chico es una puta rata irlandesa —aseguro. Constantine ha usado la mejor tecnología en reconocimiento facial y ha *hackeado* las cámaras de tráfico para vincularlo con Cormac.

La pobre Laila continúa sin creerse lo que le sucede, y es lógico; la han usado como un peón, ha sido el eslabón débil y lo han utilizado a su favor.

—Dinos qué te ha preguntado, de qué hablaste con él —interviene, usando una voz suave, Akim.

—Yo no he dicho nada. —Los ojos de la muchacha se agrandan al percatarse de lo que implica ser un chivato, su cuerpo empieza a temblar sin control—. Él me dijo, me dijo que me amaba, que se casaría conmigo. Me dijo que pediría trabajo como mecánico para estar cerca de mí, él... Él habló sobre... —Su mirada danza entre Akim y los hombres que la sujetan con fuerza por los hombros.

—Soltadla —les indico—, habla, Laila.

—Me preguntó por los horarios del señor —las lágrimas caen por su rostro, sus labios temblorosos apenas son capaces de mantenerse quietos—, no le di importancia porque no insistió y creí que era para solicitar una entrevista, yo, yo le dije que esas gestiones las realizan otras personas menos importantes. Pero le juro que no le hablé de usted, se lo juro por mi madre

—¿De quién le hablaste entonces? —le pregunto.

—Le hablaba de mi día a día en la casa, de mi trabajo, de mis hermanos pequeños, nada importante.

Resoplo, «nada importante...».

—¿Le hablaste de la señorita Rodríguez? —La chica traga saliva con fuerza y comienza a hiperventilar.

—No, no fue intencionado, se lo prometo. —Frunzo el ceño.

—Explícate.

—La mañana siguiente que llegó a la mansión la señorita Rodríguez, dejó el colchón y las sábanas manchadas de sangre, así como varias toallas y... —Laila se da cuenta de que estoy impacientándome con su monólogo y se pasa la lengua entre los labios con nerviosismo—. El asunto es que esa noche quedé con Maxim, o como quiera que se llame, en nuestro lugar de siempre, estaba agotada y bastante enfadada. —Agacha la cabeza al confesarlo—. Se me escapó, le dije que había una chica en la casa y que por su culpa había tenido que trabajar el doble.

—¿Te volvió a preguntar por ella?

—Tres. ¡No! Cuatro días después me preguntó si ella era una de sus... chicas.

—¿Qué le dijiste? —Me tenso, como le haya insinuado que Nina es importante para mí, será un objetivo que intentarán utilizar en mi contra.

—No le respondí. —Se limpia la cara con la manga de la camisa blanca del uniforme.

—¿Cómo reaccionaste cuando te preguntó eso? —Akim se acucilla y le pasa un pañuelo para que se limpie con él— Piénsalo, es importante que seas sincera con nosotros.

—Soy leal, mi familia siempre ha sido leal. —Alza la mirada en mi dirección y se queda pensativa durante unos segundos antes de responder—. Me reí.

—¿Cómo?

—No le comprendo, señor —dice ingenua.

—Me refiero a si soltaste una risa estruendosa, o fue más bien una carcajada. Si te reíste cómplice de un chiste o si en su lugar fue una risita de coqueteo. —La manera que tengo de puntualizar cada diferencia dista en mucho con mi tono de voz grave y potente.

—Yo, creo que fue una risa nerviosa, me sonrojé.

Avanzo hasta ella y la levanto del suelo, sujetándola de un brazo para preguntarle con rabia:

—¿Por qué hiciste eso?

—Yo recordé que la noche anterior había tenido una cena íntima con la señorita Rodríguez... Pero, pero no le dije nada. —La empujo hacia los brazos de Akim, no quiero volver a escuchar los estúpidos balbuceos que suelta.

—Vas a mandarle a ese *mudak* un mensaje y lo citarás para esta noche —le ordeno.

—Lo que me mande —musita sin despegarse de mi segundo al mando.

Las dimensiones del invernadero han permitido desplegar un equipo sin que sea perceptible a simple vista. Además, la noche sin luna y la orden de apagar la mitad de las luces del sendero han contribuido a crear una iluminación escasa a propósito. De esta manera, el amante de Laila tendrá más dificultades para detectarnos, siempre y cuando la chica no lo fastidie con sus nervios.

—Amor —oigo la voz del informante—. Cielo, ¿dónde estás?

—Aquí —responde ella.

—Te he echado tanto de menos. —Observo desde la distancia cómo se abraza la pareja de tortolitos, esperando a que Laila siga mis instrucciones.

—Yo también —responde, desviando la mirada. Se le nota demasiado lo alterada que está.

—¿Te ocurre algo, cielo? —La sujeta de los antebrazos y fija su mirada en la chica, sospecha algo—. ¿Va todo bien?

—Sí, es que ha sido un día de locos. —Laila se distancia dando un paso atrás, se frota las manos con nerviosismo—. El señor Bykov se ha vuelto loco, se ha deshecho de la mitad del personal, ha estado todo el día enfadado.

Maxim, o como quiera que se llame, inclina la cabeza hacia un lado y avanza hacia Laila con una sonrisa. En ese mismo instante, me percaté de que se lleva la mano hacia la parte baja de la

espalda.

—¡Se ha dado cuenta! —le indico a Luka.

Quien no tarda en reaccionar, saliendo de la oscuridad y abalanzándose hacia él.

Observo la escena con atención desde mi posición oculta en la oscuridad del invernadero. La tensión en el aire es palpable, y puedo sentir la adrenalina corriendo por mis venas mientras me preparo para intervenir si es necesario.

Maxim retrocede, sorprendido por la súbita agresión de Luka, pero reacciona con rapidez, intentando apartarse del alcance del ataque. Sin embargo, Luka es ágil y persistente, y logra sujetarlo antes de que pueda escapar.

—¡Suelta el arma! —grita Luka, forcejeando con Maxim, que ha sacado una semiautomática.

Mientras tanto, Akim y el resto de los hombres se preparan para intervenir, listos para respaldar a Luka si la situación se sale de control. Laila, por su parte, retrocede por instinto, observando la escena con los ojos llenos de temor y confusión. Agacha la cabeza al escuchar dos disparos consecutivos y se mantiene alejada.

Con movimientos rápidos y precisos, Luka logra desarmar a Maxim y lo sujeta con firmeza contra el suelo, neutralizándolo por completo. Los demás hombres se acercan para asegurarse de que no haya más amenazas ocultas en las sombras del invernadero.

—Eres uno de los hombres de Cormac, ¿no es cierto? —interrogo, avanzando hacia él.

La respiración de Maxim es agitada, tiene el rostro lleno de sudor y mira a su alrededor con expresión desafiante, pero guarda silencio.

—Habla —insisto, agarrándolo por el cuello de la camisa con furia contenida.

Parece vacilar por un momento, pero al fin asiente con la cabeza, reconociendo su conexión con Cormac y la mafia irlandesa.

—Ha llegado el momento de que regreséis a la cloaca de la que salisteis. Cormac será el nuevo dueño de la Costa Este —me dice, y aprieto aún más mi agarre.

—Yerik —Akim menciona mi nombre. Giro la cabeza en su dirección, y observo que tiene los puños apretados y el ceño fruncido. Suelto al irlandés para acercarme a mi asesor.

—¿Qué?

—Es la chica, le ha alcanzado una bala en el estómago.

Me aproximo hasta donde se encuentra Laila tirada en el suelo, la herida es grave, está perdiendo mucha sangre y dudo que sobreviva.

—Intenta ayudarla —sugiero. Akim se arrodilla sin pensárselo dos veces y taponar la herida con sus dos manos, ejerciendo presión—, avisad al médico. —Me doy la vuelta, centrándome en ese saco de mierda, me voy a divertir sacándole información—. Trasladadlo al sótano, me ocuparé de él más tarde.

Antes debo atender a una periodista entrometida y que me diga de una puta vez qué cojones está investigando.

Nina

Desde que Mariana y yo fuimos encerradas en la habitación del pánico, he perdido por completo la noción del tiempo. Apenas puedo procesar el hecho de que tras el vestidor de la habitación de Yerik tuviese un lugar como este. El espacio es reducido, tanto como una habitación infantil, con un pequeño baño y una cama estrecha, aunque con un colchón cómodo. En una de las paredes se encuentra un panel con monitores que lo más seguro estén conectadas a las cámaras de seguridad. He intentado encenderlo, pero pide un código del que no dispongo y Mariana me ha asegurado que tampoco lo tiene.

Antes de ser arrastrada hasta aquí, he reconocido a Daniel y al veterano Igor entre los hombres que llegaron a toda velocidad a la propiedad con los coches. Al principio me tranquilizó saber que eran ellos y no un ataque, pero el aumento de los hombres armados me hizo darme cuenta de que lo que estaba pasando era algo peligroso.

—No puedo soportarlo más —digo con frustración, golpeando la puerta acorazada—. Sacadnos de aquí.

—No lograrás nada. —Mariana se mantiene con los ojos cerrados, tumbada en el camastro auxiliar que ella misma ha improvisado al lado de la cama.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila? —Me giro hacia ella, molesta y desesperada por hacer algo en lugar de quedarme encerrada.

—Porque no es la primera vez que lo hago. —Se encoge de hombros.

—¿Cómo que no es la primera vez? ¿Cuántas veces pasa esto para que sea algo habitual?

—No tan seguido como crees, pero a Yerik le gusta ser precavido. La última vez fue hace año y medio, recibí la llamada y estuve cuatro días aislada.

—¡Cuatro días! No puedo quedarme aquí cuatro días. —Empiezo a sentirme mal, las paredes parecen caerse sobre mí con cada inhalación.

—¿Tienes claustrofobia, *devochka*? —cuestiona, incorporándose para mirarme con atención.

—No..., bueno, quizás un poco —confieso. Los lugares cerrados no son para nada acogedores; por mucho que tengan lo esencial, sigo estando encerrada sin aire y sin ventanas.

—*Devochka* —Mariana se levanta y me sujeta las manos—, respira. Yerik nos sacará de aquí en cuanto sea seguro para nosotras. Has aguantado hasta ahora, puedes hacerlo más tiempo.

—¿Y si...? —comienzo, llenándome de pánico ante los pensamientos de lo que podría suceder si algo le pasa a Yerik, si no viene por nosotras...

De repente, oigo el engranaje de la puerta. Alguien la está abriendo, y sólo puedo esperar que sea él, que sea Yerik y no uno de sus hombres para darnos una mala noticia. Porque, independientemente de a qué se dedique o quién sea, no deseo que le suceda nada malo.

La puerta se abre con lentitud y una luz tenue se filtra en la habitación, iluminando el rostro ansioso de Mariana y el mío. Mis latidos se aceleran, el miedo y la esperanza se entrelazan en mi estómago mientras contengo la respiración.

Una figura aparece en el umbral, alta y robusta, con una mirada penetrante que parece atravesar las paredes de la habitación del pánico. Es Yerik. Su presencia irradia autoridad y

calma. Una calma que solo soy capaz de asociar a él, y sin pensarlo, sin meditar ni razonar por qué, me echo a sus brazos, abrazándole. Aprieto mi mejilla en su pecho y siento como me caen varias lágrimas que mojan su estupenda indumentaria.

—Estás bien —susurro, más para mí que para él.

—Si me lo permites, me voy a descansar —oigo a Mariana que se excusa, dejándonos a solas dentro del vestidor, cerrando a su paso la puerta que da al dormitorio.

Yerik me sujeta de los hombros y me echa hacia atrás para mirarme a los ojos.

—¿Realmente estabas preocupada? —indaga curioso.

Asiento sin ser capaz de hablar, no quiero volver a entrar en esa habitación jamás. Me alejo de ella dando varios pasos vacilantes, recelosa de que Yerik decida usar este temor contra mí.

—¿Qué ha sucedido?

—Nada que te incumba.

—Si mi vida está en peligro, debería saber el motivo.

—Pusiste en peligro tu vida en el momento en el que comenzaste a investigar en mi club. — Se mantiene en silencio durante un segundo—. ¿Por qué decidiste ir al Sin City? —Vuelve a preguntarme una vez más, pero en esta ocasión su tono exigente ha cambiado, o quizá sea yo que me he acostumbrado a oír su voz grave y profunda. Dirijo mi atención a sus ojos azules—. Necesito saberlo, Nina, dime por qué.

—Por Daisy —musito, hipnotizada por su presencia.

—¿Quién es Daisy? —Yerik da un paso al frente y yo retrocedo otro. El vestidor es bastante amplio, mucho más de lo que lo es la habitación en la que estaba encerrada antes. No obstante, mi espalda choca con el espejo de cuerpo entero.

—Ella, ella es... —¿Puedo confiar en él? Quiero hacerlo, deseo con todo mi ser que así sea. Cierro los ojos, sopesando los pros y los contras.

—Nina —menciona mi nombre, y siento como me tiemblan las piernas—, ¿quién es Daisy?

Yerik coloca una mano en mi cadera y la otra en mi cuello. Acaricia mi piel, siguiendo el contorno de una vena que late sin control, quizás sea la yugular.

—Daisy trabajaba en el Sin City, pero de la noche a la mañana desapareció sin dar aviso. — Humedezco mis labios, se me ha secado la boca—. Sus padres, desesperados al no saber nada de ella en días, me avisaron. Al principio no le di mucha importancia, Daisy siempre fue una chica bastante fiestera, le gusta asistir a festivales de música y me imaginé que en cuestión de una semana aparecería.

—Pero no sucedió. —Yerik frunce el ceño.

—Exacto.

—Daisy, ella es amiga tuya. ¿Cierto?

—Sí —afirmo, resumiendo una vida entera.

—El primer día que te traje me hablaste de dos mujeres.

—Así es, al darme cuenta de que Daisy no daba señales de vida, me empecé a preocupar y realicé una serie de pesquisas que me revelaron que, antes que ella, otra chica del Sin City también había desaparecido sin avisar a sus familiares.

—Has pensado que quizás se hayan ido por voluntad propia —me dice sin dejar de acariciar mi cuello y mandíbula.

—La madre de Daisy tiene cáncer, aceptó el trabajo como *stripper* para costear el tratamiento. Puedo aceptar que se ausente un par de días porque la situación la supera y

necesitara un desahogo, eso sí sería algo que ella haría, pero dejar a sus padres y preocuparlos de esa forma, no, eso jamás lo haría Daisy.

—¿Tienes alguna teoría?

—No —admito molesta—, tu gente no habla con facilidad. Apenas pude comprobar la relación que mantienen tus hombres con las mujeres del club.

—Yo me ocuparé —agacha su cabeza y me susurra al oído—: ¿me ocultas algo más, pequeña flor?

—No.

—Bien, eso me gusta —reconoce, acercando su cuerpo al mío—. No quiero que me ocultes nada.

—No lo hago —reconozco frenética. El corazón se me salta un latido en el instante en el que la mano de Yerik viaja de mi cadera a mi muslo y juega con el dobladillo de mi vestido.

—Deseo follarte, Nina, no tienes ni idea de las ganas que tengo de sentir tu coño alrededor de mi polla.

—Yerik, yo... —balbuceo, mi mente está nublada por la intensidad del momento.

Pero antes de que pueda terminar la frase, Yerik me presiona contra el espejo, su cuerpo firme apretando el mío con una pasión desenfrenada. Puedo sentir su erección palpar contra mi abdomen, enviando oleadas de deseo a través de mi cuerpo mientras mi piel se eriza con anticipación.

—Dime que lo deseas, Nina —apunta Yerik con voz ronca, su aliento cálido roza mi oído mientras sus manos se deslizan por mi cuerpo con urgencia.

—Yerik —jadeo, apenas capaz de contener mi propia excitación.

—Dilo —demanda, rozando los nudillos de su mano por encima de mis pezones.

—Sí —susurro, aceptando mi atracción hacia él como algo inevitable.

Sin una palabra más, Yerik se quita la camisa con un movimiento rápido y decidido, revelando su torso musculoso y marcado. Mis ojos recorren cada centímetro de su anatomía, admirando los tatuajes que adornan su cuerpo; no cubren toda su piel. Son una obra de arte.

Me mira con intensidad, sus ojos azules brillan con deseo. Sus labios devoran los míos en un beso salvaje y necesitado. Su lengua explora mi boca con ferocidad, buscando la rendición total mientras sus manos me desnudan con una premura desesperada. Aprovecho para tocar sus brazos y sentir la dureza de su cuerpo bajo mis manos. Gimo contra su boca, entregándome por completo a la tormenta de sensaciones que me consume. Cada roce, cada caricia me hace arder de deseo mientras me rindo a la lujuria que nos envuelve.

Yerik me echa a un lado la ropa interior, notando al instante lo excitada que estoy. Y entonces, sin advertencia, me toma con fuerza y me gira para enfrentar el espejo, mis manos aferradas al borde del cristal mientras él se posiciona detrás de mí.

Puedo ver su reflejo en el espejo, su cuerpo imponente y musculoso, y siento un estremecimiento de anticipación recorriendo mi espalda mientras oigo el sonido de la cremallera de su pantalón. Coloca su miembro entre mis nalgas, me contoneo, quiero que me folle, pero en vez de eso lo que hace es sujetarme de la nuca para que me quede quieta. Siento como su polla se va engrosando, cada segundo que pasa se vuelve más grande. Me tira del pelo, mi cabeza se echa hacia atrás y me pasa la lengua desde el cuello hasta forzar la postura para que nuestras bocas se unan en un beso desgarrador. Me vuelve a tirar del cabello un poco más fuerte y mis pezones se yerguen dolorosamente.

—Quiero sentir tu coño palpitando y mojando mi mano, deseosa de que te penetre —susurra

al oído mientras comprueba el estado de mi excitación—. Pídemelo.

No soy capaz de obedecerle ni de pronunciar ninguna palabra coherente, tan solo de gemir y jadear.

Sé que está jugando conmigo y con mi estado de excitación. Mueve su polla por mi culo mientras sus manos viajan por mi cuerpo. Me aprieta contra el cristal, noto lo frío que está en contraste con el calor que emite mi piel, mis pezones rozan la superficie y siento que me van a estallar. Exhalo y se crea un círculo de vaho justo en el instante en el que siento como la cabeza de su miembro empuja en la entrada de mi vagina y entra de un empellón.

Siento su erección dura y caliente llenándome por completo mientras me empala con una estocada firme. Se mantiene quieto durante unos segundos, saboreando quizás la sensación de plenitud.

Gimo con fervor, sintiendo el deseo abrasador que me consume mientras él comienza a moverse, arremete con fuerza, llevándonos a ambos al borde del abismo del placer. Sus manos se aferran a mis caderas con ferocidad, sus embestidas son duras y rápidas, cada golpe enviando ondas de éxtasis a través de mi cuerpo.

Mis manos se aferran al cristal con fuerza, mis uñas arañan la superficie mientras me dejo llevar por la vorágine de sensaciones que me envuelve. Gimo su nombre en un susurro desesperado, mi cuerpo tiembla con el éxtasis del momento mientras me rindo por completo a la pasión ardiente que nos consume a ambos.

Una de sus manos traza un recorrido por mi columna vertebral, ha reducido el ritmo de sus embates. Alzo la cabeza, nuestras miradas se cruzan a través del espejo. Su mano danza desde mi nuca hasta mi clavícula y desciende entre mis pechos para terminar en mi sexo. Me acaricia el clítoris mientras continúa entrando y saliendo de mi interior con decadencia, observando cada gesto de mi rostro.

Desearía decirle que no se detuviese, que adoro su mirada y que temo enamorarme de un asesino, de un monstruo. Pero no lo hago, tan solo me dejo llevar por las sensaciones de placer, de cómo mis paredes internas se contraen a su alrededor notando cada vena, cada pulgada de su potente erección mientras entra y sale una y otra vez.

Sin poder contenerme más, noto cómo mis músculos se convulsionan alrededor de su miembro y exhalo su nombre al sentir cómo alcanza el clímax casi al mismo tiempo que yo. Y el mundo entero se desvanece a mi alrededor, dejándome atrapada en el éxtasis del momento.

Yerik

He pasado las últimas doce horas pegado al cuerpo de Nina. Me la he follado lento, suave, pero también rápido y duro. Después de su confesión sobre su amiga Daisy, no nos hemos dedicado a charlar; la química que sentimos es tan poderosa que ha sido inevitable que terminásemos de esta forma. El problema es que no me he saciado y sigo deseándola.

Aparto de su rostro uno de sus rizos, se ha quedado dormida. Está en mi cama, sobre las sábanas de seda, desnuda y hermosa. Siento una sensación extraña en el instante en que ella esboza una sonrisa durante su descanso. ¿Es por mí?

Me incorporo de la cama y me alejo a grandes zancadas hacia el baño. Una ducha fría me despejará lo suficiente como para tomar las siguientes decisiones. Cormac no se quedará con los brazos cruzados; usará cualquier punto débil que tenga en nuestra contra. Se ha empeñado en conseguir el control de los muelles y su ambición será su perdición. Me aseguraré de que ese puto irlandés desaparezca para siempre. Lleva siendo una molestia demasiado tiempo.

Salgo de la ducha renovado y me seco el cuerpo con la toalla mientras avanzo hacia el vestidor. La comisura de mi boca se alza recordando a Nina frente al espejo, sosteniéndome la mirada mientras la penetraba por detrás. El mero recuerdo consigue que mi polla recobre las ganas de regresar a la cama junto al calor que desprende su cuerpo. Sin embargo, tengo asuntos más importantes que retozar con una mujer, por mucho que esa idea me vuelva loco.

Estoy a punto de salir del vestidor, finalizando mi ritual particular, ajustándome el reloj en la muñeca, cuando me giro al percibir la presencia de Nina en el umbral de la puerta. Se ha cubierto el cuerpo con la sábana, lo que me recuerda a las estatuas griegas de Atenas.

—Buenos días —su voz suena perezosa.

—Voy a salir. Puedes usar tanto el baño como quedarte en la habitación el tiempo que estimes.

Me ajusto el chaleco y me guardo la Glock, comprobando que llevo encima un cargador de repuesto. Durante el proceso, vigilo por el rabillo del ojo a Nina. Sujeta la sábana con una fuerza extrema, como si se tratase de un escudo.

Me pongo la chaqueta y me aseguro de que los puños de la camisa están en su lugar. Me doy la vuelta y camino en su dirección. Ella se mantiene en el sitio; su provocación es deliciosa. Dudo que lo haga de una manera consciente, y quizás sea ese el motivo por el cual me excita tanto.

—No necesitas esto —le digo, aflojando el agarre de sus manos sobre la tela de seda, consiguiendo que la prenda se deslice hasta sus pies.

Miro a Nina con hambre; mi vista se detiene en sus pechos abundantes y viajan hasta su cadera ancha y prominente. ¿Existe la posibilidad de que la haya dejado embarazada? Durante las últimas horas no he pensado ni una sola vez en eso, y es extraño, ya que siempre uso precauciones.

—No te preocupes, tengo puesta la inyección anticonceptiva. Me queda un mes y medio antes de la siguiente dosis, y estoy sana.

Ladeo la cabeza, sopesando el motivo por el cual ese dato me molesta tanto. Sujeto su nuca con la mano y la acerco para besarla con fervor. Me aparto cuando la escucho jadear; sus labios están rojos e hinchados. Saber que soy el causante me provoca una euforia que jamás había sentido.

—Yerik —Nina posa las palmas de sus manos en mi pecho—, necesito salir de aquí. Tengo que comunicarme con mis padres y mi editor; estarán preocupados.

—No es necesario —le respondo, entrando en el dormitorio. Ella se agacha para agarrar la sábana y volver a cubrir su cuerpo con ella. Frunzo el ceño; le he dicho que no se tape.

—¿Cómo que no es necesario? Claro que lo es. —Nina me sigue de cerca mientras deambulo por el dormitorio en busca de mi teléfono personal.

—Se les envió un mensaje desde tu móvil para que no diesen la voz de alarma ante tu ausencia.

—¿Qué?! —exclama, y me fijo en cómo su rostro se torna de un delicioso color carmesí—. ¿Cómo te atreves a...?

—Te recuerdo, pequeña flor, que no estás de vacaciones, ni yo soy un caballero de brillante armadura, ni tú la mujer que cambiará a la bestia —le aseguro con una sonrisa burlona, disfrutando de su incomodidad—. Eres solo una pieza del tablero, y muchas antes que tú han intentado convertirse en la reina. Te daré un consejo, no te ilusiones, esto no ha sido especial.

Su expresión cambia, una mezcla de sorpresa y odio se refleja en sus ojos.

—Eres un canalla, bastardo y arrogante hijo de pu... —Nina apenas logra articular la siguiente palabra antes de que mis manos rodeen su cuello con rapidez, conteniendo la fuerza que ejerzo para que cierre la maldita boca antes de que sea demasiado tarde.

—Jamás —comento con rabia, dejando que la amenaza flote en el aire—. Jamás te refieras a mi madre de esa forma o te aseguro que desearás que hubiese acabado con tu vida en la sala vip junto a Pavel.

Ante la mención de mi antiguo *brigadir*, su rostro se torna pálido y aflojo el agarre, disfrutando del poder que ejerzo sobre ella.

—No quise, no era mi intención... —Nina balbucea en un intento de disculpa que me resulta reconfortante. Decido dejarla ir por el momento y poso un beso en la comisura de sus labios.

—Tus padres creen que has viajado por trabajo y que estarás durante varias semanas sin cobertura ni acceso a internet. Te desearon suerte y que tuvieras cuidado; no esperan saber de ti en un tiempo —explico con frialdad, revelándole mi control absoluto sobre su vida—. De tu editor no sé nada. No has recibido ningún otro mensaje o llamada al móvil, y después de avisar a tus padres, deshabilité tu teléfono.

—Quiero irme —murmura, su voz apenas un susurro cargado de inquietud.

—Lo que quieres y lo que debe hacerse son dos cosas muy distintas —aseguro con una sonrisa socarrona.

—Deja que me marche —me ruega con la mirada—. No soy nadie. Permite que regrese a mi casa. Te prometo que no escribiré sobre ti ni sobre nada que tenga que ver con la organización —su tono es suplicante, pero es inútil.

—Lo que no sabes, pequeña flor —acaricio su mejilla con un gesto casi tierno, aunque mis ojos brillan con malicia—, es que, aunque intentases publicar algo por tu cuenta, ya sea en redes sociales, en la *dark web* o con la ayuda de algún editor, ese artículo nunca vería la luz.

Tras mi declaración ella retrocede, su instinto le grita que debe alejarse de mí, sus ojos se llenan de temor y desesperación. Debería haber escuchado ese instinto y alejarse del Sin City,

debió hacerlo antes de meterse en la boca del lobo. Y todo por una estúpida amistad de la infancia.

—No puedes escapar, Nina. Estás atrapada en mi mundo —le digo con calma.

Ella me mira con una combinación entre la incredulidad y el terror, como si al fin estuviera comprendiendo la profundidad de mi control sobre ella.

—¿Por qué estás haciendo esto? —susurra con voz temblorosa—. Me has dejado claro que no te importo, que soy una mera pieza de tu juego.

Me acerco a ella, invadiendo su espacio personal, disfrutando de su incomodidad.

—Porque puedo. Porque disfruto de ello —respondo con una sonrisa siniestra.

Nina retrocede aún más, es delicioso verla así, completamente a mi merced.

—No puedes hacer esto. No puedes controlar mi vida de esta manera —dice, su voz temblorosa, pero desafiante.

Me acerco aún más, hasta que estoy justo frente a ella, sintiendo el miedo emanando de su cuerpo.

—Oh, pero puedo. Y lo haré. Porque eres mía, Nina. Y no permitiré que te escapes —susurro, disfrutando del poder que ejerzo sobre ella.

Nina traga saliva, su mirada llena de resignación. Sé que ha comprendido que no tiene salida, que yo tengo el control. Con una última mirada llena de pesimismo, se da la vuelta y se dirige hacia el baño. Me quedo observándola, sintiendo una oleada de satisfacción al verla rendirse ante mí.

Salgo del dormitorio y me encuentro a Mariana por el pasillo. Al pasar por su lado sin detenerme, le digo:

—*Nyanya*, vigila a Nina de cerca.

—Yerik —menciona mi nombre, y demoro las zancadas hasta detenerme al borde de la escalera para escuchar qué quiere decirme—, la *devochka* aún tiene que aprender su lugar.

—¿Y cuál es ese sitio, si se puede saber?

—Aquí, junto a ti. —Oigo el sonido de los tacones que se acercan por detrás y siento la mano de mi nana posarse en mi hombro—. Su lugar está en la Bratva, junto a ti. ¿Aún no te has dado cuenta de ello?

—¿Has estado oyendo detrás de la puerta?

—No hizo falta, todos hemos podido escucharlos discutir.

—No dejaré que se marche, al menos, no aún. —No hasta que me saque de la cabeza esta obsesión que me mantiene con la polla tiesa y pensando en ella todo el rato.

—Tú decides. Además, ya te he dicho lo que opino, Nina pertenece a este sitio —reitera, enfatizando al mismo tiempo que vuelve a darme una palmada en la espalda, como si volviera a tener dieciséis años y regresara de una dura instrucción.

—Es débil, tú misma lo dijiste la primera vez que la viste —suelto con malestar, apretando la mandíbula tanto que siento chirriar las muelas entre sí.

—En un pasado no muy lejano todos hemos sido débiles. Sin embargo, la vida nos endurece —realiza una pausa y retira la mano de mi espalda—, pero si tienes dudas sobre ella, siempre puedes dejar que se olvide de esta última semana y que rehaga su vida. Que encuentre un marido y que forme una familia lejos de ti.

La miro por encima del hombro, irritado porque sé que está intentando manipularme. No obstante, decido no caer en su provocación y comienzo a bajar los escalones.

Nina será mía, hoy, mañana y siempre. Fin.

Yerik

Akim ha organizado un pequeño convoy con cinco vehículos blindados para garantizar nuestra salida segura en caso de un ataque de Cormac. Mi asesor se encuentra en el segundo vehículo mientras que yo viajo en el cuarto. Nos dirigimos a visitar a mi padre. Luka se ha quedado en el sótano de la mansión para hacer compañía al espía. Planeo visitarlo en una semana o dos.

Todos se ponen a cantar como pajaritos después de una semana sin apenas agua o comida, y el cóctel perfecto es cuando se suma la privación de sueño a la ecuación.

El trayecto hasta la villa en Sagaponack transcurre sin incidentes. Al traspasar las puertas de hierro forjado, compruebo el aumento de seguridad en toda la finca. Estoy satisfecho por la rapidez con la que se ha modificado la posición de varios soldados en la periferia para asegurar nuestra posición de superioridad y prevenir ataques sorpresa.

—Me quedaré en la entrada vigilando —me comenta Akim en cuanto bajamos de los vehículos.

Es normal que proponga quedarse fuera; *otets* no es lo que se podría decir su persona favorita, y sé que no quiere enfurecerme más de lo que ya lo estoy. Asiento y me dirijo al despacho de mi padre.

Lo encuentro detrás del escritorio, como es costumbre en él.

—Sabes que podrías estar disfrutando de tu jubilación en una isla paradisíaca en vez de vigilar cada decisión que tomo con la organización —le indico, sorprendiéndolo, mientras lee un informe trimestral de una de mis empresas.

—Alguien debe asegurarse de que no metas la pata —responde molesto.

—Para eso tengo a mis asesores, y confío en ellos para esa tarea. —Me siento en el sofá, observándolo a la distancia.

—Te he dicho en más de una ocasión —pega un golpe en la mesa para dar énfasis a su discurso— que poner a tus amigos como asesores no es lo mejor para la hermandad.

—Sus padres te sirvieron hasta su último aliento y estabas bastante unido a ellos —le replico.

—No te equivoques, pequeño ingrato. —Ha usado ese apelativo desde que comenzó a instruirme como su legítimo sucesor, pero ya no tiene el mismo efecto en mí que cuando tenía doce años—. Un *pakhan* jamás debe confiar en nadie. ¿Desde cuándo esa palabra forma parte de tu vocabulario?

Akim y Luka quizás sean las únicas personas de este infame mundo que sé que darían su vida por la mía sin dudarlo. Sí, confío en ellos, y no solo por ser mis segundos al mando, sino porque nos une un pasado, una vida llena de sangre, dolor y promesas.

—No sé en qué momento se me ocurrió que serías un buen *pakhan* —murmura para sí mismo, y agarra un vaso de vodka, bebiéndoselo de un trago. Está borracho—. Ese puñetero irlandés te ha puesto en evidencia. ¿Vas a quedarte con los brazos cruzados mientras él se reúne con los italianos y con los hispanos del Bronx buscando aliados a tus espaldas?

—¿Cómo te has enterado de eso? —Me levanto, frunciendo el ceño; no me gusta la actitud de mi padre.

—¿Crees que durante todo este tiempo no he seguido de cerca lo que haces con mi...?

—No es tu nada —lo interrumpo, dando dos zancadas y golpeando la mesa con ambas manos, usando el triple de fuerza que mi padre—. Esto se ha acabado. Tú no eres el *pakhan*. Eres un maldito lisiado que no deja de recordar los viejos tiempos. Si sigues metiendo las narices en mis asuntos, te mandaré de regreso a Moscú.

—Estás deseándolo, ¿no es cierto? —Rodea la mesa, empujando la silla de ruedas—. Deseas meterme en una habitación de hospital y tirar la llave para olvidarte de mí. Deberías haberme matado cuando desperté del coma, te lo pedí, pero eres débil.

Me inclino hacia delante y lo sujeto de las solapas de la camisa blanca para que me mire a los ojos mientras le digo:

—No te maté por falta de coraje. Lo hice para que pudieras pudrirte con tu propia conciencia hasta el fin de tus días.

Mi padre sostiene mi mirada con desprecio y desafío. Es un hombre terco y orgulloso, pero también está envejeciendo y su influencia en la organización disminuyendo con cada día que pasa. Sin embargo, sigue siendo una figura imponente en mi vida, un recordatorio constante de mi pasado y de las expectativas que él tiene de mí como su sucesor.

Él suelta una carcajada amarga, como si encontrara cierto placer en mi confrontación.

—Tu conciencia está tan podrida como la mía, hijo. ¿Crees que no sé que tienes una mujer en esa casa? ¿Piensas que te librarás de tener el mismo destino que tuve yo?

Me aparto de él, me invade una oleada de ira y frustración. Mi padre siempre ha sido un maestro en el arte de la manipulación, pero ya no me afecta como antes. Que meta en nuestra guerra interna a Nina es un golpe bajo, no obstante, lo asumo sin que se me note, él me enseñó a tapar y cubrir cualquier ápice de sentimiento.

—No tengo tiempo para tus juegos mentales, *otets*. Tengo asuntos más importantes que atender.

Mi padre me mira con los ojos enrojecidos por el alcohol.

—Tienes su misma mirada —me espeta, cambiando de tema. Por un momento, parece querer decir algo más, pero luego se sumerge en un silencio cargado de resentimiento. Es posible que me odie tanto como yo a él.

—Obedéceme o te mandaré a Moscú sin dudarlo. —Decido dejarlo ahí, sumido en sus pensamientos y su vodka, mientras salgo del despacho con paso firme.

Afuera, Akim sigue vigilante junto a los vehículos con una expresión que denota su preocupación por lo que acaba de ocurrir dentro. Me mira con curiosidad, pero no dice nada mientras nos preparamos para partir.

El viaje de regreso es tenso, con el peso de la confrontación aún colgando en el aire. Mi mente está llena de pensamientos intrusivos y de futuros movimientos. Aunque lo niegue, las palabras de mi padre ejercen su conjuro en mí. Me imagino el cuerpo desnudo de Nina tendido en suelo de mi dormitorio en medio de un charco de sangre, usado y golpeado hasta la saciedad. La bilis me sube por la garganta al mezclar los recuerdos de mi madre con lo que pudiese llegar a pasarle a ella, a mi pequeña flor. Sin embargo, no quiero renunciar a ella, es mía.

Soy Yerik Bykov, *pakhan* de la Bratva, y siempre cumplo mis promesas.

Le prometí que no la mataría, y desde ese instante su vida me pertenece. Nadie se atreverá a acercarse a Nina o lo pagará con el mayor de los sufrimientos.

Acudo al sótano y diviso a Luka saliendo de la habitación insonorizada en la que se encuentra nuestro huésped de honor. Se baja las mangas de la camisa, tapando los tatuajes de sus brazos, y cuando alza la cabeza me saluda con un gesto de asentimiento.

—¿Te ha dicho algo?

—Es joven, pero lo han entrenado bien —me responde mientras se abotona los puños—. En un par de días será más sencillo tratar con él.

—Quiero respuestas, tenemos que averiguar qué información tiene Cormac sobre nosotros —La rabia me mata, aprieto los puños con fuerza. Si no fuese porque necesito que confiese, lo hubiese matado en el mismo instante en el que metió su asqueroso culo en el invernadero.

—Me ocuparé personalmente de sacársela. —Luka me sigue de cerca, regresando a la planta superior. Nos dirigimos hacia la cocina, y a medida que nos aproximamos más en esa dirección, los murmullos se convierten en palabras nítidas; Akim está charlando de forma distendida con alguien.

—Sabes, una vez, durante una operación en Kiev, Yerik intentó convencer a un mafioso local de que se uniera a nosotros... ¡pero resultó que el tipo estaba sordo como una tapia! ¡Yerik estuvo hablándole durante media hora antes de darse cuenta!

«¡Pero ¿con quién cojones anda contando esas anécdotas estúpidas?!», pienso, deseando estrangular a mi asesor.

Al irrumpir en la cocina, me encuentro con una escena de lo más inusual. Es una estampa que se aleja de ser mi vida, es una situación surrealista. Mariana está preparando lo que parece ser uno de mis platos preferidos, Nina a su lado intenta ayudarla mientras revuelve unos huevos en un bol. Akim está sentado en una silla de la isla central mientras suelta por la boca recuerdos de cuando éramos unos críos antes de venirnos a Estados Unidos.

Su comentario provoca una risa suave en Nina, sus hombros suben y bajan a medida que la carcajada aumenta en intensidad. Debería de ser yo quien la hiciese reír de esa manera. Fulmino con la mirada a mi segundo al mando. Él se percata de mi presencia y me sonrío de manera socarrona.

Mariana, por otro lado, permanece callada realizando la comida, pero me lanza una mirada de apoyo cómplice. Su presencia tranquila y solidaria es reconfortante en momentos como este.

—¿Os divertís? —pregunto, y Nina se asusta, dejando caer de entre las manos el utensilio con el que estaba batiendo los huevos, consiguiendo manchar todo el suelo y parte de la ropa que lleva puesta. Una camiseta roída que tuvo que vivir mejores tiempos y un pantalón vaquero de color gris claro. ¿Acaso esta mujer tiene algún tipo de trauma que le impide tener buen gusto para vestir?

—Podría llenar un libro entero con nuestras aventuras —Akim responde con una sonrisa amistosa—. ¿No es así, Luka?

—No pienso meterme en el medio —responde muy serio, observando a Nina con ojo crítico. Sigue sin fiarse de ella. La amenaza de Cormac sigue presente, y no quiere permitirse bajar la guardia ni un solo momento.

Contemplo a la mujer que tanto me obsesiona, nuestras miradas se cruzan. Me fijo en su figura, en sus ojos avellana y en sus preciosas manos. La deseo.

—Dejadnos a solas —les ordeno a los demás mientras avanzo hacia Nina. Ella se mantiene en el lugar.

—Tengo hambre —se queja Akim.

—Obedece al jefe —Luka le reprende, dándole un puñetazo en el brazo para que espabile.

Por el rabillo del ojo observo como Mariana apaga todos los fuegos antes de arrastrar a los chicos fuera de la cocina.

—Yo, lo siento —dice Nina nerviosa. Agarra un paño que encuentra en la encimera y se agacha para limpiar el desastre que ha ocasionado—. Lo limpiaré enseguida.

Agacho la mirada, verla de rodillas ante mí es de lo más excitante. Sin embargo, sé que en este instante está asustada. Tengo claro que soy el culpable.

—Déjalo estar. —Le tiendo la mano para que se apoye y se levante.

La piel suave de su mano y sus dedos largos y delgados son un contraste con mi piel curtida por el uso de las armas y el boxeo, entre otras cosas. Su dedo pulgar realiza una leve caricia, un acto involuntario, estoy convencido de ello por la reacción que tiene al apartarla con rapidez.

—Mariana me dijo que podía salir del dormitorio.

—Así es.

—Vine a ayudarla con la comida, me aburría de estar sentada sin hacer nada.

—Eso es estupendo porque tengo hambre —le indico, cerrando el espacio que nos separa.

—¿Entonces por qué has echado a Mariana? —pregunta inocente.

—Porque de lo que tengo hambre no es de comida —susurro, acercándome a su oído—. Tengo hambre de ti, *malen'kiy tsvetok*.

—Yerik, no creo que esto sea una buena idea. —Intenta dar un paso atrás, pero poso mis manos en su cadera y me arrimo a ella hasta que siente la dureza de mi polla.

—Te necesito, pequeña, no nos niegues el placer que ambos ansiamos —le digo, paseando mis manos por la cintura del pantalón hasta tocar el botón y desabrochárselo.

Mis labios viajan por su cuello con lentitud, parándose en su clavícula, no tengo prisa. Nina jadea, sus diestras manos han tomado la iniciativa y mete una de ellas dentro de la chaqueta del traje. Está a punto de tocar la Glock, por lo que, antes de que eso suceda, soy yo quien me retiro la chaqueta y el chaleco, que dejo posados en la encimera. Ha sido cuestión de tres segundos lo que he tardado, pero mis manos alejadas del cuerpo de Nina sienten que ha pasado siglos alejadas de su calor.

Le saco la camiseta y la lanzo por los aires sin fijarme dónde cae, lo siguiente en desaparecer es su sostén. Mi boca saliva solo de pensar en el manjar de sus pechos, no obstante, controlo mis instintos. Las yemas de mis dedos se pasean por uno de sus brazos, su piel se eriza, y la veo tragar con fuerza. Su respiración se acelera, y rodeo su cuerpo dando pasos lentos sin dejar de romper el contacto con su piel.

—¿Lo sientes?

—¿Sentir el qué? —me pregunta sin comprender a qué me refiero.

—La energía que nos une —susurro a su espalda, acariciando su columna con decadencia hasta llegar al jodido pantalón—, nos atrae. No puedes negarlo.

—Yerik, alguien podría...

—Nadie se atreverá a irrumpir, relájate —le indico, jugando con ella, dando otro rodeo hasta quedar otra vez cara a cara. Sus ojos miran mi boca con sed, así que rompo nuestra distancia y decido ponérselo fácil. Nuestros labios están a punto de rozarse, pero me niego a ser yo quien dé el siguiente paso.

—Esto es un error —balbucea antes de aplastar sus labios en mi boca y rodear mi cuello con sus brazos.

Sus duros pezones se aprietan en mi pecho, quiero sentir su piel pegada a la mía. Me arranco la camisa, los botones saltan por los aires, ella se aleja para llenar sus pulmones de oxígeno, pero

su mirada la delata, anoche también me di cuenta de ello.

En mi pecho, justo sobre el corazón, llevo un tatuaje que define mi identidad como *pakhan* de la Bratva. Una estrella, símbolo de autoridad y dominio, rodeada por una corona de laurel y dagas entrecruzadas. En el centro, un ojo vigilante que representa mi liderazgo implacable. Es más que una marca en la piel, es un recordatorio constante de mi posición en la jerarquía criminal, un emblema de poder y control. Nina posa una mano en mi pectoral y con las puntas de los dedos dibuja el contorno del intrincado tatuaje.

Nuestras bocas vuelven a unirse, nuestras lenguas juegan a perseguirse la una a la otra y mis dedos ágiles le bajan el pantalón y la ropa interior. Agarrándola de las nalgas, la alzo en el aire y la siento en la isla central de la cocina. Nina se desinhibe, acariciándose los pechos al posar la espalda en el frío mármol. Termino desnudándola por completo, sacándole la ropa y el calzado deportivo. Beso sus piernas desde los tobillos hasta el comienzo de su cadera.

Sus piernas se cierran con fuerza para frotarse entre sí, pero yo le insto a abrirlas para mí. Lo hace, exhalo sobre su clítoris y ella jadea. Mimo sus pechos y aprieto sus pezones con la punta de los dedos sin dejar de prestarle atención a su pequeño botón. Nina lloriquea, deseando que continúe con mi asalto, y lo hago, lamiendo su coño como si fuese su propia boca. Uso la lengua laxa, mojando tanto los labios mayores como los menores junto con su clítoris, dejando que se amolde a cada pliegue sin ejercer una presión excesiva.

Mi polla está a reventar, estoy a punto de perder el control y arrancarme el pantalón a mordiscos si es necesario. En este instante me siento más bestia que hombre, pero oigo la voz de Nina gemir mi nombre y me calmo lo suficiente como para no estallar.

Me retiro la poca ropa que llevo puesta, quedando arrugada en mis tobillos, sujeto a mi pequeña flor por detrás de las piernas y la arrastro hasta que su culo queda en el borde de la isla; mi polla se introduce de una estocada en su interior.

Su hogar.

—¡Oh, Dios! —exclama.

La calidez y humedad de su cavidad es tan embriagadora que me quedo unos diez segundos quieto en su interior, solo saboreando el momento. Beso su cuello, sus pechos y su boca con calma. Me retiro hasta dejar la punta de mi polla en la entrada de su vagina, entro en ella de nuevo pulgada a pulgada, saboreando el momento. Ambos jadeamos en la boca del otro, manteniéndonos la mirada mientras me muevo en su interior, entrando y saliendo con un ritmo constante y lento. Sus piernas rodean mi cintura ejerciendo presión para que aumente el ritmo, está a punto de llegar al clímax y desea alcanzarlo, pero aún no se lo permitiré.

Me retiro del todo, oigo el gimoteo que suelta y sonrío de medio lado, satisfecho. La pasión que arde entre nosotros es un fuego inextinguible, aunque también sé que debo mantener el control. Nina me mira con deseo y anticipación, sus ojos avellana brillan con ansias de más, sin embargo, yo necesito marcar el ritmo.

—¿Qué estás haciendo? —me pregunta con voz entrecortada, buscando con desesperación el contacto que acabo de interrumpir—. No puedes dejarme así.

—Paciencia, *malen'kiy tsvetok* —susurro contra sus labios, sintiendo su aliento cálido contra los míos—. Voy a hacerte mía por completo.

La intensidad de su mirada aumenta, un desafío y una súplica entrelazados en sus ojos. Es como si estuviera luchando consigo misma, entre el deseo de entregarse por completo y el temor a lo que eso conlleva.

—Por favor, Yerik —susurra al fin, su voz apenas un murmullo cargado de necesidad.

Esa súplica es todo lo que necesito. Sin más preámbulos, me sumerjo en ella con ferocidad, dejando que el deseo nos envuelva y nos lleve a un lugar donde solo existimos nosotros dos. Nuestros cuerpos se funden en una danza frenética de pasión, cada movimiento sincronizado como si fuéramos una sola entidad.

El mundo desaparece a nuestro alrededor, y solo somos nosotros dos perdidos en un torbellino de sensaciones abrumadoras. Sus gemidos se desplazan por toda la planta baja mezclándose con los míos en una sinfonía de placer y éxtasis.

Cada roce, cada beso, cada caricia es un tributo a la pasión que compartimos, un testimonio de la conexión profunda que existe entre nosotros porque, por mucho que Nina intente negarlo, es evidente lo que existe entre ambos. En este momento, no hay pasado ni futuro, solo el presente, donde nos pertenecemos el uno al otro de forma completa y total.

Y cuando al fin llegamos al clímax, es como si el universo entero estallara en una explosión de puro éxtasis. Nos aferramos el uno al otro, sin aliento, temblando con la intensidad del placer que nos consume por completo. Después nos quedamos enredados en los brazos del otro, nuestros corazones latiendo al unísono mientras nos perdemos en el latido del otro.

La abrazo con intensidad, me gusta esta sensación.

«Nina Bykov», se me pasa por la mente, y me gusta cómo suena.

Nina

Estoy dando un paseo por el interior del invernadero. Me relaja y logra que mis pensamientos sean menos caóticos. Pienso muy a menudo en Daisy, en dónde estará metida, en si estará bien o no, y me niego a imaginarme un escenario peor. Siempre fue una niña fuerte, la primera amiga que me aceptó con mis peculiaridades, dándole igual la procedencia de mis padres. Ella, una neoyorquina de los pies a la cabeza, con unos padres que bien podrían ser el estandarte de una campaña publicitaria de cereales matutinos de la ABC, me mantuvo cuerda cuando el resto de los compañeros me acosaban. Por suerte, mis estudios me otorgaron una beca para acudir a la universidad y dedicarme a aquello que siempre he deseado: el periodismo.

Pero Daisy no tuvo la misma suerte. Su familia pasó por una mala racha económica cuando su padre se quedó sin trabajo a los cincuenta y seis años. Nadie quería contratarlo de nuevo pese a que le daba lo mismo el empleo a realizar. Al mismo tiempo, su madre enfermó y le detectaron un cáncer. Al final, ella tuvo que dejar su facultad y buscar un trabajo como camarera. Durante una temporada estuvimos en contacto, pero con el paso del tiempo ella dejó de mandar mensajes y yo también. Sería muy hipócrita de mi parte echarle la culpa de nuestro distanciamiento; lo cierto es que yo podría haberla llamado más, podría haberme enterado de qué hacía...

Justo después de terminar la carrera, y gracias a los contactos que conocí durante mi formación, me asocié con el que considero mi editor. Gail tendrá unos diez años más que yo, lleva una gaceta digital y de manera puntual colabora con el New York Times. Gracias a él, mis artículos bajo el seudónimo de Nina Tarasova vieron la luz y pude independizarme de mis amorosos y, en ocasiones, asfixiantes padres.

«¡Cuánto los extraño!».

Me aproximo hasta donde se encuentran los lirios del valle, acaricio los pétalos con cuidado. Se han convertido en mi flor favorita. Se la ve tan frágil, y al mismo tiempo me llama tanto la atención que sea tan peligrosa.

Frunzo el ceño y me agacho para observar más de cerca lo que parece una mancha roja. Doy un paso atrás, tropezándome con la manguera del sistema de riego que se encarga de mantener húmeda la tierra. Reviso frenética todos los pétalos de las flores, descubriendo salpicaduras carmesíes esparcidas por distintas zonas. Sin duda alguna, es sangre.

Me alejo a pasos acelerados y salgo al jardín. Estoy tan nerviosa que choco con el cuerpo de alguien sin darme cuenta.

—¿A dónde vas? —Luka me sujeta de los brazos, apartándome de su pecho.

—¡Suéltame! —le grito, imaginándome lo peor.

—No.

—¡Qué me sueltes! —Le doy un pisotón y ni siquiera da un alarido o se mueve del sitio.

—¿Qué es lo que te ha puesto así?

—A ti qué te importa.

—A mí nada, pero eres importante para Yerik.

—¿Qué? —Parpadeo incrédula. No me esperaba que Luka, el hombre más frío que he conocido en mi vida, me dijese algo semejante.

—Dime qué te pasa —insiste sin volver a mencionar a Yerik.

—He visto en las flores, he visto, sangre...

—Ah, es eso. —Me suelta los brazos, dejándome libre de su agarre.

—¿Ah? ¿No me vas a decir nada más?

—Es la sangre de Laila —me contesta con parsimonia, y se encamina hacia la entrada trasera de la mansión—. Habrá que avisar al jardinero de que la limpie.

—¿Qué le pasó a Laila? ¿Está bien? —No me había dado cuenta de su ausencia, estaba tan centrada en mi propio dilema interno que no había caído en la cuenta de que otra chica ha estado realizando su trabajo.

—Lo está, se recupera de una herida —me responde.

No sé si creerle, así que, sin pensarlo demasiado, realizo una carrera para alcanzarlo. Lo sujeto del brazo justo cuando está entrando en el salón y él reacciona mirándome por encima del hombro.

—¿Le habéis hecho algo? —pregunto, casi acusándolo con la mirada.

—No.

Doy otro paso al frente y alzo la barbilla; la adrenalina me quema las venas, pero no soy capaz de dejar de decir lo que pienso, así soy y no puedo evitarlo.

—Prométeme que no la habéis herido vosotros.

Luka entrecierra los ojos, se voltea para situarse cara a cara conmigo y se agacha, poniéndose a mi altura. Se mantiene callado durante unos segundos mientras evalúa mi rostro. Aprieto su brazo, impaciente, necesito saber si Yerik le ha hecho daño a la chica. No sé, es como si estuviese imaginándome a Daisy o a mí en esa situación y me entra el pánico.

—¿Tienes idea de lo que implica una promesa en nuestro mundo? —Niego con la cabeza. Tiene una voz dulce que contrasta demasiado con el lado dañado de su rostro—. La Bratva se rige por un código de honor. Un hermano jamás dará su palabra a la ligera.

Recuerdo la promesa de Yerik, el momento en el que me miró a los ojos y me prometió que no me mataría.

—Luka, dame tu palabra de que Laila está bien y que no la habéis herido vosotros —puntualizo cada palabra para que no quede ninguna duda en el aire.

—¿Por qué te importa tanto? —Se cruza de brazos, y creo que es la primera vez que tenemos algún tipo de interacción sin que esté Yerik de por medio.

—Porque me preocupo por ella —le indico, realizando gestos con las manos y soltándole al fin el brazo.

—Eso es mentira.

—¿Cómo que es...?

—Mentira, te estás engañando. Ni siquiera te acordabas de la chica hasta que te dije que esa sangre era de ella.

—Eso no es cierto. —Alzo más el mentón y me cruzo de brazos, molesta con la acusación porque, de cierta forma, tiene razón.

—Vas a tener que mejorar si pretendes engañar a alguien. Sabes que lo que te digo es cierto. Lo primero que se te ha pasado por la mente es a Yerik apretando el gatillo, no a Akim o a mí. Es por ti por lo que quieres saberlo, no por Laila. Es tu conciencia la que quieres mantener limpia.

—¡No me conoces, no puedes acusarme de ser tan fría! —Elevo la voz y lo señalo con el

dedo índice. Furiosa, me doy la vuelta y me alejo de él.

—Tienes mi palabra —le escucho soltar, y se me congela el aire en los pulmones—. Laila está bien, recuperándose de su herida. Ni Yerik ni ninguno de nosotros fuimos quienes la hirieron. Tienes mi palabra.

—Gracias —murmuro sin saber muy bien cómo procesar la asquerosa verdad que me ha soltado Luka a la cara.

Subo a mi dormitorio y se me abre la boca al comprobar que varias empleadas están vaciándolo. Todas mis cosas, mi ropa, zapatos, abrigos... han desaparecido. Observo como una de ellas dobla el chubasquero amarillo que tanto me gusta usar en días de tormenta para meterlo en una caja. Se lo quito de las manos y le lanzo una mirada de rabia.

—¿Qué hacéis?

—Obedecemos órdenes, señorita Rodríguez.

No es necesario que pregunte quién ha dado tal directriz.

—¿Dónde está el señor? —Aprieto los dientes, enfadada.

—La última vez que lo vi estaba en su despacho, señorita. Sin embargo, creo que está reunido.

Me marchó de la habitación dando grandes zancadas, me llevo conmigo el chubasquero, no voy a dejar que lo guarden en cajas sin saber qué pretende hacer Yerik con mi ropa. O, en su defecto, conmigo.

Me importa bien poco con quién esté reunido; sin llamar a la puerta, la abro de golpe, encontrándome con una situación que me deja petrificada.

—¿Sasha? —La *stripper* del Sin City está arrodillada en medio del despacho, Yerik, a su vez, se encuentra justo enfrente de ella—. ¿Qué haces tú aquí?

No quiero dirigir la mirada a la entrepierna de Yerik, pero lo hago y, aunque tiene la cremallera subida, siento que los he interrumpido. Soy una estúpida al darme cuenta de que los celos me invaden, que encontrarlos juntos a solas en una situación un tanto peculiar me está corroyendo por dentro y deseo golpearle la cara.

Me fuerzo a calmar mi temperamento, es absurdo que tenga este sentimiento de pertenencia cuando Yerik no es nada mío, yo no soy nada suyo. ¡Por Dios! Si es un asesino, un criminal del que no debo fiarme y que me retiene en su propiedad solo por conveniencia.

—¿Tus padres no te han enseñado a llamar a la puerta antes de entrar?

No voy a responderle a una pregunta tan absurda.

—¿Por qué el personal está guardando mi ropa en cajas, Yerik? —le insto a responderme con una mirada rabiosa, moviendo el chubasquero con nerviosismo.

—Nina, márchate, no es un buen momento —me comenta sin apartar la mirada de Sasha, que se mantiene con la cabeza agachada y sentada sobre sus talones. Es una posición sumisa, y por mi mente pasan cientos de situaciones en las que ambos terminan follando sobre el escritorio.

—¡No me da la gana! —vocifero, lanzando el chubasquero al suelo, cabreada conmigo, con él y con el mundo entero.

Rodea a Sasha y, con paso firme, se aproxima hasta donde me encuentro. Con un movimiento ágil, me agarra del cuello y ejerce presión. No me hace daño, pero sé que podría hacerlo, matarme en cualquier momento y no sentir ningún tipo de remordimiento.

—Te he dicho que no es un buen momento, pequeña flor. —Su pulgar me acaricia, su boca se posa sobre mis labios y me dice en tono grave—: No me gusta tu ropa, te he comprado un vestidor nuevo. Ahora, sé buena y obedéceme.

Niego con la cabeza y le contesto:

—No quiero que me compres nada, y no tiene por qué gustarte mi ropa. Es mía, a quien tiene que gustarle es a mí.

La garganta me raspa con cada palabra que suelto, y sé que estoy retándolo. Su agarre se ha incrementado, el aire que pasa a mis pulmones ha disminuido, y sus labios se desplazan hasta el lóbulo de mi oreja. En voz baja, me dice:

—Seré paciente contigo, pero debes saber que nadie me levanta la voz y jamás nadie me ha contradicho, mucho menos enfrente de alguien. —Sus palabras me irritan más si cabe, y uso mis manos para intentar alejarme de él—. Te compraré lo que me dé la gana porque soy yo el que posa la mirada en tu cuerpo.

—¿Por qué?

—Porque quiero y puedo, porque eres mía.

—No soy...

Su boca se posa en la mía, sus labios me fuerzan a abrirla y su lengua juega con la mía. La mano que aprieta mi cuello se desplaza hacia la clavícula; acto seguido, la introduce dentro de la camiseta y el sostén para masajear mi pecho. Me guardo un gemido para mis adentros. Su otra mano está posada en mi trasero; me arrastra hasta que nuestros cuerpos se unen y siento la dureza de su miembro en mi vientre.

—¿Deseas que te folle delante de la *suka* para que quede claro que me perteneces?

¡Ay, Dios! ¡Sasha! Me había olvidado por completo de que ella estaba aquí.

—Déjame en paz y, si te pica tanto, fóllatela a ella —le respondo, cabreada.

—¿Es eso lo que deseas? —me insiste, besando mi cuello. Me derrito con su calor, pero me niego a admitirlo—. ¿Estás segura de lo que me pides?

—Sí, lo estoy. Solo quiero que me dejes ir, quiero volver a mi apartamento y olvidarme de que te he conocido —declaro, dolida.

—Sal de aquí. —Yerik me aparta de su cuerpo y me sujeta del antebrazo, echándome del despacho. Cierra la puerta dando un portazo. Me dan ganas de volver a entrar y ponerme a gritar como una loca.

Pero ¿qué motivo tendría para hacerlo? Me he dejado el chubasquero dentro, sí, ese es un buen motivo. Sin embargo, temo encontrarme con lo que justo le he dicho que haga con ella.

Camino hacia la planta baja. Me dirijo hacia la cocina murmurando por lo bajo palabras que no son comprensibles. Tengo un debate conmigo misma; muevo los brazos, realzando la impotencia y la rabia que siento.

En la cocina me pongo a buscar en los estantes alguna botella de vino o algo fuerte que me tranquilice. Quiero... ¡No sé lo que quiero!

—Tiene que botar toda mi ropa —murmuro, localizando el estante de las bebidas y escogiendo la primera botella sin fijarme en qué es. La abro y me echo un poco del líquido transparente en un vaso—. ¿Y qué hace ella aquí?

Bebo un trago largo y, con un gesto brusco, contraigo la cara; tengo ganas de vomitarlo. Escucho a mis espaldas la risa de alguien. Me giro y es Akim.

—Eres muy graciosa, no sabía que me iba a divertir tanto con tu llegada —dice, sentándose en una silla—. No es bueno beber a solas, pásame un vaso. Te acompañaré.

—No estoy celebrando nada.

—Soy ruso, no necesito celebrar nada para beber.

Le acerco un vaso y la botella. Rellena ambos vasos y hace un gesto con el suyo, como si

estuviera brindando.

—¿Quieres contarme qué ha pasado?

—No ha pasado nada. —Me bebo otro trago; esta vez contengo las ganas de poner cara de asco y exhalo, notando cómo me arde la garganta.

—Luka tiene razón, tienes que aprender a mentir mejor. —Sonríe de medio lado y vuelve a tomar otro sorbo. Golpea el vaso en la encimera de la isla y rellena ambos recipientes de nuevo.

Siento el calor del alcohol recorrer mi cuerpo y observo a Akim. Él apenas se inmuta al tragarlo.

—Está vaciando mi armario, se está deshaciendo de mi ropa y me ha comprado un vestidor sin consultarme —comento de carrerilla. Akim levanta una ceja y se mantiene en silencio, esperando a que continúe hablando—. Fui a reclamarle a su despacho y...

—Espera, ¿tú fuiste a reclamarle al *pakhan* de la Bratva?

Akim suelta una carcajada.

—Bueno, diciéndolo de esa manera...

—¿Y qué otra manera hay de decirlo?

—Fui a hablar con Yerik —puntualizo.

—Nina, Yerik y el *pakhan* son la misma persona. No te hagas una idea equivocada. —Su tono se ha vuelto serio. Volvemos a beber—. Con todo, dudo que ese sea el motivo por el que estás en este estado. Si no me equivoco, te encontraste con la *suka* en su despacho.

Aprieto la mandíbula con fuerza. No espero a que me rellene el vaso; agarro la botella y lo hago yo misma.

—No creo que estés acostumbrada a beber vodka, deberías ir más despacio.

—No es asunto tuyo —le espeto.

—Cierto. —Se levanta de la silla y me aleja la botella—. De todas formas, creí que te agradaría saber que Yerik está investigando la desaparición de esa amiga tuya. —Se encoge de hombros.

—¿Cómo? —Me levanto de la silla con un movimiento rápido que me mareo. Me sujeto al borde de la isla y lo observo sonreír de soslayo—. ¿Qué es eso que acabas de decir?

—Por lo que me dijo Yerik, estabas investigando la desaparición de tu amiga y él se comprometió a ayudarte. —Asiento, incrédula—. Bueno, no sé qué es lo que te molesta de eso.

Me llevo una mano a la cabeza. He metido la pata hasta el fondo, y es posible que en este instante Yerik esté acostándose con Sasha.

—Voy a vomitar —digo, corriendo hacia uno de los aseos que se disponen en la planta. No me detengo a cerrar la puerta, simplemente me arrodillo en el suelo y echo todo el contenido de mi estómago por el retrete.

—Te ayudaré a subir hasta tu dormitorio —oigo la voz de Akim a mi espalda y me vuelve otra arcada—, cuando termines, por supuesto.

Unos quince minutos más tarde, me encuentro sobre la cama de mi dormitorio. Estoy en posición fetal, agarrándome de las rodillas, sintiéndome abochornada por mi comportamiento. Cierro los ojos y me propongo descansar algo.

Yerik

Doy un portazo al cerrar la puerta de mi despacho; el eco del golpe retumba en el silencio. Nina ha salido, pero su presencia ha dejado un rastro de agitación en mi interior. Me acerco a Sasha; su figura inmóvil sobre sus talones contrasta con la tormenta que bulle dentro de mí. ¿Cree que su pasividad la eximirá de mi ira?

Pero mi pequeña flor me ha encendido para después dejarme ardiendo en la frustración; una mezcla peligrosa.

—¿Dónde lo habíamos dejado? —mi voz corta el aire, envolviendo a Sasha mientras la rodeo—. Recuerdo que ibas a decirme qué sabes sobre la desaparición de dos de mis chicas.

—No sé nada, señor —susurra, evitando mi mirada—. Solo me dedico a bailar.

—Mírame —mi tono es firme. Con renuencia, levanta la mirada; en sus ojos, un atisbo de pánico. Sabe más de lo que admite—. No voy a repetirlo. Sabes lo que soy capaz de hacer.

—No sé dónde están ni a dónde se las han llevado. ¡Lo juro!

—Estás tardando en hablar. —Mis dientes están apretados, y su cabello cae entre mis dedos mientras lo agarro para obligarla a mirarme. Nuestros rostros están a centímetros de distancia—. ¡Habla, maldita sea!

—Hace poco más de medio año, Iván comenzó a actuar extraño. —Las lágrimas caen por sus mejillas, mezclándose con el maquillaje—. Un día lo vi discutir en el almacén con unos hombres que lo amenazaban.

—Continúa.

—Él les dijo que no podía ayudarles, que, si lo hacía, alguien se enteraría... —Sasha tiembla, sus rodillas ceden bajo la presión de mi agarre. La libero, dejándola caer al suelo mientras medito sus palabras.

—¿Ayudó a esa gente? ¿Permitió que se llevaran a las chicas?

—No estoy segura, varias compañeras desaparecieron en las semanas siguientes. Iván aumentó la seguridad en el Sin City desde entonces.

—¿Cuántas chicas? —mi voz es un rugido contenido.

—Siete, que yo sepa. No estoy segura.

El silencio se convierte en un cómplice inquietante en la habitación mientras absorbo la impactante revelación. Existen varias posibilidades, un posible traidor, o más de uno. Si está sucediendo esto bajo la vigilancia de un veterano como lo es Igor, ¿qué puede estar pasando en el resto de mis clubs?

—¿Qué recuerdas de esos hombres? ¿Qué acento tenían?

—¿Acento? —La *suka* se retuerce las manos, me doy cuenta de que intenta recordar cuando observo que dirige su mirada hacia la izquierda.

—No eran de aquí, creo que europeos.

Voy a terminar matando a esta puta.

Mi paciencia está llegando a su límite. La impotencia que siento ante la situación se mezcla con la ira creciente. Aprieto los puños con fuerza mientras intento mantener la compostura.

—¿Sabes cuántos países tiene Europa?! —Mi voz estalla en la habitación, haciendo eco en las paredes. Sasha retrocede por instinto, temiendo mi furia.

—L-lo siento, señor. No lo sé... —sus palabras se ahogan en un susurro mientras sus ojos buscan una vía de escape.

Respiro hondo, tratando de calmar mis nervios. No puedo permitirme perder el control ahora. Necesito más información, detalles que me lleven a la verdad detrás de las desapariciones de mis chicas.

—Bien, escucha con atención —mi tono es más calmado, pero no menos amenazante—. Quiero que recuerdes cada detalle de esa discusión. Cualquier cosa, por pequeña que parezca, podría ser útil.

Sasha asiente con la cabeza, tratando de recomponerse.

—Eran tres hombres, altos, con acento extranjero, aunque no sé reconocer de qué país. Hablaban en voz baja, pero pude escuchar fragmentos de la conversación. Mencionaron a un tal... «Marco».

El nombre resuena en mi cabeza como una campana de alarma. Marco es uno que he escuchado antes, pero ¿a quién y dónde? Quiero más información, me urge encontrar a esos hombres y descubrir qué saben.

—Vuelve a tu puesto y no hables de esto con nadie más. —Mi tono es más calmado ahora, pero la amenaza subyacente es evidente en mis palabras.

Ella asiente con la cabeza y se levanta del suelo, evitando mi mirada mientras sale del despacho.

Una vez solo, me sumerjo en mis pensamientos. «Marco». ¿Qué papel juega en todo esto? No puede ser una casualidad que Cormac esté deseando ganar territorio, hacerse con el puerto y que uno de sus nuevos objetivos sea la prostitución. Necesito respuestas, y las necesito rápido.

Decido enviar un mensaje a mis consejeros, consciente de que están cerca y atentos ante cualquier eventualidad. El primero en llegar es Luka, seguido de cerca por Akim, quien cierra la puerta tras de sí. Les pongo al tanto de la información que he obtenido de Sasha.

—Cormac tiene que estar metido en esto —dice Akim con una mirada dura.

—¿Algún socio desconocido que sea tan osado como para robarnos en nuestras narices? —pregunta Luka, mostrando su preocupación.

—Tanto mi padre como yo hemos cosechado bastantes enemigos a lo largo de los años. Los albaneses y la camorra son quienes se dedican a la prostitución, por lo que sería extraño que La Brisa de Mer de Córcega estuviera involucrada o que los Ndrangheta se distancien de Calabria —explico, reflexionando sobre las posibilidades.

—Las únicas organizaciones con suficiente poder como para asociarse con Cormac y arriesgarse a una guerra con la Bratva son los malditos albaneses o la camorra —concluye conmigo Akim, con una expresión sombría.

—¿Qué quieres que hagamos con Iván? —me pregunta Luka, buscando una orden para ejecutarla si fuese preciso.

—Por ahora, que lo vigilen de cerca. Aún no estoy seguro de si nos ha traicionado o simplemente es un cobarde —respondo, sintiendo la furia crecer en mi interior—. Quiero que los *brigadirs* investiguen en los otros clubs si ha habido más chicas desaparecidas. Que hablen con los empleados, pero que sean discretos. No quiero que se den cuenta de que hemos descubierto algo.

Estoy furioso. Si no fuera por Nina y su empeño en buscar a su amiga, no nos habríamos

enterado de lo que está sucediendo. Me sirvo otro vaso de vodka y lo bebo de un trago, sintiendo el líquido quemar mi garganta.

—Os habéis puesto todos de acuerdo para ponerlos a beber —comenta Akim con una sonrisa irónica mientras se sirve un vaso—. Tu chica necesitó mi ayuda para llegar a su dormitorio. No sabe beber. Creo que los celos al verte con la *suka* la han afectado.

El apelativo que usa Akim para referirse a Nina me llama la atención, pero decido no abordarlo por ahora.

—Ha descubierto que Laila está herida —interviene Luka, sumándose a la conversación.

—¿Cómo?

—Vio sangre en el invernadero y yo le conté que era de la sirvienta —explica Luka, encogiéndose de hombros—. No tiene los detalles, solo le interesaba saber si habías sido tú quien la lastimó. Me hizo prometerle que no fuimos nosotros los que la herimos.

Akim suelta una carcajada, pero yo permanezco en silencio, procesando la información. Marco, Cormac, Iván, la desaparición de las chicas... y Nina.

—Me cae bien —comenta Akim entre risas.

—No me fío —Luka, como de costumbre, manteniendo la guardia alta—. Creo que es un eslabón débil.

—Acostúmbrate porque es mía y no se irá.

Y así, dejo clara mi posición.

Pasada la medianoche, me dirijo al dormitorio de Nina; le llevo el chubasquero amarillo que dejó en el despacho. Un soldado está de guardia afuera. Shamil aún se está recuperando del balazo que le propiné por dejarse embaucar por Nina, pero me han asegurado que pronto estará al cien por ciento.

Entro en la habitación y la veo tendida en la cama, removiéndose inquieta. Le dejo el chubasquero a los pies de la cama, me acerco y me siento en el borde de colchón a su lado, y termino acariciando su rostro. Ella parece notar mi presencia y abre uno de los ojos, frunciendo el ceño.

—¿Ya es de día? —pregunta, tapándose la cabeza con el antebrazo.

—No —respondo simplemente.

—Entonces, déjame dormir. —Se da la vuelta, dándome la espalda.

—¿Tienes resaca? —le pregunto, notando el tono áspero de su voz.

—Quizás —responde, sin dar muchos detalles.

Me quito los zapatos y me tumbo en la cama a su lado. Nina se sobresalta, mirándome con curiosidad. No estoy seguro de lo que estoy haciendo, pero decido dejar de lado las dudas por ahora.

—Ven aquí —le ordeno.

—Yerik, no me siento bien para... —comienza a decir, pero la interrumpo.

—He dicho que vengas —repito con un tono firme.

—Está bien —suspira, obedeciendo a regañadientes.

Juntamos nuestros cuerpos, con su cabeza reposando en mi hombro. La abrazo por la cintura y la atraigo más hacia mí.

—¿Por qué firmas tus artículos con el apellido de soltera de tu abuela?

—¿A qué viene esa pregunta ahora? —cuestiona, intentando alejarse, pero la mantengo en el sitio.

—Nina...

—Siempre me gustó indagar sobre mis orígenes, no tengo recuerdos de mis abuelos y creí que era una manera de honrarlos.

—¿Pero por qué el de Tarasova y no el de casada, Smirnova?

—Es una tontería, pero mi abuelo eligió mi nombre, Nina, y pensé que usando el apellido de soltera de mi abuela los honraba a ambos.

—¿Sabes ruso? —Sé la respuesta, pero espero a que me conteste con la verdad.

—Solo palabras sueltas, expresiones comunes o insultos. —Asiento.

Respiro su aroma, cerrando los ojos y disfrutando de la calma de la noche y de la tranquilidad que me transmite Nina.

—Esto es extraño —susurra—, estás raro.

—¿No te gusta?

—No he dicho eso, es solo... extraño.

—Deja de pensar —acaricio su sien con la yema de los dedos—, descansa.

—Eso intento. ¿Te quedarás toda la noche?

—Duerme, Nina —evito responderle.

—Gracias por ayudarme a buscar a Daisy.

—Aún no la hemos localizado —le recuerdo.

—Lo harás —su voz suena distante, está quedándose dormida—, sé que lo harás.

Me quedo a su lado durante gran parte de la noche, vigilante de su sueño. Ahora comprendo el comentario de Luka: no es que Nina sea un eslabón débil, sino que podría convertirse en mi punto vulnerable.

Nina

No logro discernir qué ha cambiado en estos últimos días, pero percibo una diferencia notable en la actitud de Yerik hacia mí. No puedo afirmarlo con certeza; incluso dudo si es producto de mi propia imaginación o si estoy proyectando mis deseos más profundos en él. Sin embargo, no puedo seguir negando la verdad: la atracción que siento por él es perturbadora. Va más allá de lo físico; aunque es cierto que mi cuerpo reacciona ante su cercanía, hay algo mucho más profundo en juego, solo que me resisto a aceptarlo y me niego a admitirlo.

Yerik Bykov representa un enigma, y siempre me han fascinado los desafíos e intrigas. Él es el más grande al que me he enfrentado en toda mi vida. Mariana ha compartido algunos recuerdos de la infancia de Yerik, fragmentos que revelan a un niño caprichoso y querido que disfrutaba jugando en la nieve con sus amigos, un niño cariñoso con su madre, a la que adoraba. Sin embargo, esa imagen no concuerda con la intensa mirada del *pakhan* actual.

Uno de sus consejeros, Luka, me observa con recelo, como si sospechara que en cualquier momento planease realizar algún acto contra su jefe. Su atractivo físico se ve empañado por una horrible cicatriz que atraviesa su rostro y mi alma de periodista me pide indagar en esa historia, en realizar las preguntas pertinentes para averiguar qué le sucedió a Luka y la procedencia de esa marca. Por otro lado, Akim es más jovial, siempre dispuesto a hacer bromas y relajar el ambiente en torno a Mariana. He percibido que lo hace para crear un buen ambiente en los momentos más tensos, es un protector nato. Son una familia peculiar, pero en última instancia eso es lo que son: familia.

Durante esta última semana he disfrutado de ciertas libertades que hasta hace poco creí que no recuperaría; ya no me mantengo dentro de las paredes de la mansión. Puedo deambular por toda la finca sin restricciones; incluso he salido al mercado con Mariana en dos ocasiones, eso sí, hemos ido acompañadas por un pequeño batallón porque, según las palabras de Yerik, ese es su trabajo. Para conseguir tal hazaña tan solo fue necesario que, la que ahora sé ha sido su nana cuando era un niño, le pidiese permiso e insistiese un poco aludiendo a mi salud mental. Es irónico, me permite salir de sus dominios por mi salud mental, pero no que regrese a mi apartamento y comunicarme con mis padres.

Esta tarde decido explorar más a fondo los jardines de la finca. El sol empieza a ponerse, tiñendo el cielo de naranjas y rosas, creando un ambiente casi mágico. Mientras camino por el sendero de piedras, escucho unas risas a lo lejos. Me acerco con cautela y encuentro a Akim y Mariana jugando con un perro, un pastor alemán, que corre alegre tras una pelota que él lanza.

Mariana me ve y me saluda con la mano, invitándome a unirme a ellos. El perro, notando mi presencia, corre hacia mí, moviendo la cola con entusiasmo. Me agacho para acariciarlo, sintiendo una conexión inmediata con el animal.

—Se llama Belka, significa ardilla —dice Mariana, sonriendo—. Iba a ser la guardiana de la finca, pero según Yerik la arruiné para esa tarea, es una gran compañía cuando los chicos se marchan por negocios y no regresan en semanas o meses.

—¿Por qué no la he visto hasta ahora?

—Ha estado en la caseta del vigilante durante estas semanas.

—¿Por qué? —pregunto mientras acaricio detrás de las orejas a Belka.

—Precaución. —Se encoge de hombros Akim—. Los animales se comportan por instinto, cuando llegaste estabas en un estado alterado y de nerviosismo que, sin conocerte de antemano, Belka podría malinterpretar. Le sugerí a Mariana esa misma noche que la llevasen a una de las casetas que tenemos para los vigilantes.

—¿Dónde suele estar normalmente?

—Se pasea por la finca como si fuese dueña y señora de ella. —Se ríe Mariana al ver como la perra mueve la cola y pega saltos buscando la pelota que tiene Akim en la mano—. Se le suele poner la comida en la terraza que comunica con la cocina.

—¿Cuántos años tiene? Es muy juguetona. —Me contagio del buen ambiente.

—Aún no ha cumplido los dos años —me informa Mariana.

Akim me ofrece la pelota y, por un momento, me olvido de mis preocupaciones mientras jugamos todos juntos, pero no puedo evitar que mi mente vuelva a Yerik y a los pensamientos que me atormentan.

Más tarde, después de que el sol se haya ocultado por completo, regreso a la mansión. Al entrar, me choco con Luka en el pasillo. Su presencia siempre me ha intimidado.

—Disculpa —le digo. Él me mira con ojos fríos y calculadores.

—¿Tienes alguna fijación en ir chocándote con las personas? —su tono es neutro, pero su mirada transmite una mezcla entre curiosidad y desconfianza.

—No ha sido a propósito —digo, tratando de mantener la voz firme.

Luka me estudia por un instante, entrecierra los ojos y se da la vuelta.

—Ven. —Señala una puerta a mitad del pasillo.

Lo sigo, sintiendo cómo se incrementa mi nerviosismo con cada paso. Entramos en lo que parece ser un despacho más pequeño que el de Yerik, aunque mantiene la misma decoración usando los mismos tonos verde oliva que en el resto de las estancias. Es un lugar austero, con una gran cantidad de documentos apilados en el escritorio y las estanterías llenas de libros. Me ofrece una silla y se sienta frente a mí.

—¿Cuál es tu mayor deseo en este instante? —Frunzo el ceño, debe querer jugar conmigo.

—¿A qué te refieres? —replico sin querer responderle.

—Quieres volver a tu apartamento, te hemos escuchado en más de una ocasión. También sé que quieres hablar con tus padres, que quieres verlos.

—¿Esto es algún tipo de prueba retorcida?

—No, no lo es.

—¿Entonces qué quieres?

—Que seas sincera. —La respuesta me deja perpleja, ¿por qué mi sinceridad sería motivo de interés para él? ¿Qué está tramando?

—No puedo poner el deseo de ver a mi familia por encima de encontrar a Daisy, y aunque quiera volver a mi rutina, regresar a mi apartamento y escribir nuevos artículos... —suelto un suspiro—, sé que no es posible.

—¿Te has resignado?

—No. Tan solo he aceptado que no es el momento.

—Aún no lo has entendido. —Niega con la cabeza.

—¿El qué no he entendido?

—Tu vida no volverá a ser la de antes, eso es imposible.

—Yerik sabe que no voy a delatar ni a escribir nada sobre la organización, no os mencionaré, será como si nunca os hubiese...

—¿Conocido? —Entrecierra los ojos y cruza los dedos de las manos entre sí, apoyando la espalda por completo en el respaldo de la silla—. Para no ser una buena mentirosa, eres excelente engañándote a ti misma.

—Y qué me dices de ti, me pides que sea sincera cuando no te conozco, no sé nada de ti ni de lo que pretendes. Me miras con odio y no te he hecho nada.

—No te odio, pero eres un peligro.

—Ja, ja y ja. Permite que me ría, sois vosotros los que usáis armas y amenazáis la vida de la gente, quien extorsiona, y controla la ciudad.

—Así es, hacemos eso y muchas cosas más. Sin embargo, no te estoy engañando cuando pienso en lo peligrosa que puedes llegar a ser.

—No te comprendo.

—Es sencillo, en nuestro mundo no podemos tener puntos débiles o nuestros enemigos los usarán para acabar con nosotros y dañarnos de la manera más ruin posible. Tú te has convertido en el de Yerik.

Me mantengo en silencio, procesando lo que me dice Luka; no puede estar hablando en serio. Aunque es innegable la atracción física que Yerik y yo nos tenemos, lo que insinúa Luka es absurdo.

—No me crees. —Niega con la cabeza.

—Lo cierto es que no creo que sea así. Entre Yerik y yo no existe una relación como tal, no soy ninguna amenaza de la que debas preocuparte.

—Está claro que no tenéis una relación. —Luka se tensa de forma evidente, luego se inclina hacia delante, posando los codos sobre sus rodillas mientras cruza las manos a la altura del mentón—. Debes comprender que para mí Yerik no solo es el *pakhan*, es mi camarada, mi hermano. Le he visto resurgir del peor momento de su vida, hemos crecido y madurado hombro con hombro, conozco sus demonios y he caminado a su lado, pisando las brasas del infierno. Créeme cuando te digo que para él eres más de lo que crees.

—Insinúas que me quiere —murmuro.

—No esperes una declaración de amor —sonríe de medio lado—, Yerik no es de esos. Puedes conseguir pasión; todo el personal os ha escuchado. —Me sonrojo al darme cuenta de que no hemos sido precisamente cautelosos—. Pero también lealtad, protección, incluso afecto, no esperes que lo exprese como en una novela romántica.

Me quedo en silencio, tratando de asimilar lo que me ha dicho Luka. No sé si creerle o no. Y lo que más me asusta es pensar en lo que yo siento por él.

—¿Por qué me dices todo esto, Luka? —pregunto al fin.

—Porque quiero que entiendas en qué te has metido. No eres una prisionera en el sentido tradicional, pero tampoco eres libre. Todo lo que haces tiene consecuencias, y debes ser consciente de ello.

Me siento mareada por sus palabras, la mezcla de miedo y esperanza me confunde.

—No estoy segura de qué hacer con esta información —admito, sintiendo la vulnerabilidad en mi voz.

—No necesitas hacer nada —dice Luka—. Solo asegúrate de no convertirte en un problema. Yerik tiene enemigos y tú puedes convertirte en un blanco fácil si no eres cuidadosa.

Asiento, intentando procesar todo.

—Entonces, no me odias. Tan solo quieres cuidar de él. —No espero a que me conteste, por el gesto de querer levantarse del asiento va a dar la conversación por finalizada y no puedo desaprovechar este instante de acercamiento—. Luka, ¿puedo hacerte una pregunta personal? Si te molesta, no volveré a sacar el tema.

—Adelante, hazla.

—Quiero saber sobre tu cicatriz —digo con atrevimiento—. No es solo curiosidad, es... bueno, me gustaría conoceros mejor.

Su cuerpo se tensa, evade mi mirada.

—Fue hace muchos años —comienza, su voz es baja y controlada—. Era joven y confiado, quizás demasiado. Subestimé a alguien que fue cercano y nuestro enemigo se aprovechó. Pagamos un alto precio por ese error.

Me quedo en silencio, permitiéndole continuar si lo desea. Después de un momento, Luka sigue, sus ojos fijos en algún punto distante.

—Esta cicatriz —se lleva la mano a la mejilla, sus dedos dibujan el contorno de la marca— me recuerda todos los días que la confianza se puede convertir en nuestra mayor debilidad. Desde entonces, he aprendido a no subestimar a nadie y a mantenerme siempre alerta.

Asiento, comprendiendo la profundidad de su experiencia. La cicatriz no solo es una marca física, sino también un recordatorio constante de la traición y la vigilancia necesaria en su mundo. Bajo esa fachada dura, hay un hombre cargado de arrepentimientos y responsabilidades.

Luka se levanta y abre la puerta del despacho, señalando que nuestra conversación ha terminado.

—Gracias por compartirlo conmigo —digo antes de salir.

—No me agradezcas —responde Luka—. Solo recuerda lo que te he dicho.

Salgo del despacho y camino con lentitud por el pasillo, sintiendo el peso de la conversación sobre mis hombros. Mientras regreso a mi habitación, no puedo evitar pensar en Yerik y en lo que podría significar todo esto para ambos. ¿Es posible que, detrás de su fachada fría y calculadora, haya un hombre capaz de sentir algo por mí? ¿Acaso yo podría estar sintiendo algo por él?

Me dejo caer en la cama, agotada por la montaña rusa emocional del día. Cierro los ojos y dejo que mis pensamientos vaguen, esperando encontrar algún tipo de claridad. En lugar de eso, solo encuentro más preguntas.

Yerik

Ha llegado el momento de hacer hablar a Maxim, el invitado que mantengo en el sótano de la mansión sin apenas agua o comida. Me aseguré de que Luka lo visitara con regularidad para garantizar que sigue con vida.

Cormac ha atacado varios cargamentos de droga que se transportaban por carretera, también ha localizado dos de mis almacenes con armas y han volado por los aires las jodidas instalaciones. Por nuestra parte, hemos contraatacado mermando sus filas en varios asaltos a dos locales que usan para el blanqueo de dinero. Mientras tanto, los *brigadirs* han descubierto que han estado desapareciendo chicas en distintos locales en mayor o menor medida. Esto significa que debemos investigar a los encargados de cada uno de los clubs para comprobar su lealtad a la hermandad.

Constantine está reuniendo información sobre el misterioso Marco, y también controla de cerca los movimientos de las organizaciones de las que sospecho que pueden estar dando soporte a Cormac. Voy a averiguar cuál es.

He mantenido diversas conversaciones con los líderes de los cárteles de Sinaloa y la organización de Beltrán Leyva, así como con los Zetas. También he hablado con los cárteles de Medellín, Cali y los del Norte del Valle. He tanteado si alguno de ellos ha estado en contacto con los malditos irlandeses o les ha hecho algún encargo especial. No es un secreto que Cormac me ha declarado la guerra y, por lo que he descubierto, ninguno de ellos quiere verse involucrado. Sin embargo, estarán pendientes de lo que suceda para aprovecharse de la situación.

Con un suspiro profundo, me levanto de mi escritorio y salgo de la oficina. Cada paso que doy resuena en los pasillos de la mansión, marcando el ritmo de mis pensamientos. Bajo las escaleras hacia el sótano, sintiendo el aire volverse más frío y húmedo con cada nivel que descendiendo. Luka me espera en la entrada, su figura alta y musculosa perfilándose contra la penumbra. Asiente en silencio cuando me ve acercarme y, sin una palabra, abre la puerta de metal que conduce a la habitación insonorizada.

Dentro, Maxim está encadenado a una silla. Sé que lo hemos tenido colgando de una viga durante varios días, pero para lo que quiero hacerle es mucho más práctico de esta forma. Su aspecto demacrado muestra con claridad la falta de comida y agua. Sus ojos, sin embargo, arden con una chispa de desafío. Es impresionante lo que el cuerpo humano es capaz de resistir.

—Buenos días, Maxim —digo con voz firme, avanzando hacia él—. Ha llegado el momento de que tengamos una conversación.

Levanta la cabeza despacio, sus labios agrietados esbozan una sonrisa sarcástica.

—No tienes idea de lo que estás haciendo, ¿verdad? —murmura.

Ignoro su provocación y me giro hacia Luka, quien está preparando un conjunto de herramientas en una mesa cercana. No es la primera vez que tenemos que recurrir a métodos extremos, y ambos sabemos cuál es nuestro papel en esta danza macabra.

Me retiro la chaqueta con calma y la dejo encima de la silla que está pegada a la pared, le sigue el chaleco y la camisa, quedándome desnudo de cintura para arriba. Mi tatuaje llama la

atención de Maxim, les sucede a todos a los que he interrogado. No soy un simple soldado ni un *brigadir*. Soy el jodido *Pakhan*.

—Comencemos con algo sencillo —digo, tomando un cuchillo pequeño y afilado en forma de garra—. ¿Qué información le has pasado a Cormac?

Maxim suelta una risa seca, que se convierte con rapidez en un tosido doloroso.

—No te lo diré, aunque me mates —espeta, escupiendo al suelo.

Luka se adelanta y le propina un golpe seco en el estómago, cortando la risa de raíz. Por suerte, las patas de la silla donde lo tenemos atado están ancladas al suelo. El prisionero se dobla de dolor, pero sus ojos siguen desafiantes.

—Hablemos claro —continúo; colocándome a su espalda, aproximo el cuchillo a una de sus manos e introduzco la punta por debajo de la uña del dedo pulgar—. Esta es tu última oportunidad para cooperar antes de que las cosas se pongan verdaderamente desagradables. Trabajas para Cormac, sabes perfectamente de lo que soy capaz.

—Si hablo, soy hombre muerto —grita cuando realizo más presión entre la uña y la carne. Retiro el cuchillo, dejando que se confíe. Me sitúo de nuevo al frente y me inclino para decirle en voz baja:

—Ya eres un cadáver, te doy la oportunidad de que sea rápido o esto se puede alargar durante días, semanas... Tú decides.

La nuez de Adán le sube y baja, tiene la boca seca, lleva sin dormir en condiciones días. Está sopesando mi oferta, lo sé, pero necesita un pequeño empujón adicional.

Me incorporo y vuelvo a rodear su cuerpo, situándome a su espalda.

—Hemos descubierto que han estado desapareciendo chicas de nuestros locales, alguien está ayudando a Cormac. Quiero que me digas quién y por qué.

Maxim respira con dificultad, su cuerpo tiembla, siente el frío metal del cuchillo en otro dedo distinto al anterior y repito la misma acción. Los gritos se suceden, no obstante, me impresiona el aguante que está demostrando.

Me paso las siguientes horas realizando pequeños cortes a lo largo de su espalda, brazos y rostro. Para un inexperto sería fácil sucumbir a la desesperación, pero son años de práctica y sé que en un interrogatorio no puedes precipitarte. Al final, después de los gritos sin sentido e insultos, habla.

—No solo somos los irlandeses los que tenemos interés en tu territorio —dice de forma entrecortada—. Hay otros... interesados en desestabilizarte. Pero eso ya lo sabes, ¿no?

Me acerco más, dejando que la punta del cuchillo acaricie su piel.

—¿Quiénes son esos otros? —insisto—. Dame nombres.

Maxim cierra los ojos, como si reunir fuerzas para hablar le costara cada gota de su energía restante.

—Los albaneses —susurra al fin—. Están conspirando juntos... para tomar el control. Marco... Marco es un mercenario, es el primo de Pietro Mancuso.

Siento una oleada de rabia mezclada con satisfacción. Al menos, ahora tengo algo concreto con lo que trabajar, lo que menos me esperaba es que un familiar del líder de los *’Ndrangheta* estuviese involucrado.

—¿Qué información le pasaste a Cormac?

—Empleados, visitas, horarios... Lo habitual —escupe cada palabra con desesperación.

—¿Le hablaste de la chica? —Observo como Luka se tensa, no esperaba que fuese a preguntar por Nina.

—Sí, le hablé de la puta. Le hablé de ella y de que casi la matas el primer día que llegó. Le conté que Laila tuvo que limpiar las sábanas de sangre. ¿Acaso la usaste con tanta fuerza que la desgarraste? La puta te salió defectuosa. —Termina con una risa forzada que acaba en un ataque de tos.

Aprieto el cuchillo con fuerza, intenta provocarme para que lo mate con rapidez.

—Nadim no es muy obediente y me gusta castigarla cuando no sabe cuál es su lugar. —Uso un nombre falso para ver la reacción que tiene.

Maxim frunce el ceño, se pasa la lengua entre los labios agrietados.

—Yo cambiaría de proveedor, las rusas solo sirven para chupar pollas, y ni eso hacen bien.

Aún no conocen la identidad de Nina, o eso es lo que el malnacido quiere que piense. No voy a confiarme, no lo haré con tanta facilidad.

—¿Estás seguro de que nos has dicho todo lo que sabes? —digo con mi voz más suave.

—Lo prometo. —Cierra los párpados, esperando a que lo remate de una puñalada o que Luka use un arma para volarle la cabeza. Al darse cuenta de que van pasando los segundos y nadie hace o dice nada, reacciona abriendo los ojos de golpe—. ¿A qué esperas? Mátame.

—Oh, Maxim. Esto es solo el comienzo. —Le doy la espalda y dejo sobre la mesa el cuchillo que he usado en su cuerpo—. Tú y yo tendremos muchas más charlas.

—¡Me dijiste que sería rápido! —grita, intentando sacudirse a un lado y al otro para soltarse de las ataduras.

—Tengo que asegurarme de que no estás intentando engañarme.

—¡Te he contado todo lo que sé! ¡Mátame! ¡Lo prometiste!

—Yo no hice tal promesa.

Luka me mira, esperando instrucciones, me giro hacia él y asiento. Sé lo que tengo que hacer, agarro la ropa que dejé en la silla y no me la pongo. Estoy manchado de la sangre de este infeliz, tengo que darme una ducha.

Salgo del sótano, dejando atrás los gritos de Maxim mientras Luka hace su trabajo. Ahora, con la información que tengo, puedo empezar a trazar los siguientes movimientos. Saco el móvil del bolsillo del pantalón y marco el teléfono de Constantine.

—Hay nuevos datos —apunto mientras subo las escaleras en dirección a mi dormitorio—, Marco es el primo de Pietro Mancuso, quiero un informe de él esta misma noche.

—Lo tendrá.

—Averigua qué facción de los albaneses es la que está dando soporte a Cormac.

—Confirmaré que son ellos y le notificaré la información cuanto antes.

Termino la llamada y entro en mi dormitorio. Me retiro la ropa, lanzándola en cualquier sitio sin fijarme si quedó encima de la silla o se cayó al suelo. He escuchado la risa de Nina y me dirijo al ventanal, me asomo y la veo jugar en el jardín con Belka, la perra de Mariana.

Me quedo absorto observándola durante varios minutos, le lanza la pelota y espera a que se la devuelva para repetir la acción. Me agrada acecharla entre las sombras, escondido detrás de las cortinas de color oliva sin que me vea, si no fuese porque en las últimas semanas he aprendido a leer entre líneas el carácter de Nina, diría que es feliz. Pero sé que no es así, cada vez que realiza el impulso de soltar la pelota y Belka sale corriendo, la mirada de Nina se apaga, agacha la vista hacia el suelo y su sonrisa mengua en intensidad. La estadía en la mansión la está ahogando, ni las hectáreas de jardín, ni la piscina, ni el invernadero que tengo le harán olvidar quién es.

Me alejo del ventanal y me dirijo a la ducha.

Debo planificar un viaje, el asunto es... ¿Qué demonios hago con Nina?

Nina

Me desperezco al despertarme, estirando todo el cuerpo. Bostezo somnolienta y me froto los ojos antes de abrirlos. Anoche Yerik vino a mi dormitorio; ya me he acostumbrado a que lo haga. Casi podría asegurar que lo estaba esperando. Pasamos gran parte de la noche teniendo sexo. Mi pulso se acelera al recordar sus manos sobre mi piel y el calor de su cuerpo pegado al mío.

Aparto la colcha de la cama y me siento en el borde del colchón, posando los pies en el suelo. Dirijo la mirada hacia la ventana, donde los rayos del sol se filtran a través de las cortinas.

Entonces, mi atención se desvía hacia la mesita de noche. Allí, Yerik ha dejado un móvil y una nota escrita a mano. Mis manos tiemblan mientras cojo la nota y leo sus palabras:

Úsalo para llamar a tus padres.

Con el corazón latiendo con fuerza, releo la nota una y otra vez, tratando de comprender por qué me está dando un móvil. «¿Y por qué ahora me deja hablar con mis padres?». Las preguntas giran en mi mente, pero las respuestas son esquivas, como sombras en la oscuridad.

A regañadientes, tomo el teléfono entre mis manos temblorosas. Es un modelo moderno, elegante y nuevo. «¿Qué debo hacer? ¿Debería llamar a mis padres y contarles lo que está sucediendo?». No, eso no puedo hacerlo.

«¿Quizás debería ignorar el gesto de Yerik y continuar como si nada hubiera cambiado?».

La decisión pesa sobre mí como una losa, termino dejando el dispositivo sobre la mesilla y prepararme como si no lo hubiese encontrado. Entro en la ducha y me aseo como he estado haciendo cada mañana desde la llegada a esta mansión, me lavo los dientes y me dirijo hacia el vestidor mientras miro de reojo el móvil.

Imagino la voz de mi madre preocupada al otro lado de la línea, y no puedo evitar sentir un pellizco de culpabilidad por no aprovechar la oportunidad. Les diría que estoy bien, que todo está bajo control, aunque en el fondo sé que eso está lejos de ser cierto y es quizás por eso que no me atrevo a realizar esa llamada telefónica.

Me he puesto un vestido veraniego y unas sandalias para sentirme cómoda, hoy la temperatura es sofocante; estamos en pleno mes de agosto y solo me apetece tomarme una limonada. Hago a un lado las cortinas para abrir la ventana y revisar si veo a Yerik o a alguno de sus hombres por el jardín. Frunzo el ceño al fijarme en que los hombres de seguridad están nerviosos y corretean de un lado para otro. Algo está sucediendo para que se comporten de esta forma.

Metiéndome prisa, agarro el móvil que Yerik me ha dejado y salgo del dormitorio para ir a buscarlo. Tengo la intuición de que algo no va bien. Salgo al pasillo y me cruzo con Shamil, la última vez que lo vi tenía un cabestrillo y terminé metida en la habitación del pánico con Mariana. Y aunque ahora tiene mejor aspecto, recordar ese suceso me está alterando.

Bajo las escaleras, y antes de pisar la planta baja escucho la voz de Mariana, que se dirige a Yerik.

—¿Se lo has dicho?

—No es asunto tuyo —le contesta él.

—¿Cuándo volverás?

—Te estás excediendo —la voz de Yerik suena tensa—. Luka me acompaña, será a lo sumo una semana o dos. Akim actuará como lugarteniente durante mi ausencia.

—¿Qué sucede? —pregunto en cuanto llego al recibidor, donde me percató de que hay varias maletas preparadas y dos soldados las cargan hacia el coche que está en la entrada de la mansión—. ¿Yerik?

Lo miro a los ojos buscando alguna respuesta, no sé lo que ocurre, pero siento que el corazón se me va a salir por la boca en cualquier instante.

—Mariana te pondrá al día —me da la espalda con la intención de salir de la mansión—, te llamaré al móvil.

Miro el teléfono que tengo en la mano. ¿Por eso me lo dio? ¿Porque se marcha y quiere controlarme a la distancia?

—No —le respondo con rabia. Dejo que el móvil se deslice entre mis dedos y termine cayendo al suelo.

—¿Qué has dicho? —Yerik se gira para mirarme, busca algún signo que delate mi estado de ánimo o quizás si soy capaz de continuar con este tira y afloja con el que llevamos desde hace tiempo—. Dejados a solas —les dice a todos sus empleados.

En cuestión de unos segundos el vestíbulo se vacía. Su presencia sigue siendo imponente, pero la conexión que hemos creado a lo largo de estas semanas ha conseguido que ya no le tema como al principio.

—¿A dónde vas?

—No te incumbe, son asuntos de la hermandad —me espeta, acercándose a grandes zancadas hasta llegar a mí.

—Toda tu vida gira en torno a la Bratva —musito molesta—. ¿Qué pasará conmigo?

—Te quedarás aquí.

—¿Soy una prisionera?

—Nina... —menciona mi nombre con un tono más grave de lo habitual.

—¿Soy una prisionera? —reitero.

—No, no lo eres.

—Entonces me marchó a mi apartamento.

—Tú te quedas aquí.

—¿Qué quieres de mí, Yerik? Habla conmigo, dime qué es lo que quieres. —Siento que se me agotan las fuerzas, necesito saber la razón por la que me retiene a su lado. Exhalo—. Te diré qué es lo que yo quiero. Quiero ver a mis padres, no voy a conformarme con hablar con ellos por teléfono, quiero saber qué está pasando con la búsqueda de Daisy, no puedo quedarme sentada esperando sin hacer nada. Y, por último, quiero saber qué diablos esperas de mí.

«¡Ya está, ya lo has dicho!», pienso, dándome palmaditas mentales en la espalda para darme ánimos.

Yerik reacciona como me tiene acostumbrada, me agarra el cuello para que no siga por ese camino. No me hace daño, es más una sujeción erótica que algo brusco y doloroso, pero me niego a seguir siendo la chica dócil y sumisa.

—Suéltame —rujo entre dientes.

—Sé que te excitas cuando te tengo así. —Aproxima su cuerpo, sus labios se acercan a mi boca y aparto la cara. Sí, me excita todo lo que venga de él; sus ojos azules, su presencia, su aroma..., pero también sus sombras, esas tinieblas que se niega a compartir.

—Esto no se arreglará con sexo rápido —respondo a su provocación.

Me suelta, apartándose de mí con un suspiro. Por un momento, ambos quedamos en silencio, mirándonos, como si el peso de nuestras palabras estuviera suspendido en el aire.

—Nina, no quiero que te pase nada —dice, usando un tono de voz más suave de lo que esperaba—. No puedes irte a tu apartamento. Es peligroso.

—¿Peligroso? —replico—. ¿Para quién? ¿Para ti o para mí?

Yerik se pasa una mano por el cabello, un gesto que rara vez veo en él y que revela su frustración.

—Para ambos. La situación con la Bratva es más complicada de lo que imaginas. Si te dejo ir, no podré protegerte.

—¿Y qué hay de Daisy? —insisto—. Dijiste que la encontraríamos, pero no he visto ningún progreso. Necesito saber que estás haciendo todo lo posible por ella.

—Sabes que si digo que haré lo posible por encontrarla lo haré, lo sabes. Pero no puedo revelarte todos los detalles. Hay cosas que es mejor que no sepas por tu propia seguridad.

La paciencia que me queda se está agotando. Estoy cansada de sus evasivas, de sentirme como una pieza de un juego que no entiendo del todo.

—No puedo seguir así —digo con firmeza—. Necesito respuestas, necesito sentir que tengo algún control sobre mi vida.

El sonido de un motor acercándose interrumpe nuestra conversación. Yerik frunce el ceño y se dirige hacia la ventana para mirar afuera.

—Es Luka —dice en un tono más relajado—. Tengo que irme.

—¿Te vas así, sin más?

Yerik se acerca de nuevo, su expresión endurecida, pero sus ojos cargados de una intensidad que me hace dudar de mi enfado.

—Te llamaré —repito, y, sin más, sale del vestíbulo.

Me quedo ahí, observando cómo se aleja, sintiendo una mezcla entre el dolor y la desesperación. Mariana se acerca con una expresión de preocupación.

—*Devochka*, no se lo tengas en cuenta, Yerik está bajo mucha presión.

—No quiero tus disculpas, Mariana. Quiero saber qué está pasando —le respondo, mi voz tiembla de emoción contenida.

Mariana asiente con lentitud.

—Ven conmigo, no tenemos mucho tiempo.

Me agacho para recoger el móvil del suelo y la sigo hasta una sala más privada, mis pensamientos aún revolotean con preguntas sin respuestas. Nos sentamos en un sofá y ella empieza a hablar, su voz baja y seria.

—Sé que eres una mujer observadora, has estado en esta mansión durante casi un mes. Sabes lo que está pasando.

—Yo no... —Niego con la cabeza.

—Deja de pensar con el corazón y hazlo con la cabeza, niña. —Coloca ambas manos sobre mis hombros—. Ata cabos.

—La Bratva está en guerra —musito con cautela—. Cormac, he escuchado ese nombre varias veces, incluso cuando me trajo me acusó de ser una espía de él.

—Muy bien, *devochka*. Continúa.

—Yerik está tratando de mantenerme a salvo, no quiere ponerme en primera línea. —Mariana asiente, dándome la razón—. ¿Qué hay de Daisy?

—Daisy... —Hace una pausa, como si buscara las palabras adecuadas. Sé que estoy poniéndola en una posición difícil, por mucho que quiera ayudarme sé que jamás traicionará a la hermandad—. Los que la tienen son peligrosos.

Medito la información que me acaba de dar, pero me falta un asunto por saber.

—¿Y mis padres? —pregunto, mi voz apenas un susurro—. ¿Por qué puedo llamarlos ahora?

—Yerik está tratando de darte un poco de normalidad. Sabe que lo necesitas, pero también quiere asegurarse de que no te pongas en peligro al hacerlo.

Las palabras de Mariana, aunque sinceras, no logran calmar mi ansiedad. La guerra, Daisy, mis padres... todo se siente abrumador.

—Gracias. —La abrazo y termino dándole un beso en la mejilla.

—Aún no hemos terminado. —Mariana se levanta y me enseña la palma de la mano. Me quedo mirándola sin saber qué quiere—. ¡El móvil! Dámelo.

—Pero para qué lo quieres. —Se lo entrego.

—Ya lo verás.

Mariana lo enciende y entra en el directorio. Ahí se encuentran los números de mis padres, de Akim, Luka, Mariana y Yerik. Sin darme ninguna otra explicación, realiza una llamada a este último.

—Pero qué... —Poniendo el dedo índice sobre los labios, Mariana me manda callar. Pone el manos libres y escuchamos los tonos hasta que Yerik descuelga.

—Te dije que te llamaría. —Cómo es posible que con tan solo escucharle mi corazón decida emprender un esprint.

Antes de que pueda inventarme cualquier excusa, Mariana deja caer al suelo el teléfono y lo pisa con la punta del tacón hasta romper la pantalla. Lo pisotea en varias ocasiones, hasta que no se vislumbra ni un ápice de luz.

—Ups, qué torpe soy.

—Pero ¿qué has hecho? —le pregunto nerviosa.

—Facilitaros las cosas. —Escucho el sonido de un tono de llamada. Mariana saca un móvil del bolsillo de su vestido, pero lo ignora y me mira sonriendo—. Creo que dejé el mío en el dormitorio. ¿Te gustaría ver la biblioteca? Aún no te la he mostrado, y estoy segura de que te encantará.

—¿Qué acaba de pasar? —Siento como la adrenalina empieza a fluir por mis venas. Me muerdo el labio inferior por dentro de la boca para evitar soltar una carcajada fuera de lugar. Mariana me agarra de la mano y me arrastra entre los pasillos de la mansión.

—Lo que ha ocurrido es que se te ha roto el móvil. Quisiste llamar a Yerik para despedirte como es debido, pero se te cayó. Son cosas que pasan —relata, encogiéndose de hombros. Me doy cuenta de lo sencillo que es para ella el engaño.

—¿Qué pretendes?

—Ya te lo he dicho, facilitaros las cosas, *devochka*.

Abre una puerta y me doy cuenta de que no he estado en esta zona de la mansión antes. Me empuja dentro y enciende las luces. Mi boca se abre al contemplar la biblioteca más extensa que he visto en mi vida, con paredes repletas de estanterías llenas de libros.

Me acerco a una de ellas, temerosa de tocar algo. Ladeo la cabeza y noto que muchos de los ejemplares están en ruso.

—Busca algo entretenido para leer. No creo que tarde en llegar. Cuando lo haga, más te vale aprovechar la oportunidad que os acabo de dar. —Y con esa última frase cierra la puerta,

dejándome sola entre las cuatro paredes del sueño de cualquier lector.

—Bueno, ya que estoy aquí... —Miro hacia la escalera y me emociono al instante.

Subo la escalera corredera con cuidado, sintiendo la emoción crecer con cada peldaño que avanzo. Mis dedos rozan los lomos de los libros, acariciando el polvo acumulado en las estanterías. Hay títulos en ruso, inglés, francés e incluso algunos en latín. Cada libro parece tener su propia historia, esperando a ser descubierta.

El silencio en la biblioteca es absoluto, roto solo por el suave crujido de la escalera bajo mi peso. Me detengo frente a un volumen especialmente antiguo, con tapas de cuero desgastadas y letras doradas casi borradas por el tiempo. Lo saco con cuidado y lo abro, aspirando el aroma a papel viejo y tinta.

—Así que aquí se escondía el tesoro del castillo —digo en voz alta, hablando a la soledad de la habitación. Me siento en una silla de cuero cercana y empiezo a leer, sumergiéndome en un relato sobre tierras lejanas y tiempos olvidados.

Pasan los minutos y la tensión que sentía antes comienza a disiparse. La lectura me envuelve y por un momento olvido dónde estoy y por qué, pero el sonido de pasos en el pasillo me devuelve a la realidad. Cierro el libro de golpe y me levanto, mi corazón late con fuerza.

—¡*Chyort poberi!* —exclama Akim al irrumpir en la biblioteca—. ¿Tienes idea del lío que has causado?

—¿Y qué he hecho ahora, si se puede saber? —respondo, dejando el libro sobre la mesa de roble que tengo a mi lado mientras me acerco a Akim con los brazos cruzados.

—No hace ni una hora que Yerik se ha ido y recibo su llamada todo alterado porque no logra contactar contigo —continúa Akim, agarrándose del antebrazo y tirando de mí hacia el pasillo—. Si sabes rezar, comienza con una plegaria para que no me mate en cuanto me vea.

—Pero ¿por qué...?

—Esto ha sido cosa de Mariana, es una entrometida chismosa —murmura Akim entre dientes sin prestarme atención mientras descendemos al vestíbulo.

Akim no tarda en abrir la puerta principal y avisa por el dispositivo de comunicación que dejen de buscarme, pues ya he aparecido. Giro la cabeza al escuchar el sonido de varios coches que llegan a la mansión y me coloco detrás del cuerpo de Akim.

—¡Tú! —oigo la voz de Yerik seguido de un portazo, las zancadas de sus pasos son apresuradas y se siente la tensión en el ambiente—. Te dije que la vigilaras, y ¿qué ocurre? Que estoy aquí cuando debería haber despegado hace media hora.

—Está a salvo, estaba en la biblioteca —apunta Akim. Decido asomar la cabeza para enfrentarme al humor de Yerik.

—¿Qué le pasó al móvil? —me pregunta al verme. Se le nota enfadado, y muy alterado.

—Eh, se rompió —expreso sin entrar en detalles. Observo como aprieta los puños, molesto, y recuerdo lo que me dijo Mariana. Pruebo a provocarle—. Tendrás que acostumbrarte, no voy a estar siempre bajo tu radar.

Entrecierra los ojos y acorta la distancia que nos separa. Me agarra de la mano y tira de mí hasta que poso mi otra mano en su pecho. Se agacha para acercar sus labios a los míos, es la primera vez que se muestra de esta forma delante de sus empleados.

—Te vienes conmigo —decreta, su boca está a un gesto de devorarme.

—¿A dónde?

—No pienso perderte de vista —me responde, eludiendo mi pregunta.

Sus palabras resuenan en mi mente mientras me sumerjo en su mirada intensa, llena de

deseo y un ápice de vulnerabilidad. Un escalofrío recorre mi espalda, cóctel del miedo y la excitación. Yerik siempre ha sido así, imponente y determinado, pero nunca antes me había mostrado esta faceta tan posesiva frente a los demás.

—No pienso perderte de vista —repite, su voz es un susurro cargado de turbación.

Me siento atrapada entre su presencia dominante y la incertidumbre que me genera su comportamiento, sin embargo, en el fondo, una parte de mí se siente atraída por su fuerza, por esa aura de peligro que lo envuelve y que me hace temblar de emoción.

Sin apartar su mirada de la mía, Yerik me sujeta con firmeza del mentón, obligándome a mantenerme a su altura.

—¿Entiendes? —pregunta, su aliento cálido acaricia mi rostro.

Asiento con un gesto apenas perceptible, incapaz de articular palabra. La tensión entre nosotros es palpable, una corriente eléctrica que nos envuelve y nos consume por completo.

—Entonces, ven conmigo —ordena, antes de inclinarse para capturar mis labios en un beso ardiente y posesivo.

Me dejo llevar por la vorágine de sensaciones, entregándome al deseo que arde entre nosotros. Sus manos recorren mi cuerpo con avidez, marcando su territorio de forma implacable.

Cuando por fin nos separamos, ambos estamos jadeantes, con los corazones latiendo al unísono en un ritmo frenético. Siento el momento exacto en el que recupera el control de la situación y se gira hacia Akim.

—Te llamaré en cuanto lleguemos.

—Estaré esperando la llamada, jefe. —Akim intenta que no se le note la sonrisa incipiente que se le está formando, fallando de forma estrepitosa.

—Borra esa estúpida sonrisa de tu cara —le espeta antes de abrirme la puerta trasera del coche para que me suba.

—Nada de sonrisas, anotado —le responde Akim.

Yerik se sube al auto, acompañándome en la parte de atrás, y da la orden de que regresen al aeropuerto. Decido guardar silencio durante lo que para mí se siente una eternidad, pero deseando realizar todas las preguntas que me rondan la mente.

Yerik

Aún estoy asimilando lo que significó perder la comunicación con Nina cuando me llamó al móvil. Mi mente se inundó con cientos de escenarios, cada uno peor que el anterior y, para colmo, Mariana no respondía mis llamadas. Localicé a Akim, quien me aseguró que todo estaba bajo control, pero yo no estaba allí para comprobarlo. Estaba a punto de subirme al *jet* sin saber nada de ella.

A Luka no le sorprendió mi decisión de regresar a la mansión. Al llegar y ver que Nina estaba bien, a salvo, sentí una oleada de alivio mezclada con ira; deseé castigarla de mil maneras. Sin embargo, en el momento en que sujeté su mano y sentí la suavidad de su piel, recuperé parte de mi control.

Cuando la azafata del *jet* se acerca para indicarnos que debemos ponernos los cinturones de seguridad para el despegue, aparto de mi mente lo sucedido hace escasos treinta minutos. Aún tengo dudas sobre la decisión de traer a Nina conmigo; no es un viaje de placer, sino un movimiento estratégico necesario.

—¿Me vas a decir a dónde vamos? —Nina ha recuperado ese espíritu retador que tanto me apasiona. Me mira a los ojos sin miedo, esperando mi respuesta, pero quiero desesperarla un poco más—. Al menos, dime si tardaremos en llegar.

Revisa todo a su alrededor, lleva la vista a la ventanilla y con las manos sujeta el reposabrazos con una fuerza extrema.

—¿Te dan miedo los aviones? —sugiero al darme cuenta de cómo ha cambiado su comportamiento en cuestión de segundos.

—No —responde de forma seca.

El *jet* emprende el ascenso. Luka, sentado en otra área, se pone un antifaz mientras que el equipo de cuatro personas que he escogido permanece en el otro extremo.

—Entonces, ¿qué te ocurre? —cuestiono al verla a punto de hiperventilar. Me desabrocho el cinturón de seguridad y me siento a su lado—. Eh, mírame.

Ella gira la cabeza, sus ojos brillan llenos de lo que sé es pavor.

—Yo... no, no puedo. —Intenta quitarse el cinturón de seguridad, pero no es capaz. Le sujeto las manos—. No puedo respirar.

—Nina, ¿tienes claustrofobia? —digo con suavidad, colocando mis manos a ambos lados de su cabeza, fijando mi vista en su mirada. Ella asiente—. Respira conmigo, cierra los ojos.

Ella obedece, aunque sus respiraciones siguen siendo erráticas.

—Inhala por la nariz, lentamente —le indico, decido soltarle la cabeza para que no se sienta agobiada y termino por entrelazar nuestras manos—. Cuenta hasta cuatro... uno, dos, tres, cuatro... Ahora exhala por la boca, despacio.

Nina sigue mis instrucciones, aunque le cuesta. Repito el proceso varias veces, manteniendo mi voz calmada y constante.

—Eso es, sigue así. Lo estás haciendo bien —le digo con suavidad—. Piensa en un lugar que te haga sentir segura y tranquila.

—No puedo, me siento atrapada —dice con voz entrecortada.

—Imagina que estás en un lugar abierto, en el campo, sintiendo la brisa —le sugiero—. Visualiza cada detalle: el cielo, el sonido de los pájaros, el olor de las flores. Dime, ¿qué ves?

—Lirios del valle, un campo inmenso de flores blancas.

Poco a poco, sus respiraciones se vuelven más regulares. Sus manos, antes temblorosas, comienzan a relajarse bajo mi agarre.

—¿Ves, *malen'kiy tsvetok*? —le digo, aún sosteniendo su mirada—. Estás bien.

Ella abre los ojos despacio, su respiración ahora más controlada.

—Gracias —susurra, su voz apenas un hilo.

—*Malen'kiy tsvetok* —repito, apartando un mechón de cabello de su rostro—. Ahora, concéntrate en respirar y mantener la calma.

Nina asiente, recuperándose poco a poco.

—¿Mejor? —pregunto, con una sonrisa tranquilizadora.

—Sí, mejor —responde ella, devolviéndome una sonrisa tímida.

El *jet* se estabiliza en su ascenso y miro por la ventanilla, dejando que el silencio confortable se asiente entre nosotros.

—Recuerda, cada vez que te sientas así, puedes hacer estos ejercicios de respiración y visualización —le digo, tomando su mano. Nina asiente de nuevo, apretando mi mano con agradecimiento—. Nos dirigimos a Italia, para ser más preciso a Calabria.

—Pero no tengo el pasaporte conmigo. —Su inocencia con respecto a cómo se manejan las cosas en nuestro mundo me resulta gracioso.

—No lo necesitas. Lo que sí es necesario es que no me desobedezcas en nada y no te apartes de mi lado o del de Luka. ¿Lo entiendes? —Asiente con la cabeza, y cierra los ojos para respirar hondo.

Levanto la mano para que la azafata se aproxime, le pido en voz baja que me traiga un relajante y un agua. Al poco se lo doy a Nina para que se lo tome.

—Tardaremos en llegar unas nueve horas, será mejor que te la tomes —le incito a que se beba el agua con la pastilla.

—Está bien —cede, y se lo toma.

—Ven conmigo. —Me levanto y me dirijo a la parte de la cola del *jet*, donde se sitúa una habitación privada con una cama doble—. Aquí descansarás mejor —le digo al abrir la puerta y mostrárselo.

—Esto es casi tan grande como mi apartamento —musita.

—En breve comenzarás a sentirte relajada y somnolienta. Échate en la cama y descansa —le comento, y me giro para regresar al asiento.

—¿No te quedas conmigo?

—Si lo hago no te dejaré descansar —aseguro—, además, tengo asuntos que tratar con Luka antes de llegar a Calabria.

—Está bien. —Suspira.

No obstante, antes de irme, me aproximo de una zancada a su cuerpo y la beso con una intensidad que refleja la urgencia de mis sentimientos.

Nina se sorprende por un instante, pero pronto se entrega al beso con la misma pasión que la consume a ella. Nuestros labios se encuentran en un torbellino de emociones, donde se entrelazan el deseo y la incertidumbre. Es un beso cargado de significado, como si fuera la única forma de expresar la intensidad de lo que sentimos el uno por el otro.

El tiempo parece detenerse a nuestro alrededor, y por un momento solo existimos nosotros dos, perdidos en el abismo de nuestra conexión. Sus manos encuentran mi rostro mientras las mías se aferran a su cintura, como si temiera que desapareciera si la suelto.

Cuando nos separamos, nuestras respiraciones están entrelazadas y nuestros ojos se encuentran en un silencioso entendimiento. Es un instante mágico, donde el peso del mundo desaparece y solo queda la certeza de que estamos juntos, enfrentando lo que sea que venga.

—Eres mía, Nina —murmuro con voz ronca y llena de posesión, mis ojos grabando su rostro en mi mente como si fuera un tesoro que nunca quiero perder.

—Y tú, Yerik, ¿eres mío? —susurra, su aliento rozando mi piel.

El momento se dilata, y por un instante me permito creer que todo estará bien, que juntos podremos superar cualquier obstáculo que se interponga en nuestro camino y que puedo responder a esa pregunta como un hombre libre. Pero sé que la realidad siempre es más complicada que nuestros deseos más profundos.

Con un suspiro, me separo de ella, aunque nuestras miradas siguen conectadas, como si pudieran leer los pensamientos más oscuros del otro.

—Descansa, *malen'kiy tsvetok* —le digo con suavidad, acariciando su mejilla—. Estaré aquí si me necesitas.

Nina asiente con una sonrisa y, mientras se recuesta en la cama, cierro la puerta de la habitación con cuidado, dejándola sumergida en un sueño reparador.

Regreso a mi asiento con la mente aún turbada por el beso que acabamos de compartir. No obstante, sé que no puedo permitirme distraerme, no cuando cada paso que damos es crucial para nuestro futuro incierto.

—¿Qué vas a hacer con ella en cuanto lleguemos? —Luka interrumpe mis pensamientos.

—Protegerla —sentencio—. Ahora dime todo lo que sepas de Pietro Mancuso.

—Pietro y yo nos conocemos desde hace años; hemos coincidido en numerosas ocasiones en distintos países de Europa mucho antes de que ascendiera al puesto de capo *dei capi* en su organización.

—Háblame de su carácter, sus puntos débiles, quiero saberlo todo antes de llegar.

Entre las majestuosas montañas de Aspromonte, el pueblo de San Luca se yergue como un testigo silencioso del paso del tiempo. En sus estrechos callejones, impregnados de historia, el poder de la 'Ndrangheta ha tejido una red profunda en la tierra y en los corazones de su gente. La residencia del capo se alza imponente, vigilada sin descanso por hombres leales, mientras contempla un paisaje que es a la vez seductor y peligroso. Aquí, en el corazón mismo de Calabria, se toman decisiones que moldean el destino de miles de vidas en todo el mundo.

Una vez que llegamos a San Luca, nos encontramos inmersos en un mundo donde los lugareños susurran a nuestro paso. La presencia de la 'Ndrangheta se siente en el aire como una tensión palpable que envuelve a todo el pueblo.

Bajo la mirada vigilante de Luka, nos dirigimos hacia la residencia del capo *dei capi*. El edificio se alza imponente frente a nosotros, sus paredes de piedra parecen contar historias de poder y corrupción que se remontan siglos atrás, pero a mí no me impresionan. He crecido en la madre patria con edificaciones diez veces más imponentes que esta.

Al entrar, somos recibidos por una atmósfera cargada de seriedad y solemnidad. Los hombres de confianza del capo nos observan con recelo, evaluando cada uno de nuestros movimientos mientras nos adentramos en el interior.

Finalmente, nos encontramos frente a frente con Pietro Mancuso, el hombre cuyo nombre es

sinónimo de poder y crueldad en el mundo de la ´Ndrangheta. Su mirada fría y calculadora parece penetrar en lo más profundo de nuestra alma mientras sus labios se curvan en una sonrisa siniestra.

—Bienvenidos a San Luca, señores —dice con voz grave, mirando de una manera descarada en dirección a Nina. Su tono está cargado de autoridad—. Supongo que no han venido hasta aquí por la gastronomía.

—Supones bien. —Luka da un paso al frente, los hombres de Mancuso se llevan la mano a donde tienen guardadas sus armas, pero Pietro realiza un gesto para que se tranquilicen—. Te presento a Yerik Bykov.

—Sé quién es.

—Vengo a hablar de negocios —intervengo.

—El vestíbulo no es un buen lugar para hablar de trabajo. —Mancuso da un paso al frente, situándose delante de Nina—. ¿Y quién es esta bella dama?

Aprieto los dientes con fuerza al ver que se dispone a depositar un beso en su mano.

—Es mi prometida —expreso, sorprendiendo a todos los presentes.

Nina

No he debido escuchar bien. ¿Cómo que su prometida?

Pietro Mancuso me sostiene la mano con delicadeza y deposita un beso en el dorso. Su aspecto es imponente y refinado, propio de un hombre que ha sabido ganar y mantener el respeto en su mundo. De estatura alta y complexión robusta, su presencia llena la habitación. Su cabello, espeso y de un negro azabache que empieza a mostrar hilos de plata, está peinado hacia atrás con esmero, revelando una frente amplia y pensativa.

Sus ojos son de un verde profundo y penetrante. Una barba bien recortada adorna su mandíbula fuerte, dándole un toque de madurez a su rostro anguloso. Su nariz, ligeramente aquilina, le da un aire de nobleza antigua mientras que sus labios delgados y firmes revelan la expresión de un hombre acostumbrado a mandar.

Viste un traje hecho a medida de un tono oscuro que realza su figura. Los gemelos de oro en sus puños y el reloj caro en su muñeca izquierda son detalles sutiles, pero elocuentes, de su poder y riqueza. Su piel, bronceada por el sol de Calabria, es testimonio de su origen y sus raíces.

El aroma de su colonia es una mezcla de especias orientales y maderas exóticas. Su voz, grave y modulada, tiene un tono que puede ser tan seductor como amenazante. Sin embargo, su presencia no ejerce el mismo efecto en mí como la de Yerik.

Retiro la mano sin apartar la mirada de él, al mismo tiempo que me acerco a Yerik y lo tomo del brazo, dejando claro desde el primer momento dónde está mi lugar.

—¿Acaso ya no es tradición comprarle un anillo a la futura novia? —Pietro se fija en la ausencia de un anillo de compromiso. Dirijo la mirada a Yerik, esperando a que él tome la iniciativa de la conversación.

—Eres una de las primeras personas a quien se lo comunico. Como bien sabes, estamos en guerra con los irlandeses. Ponerle a Nina un anillo de compromiso —hace una pausa y se gira para mirarme— sería como pintar una diana en su espalda.

—Eso es lógico, teniendo en cuenta lo que le sucedió a tu madre. —Mancuso sonríe de manera perversa.

—Cariño —digo al darme cuenta de que la mirada de Yerik se ha convertido en dos témpanos de hielo—, estoy realmente agotada del viaje.

—Pero qué descortés de mi parte tener a tan bella mujer parada en la entrada de mi humilde morada. —Pietro es demasiado rimbombante y petulante, no obstante, fuerzo una sonrisa para que no piense que no me agrada su atención—. ¡Antonella!

Me sobresalto con su grito, pero debe ser habitual porque nadie, excepto yo, se ha inmutado. Por el rabillo del ojo observo cómo una chica de unos veinte años se acerca a nosotros.

Antonella avanza con una elegancia natural que contrasta con la exageración de Pietro. Su cabello castaño oscuro cae en suaves ondas sobre sus hombros, enmarcando un rostro de facciones delicadas y expresivas. Sus ojos, grandes y de un profundo color verde, se deslizan de forma disimulada hacia Luka, quien permanece imperturbable a mi lado.

Viste un elegante vestido de seda color esmeralda que resalta su figura esbelta, acentuando su cintura y destacando la delicadeza de sus movimientos. Cada paso suyo parece estar calculado, como si fuera consciente de que todas las miradas están sobre ella, aunque intenta mantener una actitud desenfadada.

—Antonella, querida, ven y saluda a nuestros invitados —dice Pietro, extendiendo una mano hacia ella—. Os presento a mi hermana, Antonella Mancuso.

Ella sonríe con sutileza y se detiene a unos pasos de nosotros. Su mirada se encuentra por un instante con la mía antes de desviarse de nuevo hacia Luka, quien parece ajeno a la situación.

—Es un placer conocerlos —dice con una voz suave y melodiosa que, sin embargo, deja entrever una firmeza oculta—. Espero que se sientan bienvenidos aquí.

Pietro la observa con evidente orgullo mientras ella mantiene una compostura impecable. Sin embargo, noto un ligero temblor en sus manos, un indicio de que, a pesar de su aparente confianza, también siente la tensión en el ambiente; puede que sea algo más.

—Querida, muestra a nuestros invitados el salón —ordena Pietro con una sonrisa que no llega a sus ojos—, y después acompáñalos hasta sus aposentos.

Ella asiente y se gira hacia nosotros, haciendo un gesto para que la sigamos. Mientras caminamos detrás de ella, es imposible no notar cómo Luka observa cada uno de sus movimientos con una intensidad contenida. Antonella parece percibirlo también, pues su paso se vuelve un poco más firme y seguro.

Entramos en un salón amplio y decorado de forma lujosa, donde Antonella nos indica que tomemos asiento. Ella se queda de pie, esperando instrucciones, aunque sus ojos no dejan de lanzar furtivas miradas hacia Luka, quien por fin levanta la vista y la mira, estableciendo un contacto visual que parece durar una eternidad.

—Gracias —digo, rompiendo el silencio incómodo—. Este lugar es realmente hermoso.

Ella asiente con una sonrisa cortés antes de volverse hacia Pietro, quien se ha acomodado en un sillón de cuero oscuro.

—Muy bien —dice Pietro, cruzando las manos sobre su regazo—, id a descansar. Podremos mantener esa charla pendiente después de la cena.

Antonella asiente con gracia ante las palabras de Pietro; su gesto sereno apenas revela la turbulencia interna que podría estar experimentando. Con un ademán elegante, nos indica a Yerik, Luka y a mí que la acompañemos hacia nuestras habitaciones.

El camino hacia nuestros aposentos transcurre en un silencio tenso, solo interrumpido por el suave roce de nuestro calzado contra la alfombra de terciopelo. Antonella lidera el camino con una seguridad envidiable, aunque su mirada ocasional hacia Luka delata una curiosidad que apenas logra ocultar.

Al llegar a nuestras puertas, Antonella se detiene y se vuelve hacia nosotros con una sonrisa afable, pero su mirada aún busca algo más, como si tratara de descifrar algún enigma oculto en nuestros rostros.

—Aquí están sus habitaciones. La del señor Chernov está justo enfrente. Espero que encuentren todo a su gusto —dice con cortesía, pero su voz revela una ligera tensión que no pasa desapercibida para mí.

—Gracias, Antonella —respondo con un tono amable, tratando de aliviar la atmósfera cargada que parece envolvernos.

Yerik asiente en silencio; su expresión impasible revela poco de lo que de verdad está pensando. Antonella parece percibir la frialdad en su actitud y sus labios se curvan en una

sonrisa diplomática antes de desearnos un buen descanso y retirarse, dejándonos a solas.

Tanto Yerik como Luka se lanzan una mirada estoica y asienten antes de entrar en sus respectivas habitaciones.

Una vez que la puerta se cierra, me giro hacia Yerik, buscando en sus ojos alguna señal de lo que pueda estar pasando por su mente. Sin embargo, su mirada es un enigma impenetrable.

—¿Qué fue eso de que...? —Yerik me tapa la boca con la palma de la mano, evitando que termine de realizar la pregunta. Hace un gesto con el dedo índice para que guarde silencio.

Me arrastra por la habitación hasta llegar al baño privado y abre todos los grifos, tanto de la ducha como del lavabo, a la máxima presión.

—Desnúdate —ordena.

—Pero...

—Obedéceme —insiste al mismo tiempo que él se retira el traje.

Suelto un suspiro de resignación y me quito las sandalias y el vestido, quedándome en ropa interior. Yerik se desnuda y entra en la ducha, esperando a que lo siga.

En cuanto termino de quitarme toda la ropa, entro en la ducha y él cierra la mampara de cristal. Me sujeta de la cintura y me pega a su cuerpo, abrazándome con fuerza, quedando justo debajo del chorro de agua.

—No te fíes de Pietro ni de nadie en esta casa —me susurra al oído—, es muy posible que haya colocado cámaras y micrófonos en el dormitorio, así como en el resto de las estancias.

—Está bien, tendré cuidado con lo que digo y hago —le expreso en el mismo tono bajo que está usando él—. ¿Es por eso por lo que dijiste que soy tu prometida?

—Si no te daba un estatus frente a él, te hubiese tratado al mismo nivel que una prostituta. De esta manera, me aseguro de que no se acerque a lo que es mío. —Agarra mis nalgas, acercándose a su pelvis, y desvía su rostro hasta posar sus labios en los míos, marcando aquello que considera suyo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —apunto con cautela.

—Puedes —sus labios siguen un recorrido hacia mi cuello.

—¿Qué le pasó a tu madre? —Yerik se petrifica y se aleja de mí—. Pietro mencionó...

—No hay nada que contar.

—Pero...

—No insistas, no voy a hablar de eso.

Abre la mampara y sale de la ducha de mal humor, creo que no he debido indagar sobre ese tema. Es evidente que, pese a que han pasado casi dos décadas, le duele recordar la muerte de su madre. Me meto debajo del chorro de agua caliente y cierro los ojos, dilato el momento de salir al dormitorio.

Pasados diez minutos, uso un albornoz y cuando entro en la habitación me encuentro a Luka revisando con un aparato extraño los recovecos de los muebles.

—¿Yerik? —No me atrevo a decir nada más.

—Espera un momento, Nina —me dice mientras controla de cerca lo que hace Luka. Se ha puesto un pantalón corto de deporte.

Ambos emprenden una conversación en ruso, conozco palabras sueltas, pero no tengo el dominio suficiente como para comprenderles. Y eso me molesta mucho.

—¡Yerik! —expreso, agrandando los ojos y cruzándome de brazos.

Él reacciona dejando a Luka a un lado, se acerca hasta donde me encuentro y vuelve a meterme en el baño. Cierra la puerta y abre de nuevo los grifos.

—Luka ha encontrado micrófonos, por ahora solo eso. No sabemos si hay cámaras, pero no podemos fiarnos. —Usa un tono de voz bajo y se aproxima a mi oído para decírmelo, situación que no ayuda en nada a mi capacidad de concentración.

—¿Qué quieres que haga?

—Nada, compórtate con normalidad. Espera... —Me revisa de pies a cabeza y abre la puerta para gritar—: ¡Luka, ven aquí!

—Dime.

—Revísalo —ordena.

Miro cada esquina del techo buscando las típicas cámaras de los establecimientos sabiendo de sobra que las que pondrían aquí nunca serían así. Pero me ha entrado la paranoia. «¡Ay, Dios! ¿Y si me han grabado el culo?».

—Está limpio —termina diciendo Luka, y suelto un suspiro de alivio.

—Puedes regresar a tu dormitorio, Luka. Será mejor que nos preparemos para la cena —le indica Yerik—. Cuanto antes tengamos la charla con Mancuso, antes nos iremos.

Luka asiente y nos deja a solas. Busco mi vestido para ponérmelo de nuevo, y cuando intento agarrarlo, Yerik me sujeta de la cintura y tira de mí para besarme.

—Tienes ropa nueva en el armario —me dice entre beso y beso—. Indiqué que la tuviesen preparada para cuando llegáramos a la pista de aterrizaje.

—Te gusta demasiado vestirme con ropa nueva —le respondo juguetona.

—Me gusta más quitártela —comenta, arrastrando el albornoz hasta la cintura y exponiendo mis pechos.

Mis pezones se yerguen ante el aire fresco. No tardo en sentir los labios de Yerik en uno de ellos. Echo la cabeza hacia atrás, extasiada con la sensación de placer. ¿Cómo es posible que un hombre tenga tantas aristas? En cuestión de segundos, es dulce, atento, delicado, y al siguiente se convierte en alguien distinto.

Me sube al mueble del lavabo y me abre las piernas. La comisura de su labio se eleva en una sonrisa cómplice. Se arrodilla frente a mí, sus manos recorren mis muslos mientras me abre las piernas un poco más. Su mirada intensa se encuentra con la mía y puedo sentir mi pulso acelerarse en anticipación. Con lentitud, se inclina hacia adelante, besando con suavidad el interior de mis muslos, haciéndome estremecer con cada contacto.

Mi respiración se vuelve más rápida y pesada mientras él se acerca a mi centro. Cuando su lengua roza mi clítoris, no puedo evitar gemir de placer. Yerik es meticuloso y apasionado, sus movimientos son precisos y sabe con exactitud cómo hacerme sentir bien.

Sus labios y su lengua exploran con devoción, alternando entre suaves lamidas y succión firme. Mis manos se aferran al borde del mueble del lavabo mientras mi cuerpo se rinde por completo a las sensaciones que él me provoca. Siento oleadas de placer recorrerme, y cada vez que pienso que no puedo sentir más, Yerik encuentra una manera de llevarme aún más alto.

—Yerik, por favor... —susurro entre gemidos, sintiendo que estoy a punto de explotar.

Él responde a mis palabras intensificando sus movimientos, su lengua y sus labios trabajan en perfecta armonía para llevarme al clímax. Mi cuerpo se arquea y un grito de placer escapa de mis labios mientras alcanzo el orgasmo. Mis manos se deslizan hasta su cabello, aferrándome a él como si mi vida dependiera de ello.

Yerik no se detiene, succiona y lame con más intensidad, prolongando mi éxtasis hasta que mi cuerpo no puede soportarlo más. Mi respiración es un jadeo constante y mis piernas tiemblan sin control.

Finalmente, se levanta; sus ojos brillan repletos de deseo y satisfacción. Me toma en sus brazos, sosteniéndome mientras recupero el aliento.

—Yerik... —le susurro, sintiendo las secuelas de nuestro encuentro.

—Me encanta tu sabor, pequeña flor —responde, su voz es un ronroneo suave.

Me inclino hacia adelante y lo beso con intensidad, saboreando el rastro de mí misma en sus labios. Nos quedamos así, abrazados, disfrutando de la intimidad y la conexión que compartimos, hasta que decidimos que es hora de prepararnos para la cena.

Yerik

La cena ha transcurrido entre silencios incómodos y miradas furtivas que Pietro ha estado echándole a Nina mientras ella no se percataba. Puede que lo haga para provocarme, pero está jugando con fuego y, si se atreve a tocarla, puedo cometer una locura, aun sabiendo que estoy en su fortaleza.

Luka se ha quedado acompañando a Nina y a Antonella en el salón mientras yo sigo de cerca a Mancuso hasta su despacho.

—Siéntate, Yerik —me dice, señalando una silla frente a su escritorio. La habitación está iluminada de manera tenue y el ambiente es denso, con una mezcla de humo de cigarro y aroma a brandy.

—No voy a andarme con rodeos —respondo mientras me siento, observando cada uno de sus movimientos. Mancuso se toma su tiempo, sirviéndose un vaso de brandy antes de sentarse frente a mí.

—Me parece perfecto. Nunca me han caído bien las personas que divagan. ¿Qué es lo que quieres de mí? —pregunta, llevándose el vaso a los labios.

—Tu primo Marco —digo, manteniendo mi voz firme y neutral—. Se ha asociado con Cormac.

Mancuso asiente despacio, como si evaluara cada palabra que digo. El silencio se alarga, cargado de tensión, hasta que asiente de nuevo, esta vez con más determinación.

—Pretendes que intervenga y le ordene que se aleje o incluso que te ayude con información.

Asiento, dándole la razón. Para la 'Ndrangheta, la familia es lo más importante, y su primo no se atreverá a contradecir a su capo.

—Hablemos de los términos —responde, y comenzamos una conversación tensa y meticulosa sobre las condiciones de un posible acuerdo. Cada palabra, cada frase es una batalla de voluntades, y aunque mantengo una fachada imperturbable, mi mente sigue alerta por lo que pueda suceder con Nina y Luka en el salón.

La conversación con Mancuso llega a un punto muerto.

—Discutiremos mis demandas a fondo mañana —dice Mancuso, poniéndose de pie y extendiendo una mano hacia mí.

Asiento y me pongo de pie, estrechando su mano. Mientras salgo del despacho, no puedo evitar sentir una punzada de preocupación por lo que pueda haber sucedido en mi ausencia. Al regresar al salón, encuentro a Luka de pie cerca de Nina.

—¿Todo bien aquí? —pregunto, alternando la vista entre ambos.

—Todo bien —responde Luka, aunque sus ojos dicen algo diferente.

Nos dirigimos hacia nuestras habitaciones, y mientras camino al lado de Nina, me inclino hacia ella.

—¿Ha pasado algo en mi ausencia? —le susurro.

—Nada importante, pero creo que Luka no se siente cómodo en este lugar.

Quizás regresar a Italia sea demasiado para mi consejero, demasiados recuerdos de una época que tal vez aún no ha logrado superar, pero es necesario tenerlo cerca por su conocimiento de las familias. Mañana intentaré encontrar un momento lejos de los oídos de Mancuso para preguntarle a Luka cómo está.

Me despido de él con un gesto de cabeza y cada uno se dirige a su respectivo dormitorio. Luka solo y yo de la mano de mi pequeña flor. Cierro la puerta a mis espaldas y, con un movimiento rápido, la acerco a mí.

—Llevo toda la noche imaginándote de rodillas y con la boca abierta —le susurro al oído. Mis manos recorren su espalda, buscando la cremallera para bajársela y degustar otra vez cada rincón de su cuerpo sin tabús y con pasión.

—Puede haber cámaras —me recuerda en voz baja, posando las manos en mi pecho—. Me recomendaste que no me desnudara aquí.

Entrecierro los ojos, localizo la cremallera y comienzo a bajársela despacio.

—Tienes razón —le concedo—, vamos al baño.

Le doy una palmada juguetona en la nalga, suave y provocadora. Ella sonríe y se aleja corriendo hacia el baño con una ligereza encantadora. Justo antes de abrir la puerta, gira la cabeza y me mira por encima del hombro. Por primera vez en muchos años, algo se agita dentro de mí, una emoción desconocida e intensa. La sonrisa de Nina ilumina la oscuridad de mi alma, creando las sombras necesarias para que la esperanza resurja.

Cuando entro al baño, la encuentro de espaldas a mí, mirándose en el espejo. La luz suave resalta las curvas de su cuerpo, aún vestida, pero con la cremallera medio bajada, dejando entrever la piel de su espalda. Me acerco con lentitud, disfrutando de cada segundo de anticipación.

—¿Sabes cuánto te he extrañado? —le susurro, rozando con mis labios la nuca expuesta.

—Demuéstramelo —responde con un tono desafiante que enciende aún más mi deseo.

Termino de bajar la cremallera y dejo que el vestido caiga al suelo, revelando su lencería negra. Mis manos recorren su cuerpo, sintiendo la suavidad de su piel y la curva de sus caderas. Ella se gira para mirarme, sus ojos brillan con una mezcla de deseo y vulnerabilidad.

La tomo de la mano y la acerco al lavabo, inclinándola con suavidad. Mis dedos recorren su columna vertebral hasta llegar al broche de su sujetador, que desabrocho con destreza. Ella suelta un suspiro entrecortado y se arquea bajo mi toque.

—Eres mía —digo, mi voz ronca de emoción—. Solo mía.

Mis manos exploran su cuerpo con avidez mientras sus suspiros se mezclan con el sonido del agua corriendo en la ducha cercana. Nos movemos juntos, una danza de pasión y posesión que consume cada rincón del pequeño baño.

La giro para enfrentarme a ella. Sus labios se encuentran con los míos en un beso urgente y hambriento. Siento su entrega total, su confianza absoluta en mí, y eso despierta algo profundo y primitivo en mi interior.

La levanto en brazos y la llevo bajo la ducha, dejando que el agua caliente nos envuelva. Su risa suave se mezcla con el sonido del agua al chocar contra nuestros cuerpos. La pasión se intensifica, cada caricia y beso se vuelve más urgente, más necesitado.

Cuando por fin nos detenemos, ambos jadeando y con el corazón latiendo con fuerza, la miro a los ojos. En ellos veo algo más que deseo; veo una conexión que trasciende las sombras de mi pasado y me da esperanza para el futuro.

—Eres mía, Nina. Eres mi mujer —le digo, sorprendido por la sinceridad y la profundidad

de mis propias palabras.

Ella sonríe, acariciando mi rostro con ternura.

—Y tú eres mi bestia —responde, sus ojos llenos de una luz que ilumina la oscuridad en la que he vivido tanto tiempo.

Sujetándola de las nalgas, la gu o hasta que mi miembro se alinea con su entrada. Entro en ella con delicadeza, venerando cada detalle de su cuerpo. Cuando me siento enterrado por completo en su interior y creo que no es posible fundirme más con ella, noto cómo Nina me aprieta la cintura con sus piernas y me adentro un poco más.

Ella gime de placer y yo me guardo las ganas de derramarme con la primera embestida. Me retiro hasta casi la punta y, con un giro de cadera, entro de nuevo en un ángulo distinto.

— Oh, Dios! —la oigo exclamar en un murmullo.

Me pongo más duro, si es posible, con los sonidos que emite, con cada movimiento de pelvis. Le aparto un mechón del rostro y devoro su boca mientras continúo entrando y saliendo en un baile repleto de sensualidad. Nina es mi postre favorito y pienso disfrutarla el resto de mis días.

Los músculos internos de mi pequeña se contraen y sí el momento exacto en el que debo acelerar y dejarme llevar con ella. Me clava las uñas en la espalda e implora para que no pare, que siga.

Y lo hago, lo hago de tal manera que ya no s  si será capaz de mantenerla en brazos.

Con un suspiro prolongado, Nina apoya la cabeza en el hueco de mi cuello, nos late el corazón a mil revoluciones por hora. Me aseguro de que sea capaz de mantenerse de pie, lavo su cuerpo con jabón y con mimo.

Salimos de la ducha, sec ndonos con cuidado. La llevo a la cama y nos acurrucamos bajo las sábanas, disfrutando de la cercanía y el calor del otro. Por primera vez en años, siento una paz que no creía posible.

Mientras ella se duerme en mis brazos, pienso en Cormac y en los desafíos que aún nos esperan; tengo que llegar a un acuerdo con Pietro e ir un paso por delante de ese puto irlandés.

A la mañana siguiente me despierto con los primeros rayos de luz, que irrumpen en el dormitorio a través de las cortinas. Me aseo y me visto sin hacer ruido, Nina sigue dormida y quiero que descanse, cuanto más alejada est  del radar de Mancuso mejor.

Me coloco el reloj en la muñeca y cuando dirijo la mirada hacia la cama me encuentro con la imagen más seductora de mi jodida vida. Nina me observa en una pose digna de la portada *Playboy*; la sábana se le pega al cuerpo, marcando su cintura y acentuando sus pechos generosos.

—Me gusta ver cómo te vistes,  siempre has sido así de meticuloso? —me pregunta curiosa.

—Lo soy con todo en mi vida —respondo, acercándome a ella para besar su boca—. Descansa, aún es temprano y voy a reunirme con Pietro.

Salgo del dormitorio, dejando a Nina, y entro en la habitación de Luka sin llamar.  l se sobresalta, saca una semiautomática de debajo de la almohada y me apunta.

—Buenos días —le indico.

—Est s loco, he podido volarte la puta cabeza de un balazo —espeta cabreado.

—Tienes buenos reflejos. Sabía que no me disparar as. —Luka se levanta de la cama, desnudo—. T pate el culo. Quiero que vigiles el dormitorio de Nina mientras ella descansa; voy a reunirme con Pietro.

— Ahora soy su guardaespaldas? —responde mientras se viste con unos pantalones vaqueros negros y una camisa a juego—. Tú eres mi prioridad, Yerik, no ella.

Luka me mira, esperando mi reacción. Su lealtad hacia mí nunca ha estado en duda, pero no entiende la importancia de Nina. Respiro hondo, buscando las palabras adecuadas.

—Tu prioridad será la que yo te ordene —le señalo con firmeza.

Luka frunce el ceño, confundido.

—No es una mujer cualquiera, ¿verdad?

—Es mi mujer —digo, dejando que la gravedad de esas palabras se asiente. Por un momento, el silencio pesa entre nosotros.

—La protegeré con mi vida —responde Luka, su voz solemne mientras posa la mano en su pecho sobre la estrella tatuada.

—No espero menos de ti —digo, saliendo al pasillo y dejando que Luka termine de arreglarse.

Bajo los escalones hasta la planta baja. Allí, me encuentro con nuestro anfitrión hablando por teléfono en italiano. Por suerte, es un idioma que domino a la perfección.

—*Quando accadrà?* —Su puño se cierra un signo de frustración—. *Cosa ha offerto quell'elfo di merda?*

Intuyo que está hablando con su primo Marco, así que me quedo en silencio esperando a que termine la conversación. Pietro se da cuenta de mi presencia y termina la llamada de manera abrupta.

—¿Negocios? —cuestiono dudoso para que no se dé cuenta de que he comprendido lo que hablaba.

—Nada importante —me responde, mostrándome una sonrisa falsa—. ¿No quieres desayunar?

—No me apetece.

—Perfecto, pues salgamos al jardín a pasear —me indica, abriendo la puerta de la entrada—. Hace un día estupendo y es el mejor escenario para que tratemos el futuro de nuestras organizaciones.

Lo sigo de cerca, los únicos sonidos que se perciben a esa hora de la mañana son nuestras pisadas sobre la grava y el pío de los pájaros en los árboles más cercanos.

—Dime cuáles son tus términos.

—Quiero el quince por ciento de lo generado con los clubs; prostitución, apuestas y drogas —enumera con los dedos.

—Un cinco —rebato.

—Inaceptable, además, aún no he terminado de exponer mis demandas. Aparte del porcentaje de las ganancias de los clubs quiero acceso al puerto durante los próximos cinco años. —Deja de caminar y se gira sonriente—. Quiero establecer una *ndrina* en New York.

—¿Y esperas que acepte todas esas condiciones?

—No creo que sea nada descabellado. —Se encoge de hombros.

—Un siete. —Aprieto los dientes con fuerza, eso son millones de dólares en dinero negro.

—Quince —reitera—, el puerto y vía libre para establecer a mi nuevo *capobastone*.

—Solo aceptaré un siete, dos años de acceso al puerto y permitiré que se establezcan tus hombres en el valle del Hudson.

Pietro se mantiene en silencio, analizando mi réplica, saca del bolsillo de su chaqueta una cajetilla de tabaco y me ofrece un cigarrillo, a lo que me rehúso. Lo observo mientras saca el mechero. El sonido de mi teléfono móvil suena, rompiendo la atmosfera de tensión. Reviso la pantalla y compruebo que es Igor.

«¿Qué cojones hace llamándome mi *brigadir*?».

—Más te vale tener una buena excusa —respondo la llamada hablando en ruso.

—Akim está grave, hemos sufrido una emboscada en la recogida del cargamento del señor Murphy. —Fulmino con la mirada a Pietro, él lo sabía.

—En doce horas estaremos de regreso, e Igor...

—Sí.

—Más te vale que no muera o el próximo en seguirle de cerca serás tú.

—Sí, señor.

Termino la llamada, guardando el móvil. Mancuso espera a que me sulfure o pierda los papeles. Analiza mi reacción igual que yo hago con la suya.

—Ya te has enterado —me desvela.

—Sabías lo que estaba pasando y no me has advertido. No es un buen comienzo para establecer una alianza —puntualizo.

—Ya estaba sucediendo cuando me enteré, no se podía hacer nada. —Se encoge de hombros—. Además, no debes olvidarte de que Marco es familia, no iba a exponer su seguridad sin un acuerdo que lo protegiese.

Me imagino sacando el cuchillo y clavándoselo en el estómago para ver cómo se desangra con lentitud. Akim también es mi familia y, si muere, no habrá un lugar en la Tierra donde puedan esconderse todos los implicados.

—Puedes decirle a tu primo de mi parte que no se cruce en mi camino o lo lamentaré. —Me doy la vuelta para regresar al interior de la casa y buscar a Nina y a Luka para irnos lo antes posible de Calabria.

—¿Qué hay de nuestro acuerdo? —me pregunta a mi espalda.

—Olvídate de hacer negocios conmigo —le espeto sin dejar de avanzar hacia la casa—. No lo necesito, voy a quemar la ciudad hasta que no queden nada más que cenizas.

—Estas no son maneras de hacer negocios, *russo*.

Nina

Estamos en el *jet* privado de regreso a New York, y en esta ocasión me he tomado un relajante antes del despegue. Yerik ha estado atento a mí durante el ascenso, hablándome de forma calmada y susurrándome palabras al oído para que no me agobiara con la sensación de asfixia.

En cuanto el avión se estabiliza, me quito el cinturón de seguridad y le digo:

—Voy a ver si me distraigo con alguna película o libro. En el vuelo de ida me di cuenta de que tenías algunos, pero no sé si estarán en mi idioma.

Yerik asiente con una sonrisa tranquilizadora.

—Tómate tu tiempo y elige lo que más te apetezca, tienes en inglés, español, ruso, y francés.

—¿Sabes hablar todos esos idiomas? —le pregunto.

—Es posible. —No me da una respuesta como tal, más bien deja la incógnita en el aire y se siente extraño haber llegado a este nivel de comodidad con él.

—Sabes que te pondré a prueba cuando menos te lo esperes —le reto.

—Estaré esperando a que ocurra —me indica, dándome un beso en la comisura de la boca.

Me levanto y camino hacia la parte trasera del avión, sintiéndome más tranquila gracias a sus cuidados. Abro la puerta de la pequeña habitación y me acerco a la estantería que contiene varios libros. Busco entre los títulos, esperando encontrar algo que me permita desconectar del viaje. Me percató de que he dejado la puerta entreabierta y me dispongo a cerrarla cuando la conversación entre Yerik y Luka me llama la atención.

—¿Qué tan grave se encuentra Akim? —pregunta Luka con un tono de voz apagado.

—Lo están operando en estos momentos, me avisarán ante cualquier cambio —Yerik se mantiene firme y distante mientras habla.

—¿Qué sucedió exactamente?

—Detonaron dos bombas, una en la entrada del almacén y la otra en el callejón lateral. Aprovecharon la confusión de los soldados y el caos generado para atacar con la artillería —explica Yerik con calma, aunque su voz revela tensión.

—¿Cuántos han caído? —pregunta Luka con pesar.

—Seis bajas y tres heridos graves sin contar a Akim.

El corazón me da un vuelco al escuchar la gravedad de la situación. Cierro los ojos con fuerza mientras pego con fuerza el libro a mi pecho, atenta a cada palabra.

—¿Cómo se habrá enterado Cormac de esa operación? Los detalles se decidieron en las últimas semanas —Luka reflexiona en voz alta.

—Yo también lo he pensado. —Yerik guarda silencio, dejando un aire de intriga flotando en la cabina del avión—. Acudir a Pietro ha sido un error.

—No hagas eso, Yerik, no te fustigues por algo que no es tu culpa —Luka le dice en tono serio.

—Ha sido una pérdida de tiempo, no hemos llegado a ningún acuerdo. Sabía lo de la emboscada y no me dijo nada. Se guardó la información.

—No me extraña que lo hiciese —Luka me sorprende con su declaración—. Pietro descende de una familia tradicional italiana, la ‘Ndrangheta se basa en los lazos de sangre y matrimoniales, nada, ningún otro acuerdo será tan poderoso como ese. Marco es su primo, y por lo que he averiguado, es un familiar al que no tiene en muy buena estima dado que es propenso a ir por libre.

—Sin embargo, lo protege.

—Como debe ser, ante todo es familia, y la familia...

—Es sagrada —Yerik termina la frase por Luka.

—Exacto. Si lo piensas no somos tan diferentes, es cierto que ellos son todos parte de una familia de sangre muy extensa. Nosotros, la hermandad —me atrevo a escudriñar en la rendija que hay y observo a Luka darse un golpe seco en el pecho con la palma de la mano— somos Bratva. Tenemos un código de honor, mantenemos nuestras promesas y honramos nuestros lazos. —Yerik asiente, su rostro serio revela un profundo respeto por las palabras de Luka—. Aunque nuestros métodos y lealtades puedan diferir en ciertos aspectos, al final compartimos el mismo principio fundamental.

Es la primera vez que lo escucho hablar con tanta pasión.

—Nuestros enemigos pueden cambiar, pero nuestra lealtad hacia la hermandad y nuestro código nunca debe tambalearse.

El tono de Yerik es sereno, pero firme, transmitiendo una determinación inquebrantable. Me siento en silencio, absorbida por la conversación entre ambos hombres, quienes parecen estar explorando terrenos más profundos que el simple intercambio de información.

—Nuestro compromiso es inquebrantable.

La voz de Luka resuena con una solemnidad que me eriza la piel. Cada palabra parece cargar un peso significativo, como si estuvieran discutiendo principios que han sido tallados en piedra desde tiempos inmemoriales.

—Siempre —responde Yerik, su mirada fija en Luka con una intensidad que traspasa las palabras.

El silencio cae sobre la cabina, pero es un silencio cargado de entendimiento y camaradería. Puedo sentir la conexión entre ellos, una conexión que va más allá de las palabras y los negocios. Forjada en el calor de la batalla y el peso de la responsabilidad, puede que también debido al pasado que compartieron en la infancia. Una época de inocencia perdida, y que esa conexión sea mucho más intensa en ellos.

Me retiro de la rendija de la puerta dando pasos lentos, dejándolos a solas con sus pensamientos y su vínculo. Aunque sus palabras han sido pronunciadas en voz baja, su significado resuena en lo más profundo de mi ser, recordándome la importancia de la lealtad, la familia y el honor en un mundo donde la traición y la violencia son habituales.

Tumbada boca arriba sobre el colchón, pienso en Akim y en lo angustiada que debe sentirse Mariana, así como su hermana y su madre. Estoy preocupada, no puedo evitarlo. Giro el cuerpo hacia un lado, encogiéndome de piernas; las lágrimas han empezado a caer sin esfuerzo por mi rostro. Tengo la mirada ausente, sin fijarla en ningún lugar determinado. No sé cómo procesar lo que está sucediendo en mi vida. Hasta hace tan solo un año, mis sueños y aspiraciones se centraban en ser una buena periodista y conocer el mundo. Todo cambió con la desaparición de Daisy.

Sin casi proponérmelo, me vi envuelta en la investigación de su supuesto secuestro, teniendo en cuenta que la desaparición de una *stripper* para las autoridades no era una prioridad y nadie

iba a hacer nada al respecto. Luego, con la implicación de Yerik y la Bratva...

Soy consciente en el instante en el que mis pulsaciones comienzan a ser inestables; un sudor frío recorre mi espalda. Mis ojos se mueven de manera frenética revisando las paredes, que parecen tener vida propia, palpitando al mismo tiempo que lo hace mi corazón. La sensación de que el oxígeno escasea y que me asfixio va en aumento. Oigo un murmullo, es lejano. El pitido en mis oídos no me permite discernir nada, la visión se ha convertido en un túnel oscuro que cada vez se hace más y más pequeño.

—*Malen'kiy tsvetok* —es su voz, siento sus manos en mi rostro, pero mi cuerpo no responde, estoy paralizada—. Respira conmigo, pequeña, respira.

Yerik logra, con su toque y su presencia, que centre la mirada en él. Repite palabras tranquilizadoras acompañadas de caricias en mi mejilla; sus ojos azules son un ancla para mí, es la calma en un mar de tempestad.

—Así es, pequeña flor, muy bien —me anima, posando la palma de una de sus manos en mi pecho y sujetando la mía para que la coloque en el suyo, imitando el ritmo de su respiración—. Lo haces muy bien, sigue así.

No sé cuánto tiempo estamos así, él con una mano en mi mentón y la otra en mi pecho, yo con la mía sintiendo el latir de su corazón y los ojos clavados en su mirada. Poco a poco, mi respiración se estabiliza y la oscuridad en mi visión empieza a disiparse. Me siento más tranquila, aunque el miedo y la angustia aún están presentes, latentes bajo la superficie. Estoy comenzando a enamorarme de este hombre, con sus complejidades y en todas sus facetas; la dominante, la protectora, así como la sociópata. Y eso es lo que más temo, en dónde quedo yo, en qué me convierte eso a mí.

—¿Estás mejor? —me pregunta, y no sé si contestarle con la verdad o confesarle mis temores—. ¿Te sucede esto cada vez que viajas en avión?

—No, no me sucede siempre —le respondo, acariciando su pectoral por encima de la camisa. Yerik me ha sentado encima de su regazo, no sé en qué momento me movió hasta quedar en esta posición, pero me da igual. Me da tanta tranquilidad que me sujete entre sus brazos. Cierro los ojos y apoyo la cabeza en su hombro—. Cuando era una niña, puede que tuviese cuatro o cinco años, no estoy muy segura, me quedé encerrada en un baúl durante horas, grité, lloré y pensé que me moriría allí mismo. Creí con toda mi alma que mis padres me habían olvidado y que ya no me querían.

—¿Qué hacías en un baúl encerrada? —cuestiona de manera pragmática, otra persona en su lugar me hubiese reconfortado sin preguntar por los detalles.

—Estaba en la casa de una de mis tías en Jersey City —comienzo mientras reflexiono sobre el recuerdo que me agita—. Era una casa unifamiliar encantadora, de ladrillo rojo con detalles de madera en la fachada. Tenía dos pisos y un sótano. En el patio trasero había un oasis verde con un césped bien cuidado y un área de terraza perfecta para las barbacoas que hacía mi tío José. En aquel momento estaba jugando al escondite con mis primos. Terminé dentro de un baúl viejo que estaba en el sótano y, sin querer, una de mis primas cerró la tapa. Fue aterrador. Estuve atrapada allí durante horas antes de que alguien me encontrara. Desde entonces, los espacios pequeños o cerrados me generan una gran ansiedad.

—Entiendo —dice con suavidad—. ¿Pasaste por algo similar en la habitación del pánico con Mariana?

—No exactamente —respondo, agitando la cabeza—. Es diferente cuando estoy con gente, me distraigo y puedo manejarlo mejor, pero cuando estoy sola en espacios cerrados, es más

difícil.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —Yerik me sujeta el mentón para que centre la mirada en él.

—Estaba bien, no creí que me fuese a dar una crisis —le indico con sinceridad, guardo un segundo de silencio antes de decirle—. Os escuché a Luka y a ti hablar de Akim. ¿Crees que se pondrá bien?

—Eso espero. —Siento cómo su abrazo se vuelve más tenso.

—¿Es siempre así? —cuestiono.

—No siempre. —Acerca sus labios a los míos y me besa antes de susurrar—: Si alguna vez te encuentras atrapada de nuevo, te prometo que te encontraré, sin importar dónde estés.

Decido corresponder a su beso con pasión porque la otra opción es confesarle que, pese a saber quién es y lo que representa, me estoy enamorando de él. De Yerik Bykov, el *pakhan* de la Bratva.

Yerik

Antes de que el *jet* aterrice, he organizado a los *brigadirs* y le he dicho a Luka que vaya a comprobar el estado de Akim en persona al piso franco. Debemos movernos con rapidez en los próximos días o, de lo contrario, nuestros aliados pensarán que me estoy acobardando.

Nina y yo acabamos de llegar al *penthouse* que tengo en la Quinta Avenida. Ella observa todo con detenimiento: las obras de arte que adornan las paredes y las esculturas. Pero, sin duda alguna, lo que hace que sus ojos se iluminen es la espectacular vista de Manhattan.

—Creí que volveríamos a la mansión —dice, girándose con tanto ímpetu que el vestido hace un efecto de bailarina que me deleita.

—Desde la ciudad puedo controlar mejor todo lo que sucede —respondo. No tiene por qué saber que tengo que organizar varias reuniones en las próximas horas y planificar una contraofensiva en las instalaciones de Cormac.

—Me hubiese gustado hablar con Mariana, debe estar preocupada. —Nina tiene un corazón demasiado bondadoso.

—Puedes llamarla por teléfono. Te he conseguido un móvil. —Le señalo la mesa del comedor, donde se encuentran varios papeles y el teléfono que he dejado para ella.

Nina se dirige hacia la mesa y toma el móvil con una expresión agradecida. Curiosa por naturaleza, revisa los papeles como si fuesen informes normales de cualquier empresa, me acerco a ella y le digo en un tono más bajo y serio mientras rodeo su cintura desde atrás:

—Vas a tener que quedarte aquí durante un tiempo.

—¿Sola?

—Dejaré a varios hombres a cargo de tu seguridad. —Sujeto su cadera con ambas manos para que no se mueva.

—¿Soy un objetivo? —me pregunta, contoneando su cuerpo hacia atrás, restregándose contra mi entrepierna, la cual está ya dura. Somos dos imanes que se atraen sin remedio.

—Eres mi mujer, siempre serás un objetivo para mis enemigos. —Nina deja de moverse y se gira con el ceño fruncido.

—¿En qué momento acepté ser tu mujer? Te seguí el juego en Italia, pero eso no significa que vaya a dejar mi vida atrás y convertirme en una mujer florero.

—Por supuesto que aceptarás, en cuanto termine con Cormac organizaremos la pedida oficial —suelto arrogante—. Pero ahora mismo lo más importante es mantenerte a salvo —le digo, tratando de conservar la calma ante la mirada desafiante que me lanza.

—¿Hablas en serio?

—Si es sobre ti, siempre lo haré.

—No he aceptado quedarme a tu lado.

—No me preocupa, lo harás —le respondo con decisión.

—No soy una mujer florero, Yerik. No pienso dejar de ser quien soy ni olvidarme de mi trabajo por nadie, ni siquiera por... —Nina aprieta los labios con fuerza, no quiere reconocer lo que siente por mí, lucha consigo misma porque teme perder su esencia.

—Mírame —le ordeno, su mirada vaga errática hasta que sus ojos se fijan en los míos—, me pasa lo mismo.

Su respiración se vuelve irregular, me inclino para besar la vena del cuello que marca los latidos de su corazón.

—No puedo quedarme encerrada aquí mientras tú luchas tus batallas —su voz tiembla un poco, pero hay una firmeza innegable en sus palabras.

—No te estoy pidiendo que seas una mujer florero. Te pido que te mantengas a salvo. Todo esto es temporal —le aseguro, apretando con suavidad su cintura. Nina me mira con atención, llena de preocupación.

—¿Qué haré mientras tú estás fuera? No puedo simplemente esperar sin hacer nada.

—Necesito que confíes en mí. Estamos en medio de una guerra, Nina. No es seguro que estés expuesta. —Ella asiente, aunque a regañadientes.

—Está bien, pero quiero que sepas que no voy a quedarme callada y sumisa. Quiero estar informada de la evolución de Akim.

—Lo estarás. —Inclino mi cabeza para besarla con suavidad, un gesto de protección y posesión—. Ahora, llama a Mariana. Tranquilízala y dile que todo va a estar bien.

Nina toma el móvil y se aleja un poco para hacer la llamada. La observo mientras habla, su voz suave y tranquilizadora. Me recuerda por qué la necesito a mi lado, no solo como una compañera, sino como mi luz en los momentos más oscuros.

Mientras ella está ocupada, reviso los papeles sobre la mesa. Hay mucho por hacer y poco tiempo. Debo coordinar los movimientos de nuestros aliados, asegurar nuestras posiciones y preparar la ofensiva contra Cormac. Cada minuto cuenta.

Nina termina su llamada y se acerca a mí, sus ojos aún llenos de decisión.

—Mariana está bien, aunque preocupada. Me gustaría ir a verla —murmura para sí misma.

—Cuando se tranquilicen las aguas podrás ir a visitarla.

Nina asiente, aunque no parece del todo convencida. Se acerca a la ventana y mira la ciudad con melancolía.

—No puedo evitar sentirme como una prisionera, Yerik. —Su voz es apenas un susurro, pero la fuerza de sus palabras es innegable.

Me acerco a ella, colocando mis manos en sus hombros.

—No eres una prisionera, Nina. Eres mi aliada más valiosa. Necesito que estés segura para poder centrarme en lo que tengo que hacer. —Le doy la vuelta despacio para que me mire a los ojos—. Lo entiendes, ¿verdad?

Ella asiente de nuevo, esta vez con más convicción.

—Lo entiendo. Solo prométeme una cosa —su mirada se intensifica, clavándose en la mía—, prométeme que no morirás en esta guerra.

Hay un rastro de vulnerabilidad en su voz, una emoción cruda que rara vez muestra. La tomo entre mis brazos, apretándola con fuerza contra mi pecho.

—Te prometo que no te librarás de mí tan fácilmente. —Mis palabras son firmes, una promesa que estoy decidido a cumplir.

Nos quedamos así, abrazados, durante un momento que parece eterno. El peso de la responsabilidad y el peligro que se avecina cuelga en el aire, pero también hay una fuerza renovada, una conexión que se ha fortalecido a través de la adversidad.

Por último, me separo de ella y le doy un último beso en la frente.

—Tengo que prepararme, tengo mucho que hacer —le digo, volviendo a mi tono más

habitual de autoridad—. Tienes el dormitorio en la planta de arriba, ponte cómoda.

—No me queda más remedio —Nina responde con resignación, alejándose de mí y subiendo las escaleras.

Me dirijo hacia el despacho y empiezo a revisar los informes y las estrategias. Cada decisión debe ser precisa, cada movimiento calculado. La vida de muchos depende de ello.

Varias horas más tarde llamo por teléfono a Luka. Son las cinco de la madrugada, en una hora saldrá el sol y sigo sin tener noticias de Akim.

—¿Cómo está?

—La operación se complicó, el médico tuvo que realizar varias transfusiones de sangre. Ahora lo mantiene en un coma inducido. —Sé cómo debe sentirse en este instante, pero no podemos distraernos.

—Quiero que vayas a la mansión, interroga por última vez a Maxim y luego liquídalo como mejor te plazca. —Estoy convencido de que el *mudak* ha colocado algún tipo de dispositivo y Cormac ha estado a la escucha durante las últimas semanas.

—Así lo haré.

—Luka, hay que hacer una limpieza a fondo en la mansión.

—Yo había llegado a la misma conclusión.

—Mantenme informado —le ordeno—, confirma que ha sido Maxim, no quiero cabos sueltos.

—Hecho.

Terminamos la llamada y me quedo pensativo durante unos minutos. Salgo del despacho y me dirijo a la terraza. Está comenzando a vislumbrarse los primeros rayos del sol. Me siento en uno de los sofás y llamo a Constantine.

—¿Tienes la ubicación?

—La tengo.

—Mándame toda la información, reúne al mejor escuadrón. Los quiero preparados lo antes posible.

—En unas horas tendrá el informe, señor. De los chicos no se preocupe, buscaré a los mejores para el trabajo.

Cuelgo. Debo anticiparme a los movimientos de Cormac, adivinar cuál será su próxima jugada y ser lo bastante hábil como para no caer en su trampa. Del mismo modo, tengo que asegurarme de que no me precipito.

El sonido de un movimiento a mi espalda me pone en alerta. Por acto reflejo me llevo la mano al chaleco para sacar la Glock, pero al segundo me doy cuenta de que es Nina la que se acerca con sigilo.

—¿Has dormido?

—No tengo sueño. —La miro con intensidad—. ¿Qué llevas puesto?

—No iba a meterme en la cama con el vestido —se encoge de hombros—, he husmeado en tu vestidor.

—Y decidiste robar una de mis camisetas deportivas —le indico—. Ven.

Me siento en el borde del sofá, abriendo las piernas para que Nina se coloque en el medio. La prenda le llega hasta la mitad del muslo, el cuello es tan ancho que uno de sus hombros queda al descubierto. Su pelo rizado le da un toque de sensualidad añadido, me pican los dedos de las manos con tan solo imaginarme su piel bajo mi dominio.

—Es solo un préstamo, tengo pensado devolvértela —me dice mientras se humedece los

labios con la lengua.

—Voy a reclamar intereses —respondo, deslizando mis manos por sus muslos y subiendo por su cuerpo sin dejar de mirarla a los ojos. Su cabello se mueve con la brisa nocturna. Entonces, me acerco más a ella, atrayéndola hacia mí.

Cuando mis dedos notan el tejido endeble del tanga, no lo dudo y rasgo el delicado material, haciéndolo jirones.

—*Moya koroleva* —murmuro, rozándole la ingle.

—Tienes un poder sobre mi cuerpo que ni yo misma comprendo.

Nina dirige la mirada para encontrarse con mis ojos azules. Nuestra conexión es profunda, única. Sé que desea besarme, no deja de mirar mis labios, pero no es el momento. Mis manos recorren su espalda baja, acariciándola con ternura, y masajeo sus nalgas mientras le mantengo la mirada sin desviarla ni un segundo.

Deslizo mis manos hacia su cintura, atrayéndola más cerca. La suavidad de su piel bajo la camiseta me hace desearla aún más. Nina jadea, separando sus labios. Comienzo a subir la camiseta con cuidado, sintiéndola temblar de deseo.

—Yerik... —susurra.

—Shhh... —le respondo con una sonrisa, buscando calmarla—. ¿Confías en mí?

—Lo hago —me confiesa, y mi euforia se multiplica por mil.

Me incorporo para terminar de sacarle la camiseta por completo. Nina es una mujer magnífica, contemplo su desnudez durante unos segundos. Acto seguido, me dirijo hacia la barandilla. Sosteniéndola con firmeza, la levanto para que se siente en el borde de la terraza. Del susto, ella se agarra con fuerza a mi cuello y deposito un beso en su sien.

—No te dejaré caer —le digo en un tono ronco.

—Promételo. —Nina se separa lo suficiente para mirarme a los ojos.

—Jamás te dejaré caer, te lo prometo. —Nuestros cuerpos se alinean a la perfección. Mis manos recorren su cuerpo, explorándola con intensidad; mantengo una mano en la parte baja de su espalda mientras con la otra juego con uno de sus pezones hasta que se pone rígido—. Cierra los ojos, pequeña flor.

Me obedece al instante y mi polla se pone más dura al darme cuenta de que Nina está entregándose al momento, ofreciéndose a mí sin restricciones. Me detengo un momento para observar su rostro, y con un movimiento lento y deliberado reclamo su boca, saboreando la dulzura de sus labios.

Con agilidad, soy capaz de desabrocharme el pantalón y liberar mi erección. La tentación de enterrarme en ella y explotar de placer es enorme. No obstante, me contengo, pego mi cuerpo al suyo y mi miembro roza la entrada de su vagina. Está excitada, por y para mí.

—Abre los ojos. —Nina parpadea con lentitud, en ese instante decido moverme y unirme a ella. Lento, sin apartar la mirada de su rostro, notando cómo cada músculo en su interior se adapta a la perfección al grosor de mi polla.

Una vez enterrado hasta la base, me retiro y entro de nuevo en su interior. Ahueco la palma de la mano y, sin previo aviso, le doy una nalgada que consigue excitarla más, si eso es posible.

El amanecer está en su punto álgido, el sol deslumbra nuestros cuerpos sudorosos y mientras entro y salgo una y otra vez de su interior, me doy cuenta de que estoy reclamándola en la cima de New York a la vista de toda la ciudad para que no quede ninguna duda de a quién pertenece.

—Eres mía —me impulso en su interior, y cuando me retiro introduzco la mano izquierda entre nuestros cuerpos. Rozo su clítoris con la yema de los dedos y realizo círculos,

manteniéndome quieto mientras la provoco—. Quiero que lo digas, Nina. Eres mi mujer, *moya koroleva*.

—Soy tuya —termina cediendo mientras su cuerpo se convierte en una escultura a la que doy forma bajo mis manos.

—Serás mi esposa —entro en ella de un impulso y me retiro—, tendrás a mi heredero —vuelvo a entrar con más ímpetu, Nina se aferra a mi cuello y gime de placer— y te prometo poner el puto mundo a tus pies, pequeña flor. —Termino perdiendo el norte en el instante que la oigo decir que sí. Entro una y otra vez, perdiéndome en su interior hasta que siento cómo llega al éxtasis y su orgasmo me arrastra, corriéndome en su interior.

Recuperamos el aliento y me ocupo de ella, acuno su mejilla en la palma de mi mano y le doy un beso antes de ayudarla a ponerse de pie. Juntos regresamos al interior para subir a la planta superior y darnos un baño relajante.

Pasado el mediodía recibo un mensaje de Luka, Akim sigue estable y el médico cree que ha pasado el umbral del peligro. También me indica que se ha ocupado de Maxim y que ha localizado dispositivos de escucha de última generación a lo largo de la finca. Eso me confirma cómo se enteró Cormac de nuestros planes con la mercancía. No obstante, también ha podido oír otro tipo de conversaciones de índole más personal...

Nina

Estoy perdiendo la cordura. Llevo tres semanas encerrada en el *penthouse* y ni siquiera he podido salir para mi cita médica con el ginecólogo. Aunque Yerik se aseguró de que el médico de la Bratva me atendiera y trajera la inyección anticonceptiva que necesitaba, tenía la esperanza de que me permitiese acudir a la consulta.

Durante este tiempo he hablado con mis padres por FaceTime e incluso contacté con mi editor para asegurarle que seguía con vida y que todo iba bien. Él era el único que sabía que me había infiltrado en el Sin City para buscar a Daisy, y como tardé tanto en llamarle, fue a casa de mis padres a preguntar por mí. Recuerdo los gritos de mamá cuando la llamé; estaba histérica. Puede que mi madre sea hija de rusos y estadounidense de nacimiento, pero como dice mi papá: «tu madre es latina de corazón». Cada vez que ella escucha eso, le responde: «eso es porque eres el dueño de mi corazón».

Todavía no he tenido el valor de hablarles de Yerik, de lo que siento o de lo que voy a hacer. Y es porque no tengo ni idea de qué va a pasar. Durante estas semanas he pasado la mitad del tiempo discutiendo con él a pleno pulmón y la otra mitad reconciliándonos en la cama, en el sofá, en el baño... No creo que quede superficie en la que no hayamos demostrado nuestra atracción. Ese no es nuestro problema; bueno, para ser más exactos, quien tiene el dilema constante soy yo. Me debato entre lo que es correcto y lo que no, entre lo que siento y lo que la razón me dicta.

He descubierto que la hermandad se rige por un código de honor y que, desde que Yerik es el jefe, hay una serie de reglas que todos siguen de manera rigurosa: no matan ni usan a los niños, no trafican con personas. Ganan dinero en locales donde las chicas se prostituyen, pero no son sus proxenetas; ellas obtienen protección a cambio de un empleo legal y tienen la opción de ganar un extra usando las habitaciones privadas, por lo que cobran un porcentaje de sus encuentros en concepto de alquiler. En cualquier momento pueden dejarlo y mantener su puesto de trabajo como bailarinas exóticas o camareras.

Me gustaría contrastarlo con las mujeres, pero es cierto que en el Sin City solo algunas se llevaban a clientes, y a mí nunca me pidieron ejercer ni me insinaron que debía atender a un hombre en contra de mi voluntad. Además, creo en la palabra de Yerik.

Reconozco que me cuesta ser imparcial; tengo un dilema moral enorme. Una parte de mí quiere aceptar todo lo que él me ofrece: compromiso, lealtad, pasión... Pero su mundo, la Bratva, él siendo quien es y haciendo lo que hace...

¿Seré capaz de soportarlo?

Cuando estoy a su lado no tengo dudas; su magnetismo y fuerza me atraen de tal manera que solo quiero pasar más tiempo junto a él. Sin embargo, durante estas últimas semanas he escuchado todo lo que han estado haciendo sus hombres.

Hace casi dos semanas, Luka, Igor, Daniel y un tal Constantine, al que aún no he conocido en persona, entre otros soldados, atacaron la base de los albaneses, diezmando el lugar y dejándolo irreconocible. Intento no inmiscuirme en los temas de la organización; no he querido

saber los detalles, pero parece ser que haber atacado a los aliados de Cormac y casi aniquilarlos ha sido un movimiento maestro porque los ánimos están mucho más relajados, como si hubieran ganado la guerra.

Saco mi teléfono y llamo a Yerik. Su voz profunda y autoritaria responde al segundo timbre.

—Nina, ¿está todo bien?

—Me aburro, estoy ahogándome entre estas paredes —respondo, tratando de no sonar desesperada, pero mi voz tiembla un poco.

—Esta noche saldremos a cenar fuera. Estamos cerca de que todo termine, pequeña flor, ten paciencia.

—No, Yerik. Estoy cansada, quiero salir, ir a ver cómo se va recuperando Akim, quiero ver a Mariana y necesito ver a mis padres. —Mi voz se quiebra un poco al decirlo, revelando la verdadera desesperación que siento.

Se hace un silencio al otro lado de la línea. Puedo imaginar su mandíbula apretada, considerando la propuesta.

—Sabes que no es seguro —responde con un tono más suave, pero firme.

—Voy a salir, Yerik. Necesito verlos. Necesito salir de aquí por algo más que una cena. Estoy perdiendo la cordura encerrada. —Mi voz se alza, casi suplicante.

—Nina, no entiendes lo peligroso que es. No puedo arriesgar tu vida —su tono se vuelve más duro, como si intentara imponer su decisión.

—¡Esto no es vida! —grito enfadada. Escucho su exhalación, pesada y resignada. Siento su lucha interna, su deseo de protegerme chocando con mi necesidad de libertad. Ya no puedo más —. A la mierda con todo, me marchó.

Termino la llamada y, en un frenesí de adrenalina, me dirijo hacia el vestidor. Yerik ha dispuesto todo un abanico de primeras marcas internacionales, ropa interior de encaje y, por supuesto, el mejor calzado para la que será la mujer del *pakhan*. Estoy tan cabreada que no soy capaz de ver más allá de la seda o el tul. Lanzo al suelo los vestidos de noche que aún no he estrenado y me decanto por lo más sencillo que encuentro: unos jeans ajustados y una camiseta básica.

Mientras me visto de forma apresurada, mi mente está en ebullición. Sé que desafiar a Yerik de esta manera es peligroso, pero también sé que no puedo seguir viviendo así, atrapada en una jaula dorada. Mi amor por él no puede ser una excusa para perder mi libertad y mi identidad.

Me dirijo hacia la salida y, en cuanto llamo al ascensor, escucho que el móvil no deja de sonar. Giro sobre mis talones y voy a por el teléfono, que había dejado encima de la encimera. La pantalla se ilumina con el nombre de Yerik. Me niego a atenderlo y rechazo la llamada.

En el instante en que escucho que el ascensor ha llegado, entro y marco el código de seguridad. He visto salir tantas veces a Yerik y usar esa combinación que me resulta sencillo repetir la secuencia.

Durante el descenso cierro los ojos, intentando relajarme. Por suerte, sé que solo son unos pocos minutos y que el mal rato que estoy pasando se disipará en el instante en el que llegue a la planta baja.

Suelto una bocanada de aire al ver cómo se abren las puertas. Sin embargo, la euforia me dura poco: tres soldados están esperándome.

—Señorita Rodríguez —dice uno de ellos, dando un paso al frente—, por favor, vuelva al *penthouse*. El jefe nos ha dado instrucciones claras.

Mi corazón late con ímpetu mientras considero mis opciones. Miro a los hombres, grandes y

decididos, y sé que no tengo muchas posibilidades de escapar por la fuerza.

—No voy a volver —digo con firmeza, intentando mantener la calma—. Necesito salir de aquí, podéis decirle que no voy a cambiar de opinión.

El soldado que habló antes asiente y me pasa su teléfono, Yerik se encuentra en la línea.

—Nina, escucha —me dice, su voz más suave, pero firme—. No puedo permitir que te expongas así. Es peligroso.

—Tú no lo entiendes, no puedo seguir encerrada. Necesito ver a mis padres, necesito sentirme libre. —Mi voz se quiebra un poco al final.

—No comprendes los riesgos —insiste él.

—Voy a salir, Yerik. No voy a quedarme aquí ni un minuto más —respondo con determinación. Se hace un largo silencio al otro lado de la línea, y luego escucho su exhalación resignada.

—Los soldados te acompañarán en todo momento. No puedes salir sola —dice con un tono lleno de preocupación.

—De acuerdo —acepto.

Entrego el teléfono al soldado y él asiente, comprendiendo la situación.

—Vamos, señorita Rodríguez —dice con un tono más amable—. La llevaremos a ver a sus padres.

Salimos del edificio y, por primera vez en semanas, respiro aire fresco.

El viaje a la casa de mis padres en las afueras de New York transcurre en silencio dentro del Jeep blindado. Mis tres escoltas, soldados de Yerik, están atentos a nuestro alrededor, sus miradas no dejan de buscar cualquier tipo de amenaza potencial. Agradezco su presencia, pero no puedo evitar sentirme un poco sofocada por la seguridad extrema.

Finalmente, llegamos. La casa unifamiliar se ve tan acogedora como siempre, un refugio en medio del caos de mi vida reciente. Al detenerse el Jeep, respiro hondo antes de bajar del vehículo. Mis escoltas se mantienen cerca, pero doy un paso al frente, queriendo enfrentar a mis padres sola primero.

Toco el timbre y, en cuestión de segundos, la puerta se abre para revelar a mi madre. Sus ojos se iluminan al verme y, sin decir una palabra, me envuelve en un fuerte abrazo.

—¡Nina! —exclama, con una mezcla de alivio y emoción en su voz.

—Hola, mamá —respondo, sintiendo el calor y la seguridad que solo el abrazo de una madre puede ofrecer. Miro por encima de su hombro y veo a mi padre acercándose, su rostro reflejando una mezcla de alivio y preocupación.

—Hija, al fin —dice, uniéndose al abrazo.

Nos dirigimos al salón y me siento en el sofá familiar, el mismo en el que he pasado tantas tardes viendo la tele o charlando con mis padres. Ellos se sientan frente a mí, sus miradas llenas de preguntas.

—Estoy bien, de verdad —empiezo, tratando de sonar lo más convincente posible—. No tienen que preocuparse por mí.

—¿Qué está pasando? —pregunta mi madre, llena de preocupación—. En las videollamadas te veías tan tensa...

—He estado buscando a Daisy —respondo—. Y no estoy sola, tengo ayuda. Estoy recibiendo apoyo para encontrarla y estamos avanzando.

—¿Ayuda? —interviene mi padre, frunciendo el ceño—. ¿Qué tipo de ayuda?

—Unos amigos me están ayudando. Son personas de confianza —digo, evitando mencionar

cualquier detalle relacionado con la Bratva—. Sé que suena vago, pero tienen que creerme cuando digo que estoy en buenas manos.

Veo la duda en sus ojos, pero también atisbo la necesidad de confiar en mis palabras.

—Lo que queremos saber es si estás a salvo, Nina —dice mi madre, tomando mis manos entre las suyas—. No queremos que te pase nada.

—Estoy a salvo, mamá. De verdad. No estoy corriendo peligro —respondo, forzando una sonrisa tranquilizadora—. Estoy siendo cuidadosa y tomando todas las precauciones.

Mi padre suspira con fuerza, todavía preocupado, pero termina asintiendo con lentitud.

—Si tú dices que estás bien, confiaremos en ti —dice, aunque su tono revela su inquietud—. Pero prométenos que no volverás a tenernos sin noticias tanto tiempo.

—Lo prometo, papi —digo con firmeza.

Nos quedamos un rato más en el salón, hablando de cosas triviales para aliviar la tensión. Les aseguro una y otra vez que estoy bien y que no deben preocuparse. Sé que es hora de irme, quiero hacer otra visita antes de regresar a la vigilancia extrema de Yerik.

Nos despedimos en la puerta. Les abrazo con fuerza una vez más y les prometo mantenerlos informados.

—Te queremos, Nina —dice mi madre con lágrimas en los ojos.

—Yo también los quiero —respondo, sintiendo que una parte de mí no quiere irse, pero sabiendo que quedarme los expondría.

Mientras camino hacia el Jeep blindado, mis escoltas ya están en posición, listos para continuar protegiéndome. Me doy cuenta de que este breve reencuentro me ha dado la fuerza que necesitaba. Me subo al coche y, en el instante en el que arrancan, les digo:

—Vamos a la mansión, quiero ver a Akim y a Mariana.

—Nuestras órdenes son...

—Os dije que me escoltaseis y me acompañaseis. ¿No es cierto? —cuestiono con autoridad.

—Así es, pero...

—Llevadme, no creo que sea necesario volver a molestar a Yerik.

Observo la duda en sus miradas, temen las represalias, pero tampoco desean quedar como unos ineptos. Al final asienten y me dan la razón, conduciendo dirección a la mansión.

Nina

La verja de hierro forjado se perfila en la distancia mientras el vigilante, armado con una semiautomática, nos apunta con atención. En respuesta, saco mi móvil y marco el número de Mariana.

—Hola, *devochka*.

—Mariana, ¿puedes decirle al vigilante que nos deje pasar?

—¿Estás aquí? —pregunta incrédula.

—En la entrada principal.

—Ahora mismo doy el aviso, Yerik se va a enfadar —lo último se lo escucho justo antes de que cuelgue la llamada.

—Nos abren ahora —les indico a los escoltas, forzando una sonrisa despreocupada.

En cuanto compruebo que el vigilante baja el arma, expulso el aire contenido de mis pulmones. El auto se estaciona en la entrada de la mansión. Mariana me espera en el porche con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Hoy lleva un moño bajo y se ha puesto un vestido azul marino con flores blancas, mangas abullonadas y un largo que le llega por debajo de las rodillas.

—Estás guapísima —señalo, alegre de verla.

—No seas adúladora, ¿sabe Yerik que estás aquí? —me pregunta, usando un tono de reproche. Pongo los ojos en blanco, me siento como una niña de cinco años que debe pedir permiso cada vez que quiere realizar cualquier actividad.

—Sabe que he salido con los escoltas —asevero.

—Insensata —murmura para sí misma, y se gira para, acto seguido, hacer un gesto con la cabeza indicándome que la siga hacia el interior.

Antes de hacerlo, echo un vistazo por encima del hombro. Se me forma una sonrisa en el rostro mientras observo mi alrededor; los rayos del sol atraviesan las ramas de los árboles colindantes a la finca. La temperatura es agradable. Es extraño, pero echo de menos este lugar.

Avanzo hacia el salón, apresurando el paso para no quedarme atrás.

—¿Te apetece tomar algo? —Mariana me pregunta mientras escribe en su teléfono un mensaje.

—No, gracias. Me gustaría ver a Akim y comprobar cómo se encuentra.

—Ese chico es duro como una roca, pero un mal paciente. Ha estado a punto de pasar a mejor vida y lo único que quiere es regresar al servicio. —Niega con la cabeza—. Sígueme, está en uno de los dormitorios para invitados de la planta baja por comodidad.

—Después me gustaría salir al jardín para ver a Belka y jugar un poco con ella antes de regresar a la ciudad.

—No es necesario —responde ella al tiempo que llama a la puerta con los nudillos—. He avisado a Yerik y me ha dicho que viene a buscarte él.

—No tenías que haberlo avisado —le digo molesta.

—Oh, créeme. Sí que tenía que hacerlo.

El dormitorio de Akim está iluminado por la luz tenue que se filtra a través de las cortinas verde oliva, creando una atmósfera serena. Las paredes están pintadas en un tono azul beige, decoradas con algunos cuadros de paisajes que dan un aire de tranquilidad. El mobiliario es sobrio, pero elegante, con una cama amplia en el centro, equipada con almohadas y sábanas blancas impecables. Junto a la cama hay una mesita de noche con una lámpara y algunos medicamentos en orden. En una esquina hay un pequeño escritorio con una silla y una planta en maceta que añade un toque de frescura al ambiente.

Akim está recostado sobre la cama, apoyado en varias almohadas. Lleva una camiseta de algodón blanca y unos pantalones de pijama de rayas. Su rostro muestra signos de fatiga, pero sus ojos, aunque algo apagados, reflejan agradecimiento.

—¡Menuda sorpresa! —dice Akim con voz débil, intentando incorporarse de la cama. Centro mi atención en él, lleva un vendaje alrededor del torso y su piel se ve pálida y sudorosa.

—¡Akim! —exclamo, apresurándome a su lado y deteniéndolo—. No te esfuerces, por favor.

—Estoy bien, solo un poco aturdido —responde, forzando una sonrisa—. Lo único bueno de todo esto es la comida de Mariana.

—Lo que tengo que aguantar —murmura ella. Mariana me mira con una mezcla de preocupación y severidad.

—No le hagas caso, ha pasado por mucho. Estuvo en coma inducido y ha sobrevivido a una operación muy complicada —dice con voz baja, pero firme—. Necesita descansar y recuperarse.

—Estoy bien, apenas me van a quedar cicatrices —asegura él. Me siento en la silla junto a la cama, tomando la mano de Akim entre las mías.

—Hemos estado muy preocupados por ti. Lamento todo lo que has pasado —digo con sinceridad.

—Nina —responde él, su voz apenas un susurro—, nos entrenamos para este tipo de situaciones.

Nos quedamos en silencio por un momento. Akim ha arriesgado su vida por la Bratva, y eso no es algo que pueda tomarse a la ligera.

El tiempo parece detenerse mientras estoy sentada a su lado. Puedo escuchar el suave zumbido de los aparatos médicos monitoreando sus signos vitales y el ocasional sonido del viento afuera. La paz del entorno contrasta con el torbellino de emociones dentro de mí. Akim cierra los ojos, relajándose en la cama, mientras Mariana revisa sus constantes vitales como toda una profesional.

Finalmente, rompe el silencio.

—Dejemos que el muchacho descanse. ¿Quieres salir a ver a Belka? —su tono se dulcifica al mencionar a la perra.

Asiento, sabiendo que ella solo quiere lo mejor para todos nosotros. Mientras espero la llegada de Yerik, me preparo para la conversación que tendremos y me será imposible de evitar.

Salimos a la parte trasera de la mansión. Belka corretea alegre en el amplio jardín. El sol brilla con fuerza y el aire fresco llena mis pulmones, proporcionando una sensación de libertad que no había sentido en semanas.

—¡Belka! —llamo, agachándome para recibirla mientras corre hacia mí con entusiasmo.

La perra salta sobre mí, moviendo la cola con frenesí. Me río y la acaricio, disfrutando de este momento de normalidad. Mariana se sienta en un banco cercano, observándonos con una sonrisa en los labios.

—Es bueno verte sonreír, Nina —dice, su voz suave y reconfortante.

—Lo necesitaba —respondo, lanzando una pelota para que Belka la persiga.

Nos quedamos en el jardín un rato, disfrutando de la compañía de la perra y del aire libre. Me siento más tranquila, como si el peso de las últimas semanas se aliviara un poco con cada risa y cada caricia a Belka. Pero mi tranquilidad se ve interrumpida por un sonido que me congela el corazón: disparos a lo lejos, seguidos de gritos.

Mi cuerpo se tensa de inmediato, y Belka también se pone alerta, mirando en dirección al ruido. Mariana se levanta de un salto, su expresión cambiando de relajada a preocupada en un instante.

—¡Vamos adentro, ahora! —exclama, dirigiéndose hacia la mansión.

—¿Qué pasa con Akim? —le digo, el miedo hace que mi voz tiemble.

—Tenemos que ir a la habitación del pánico —responde Mariana, su tono firme, pero urgente—. Akim estará a salvo con los guardias. Tú y yo debemos ponernos a salvo.

—No puedo dejarlo así, es vulnerable —insisto, mi corazón late con fuerza. Mariana me agarra del brazo, tirando de mí con ahínco.

—No hay tiempo para discutir, Nina. Debemos escondernos. Confía en la seguridad para proteger a Akim.

Con el sonido de los disparos acercándose, sé que no tenemos otra opción. Mariana me guía con premura hacia la mansión, sus pasos rápidos y decididos. Al llegar al interior, la casa parece un hervidero de actividad. Los guardias corren de un lado a otro, asegurando las puertas y ventanas.

Nos dirigimos hacia una puerta oculta detrás de una estantería en la biblioteca. Es la más cercana desde donde nos encontramos. Llegamos a la habitación del pánico, un espacio pequeño, pero seguro, con paredes de acero reforzado y un sistema de vigilancia que muestra varias cámaras de seguridad de la mansión. Mariana entra apresurada, yo, por el contrario, dudo y, en el último segundo, decido cerrar la puerta conmigo fuera.

—Lo siento —le digo al ver el miedo en sus ojos al darse cuenta de lo que estoy haciendo.

Mis pensamientos están con Akim. Me desplazo con cautela buscando su habitación. Cuando por fin lo veo: está rodeado de guardias, todos con armas en mano, listos para defenderlo. Suspiro aliviada al ver que, por ahora, está a salvo.

La adrenalina corre por mis venas y cada disparo hace que mi corazón salte. Un estruendo se escucha al otro lado de la mansión y los soldados que estaban custodiando la puerta de Akim se dirigen hacia la acción, dejándolo desprotegido.

—¿Pero qué demonios hacéis? —les increpo, exigiéndoles protección hacia su hermano—. ¡Quedaos aquí!

—Dentro hay dos hombres armados con él, le aconsejo que no entre, tienen órdenes de disparar a cualquiera que atravesase esa puerta. Debemos ayudar al resto —me responde uno de ellos mientras revisa la munición que tiene. Asiento, comprendiendo el dilema por el que deben estar pasando—. Le aconsejo que no se mueva por la mansión, han entrado en la residencia y es peligroso. Busque algún escondite.

Reviso el pasillo a un lado y al otro con temor, no hay muchos lugares donde esconderse, y desde aquí la salida más cercana es una de las puertas que dan a la zona del invernadero. Al poco rato, escucho el sonido de unas pisadas; debo reaccionar con rapidez. No puedo quedarme en mitad del pasillo ni tampoco quiero exponer a Akim quedándome justo al frente de su dormitorio.

Decido alejarme y salir hacia el jardín. Me arrepiento en el instante en el que observo a dos hombres apuntándome con sus armas. Uno de ellos es bajito, calvo y con una sonrisa siniestra; el otro, por el contrario, mantiene su rostro imperturbable y es mucho más alto que yo. Este último hace un gesto con la mano y dice:

—Hemos encontrado a la chica. —Se me hiela la sangre.

Dan varios pasos en mi dirección, sé que no tengo escapatoria. En cuanto intente huir, abrirán fuego y me matarán. Cierro con fuerza las palmas de las manos, deseando tener la audacia suficiente como para enfrentarme a ellos y salir de esta situación.

El ladrido de Belka me sobresalta. En un abrir y cerrar de ojos, la encuentro saltando hacia el hombre más bajito y mordiéndole en el brazo con ferocidad. Este reacciona colocándole el arma en el vientre y disparando sin contemplaciones.

—¡No! —grito, corriendo hacia ella. La sangre sale a borbotones, manchando su pelaje. Las lágrimas se desbordan y me caigo de rodillas, acariciándola desesperada—. Shhh, tranquila... —tartamudeo sin control—, vas a estar bien, vas a ponerte bien...

Me agarran de un brazo, levantándome con brusquedad. Golpeo con los puños cualquier zona a la que alcanzo a darles. Les grito a pleno pulmón que me suelten, pero acto seguido el alto me cruza la cara, dándome una bofetada con tanta fuerza que me parte el labio. Caigo al suelo, la cabeza me da vueltas y respiro con dificultad.

—Tú decides, zorra. Obedeces y vienes con nosotros, o le decimos a nuestro jefe que una bala perdida te dio en la puta cabeza —me espeta el bajito con sonrisa siniestra.

Cierro los ojos con fuerza e inspiro, reuniendo el valor para imponerme a la situación. Desde el fondo de mi alma reúno las agallas necesarias para levantarme y seguirles el paso hasta el automóvil blindado que los espera.

Me lanzan en la parte trasera del coche y me tapan la cabeza con una especie de saco, justo después me atan las manos con una cuerda áspera que me corta la circulación.

—Revisa que no lleve ningún localizador y deshazte de su teléfono —identifico la voz del alto.

En cuanto las manos del bajito me recorren el cuerpo sin ningún tipo de pudor, una arcada me sube por la garganta. Me niego a protestar o a volver a perder los nervios. Cierro los ojos y recuerdo la voz de Yerik indicándome que respire al mismo ritmo que él, que me imagine mi lugar en un sitio que me dé paz y tranquilidad. Un campo repleto de lirios del valle mientras que Yerik y yo disfrutamos de un picnic en un día soleado.

Me cuesta mantenerme dentro de mi ilusión mientras siento las manos asquerosas de este hombre recorrer mi cuerpo y manosear mis pechos.

—Deja de jugar, Fergus, tenemos que llevarla hasta Cormac. ¿Has encontrado el teléfono?

Fergus bufa molesto y deja de manosearme. Saca el móvil del bolsillo del pantalón vaquero y siento cómo abre la ventanilla del auto, lo más seguro que para lanzarlo a la carretera.

—Ya está, ¿ahora puedo seguir jugando?

Me muerdo con saña el interior de las mejillas mientras siento que las lágrimas caen por mi rostro sin control.

—No la toques, no sabemos qué planes tiene Cormac para ella.

—He escuchado que eres la puta del *pakhan* —me susurra al oído Fergus—. Estoy deseando enterrarme en tu coño.

Hago un esfuerzo sobrehumano para alejarme de la realidad. Creo en mi mente ese lugar seguro y me mantengo aferrada a esa ilusión.

He perdido la noción del tiempo, ni siquiera sé si es de día o de noche. Me sacan del coche a rastras y me tropiezo varias veces en el camino con lo que creo es grava. Me hacen bajar unas escaleras; el olor a humedad cada vez es más exagerado. Me empujan y mi hombro choca con una superficie dura y fría. Me retiran el saco de la cabeza, parpadeo, miro a mi alrededor y me cuesta enfocar la vista. Apenas hay iluminación, pero me percató de que me van a encerrar en una especie de calabozo en el sótano de algún lugar.

—Volveré —me suelta Fergus, mostrándome su sonrisa siniestra mientras cierra la puerta acorazada.

Me dejan a solas en un espacio reducido, sin luz, sin agua ni comida. Mi corazón comienza a latir con intensidad, siento que me voy a desmayar en cualquier instante. Mi respiración se ha convertido en algo errático y sin control.

«Respira conmigo, cierra los ojos».

—No puedo, Yerik. No puedo...

«Inhala por la nariz, lentamente. Cuenta hasta cuatro... uno, dos, tres, cuatro... Ahora exhala por la boca, despacio». Imagino las directrices de Yerik, me concentro en el tono grave de su voz.

«Eso es, sigue así. Lo estás haciendo bien. Piensa en un lugar que te haga sentir segura y tranquila».

—Te veo a ti, lo prometiste... —hablo en susurros, no dejo de temblar.

«Te prometo que te encontraré, sin importar dónde estés».

—La Bratva siempre cumple sus promesas, no me dejes.

El sonido de unas pisadas me alarma. Escucho el sonido de una cerradura compleja antes de que se abra la puerta, y me alejo, arrastrándome por el suelo hasta el extremo más apartado de la puerta.

Un hombre con entradas y barba rojiza me mira de pies a cabeza. Tiene tatuajes en los antebrazos y los dorsos de las manos, lleva la camisa remangada hasta los codos. Su aspecto es altivo, de hombros anchos y fuerte, pero no es tan alto como Yerik.

—Vaya, vaya, vaya —su acento lo delata, debe ser Cormac—. ¿Sabes qué haces aquí?

Trago con fuerza saliva y niego con la cabeza.

—No sé hasta qué punto estás unida a Bykov, pero por lo que he averiguado siente una obsesión contigo hasta el punto de plantearse el convertirme en su reina. —Suelta una carcajada—. Es poética esta situación; el mismo día que logro matar al viejo de Fyodor, consigo capturar a la futura mujer del mismísimo Yerik Bykov. Y la historia se repite —me dice, mirándome a los ojos de forma tétrica.

«Te prometo que te encontraré, sin importar dónde estés». Escucho la voz de Yerik en mi mente.

—Yerik dará contigo y, cuando lo haga, te matará —le digo, apretando los dientes, negándome a seguir llorando.

—Ahora puedo ver lo que le llamó la atención. —Ladea la cabeza y sonrío, enseñándome los dientes—. Me encantará aplastar esa fortaleza. Ponte cómoda, tendremos tiempo para divertirnos.

Cormac gira sobre sus pies y me deja a solas en la celda. Las horas pasan, aunque no puedo estar segura del tiempo exacto. La soledad y el miedo son mis únicos compañeros. Intento mantener la calma, sabiendo que debo ser fuerte para sobrevivir a esto.

—Yerik... —susurro su nombre para darme fuerzas.

Yerik

Han pasado cuatro días desde que secuestraron a Nina. Ni siquiera el asesinato de mi padre me ha afectado tanto como el hecho de que Cormac tenga en sus manos a mi mujer. Ese jodido irlandés se ha creído que asesinando a *otets* me haría daño, pero mi padre llevaba pidiendo una muerte digna desde el atentado que lo obligó a dejar la organización y cederme el trono. Según las imágenes de las cámaras de seguridad de la villa de Sagaponack, luchó hasta su último aliento, eliminando a tres hombres antes de que lo acribillaran a tiros. Ahora estará ardiendo en las llamas del averno.

Luka se ha hecho cargo del cuerpo de mi padre y ha organizado el entierro. Tuve que hacer acto de presencia en el funeral por si al maldito irlandés se le ocurría aparecer. Aguanté las tres horas que duró el desfile de *vory*, *brigadirs*, políticos y empresarios aliados, pero ni rastro de él.

—¡*Blyat!* —exclamo cabreado al acabar con la botella de vodka. La lanzo con fuerza hacia una zona del invernadero.

Acaricio los pétalos de los lirios del valle y varios se desprenden en mi mano; son tan frágiles...

Me dejo caer sobre el sofá que he ordenado que metiesen aquí y echo la cabeza hacia atrás. Hemos recorrido todos los lugares que se nos han ocurrido y no hemos dado con el escondite de Cormac, ni siquiera con toda la información que ha logrado reunir Constantine. El hijo de puta se esconde debajo de las piedras. Cuando lo pille, porque lo haré, deseará no haber nacido. Meteré su jodido rostro en un caldero de agua hirviendo y me quedaré a observar cómo se deshace su piel en tiras.

—¿Estás borracho? —Luka es el único que de vez en cuando se atreve a acercarse hasta mí. Quien se cruza en mi camino termina con la cara reventada o teme algo mucho más definitivo.

—Aún sigo en pie. Si no tienes noticias, puedes irte por donde has llegado. —Abro otra botella de vodka, estoy bien surtido. Le doy un trago largo, el alcohol recorre mi barbilla y me limpio con el dorso de la mano.

—No hay novedades. Cormac ha desaparecido de la faz de la tierra. —Luka da un paso al frente y me tiende la mano para que le pase la botella. Se la doy y bebe un trago antes de continuar hablando—: No tener noticias no es tan malo. Si la hubiese matado, estaría recreándose en ello.

—Ese es el problema, Luka. Sabes tan bien como yo lo que es capaz de hacer. Es muy probable que Nina siga respirando, ¿pero en qué condiciones?

—Daremos con ella —me asegura—, lo primero es localizarla, luego ya pensaremos en su recuperación. Es una mujer fuerte.

—Mi madre no sobrevivió —menciono con dolor; en los últimos días me he mantenido despierto para evitar recordar los detalles que viví siendo niño.

—Nina es distinta —declara Mariana, que aparece con el rostro sombrío—. A tu madre la educaron para ser la perfecta anfitriona, la mujer en las sombras del *pakhan*, un trofeo para presumir. Su misión era engendrar a un heredero, y cuando naciste tu padre se olvidó de que

tenía una esposa. Ni siquiera quiso darle más hijos para que no hubiese ningún conflicto para sucederle.

—Mariana, no es el mejor momento para hablar de estas cosas ahora —Luka interviene.

—Es el momento que debe ser —la voz de mi *nyanya* se endurece—. Nina necesita que la encontréis, y lo necesita cuanto antes.

—¿Crees que no lo sé? —mi voz se eleva con rudeza—. Nadie sabe dónde están.

—He estado pensando... —murmura Luka.

—No cierres ahora la boca y suéltalo de una vez.

—Mancuso, su primo Marco sigue dando apoyo a Cormac. Él debe saber dónde se esconde esa rata. —Mientras Luka expone su idea, medito qué puedo ofrecerle a Pietro después de haberlo ofendido de la manera en que lo hice al irme de su casa.

Las opciones se nos están acabando. Con cada segundo que pasa, la desesperación crece en mi interior. Constantine ha agotado todos nuestros contactos y recursos sin éxito. Pietro Mancuso podría ser lo que necesito para localizar a Nina.

—No aceptará un trato si lo llamo por teléfono, además —afirmo, y me rasco la barbilla, llevo sin afeitarme todo este tiempo— no me fio de ese hombre.

—La *’Ndrangheta* solo es leal a la familia —menciona Luka.

—Prepara el *jet* —le ordeno, levantándome del sofá en un movimiento tan impulsivo que la cabeza me da vueltas—, quiero despegar en una hora, avisa al piloto.

—Voy —Luka se marcha a paso rápido.

—Trae de vuelta a la *devochka*. —Paso por al lado de mi nana y deposito un beso en la parte superior de su cabeza.

—Lo haré, tú vigila que Akim no intente levantarse de nuevo de la cama.

—Ese chico está acabando con la paciencia que me queda —dice, cruzándose de brazos—. Ve a darte una ducha antes de que salgáis, descansa durante el vuelo, necesitarás tener la mente despejada.

Asiento y me alejo del lugar que se ha convertido en los últimos días en mi refugio.

El *jet* privado sobrevuela las montañas, sumergiéndonos en un paisaje que parece sacado de una pintura antigua. Cuando aterrizamos en el pequeño aeropuerto, un coche nos espera para llevarnos a la residencia de Mancuso en San Luca. El trayecto es silencioso, cargado de tensión.

Nos recibe Antonella, la hermana de Pietro, quien nos conduce a través de la casa hasta un jardín trasero donde el capo espera. Pietro está de pie junto a una fuente, su figura imponente resaltada por el traje oscuro que viste. Sus ojos verdes me estudian con detenimiento mientras nos acercamos.

—Yerik, qué sorpresa verte por aquí —dice con una sonrisa que no alcanza sus ojos—. ¿Qué te trae de nuevo a mi humilde morada?

—Vengo a ofrecerte un acuerdo —respondo sin rodeos—. Sabes a la perfección el motivo de mi llegada.

—La *bella donna* ha desaparecido...

—¿Sabes dónde se encuentra?

—No, pero sí sé quién puede saberlo.

—No tengo tiempo para juegos, Pietro —lo fulmino con la mirada.

—¿Y qué estás dispuesto a ofrecer a cambio de mi ayuda?

Soy consciente de que estoy a punto de hacer un trato con un embaucador.

—Lo que necesites. Acceso a nuestros negocios en New York, participación en las

ganancias de los clubs. —Lo que sea, pero necesito encontrar a Nina.

—Marco es familia. Me pides que lo ponga en una situación muy difícil.

—Negociemos en serio. ¿Qué quieres realmente? —Aprieto los puños.

—No me sirve tener dos años de acceso al puerto o un porcentaje nimio de tus clubs. Lo que quiero es lo que nadie ha conseguido hasta ahora. —Los ojos verdosos del capo brillan con intensidad, revelando la ambición que tanto anhela—. Quiero una alianza, quiero un contrato vinculante de sangre.

Entrecierro los ojos, comprendiendo el alcance de su petición.

—Nina es mi mujer. —Aprieto los dientes.

—Ya..., ¿incluso siendo mercancía dañada? —Doy un paso al frente y levanto el puño para partirle la boca, pero Luka rodea con rapidez mi antebrazo y me frena.

—Yo me ofrezco —afirma Luka.

—No eres el *pakhan* —declara Mancuso, riéndose en nuestra cara—. He recibido una oferta del cártel de Jalisco, su jefe aún no tiene esposa.

—Quieres establecer en New York una *ndrina*. El cártel no tiene ese poder —le señalo—. Yo sí. Luka Chernov es mi consejero, el cobrador de la hermandad y mi hermano. Él es parte de mi familia.

Pietro se queda en silencio unos momentos, evaluando mi oferta. Finalmente, asiente con lentitud.

—Muy bien, hablaré con Marco después de firmar el contrato. —Con paso firme se dirige al interior de la casa, lo seguimos de cerca—. Quiero un quince por ciento de las ganancias y acceso al puerto durante cinco años sin comisión.

—Pietro... —respondo, tratando de mantener la calma—. Te puedo ofrecer un siete por ciento de las ganancias y dos años de acceso al puerto.

Pietro me mira con atención, luego enciende un cigarrillo y toma una bocanada antes de responder.

—Quince por ciento y cinco años de acceso o no hay trato.

Contengo el aire de mis pulmones, sabiendo que no tengo otra opción. Nina es lo más importante.

—Está bien. Quince por ciento y cinco años. —Pietro sonríe, satisfecho—. Pero quiero resultados rápidos.

—¡Antonella! —grita, mirando hacia la planta de arriba. Su hermana se asoma y desvía la mirada al cruzarse con la de Luka—. Busca un vestido bonito, nos vamos a la capilla. Te vas a casar.

—¿Qué? —Su rostro pierde todo el rubor que tenía; su mirada se convierte en el reflejo mismo del miedo.

—Te presento a tu prometido: Luka Chernov. —Pietro gira sobre sus talones y me mira a los ojos—. Primero firmaremos el contrato, después celebraremos la boda. Marco comprenderá que los negocios con la familia van por delante de los suyos propios.

—¿Y si no nos ayuda? —cuestiono.

—El honor de la Bratva es famoso en todo el mundo —me reta—. La lealtad a la familia es inquebrantable para los nuestros.

—Redacta ese documento, Mancuso —establezco.

El aire dentro de la mansión está cargado de una tensión palpable. Siento el peso de cada paso mientras seguimos a Pietro hacia su despacho. A mi lado, Luka mantiene una expresión

inescrutable, pero conozco a mi asesor lo suficiente como para saber que está tan preocupado como yo.

Nos detenemos frente a una puerta de madera maciza. Pietro la abre y nos invita a entrar en una sala adornada con antigüedades y retratos familiares. La habitación huele a cuero, tabaco y brandy, una combinación que refleja la esencia de su ocupante.

—Siéntense. —Pietro indica dos sillas frente a su escritorio. Luka y yo obedecemos mientras él se coloca detrás de su imponente escritorio, extrayendo un documento de un cajón—. Aquí están los términos del contrato.

Tomo el papel y leo con detenimiento cada cláusula. El acuerdo es claro: quince por ciento de las ganancias, acceso al puerto durante cinco años sin comisión y la boda de Antonella con Luka como garantía de la alianza.

—Esto debería bastar para sellar nuestra alianza —digo, firmando el contrato con una determinación férrea. Luka me sigue, firmando también.

Pietro recoge los documentos con una sonrisa satisfecha y los guarda en el cajón.

—Bien, ahora, vamos a celebrar la boda.

Nos conduce a través de la casa hasta una pequeña capilla privada. La decoración es sobria, con velas que parpadean y unos bancos de madera oscura. Antonella ya está allí, vestida con un simple, pero elegante vestido blanco. Su expresión es una combinación de miedo y resignación.

Luka se coloca a su lado, tomando su mano con suavidad. Apenas es capaz de disimular la tensión en su mandíbula. Un sacerdote entra y se coloca frente a la pareja, comenzando la ceremonia en un latín monótono.

Mientras los observo, no puedo evitar pensar en Nina. Cada segundo que pasa sin ella es un tormento. Esta alianza es mi última esperanza. Si Pietro cumple su palabra, estaremos un paso más cerca de encontrarla.

El sacerdote declara a Luka y Antonella marido y mujer. La ceremonia es breve, casi mecánica. Pietro aplaude dando tres palmadas lentas y se dirige a nosotros.

—Felicidades. Ahora, vamos a hablar con Marco.

Yerik

El *jet* aterriza bajo un cielo nocturno salpicado de estrellas en una pista privada a las afueras de New York. La tensión se aprecia en el ambiente mientras nos dirigimos al coche que nos llevará a la mansión. Las luces de la ciudad parpadean a lo lejos, un recordatorio de la vida que llevamos al margen de la sociedad.

Observo a Luka. Su rostro, endurecido por la vida que nos ha tocado, refleja el cansancio de los días pasados. Caminamos juntos hacia el vehículo, nuestros pasos resuenan en el asfalto como un preludio a la tormenta que está por venir. La urgencia de mencionar el sacrificio que ha hecho me consume.

—Luka —digo en un murmullo grave, mis palabras apenas rompen el silencio de la noche—. Casarte con Antonella para ayudar en la localización de Nina... ha sido un sacrificio inmenso.

Luka asiente con lentitud, fijando su mirada en el horizonte de luces artificiales.

—Lo hice porque era necesario. Nina es importante para ti, y Antonella tan solo será una esposa sobre el papel.

—Mancuso terminará enviándotela en cuanto se acabe la guerra —le recuerdo.

—Cuento con ello —responde con un tono escueto, frunciendo el ceño en una expresión que no logro descifrar.

—Hemos firmado un contrato y dado nuestra palabra de que se cumplirá el acuerdo —recalco, buscando reafirmar nuestro compromiso.

—Son solo cinco años, el tiempo pasa rápido y después podremos solicitar la nulidad.

Le coloco una mano en el hombro, una señal de gratitud y hermandad que trasciende a las palabras.

—Tu lealtad no pasará desapercibida. Te lo prometo.

Nos subimos en el coche, que nos lleva a toda velocidad a la mansión. Los árboles oscuros que bordean el camino parecen apagados, carentes del vigor de hace escasos días, incluso la naturaleza que rodea mi hogar parece extrañar la presencia de Nina. Akim y Mariana nos esperan en la entrada, sus rostros reflejan una mezcla de preocupación y esperanza. Nina se ha ganado un hueco en el corazón de mi gente, llegó sin hacer ruido, fue como una brisa de aire fresco en un día de verano... Y ahora no soy capaz de imaginarme perderla.

Porque como Cormac se atreva a matarla, lo despedazaré con mis propias manos hasta que no quede ni un ápice de vida en su cuerpo. Me aseguraré de que no sea rápido, le arrancaré cacho a cacho partes de su anatomía y rogará por la parca, pero no le concederé ese placer. Lo retendré con vida el máximo tiempo posible para torturarlo.

—Marco ha cumplido y nos ha enviado tanto la localización de las chicas como el lugar donde se esconde esa rata irlandesa—indica Akim, mostrándome un punto en el mapa de la *tablet* que sostiene en la mano izquierda; reconozco la ubicación, es el mismo lugar donde pidió hacer la reunión, solo que en vez de usar la edificación principal está en uno de los bloques anexos—. Tenemos la ubicación de Cormac —escupe al suelo al decir la última palabra—. Constantine ha confirmado la presencia de varios hombres armados protegiendo el sitio.

—No podemos permitirnos ningún error —Luka verbaliza lo que todos pensamos—. Necesitamos un plan preciso y rápido. Ese lugar está repleto de túneles, los sótanos se entrelazan entre los edificios... Vamos a tener que movilizar a todos los hombres posibles.

—Entrad, no os quedéis ahí parados —Mariana empuja la puerta—. Os llevaré café bien cargado y algo para que comáis. Os espera una noche larga.

Asiento agradecido, y mientras nos dirigimos al despacho, especulo sobre todas las posibilidades que pueden surgir durante el rescate. Sabemos que Cormac es impredecible y peligroso. No puedo arriesgar la vida de Nina, ella es mía y no pienso perderla.

Me acomodo detrás del escritorio, Akim y Luka se sientan enfrente. Ambos esperan a que tome la palabra, encima de la mesa de roble se encuentran los dosieres que Constantine ha recopilado. Los oteo por encima, me agrada cuando mis hombres se adelantan a los acontecimientos realizando su trabajo de forma eficiente.

—Organizaremos un operativo en dos fases —mi voz es cortante, extendiendo un mapa sobre la mesa, mi padre me enseñó que los planes deberían realizarse siempre sobre el papel y jamás dejar un rastro tecnológico. Era de la vieja escuela, y aunque fue un padre nefasto, he de reconocer que sus enseñanzas lograron forjar mi carácter—. Debemos asegurar el perímetro y neutralizar a los guardias. Aquí y aquí. —Señalo los puntos de acceso—. Luego entraremos y nos ocuparemos de Cormac. Luka, liderarás el primer grupo, llévate contigo a Shamil. Igor y Daniel vendrán conmigo en el segundo. Al mismo tiempo se coordinará un operativo simultáneo para liberar a las mujeres que tienen retenidas.

Todos asienten, listos para la acción. La preparación es meticulosa: revisamos cada detalle, asegurándonos de que todos sepan sus roles y estén preparados para cualquier eventualidad. La coordinación es clave y no podemos permitirnos fallos. Preparamos todo el armamento, revisando la munición y las armas, así como los chalecos antibalas, máscaras de gas y granadas. Nada queda sin revisar dada la importancia de tener un equipamiento óptimo. Esta puede ser la diferencia entre seguir respirando o pasar a mejor vida.

—Que los médicos estén listos cerca de la zona de conflicto por si es necesaria una intervención rápida —añado.

Quiero asegurarme de que en cuanto encontremos a Nina tenga la mejor atención médica posible, aún no sé en qué estado la encontraré, pero conociendo la reputación de Cormac, es muy posible que necesite de un buen médico que la atienda.

Sé que es una luchadora, que es una mujer valiente y con las agallas suficientes como para enfrentarse al líder de una organización mafiosa. Tan solo espero no llegar tarde.

Yerik

Al día siguiente, el operativo se pone en marcha. Nos movemos con sigilo y precisión, cada paso es calculado. Esperamos con paciencia a que caiga la noche para actuar. Akim ha insistido en formar parte del rescate pese a que sigue convaleciente, lo he designado al perímetro más remoto con el equipo de vigilancia junto con Constantine.

Conocemos los planos del edificio donde Cormac se oculta, y sabemos de los túneles que se unen entre las edificaciones. Las sombras de la vegetación que rodea el complejo abandonado se alargan a medida que la noche avanza, creando un ambiente cargado de tensión y peligro.

Durante los primeros diez minutos vamos eliminando uno a uno a los centinelas que se ocupan de vigilar el exterior, lo hacemos en un silencio sepulcral, usando la oscuridad que nos deleita la noche, siendo cómplice de lo que está por llegar.

Luka y yo nos movemos con rapidez, entrando al edificio con nuestras armas listas. Los hombres de Cormac están dispersos, pero no tardan en reaccionar en cuanto vislumbran nuestras posiciones. El primer disparo rompe el silencio, seguido de una lluvia de balas que resuena en el espacio cerrado. Los gritos de dolor y las órdenes gritadas se mezclan en una cacofonía infernal.

—¡Cúbrete! —grita Luka mientras nos parapetamos tras unas mesas tumbadas.

El aire se llena de polvo y humo, el olor a pólvora quemada es sofocante. Disparo sin perder de vista mi objetivo, encontrarla a ella. Un hombre cae, su cuerpo sacudido por los impactos. Otro intenta flanquearnos, pero Luka lo abate con precisión letal.

—¡Avanzad! —ordeno, mi voz apenas audible sobre el estruendo.

Nos movemos en formación, progresando paso a paso, cada movimiento ha sido estudiado de manera minuciosa. Shamil y Luka lideran la carga, sus siluetas se recortan contra las luces intermitentes de las alarmas que han tenido que instalar a petición de Cormac. Los cuerpos de los enemigos caen, la sangre salpica el suelo de cemento.

Nos encontramos de frente con una emboscada en mitad de un pasillo estrecho. Las balas vuelan por todas partes sin poder resguardarnos, los proyectiles golpean las paredes. Uno de nuestros hombres cae herido al interponerse delante de mí para cubrirme, el disparo le ha dado en el abdomen, los chalecos no van a ser de mucha ayuda ante la munición perforante que están usando contra nosotros.

—¡Doctor! —grito, arrastrando al hombre lejos del caos que nos rodea.

El médico se apresura, con manos expertas trabaja rápido para detener la hemorragia. No hay tiempo para pausas, me yergo y regreso al pasillo, uniéndome a mis hombres. La adrenalina bombea en mis venas mientras avanzamos, cada paso una lucha por la supervivencia.

Descendemos por unas escaleras que nos dirigen al sótano. Shamil y Luka flanquean las puertas mientras las abro de una patada. El hedor de sangre y descomposición me golpea como un puñetazo a la boca del estómago. Dentro, encuentro a Nina.

Sin embargo, no está sola.

Un hombre calvo y bajito intenta propasarse con ella, sus manos sucias recorren su cuerpo. Nina lucha bajo el cuerpo de esa escoria con ferocidad. La rabia me consume al verlo; sin

pensarlo, me lanzo sobre él, sacándoselo de encima. Forcejamos, nos golpeamos con furia descontrolada. El sonido de los huesos de su nariz rompiéndose resuena en la habitación, mezclado con los gruñidos de dolor y el choque de nuestros cuerpos. Su sangre me salpica, su rostro se ha transformado en un macabro cuadro de violencia.

En medio de la pelea, me percaté de que Nina se levanta con una fuerza inesperada.

—¡Sácala de aquí! —vocifero para que Luka se encargue de mi mujer.

Entra en la pequeña estancia buscando la manera de llegar hasta ella sin entorpecerme en la pelea que aún mantengo con el hijo de puta. Lanzo otro puñetazo sobre su cabeza con tanta fuerza que pierdo el arma blanca que llevo en el cinturón. Mis pies se mueven en círculos, recibo un par de golpes en las costillas.

Por el rabillo del ojo la veo recoger el cuchillo y apretar la empuñadura con rabia. Centro de nuevo la mirada en el *mudak*, que se limpia la sangre de la cara con el antebrazo.

Nina aparece en mi campo de visión. La observo moverse como si todo ocurriera en cámara lenta mientras se abalanza sobre el hombre, clavándole una y otra vez el cuchillo en el costado. En un último esfuerzo, hunde el filo en su cuello. La sangre brota en un chorro que la cubre de golpe; el hombre se desploma, muerto al instante. Sin embargo, Nina sigue en trance, retirando el arma y levantándola en el aire antes de dejarse caer de rodillas junto al cuerpo. Continúa ensañándose con una angustia tan palpable que me deja paralizado por un momento, sorprendido por la ferocidad de mi mujer. Luego, mis ojos captan el daño en su cuerpo: los moretones, las heridas, su ropa hecha jirones. La ira y el dolor se mezclan en mi pecho al ver lo que ha sufrido mi pequeña flor.

—Nina... —susurro, acercándome a ella con cuidado—. Te tengo, ya pasó.

Ella tiembla, sus ojos se ven vacíos y apagados. La levanto con delicadeza, susurrándole promesas de protección y venganza.

—Te encontré, pequeña flor, te tengo.

Aún no hemos encontrado a Cormac, pero juro que pagará por cada herida infligida a Nina. No habrá piedad para él ni para ninguno de los implicados.

Nos movemos con rapidez, pero el tiempo parece ralentizarse mientras llevo a Nina en brazos. Luka y Shamil cubren nuestra retaguardia, atentos a cualquier movimiento sospechoso. El camino de regreso a la superficie es tortuoso, las sombras y el eco de nuestros pasos añaden un aire de irrealidad a la escena. Cada rincón oscuro podría esconder una nueva amenaza.

Llegamos a un pequeño vestíbulo, donde Igor nos espera con un equipo de apoyo. Escucho como Akim indica el camino que debemos tomar para asegurar la retirada, al mismo tiempo que Constantine organiza a los hombres para controlar la zona mientras nosotros nos preparamos para la siguiente fase del plan.

—Luka, necesitamos encontrar a Cormac. No podemos permitir que escape —le indico con rabia.

Él asiente, su rostro es imperturbable, pero sé que piensa lo mismo que yo; es la hora de dar caza al irlandés y acabar con él. Antes de que eso suceda nos dirigimos a un área segura, donde dejo a Nina para que los médicos la atiendan. Sus heridas son profundas, tanto físicas como emocionales, y necesito asegurarme de que está en las mejores manos.

—Cuida de ella —le digo a uno de los médicos—. Haced lo que sea necesario para estabilizarla. Yo tengo asuntos pendientes.

Nina intenta hablar, pero la detengo con un suave toque en los labios con la yema del dedo pulgar y acerco mis labios a su boca.

—Descansa, mi amor —le susurro, acariciándole la mejilla—. Volveré a por ti.

Me separo de ella a regañadientes, cada paso me cuesta más que el anterior. Mi mente se centra en una sola cosa: encontrar y destruir a Cormac. Las luces de emergencia parpadean, lanzando sombras temblorosas en las paredes de psiquiátrico mientras avanzamos por el edificio.

Luka, Shamil y yo lideramos el grupo que se interna en la fortaleza. Nos movemos con precisión militar, nuestros sentidos en alerta máxima. El sonido de nuestros pasos se mezcla con los murmullos y ecos de las habitaciones adyacentes.

De repente, un disparo rompe el silencio y una bala pasa zumbando cerca de mi cabeza. Nos cubrimos detrás de una columna, devolviendo el fuego. La adrenalina se dispara, mi corazón late con fuerza en mis oídos.

—¡Acabad con ellos, fuego! —grito, señalando a mis hombres para avanzar.

Nos desplegamos en una formación táctica, cubriéndonos unos a otros mientras avanzamos. Los hombres de Cormac están bien entrenados, pero nuestra osadía es más fuerte. Uno a uno los neutralizamos, abriendo camino hacia el lugar en el que sabemos se encuentra Cormac.

Después de un rato, llegamos a una puerta blindada. La señal en la *tablet* indica que Cormac está adentro, Marco no solo nos ofreció un punto en un mapa, fue tan osado que colocó un dispositivo de seguimiento en el teléfono del irlandés. Estoy convencido de que querrá cobrarse de alguna manera esta acción en el futuro, pero por el momento solo me interesan dos cosas: la primera es mantener a Nina a salvo; la segunda, capturar a Cormac.

Preparamos los explosivos para abrirla, y el estallido resuena en todo el edificio. Entramos con rapidez y con nuestras armas en alto.

Cormac está ahí, esperándonos, con una sonrisa cruel en su rostro. Echo un vistazo rápido a la habitación, comprobando que se encuentra solo; no he visto por ningún lado a su segundo al mando, Brendan. Sin embargo, en esta estancia existen muchos puntos ciegos en los que esconder a un escuadrón, debemos estar alerta.

—Yerik —dice, su voz cargada de veneno—. Sabía que vendrías, has tardado un poco en dar con el lugar. Me lo he pasado muy bien en tu ausencia...

—Estás acabado, Cormac —respondo, avanzando con paso firme hacia él.

—Oh, ¿de verdad? —Cormac levanta una mano y una serie de disparos retumba en la habitación. Nos agachamos, buscando cobertura detrás de los muebles pesados.

El tiroteo es intenso. Las balas vuelan en todas direcciones, el ruido es ensordecedor. Shamil logra flanquear a uno de los guardaespaldas de Cormac y lo derriba con un disparo preciso. Luka se enfrenta a otro, luchando cuerpo a cuerpo en una violenta danza de muerte.

Aprovecho la distracción y me lanzo hacia Cormac. Lo derribo y rodamos por el suelo en una lucha desesperada. Sus manos buscan mi garganta, pero logro apartarlo con un golpe en el rostro. Me levanto y le doy una patada en las costillas, sintiendo el crujido de los huesos bajo mi bota.

—Esto es por Nina —gruño, mi voz llena de furia.

Cormac ríe, una risa que suena a derrota.

—Ella nunca será tuya, es imposible que vuelva a ser la misma. La he roto, está tan rota como lo estuvo tu madre —escupe—. He de admitir que los chechenos sabían lo que hacían, destrozaron a tu padre con el secuestro, no volvió a ser el mismo líder. Encontrar a su esposa muerta entre los brazos de su único hijo fue un golpe magistral. ¿Ves lo que ocurre cuando se rechaza una buena oferta comercial? Los Bykov no aprendéis de vuestro pasado. —Niega con la cabeza.

Sostengo entre mis manos el abrigo amarillo y me acerco al cuerpo desnudo de mamoschka, golpeado y vejado delante de mí para hacerla sufrir más si cabe. Cubro su torso y la abrazo con fuerza al tiempo que escucho el sonido de las armas y los gritos de mi padre acercándose hacia nosotros. Llora a la vez que le pido perdón a mamá, perdón por desobedecer y salir al jardín sin permiso, perdón por ser un mal hijo y no defenderla de esos desgraciados. Ella se mueve con debilidad, alza la mano y mece mi rostro.

—Te quiero, no lo olvides —murmura con voz débil.

La rabia nubla mi visión y lo golpeo con todas mis fuerzas. Siento la sangre en mis manos, el sabor amargo de la venganza. Antes de poder acabar con él, Luka me detiene.

—Yerik, no aquí. No así.

Respiro con dificultad, luchando por controlar mi ira. Tiene razón. Matar a Cormac aquí, de esta manera, sería demasiado fácil para él. Debe sufrir, debe sentir cada momento de dolor que le ha infligido a Nina.

—Llévaoelo —ordeno a mis hombres.

Mientras los soldados lo arrastran, me acerco a Luka.

—Has hecho un buen trabajo —digo, con la voz aún temblorosa por la adrenalina.

—Sabes que siempre te cubriré las espaldas —responde, dándome una palmada en el hombro.

Nos dirigimos de regreso a la superficie, sabiendo que la misión aún no ha terminado. Hay mucho por hacer, muchas heridas por sanar. Pero por ahora tengo a Nina y a mis hombres a mi lado. Y juntos enfrentaremos cualquier cosa que se interponga en nuestro camino.

Yerik

Hemos regresado a la Villa de Sagaponack porque creo que la mansión puede tener demasiados recuerdos negativos para la recuperación de Nina. Me aseguro de que Cormac esté bien vigilado. Lo he encerrado en una celda subterránea, un lugar oscuro y húmedo donde cada momento será una agonía para él.

Le haré pagar cada uno de sus crímenes, pero primero debo asegurarme de que mi pequeña esté fuera de peligro.

Subo con premura al que será nuestro dormitorio, los doctores están trabajando en Nina. La veo tendida en la cama, su rostro está pálido y mantiene los ojos cerrados. Me acerco dando pasos lentos, tomando su mano en la mía.

—Estoy aquí, *malen'kiy tsvetok* —le susurro, aunque sé que no puede oírme.

Uno de los médicos se acerca, evita mirarme a los ojos, sé que impongo miedo y respeto. No obstante, en este momento lo que quiero es que sea sincero y no se ande con rodeos.

—Ha perdido mucha sangre, pero es fuerte. Con el cuidado adecuado, se recuperará. —Frunce el ceño y aprieta los labios, hay algo que teme contarme.

—Continúa —le insto.

—Ha sufrido severos traumatismos internos, señor —su voz se ha convertido en un murmullo para que nadie más que yo sea capaz de oírlo—, he solicitado que le hagan pruebas de transmisión sex...

—Sí, sé lo que quieres decir —respondo molesto—. ¿Algo más?

—Tan solo quiero tranquilizarle y decirle que la señorita Rodríguez podrá engendrar en el futuro sin dificultad.

Asiento y el doctor nos deja a solas. Me quedo junto a Nina, velando su sueño, asegurándome de que esté cómoda y segura. Cada momento es una eternidad, pero no puedo apartarme de su lado.

Cuando al fin abre los ojos, me siento abrumado por una ola de alivio. Sus ojos se encuentran con los míos, el dolor y la humillación se refleja en su mirada. Mueve la boca queriendo hablar, pero su voz apenas es un sonido áspero.

—Shhh, no hables. Solo descansa —le digo, acariciando su mejilla.

—Lo hiciste... —musita, antes de volver a cerrar los ojos y quedarse dormida de nuevo a causa de los analgésicos.

—Te prometo que pagaré por todo lo que te ha hecho —respondo, mi voz está cargada de promesas de venganza.

Deposito un beso en su frente y salgo del dormitorio. En el pasillo, dos soldados montan guardia. Les indico que no dejen entrar a nadie salvo a Mariana y al doctor. Me dirijo al sótano. Esta será la primera noche que Cormac pase bajo mi dominio. Pienso enseñarle lo que le espera el resto de su miserable vida.

Ese maldito irlandés es un psicópata obsesionado con el poder, pero le demostraré que es una jodida rata de cloaca comparado con lo que soy capaz de hacer. Desde que me puso en su

punto de mira, ha tenido un solo objetivo: sacarme del juego y liderar la Costa Este. Aún me resulta increíble que se atreviera a desafiarme como lo hizo, reuniendo a los albaneses y aliándose con mercenarios para obtener el apoyo táctico necesario, despistándonos durante el secuestro de las mujeres.

Al final, resultó beneficioso que ese mercenario fuera un primo lejano de Pietro Mancuso.

—Espero que estés cómodo —le espeto al entrar en la celda insonorizada y verlo colgado de las cadenas que cuelgan del techo.

Los días siguientes son un torbellino de actividad. Me aseguro de que Nina reciba el mejor cuidado mientras organizo el castigo de Cormac. Cada segundo que paso planeando su tortura es un momento en el que siento que hago justicia por ella y todas las demás víctimas de su crueldad. Nina se ha encerrado en sí misma, no quiere mirarme ni desea hablar con nadie.

He intentado llegar a ella mencionándole a Daisy, diciéndole que la encontramos en una casa abandonada de los suburbios acompañada de otras quince chicas y que se encuentra recuperándose. Pero no responde, apenas come y temo estar perdiéndola.

Una tarde, mientras estoy en el despacho revisando varios informes que *otets* tenía en la villa, encuentro unos papeles sobre mi madre.

Golpeo la mesa, cabreado.

Descuelgo el teléfono interno y espero a que me conteste Mariana:

—Ocupate de ella, tengo que hacer un viaje urgente.

—Cuidaré de ella —me responde.

Al acercarme a las afueras de Moscú, me encuentro con un edificio imponente y algo intimidante oculto entre los densos bosques de pinos. La fachada es de un blanco inmaculado, con grandes ventanales que dejan entrever un interior moderno y lujoso, acorde con la clientela adinerada que se atiende allí. Las puertas automáticas se abren ante mi presencia, revelando un vestíbulo amplio y elegante, decorado con mármol y candelabros de cristal.

Una recepcionista de rostro sereno y profesional me da la bienvenida, no esperaban mi presencia hasta la Navidad. Su uniforme impecable y su voz suave, pero firme, indican una estricta profesionalidad. Tras una breve introducción y la verificación de mis datos, me pide que espere un momento mientras avisa a una enfermera.

Observo a mi alrededor, notando como todo parece diseñado para proporcionar una sensación de calma y seguridad. Los pacientes que deambulan por el vestíbulo parecen tranquilos, algunos absortos en sus propios pensamientos, otros conversando en voz baja con familiares o amigos. Un piano de cola en una esquina toca música clásica suave, aumentando la atmósfera de paz.

La enfermera llega, una mujer alta y delgada con una expresión de calma imperturbable. Lleva un uniforme blanco impecable y su cabello está recogido en un moño severo. Me saluda con una sonrisa y me indica que la siga.

A medida que avanzamos por los pasillos silenciosos, noto la eficiencia con la que el personal se mueve. Cada enfermera y médico parece saber con exactitud dónde debe estar y qué debe hacer, sus movimientos son precisos y metódicos. En una sala de terapia grupal, un psicólogo conduce una sesión con varios pacientes, sus voces apenas un murmullo a través de las paredes insonorizadas.

La enfermera se detiene ante una puerta discreta al final de un pasillo tranquilo.

—Aquí es —dice en tono suave, abriendo la puerta y permitiéndome entrar.

La habitación es luminosa, con grandes ventanas que dan a los jardines bien cuidados del

sanatorio. *Mamoschka* está sentada en una silla junto a la ventana, mirando con fijeza hacia el exterior, ajena a mi presencia. Su rostro, aunque aún bello, muestra las huellas del sufrimiento y el trauma que la han dejado en este estado de disociación.

Otets se encargó de que su mayor debilidad desapareciese, falsificó certificados, extorsionó a aquellos que sabían la realidad y se ocupó de enterrar en vida a mi madre. La consideró débil al no recuperarse de lo que le había sucedido con la suficiente rapidez y la encerró en un sanatorio putrefacto para que nadie la reconociese. A mí, su propio hijo, me ocultó la verdad, y a los pocos días de haber regresado a la mansión tras el secuestro me dio la noticia de su muerte.

Años más tarde, con el atentado que sufrió por parte de unos enemigos, mientras él se encontraba en coma, y al ascender como *pakhan*, me encontré con los recibos que delataban el mayor pecado de mi padre. Jamás se lo perdoné.

Saqué a mi madre de ese horrible lugar y me ocupé de que estuviese en una institución donde recibiese el mejor de los cuidados. Todos los expertos coinciden en el diagnóstico: estrés postraumático extremo.

La enfermera se acerca a ella con una ternura inesperada, arreglando con movimientos suaves una manta sobre sus rodillas y murmurando palabras tranquilizadoras. Su cabello, antaño tan rubio como el mío, ahora luce mechones blancos que realzan sus ojos azules.

—Ella está en buenas manos —me asegura—. Estamos haciendo todo lo posible para que se sienta cómoda y segura.

Me acerco a *mamoschka*, intentando captar algún destello de reconocimiento en sus ojos, pero ella sigue perdida en su mundo interior, incapaz de reaccionar a mi presencia. La enfermera me observa con comprensión, dándome el tiempo que necesito para intentar conectar con ella. No quiero forzarla, así que bajo mi tono y suavizo en lo posible el timbre de mi voz para no sobresaltarla.

—Hola, *mamoschka*. *Otets* se ha ido —le informo, sé que su matrimonio fue concertado y ella jamás lo amó, aunque nunca lo mencionase—. He venido porque quería hablarte de una persona, a ella le han hecho lo mismo que a ti, mamá. —Deseo sujetarle la mano, pero sé que no soporta el contacto físico, así que me abstengo—. No sé cómo ayudarla.

—Cuando pasó eso, me sentí completamente vulnerable, como si todo lo que creía seguro se desmoronara. —Me sorprende al ponerse a hablar, mantiene la mirada en la ventana, ausente y al mismo tiempo presente—. Fue una oscuridad que me envolvió y que aún me persigue. Esa violencia... sentir esa impotencia, es algo que no puedo sacarme de la cabeza, de la piel, del corazón. Me siento atrapada en un laberinto de miedo y confusión.

—No vine para hacerte sufrir, *mamoschka* —le señalo—, me siento perdido. Como si volviese a ese día y tuviese de nuevo once años.

—Mi pequeño *malysh*. —Alza la mirada y hacemos contacto visual, el brillo de sus ojos regresa por un segundo—. La amas, ¿no es cierto?

No puedo engañarla, no puedo seguir negándolo. Asiento con firmeza.

—¿Cómo puedo ayudarla? Se está alejando...

—Lo único que quería cuando me pasó a mí fue sentirme segura y tranquila. Fyodor no fue de mucha ayuda... —murmura, alejándose de nuevo a un mundo lejano.

Lo más sensato habría sido plantear estas preguntas a un profesional que pudiera orientarme para ayudar a Nina. Sin embargo, en el fondo solo necesitaba el consejo de mi madre. Ella ha encontrado su lugar seguro aquí, y sé que mis visitas la alteran; sus especialistas me lo dicen cada vez que vengo a verla, pero me niego a perderla. *Otets* me la arrebató durante demasiados

años, haciéndome creer que no había sobrevivido al secuestro. Todo fue una farsa para evitar que la usaran en su contra. Aproveché la situación para enseñarme el valor de la venganza, me adiestró con mano de hierro y se aseguró de que diera caza al líder de los chechenos.

Mientras me quedo allí, en esa habitación tranquila y soleada, me doy cuenta de la dualidad de este lugar: un refugio de lujo y comodidad para aquellos que pueden permitírselo, pero también un recordatorio constante de la fragilidad de la mente humana y los profundos abismos del sufrimiento que pueden atraparla.

Es posible que lo mejor para Nina fuese que la dejase tener una vida alejada de mí, de mi mundo y sus tinieblas, pero soy un jodido egoísta que me niego a perderla, porque si ella cae en el abismo iré a buscarla y la traeré de regreso las veces que haga falta.

Nina

Es curioso cómo pasa el tiempo cuando todo a tu alrededor parece irreal; tal vez sea porque lo único que deseas es dejar de sentir. Cada sensación que percibes es un recordatorio del dolor que has sufrido. Una palabra o un roce te devuelven al peor momento de tu vida.

Si no sientes, no tienes dolor. Si no tienes dolor, no pueden hacerte más daño porque no hay nada más que dañar.

Los doctores han afirmado que estoy recuperada, al menos físicamente. Ha pasado un mes, o tal vez dos; no estoy muy segura. Me he negado a visitar a mis padres. No quiero que me vean así. No sé cómo mirar a los ojos a mi padre después de lo que me hicieron, o enfrentar el juicio de mi madre tras haberle arrebatado la vida a un hombre. Lo peor es que no me arrepiento. Volvería a usar ese cuchillo para acabar con ese gusano.

«Fergus... Di mi nombre, dulzura. Quiero asegurarme de que sabes quién te da placer».

Cierro los ojos con fuerza. Estoy en la cama, abrazándome las piernas en posición fetal. Mi respiración se vuelve errática y siento cómo el corazón me late a mil por hora. Una punzada de dolor se instala en mi pecho y aprieto los dientes con fuerza. Me acuno sobre mí misma, intentando alejar las pesadillas y los recuerdos que me acechan a cada rato mientras trato de controlar la respiración.

«Debió aceptar el trato que le ofrecí. A cambio, usaré a su puta hasta que me canse», escucho la voz de Cormac.

Durante todo este tiempo no he llorado ni una sola vez. He guardado el dolor y la ira en mi interior, y sé que eso no es bueno. Lo he intentado, pero no soy capaz.

No comprendo por qué Yerik me mantiene aquí. Me visita de vez en cuando y me pregunta cómo estoy, pero al ver que no respondo, se marcha enfadado después de unos minutos. Nunca ha dirigido su ira contra mí, no obstante, siempre que regresa tiene los nudillos ensangrentados. No me atrevo a preguntar con quién se desquita; vivo en una continua sensación de temor.

«Debo irme, alejarme de él, alejarme de todo».

Obligo a mis extremidades a obedecer. Me levanto de la cama y me arrastro, decaída, hacia el baño. Necesito una ducha. Después, buscaré la manera de reunir la energía suficiente para vestirme.

«Paso a paso», pienso para mí.

El agua caliente corre por mi piel, llevándose consigo parte de la tensión acumulada. Me aferro a la sensación del agua, concentrándome en su calidez para mantenerme en el presente. No puedo permitirme caer más profundo en esta oscuridad. Soy fuerte, siempre lo he sido, y aunque ahora me sienta quebrada, sé que puedo luchar contra esto.

«Paso a paso», me repito mientras el vapor llena el baño. Salgo de la ducha, me envuelvo en una toalla y me miro en el espejo empañado. La mujer que me devuelve la mirada parece una extraña: ojos hundidos, piel pálida, pero veo en su mirada un destello de la persona que una vez fui. No puedo dejar que se apague.

Me visto con ropa limpia y cómoda, cada movimiento es un pequeño triunfo. Cada botón abrochado es una promesa a mí misma de que no voy a rendirme. Me dirijo a la cocina, buscando algo de comida. No recuerdo la última vez que comí algo más que lo mínimo necesario para sobrevivir. Hoy necesito más que eso. Necesito fuerza para enfrentar este día y el siguiente.

Mientras preparo una taza de té, pienso en Yerik. No entiendo sus motivos, pero sé que no puedo seguir viviendo en este limbo. El sonido de la tetera me saca de mis pensamientos. Vierto el agua en la taza y me siento en un taburete alto que tiene la isla central. Envuelvo mis manos alrededor de la taza caliente, tomo un sorbo y siento el calor extenderse por mi cuerpo.

De repente, escucho la puerta abrirse. Yerik entra, clava sus ojos en los míos. Hay una mezcla de preocupación y algo más en su mirada. Decido no esperar más.

—¿Soy libre para marcharme cuando quiera? —pregunto, mi voz es más firme de lo que esperaba.

Él se detiene, sorprendido por mi repentina pregunta. Suspira y se sienta frente a mí, sus manos están ensangrentadas.

—No quiero que te marches —dice contundente, sin darme la respuesta que deseo oír.

—¿Por qué? —cuestiono sin comprenderle.

—Te necesito, y tú también me necesitas —responde, usando un tono de voz más suave de lo habitual, pero está cargada de una sinceridad que no había visto antes.

Nos quedamos en silencio, el peso de sus palabras cae sobre nosotros. Sé que no puedo depender solo de él para salir de esto. Necesito encontrar mi propia fuerza.

—Yerik, ¿sabes en qué se resume nuestra inexistente relación? —digo con un tono desafiante. Necesito tomar distancia o su magnetismo me terminará arrastrando. Alejarme de él duele.

—¿En qué? —responde, intrigado.

—En sangre, dolor y promesas —respondo con firmeza.

Me levanto para irme, intentando dejar todo en el pasado, pero realiza un movimiento ágil y entrelaza nuestras manos.

—No puedo perderte, pequeña flor. Eres mía desde que te vi usar ese horroroso chubasquero amarillo. Fuiste mía cuando hice esa promesa que nos vinculó. No puedes huir de nosotros, Nina.

—¡No hay un nosotros, Yerik! —vocifero, y aparto su mano de manera brusca—. ¡¿No te das cuenta de que no existe?! —

Nos quedamos en silencio, respiro con dificultad. Sé que este es el momento para decidir mi destino. No puedo seguir viviendo en este ciclo de dolor y dependencia. Necesito liberarme de esta prisión que me atormenta.

—Voy a luchar, Yerik. No sé cómo, pero voy a hacerlo —digo, más para mí misma que para él.

Él asiente y me da la sensación de vislumbrar un atisbo de respeto en su mirada.

—Lucha —su voz ha recuperado la fuerza y contundencia de siempre—, pero hazlo a mi lado, *malen'kiy tsvetok*.

Respiro hondo, sintiendo como mi garganta se aprieta y las lágrimas reprimidas durante tanto tiempo amenazan con escaparse. Yerik se acerca con sus ojos azules intensos y toma mi mano con firmeza, guiándome por el pasillo. Su calor se transmite a través del contacto. Aunque no sé a dónde vamos, siento una imperiosa necesidad de seguirlo.

Salimos al jardín, varios soldados están apostados, vigilantes. Sus miradas son duras, pero respetuosas. Yerik me conduce más allá, hacia un rincón apartado entre el follaje, donde se erige

un invernadero de cristal. Brilla bajo la luz del sol y su visión me deja sin aliento. Empuja la puerta y me guía al interior. El aire se llena de un suave aroma floral. Mis ojos se abren de par en par al ver los lirios del valle en plena floración, sus pétalos blancos y delicados me envuelven en una atmósfera de paz. Hay cientos de ellos...

—¿Recuerdas cuando te pregunté por tu lugar seguro? —pregunta Yerik en un tono suave.

Asiento, sin palabras.

—Lo he construido para ti —dice, señalando una mesa de piedra con dos bancos en el centro del invernadero.

Miro las flores que nos rodean, es tal cual me lo imaginé. Inspiro en profundidad, el aroma es reconfortante. Me apoyo en la mesa, soy incapaz de hablar.

—Sé que no puedo borrar el dolor que has sufrido. No puedo cambiar el pasado, pero puedo prometerte que seré la pesadilla de tus demonios —dice, su voz es firme, aunque está cargada de emoción—, les daré caza hasta que desaparezcan.

—¿Por qué haces esto? —pregunto en un susurro—. Después de todo lo que ha pasado, ¿por qué te molestas en mí?

Aún recuerdo las palabras de Cormac repitiéndome una y otra vez que, después de usarme como una puta, Yerik jamás volvería a mirar en mi dirección. Me dijo que para la Bratva era una deshonra en lo que me había convertido.

Yerik toma una respiración profunda, regreso de mis pensamientos y me centro en él. Por un momento, tengo la impresión de ver una chispa de dolor en sus ojos.

—Desde el momento en que te vi supe que eras especial. Eres fuerte, aunque ahora creas que no es así, lo eres. —Yerik se coloca enfrente de mí. Las lágrimas terminan brotando de mis ojos, corriendo con libertad por mis mejillas. Extiende la mano y acaricia mi rostro con ternura—. Estoy orgulloso de ti, no lo olvides.

Me atrevo a aproximarme más a él, a sentir su cuerpo casi pegado al mío. Coloco una mano sobre su pecho a la altura de su corazón, sintiendo cada latido, poderoso, potente y brutal, justo en el mismo lugar en el que luce el tatuaje.

—Eres parte de mí —susurra, acercándose más hasta rozar mi boca.

Nuestros alientos se mezclan y Yerik cierra la distancia entre nosotros con un beso. Es lento y sensual, lleno de una delicadeza que me hace estremecer. Sus labios se mueven con una firmeza controlada, reclamando un territorio que jamás ha dejado de pertenecerle, soy suya. Sus manos se deslizan por mi espalda, atrayéndome aún más hacia él mientras el mundo exterior se desvanece.

Nos separamos solo lo suficiente para mirarnos a los ojos. Yerik, con su típica mirada dura, pero protectora, toma mi rostro entre sus manos. Sus ojos azules, tan fríos como el hielo, reflejan una chispa de algo más profundo.

—Sé que es precipitado, pero en mi mundo... en nuestro mundo —rectifica—, cuando se quiere algo, se toma.

Siento como mi corazón late con fuerza en mi pecho.

—¿Y qué es lo que quieres?

—A ti.

—¿Me quieres, Yerik Bykov? —pregunto con temor.

—Más que tú a mí, pequeña flor —responde con una seguridad inquebrantable.

—Eso no es posible —le aseguro, levantando la comisura de la boca en lo que se aprecia como el inicio de una sonrisa tímida.

—Te prometo demostrártelo el resto de mi vida —dice, con voz grave y decidida—. Eres inteligente, feroz, hermosa y letal. La única digna de ser la reina de la Bratva —afirma de manera autoritaria, como cuando da una orden. No obstante, su mirada se suaviza y continúa—: Te quiero a mi lado, siempre. Sé mi esposa. Sé mi reina.

Las lágrimas brotan de nuevo, esta vez debido a una emoción distinta. Incapaz de hablar, lo abraza con fuerza, sabiendo que, a pesar del dolor y las sombras del pasado, enfrentar el futuro junto a él es la fortaleza que necesito. En su rostro veo la promesa de un líder, mi protector, un hombre dispuesto a destruir cualquier obstáculo que se interponga en nuestro camino.

Y no es cualquier hombre, él es Yerik Bykov.

Nina

Me está costando acostumbrarme a moverme con escoltas a cada lugar al que voy, pero comprendo que es necesario. He quedado con Daisy en un restaurante porque estar cerca de Yerik y sus hombres aún le afecta, aunque sé que él ha ordenado que una brigada la vigile de cerca mientras no se calmen las aguas con los irlandeses. Aunque no lo reconozca, sé que lo hace por mí.

Cada vez que pienso en el infierno por el que tuvieron que pasar ella y las demás chicas estando en manos de los hombres de Cormac y de los clientes a los que las sometían cada día durante meses, me duele el alma. Yo estuve en cautiverio durante siete días, un tiempo que para mí fue una eternidad, así que intento comprender lo que Daisy y las otras chicas han vivido, pero cada situación es única y ninguna se puede comparar con otra.

Por ese motivo necesito utilizar y canalizar lo que me ha pasado y transformarlo en algo útil, algo bueno. Tan solo espero que Daisy me dé su apoyo, no me gustaría perderla ahora que la tengo de nuevo en mi vida.

El restaurante donde hemos quedado es acogedor, con una iluminación suave y tonos neutros que crean una atmósfera tranquila, ideal para la conversación que pretendo tener con ella.

Me acomodo en la mesa que me asignan y espero con impaciencia a que llegue. Mientras eso sucede, pido un agua con gas; el camarero no tarda ni dos minutos en servírmela y, en cuanto doy el primer sorbo, la veo entrar y buscarme con la mirada entre las distintas mesas. Alzo la mano, y estoy a punto de levantarme cuando se percata de mi presencia. Tiene mejor aspecto que la última vez que la vi; ha recuperado peso y ya no se la ve tan esquelética. Me fijo en su nuevo estilo: se ha cortado el cabello. Atrás quedó la niña de ojos azules y bucles dorados que conocí en la infancia; ahora lo lleva a la altura del mentón, y le queda bien.

—Llegas tarde —le recrimino.

—Diez minutos no es llegar tarde —me responde, dejándose caer en la silla—. ¿No me has esperado para pedir?

—Es agua con gas. —Pongo los ojos en blanco.

—Yo necesito algo más fuerte.

—Daisy, no deberías...

—¿No? ¿Por qué no?

—Haz lo que quieras —termino soltando.

—Eso mismo es lo que pienso hacer. —Alza la mano para que un camarero se acerque—. Para mí, un *whisky* con hielo.

Me muerdo la lengua para no seguir insistiendo. El camarero llega con su bebida y Daisy toma un largo trago, cerrando los ojos mientras el líquido desciende por su garganta.

—¿Cómo te sientes? —pregunto, tratando de suavizar el tono.

—¿Cómo crees que me siento, Nina? —responde, abriendo los ojos—. A veces me parece que todo esto es un mal sueño del que no puedo despertar.

—Lo siento mucho —digo, sintiendo el nudo en mi garganta crecer.

Fija su mirada en mí por un momento, aunque su expresión se termina suavizando.

—No es tu culpa. Y tampoco puedes arreglarlo todo —dice en un suspiro que suena amargo—. Pero gracias por estar aquí y no mandarme a la mierda, sé que estoy siendo una zorra.

La conversación se queda en un incómodo silencio por unos minutos. Intento buscar las palabras adecuadas, no obstante, me siento torpe e impotente.

—Quiero hacer algo para ayudar —digo de repente—. No solo a ti, sino a todas las chicas que pasaron por esto. Estoy creando una asociación para las mujeres afectadas por la trata de personas; es necesario que tengan un lugar donde acudir y con quien hablar. Puede que eso les dé la posibilidad de comenzar de nuevo.

Daisy asiente, tomando otro sorbo de su *whisky*.

—Es una buena idea, pero te puedo asegurar que ninguna accederá a ese sitio si se siente juzgada —dice con un tono de advertencia en su voz—. Hemos sido usadas, relegadas a menos que un objeto para el placer de los hombres y mujeres que pagaban una suma de dinero sintiéndose nuestros dueños.

—Lo sé —respondo, notando cómo se me encoge el corazón—. Pero no puedo quedarme de brazos cruzados, y un artículo de prensa no es suficiente. Ahora sé que así no conseguiré nada; debo jugar con las mismas piezas del tablero que ellos.

—¿A qué te refieres?

—Política, poder, contactos. —Evito mencionar otras muchas definiciones que me vienen a la mente para no alterarla.

—Esto es cosa de Yerik. —Entrecierra los ojos cuando menciona su nombre.

—No —puntualizo—, esto es algo que necesito hacer por mí. Él me ha ayudado a conseguir la financiación para crearlo, nada más.

Daisy me lanza una mirada por encima del vaso de *whisky*. Lo deja en la mesa y me toma la mano.

—Cuenta conmigo para lo que necesites —dice convencida—. Estoy contigo en esto.

La sinceridad en sus ojos me da la fuerza que necesito. Sé que será un camino difícil y peligroso, pero tener a Daisy a mi lado me da un nuevo sentido de propósito.

El camarero regresa para ver si queremos algo más, pero ambas declinamos. Nos quedamos en silencio por un momento más, solo disfrutando de la compañía mutua y la sensación de estar juntas después de tanto tiempo y tanto dolor.

—Quiero que pertenezcas a la directiva de la fundación —le confieso nerviosa.

—¿Yo?! Pero... pero si no tengo ningún conocimiento de cómo manejar algo semejante. Soy un puto desastre en este momento, seguro que tienes a alguien más cualificado que yo.

—No quiero a nadie más que a ti para ponerse al frente de esto. Tú misma me acabas de dar el mejor argumento posible: esas chicas no se fiarán de nadie que no haya pasado por algo semejante. Tienen miedo y necesitan nuestra ayuda.

Daisy también necesita sanar; me preocupa que se deje hundir por la rabia y el dolor. Tener un objetivo, seguir un plan y sentir que ayudamos a las chicas le dará un respiro.

—Está bien, lo haré. —Niega con la cabeza mientras sonríe, sin dar crédito a lo que está aceptando—. Más te vale que pongas a alguien que sepa lo que hace.

—Te conseguiré al mejor consejero del mundo.

—Nada de hombres —me señala con el dedo—, mejor una mujer para ese puesto.

—Anotado.

—Has cambiado... —me dice, observándome con detenimiento.

—Todos cambiamos con el tiempo y las experiencias que nos toca vivir.

—Cierto.

Continuamos charlando un poco más, hasta que Daisy se levanta y me da un abrazo. Es un abrazo fuerte y lleno de promesas de apoyo y amistad renovada.

—Nos vemos pronto —dice, dedicándome una sonrisa.

—Por supuesto que sí. El próximo martes tenemos cita en la boutique, y mi madre tiene ganas de verte.

—¿De verdad tengo que llevar un vestido verde?

—No es verde, sino aguamarina, y es precioso. Vas a ser la mejor dama de honor del mundo.

—Eso se lo habrás dicho al resto de tus primas también, que lo sé yo.

—Ni confirmo ni desmiento. —Suelto una carcajada y le vuelvo a dar otro abrazo.

—Vamos hablando —se despide, sonriendo.

Me quedo sentada un momento más, asimilando todo. Deseo que este nuevo proyecto salga adelante, no solo por mí, sino por Daisy y todas las demás mujeres que merecen un nuevo comienzo.

Pago la cuenta y salgo del restaurante. Los escoltas no tardan en ponerse a dos pasos por delante para asegurarse de que nadie es una amenaza. Me acompañan hasta el coche blindado y se aseguran de que me suba al asiento trasero. Una vez dentro, el conductor me pregunta cuál es el siguiente destino:

—Llévame a casa —le respondo.

La villa de Sagaponack es una edificación imponente; pese a que han pasado un par de meses desde que me instalé aquí junto a Yerik, sigo sin conocer todos los rincones de la propiedad.

Avanzo por el vestíbulo y me dirijo al despacho de Yerik. Quiero darle la noticia de que Daisy será parte de la fundación. Empujo la puerta, pero no se encuentra en el interior. Frunzo el ceño preocupada; me aseguró que hoy no saldría de la villa. Recorro la planta baja sin dar con él. El sonido de los tacones sobre el mármol alerta de mi presencia a un soldado joven.

—¿Sabes dónde se encuentra el señor? —le pregunto.

—Está ocupado, señorita.

—Ocupado, ¿ocupado con qué? —Doy un paso al frente. Los rumores de que liquidé a uno de los hombres durante mi cautiverio se han ido extendiendo, ganándome una fama que agradezco.

—Es trabajo... —Traga con fuerza y dirige la mirada hacia su izquierda, intentando disimular.

—Dónde —repito, sin que sea ya una pregunta; es una exigencia.

—No tengo autorización para darle esa información, señorita. —Lo noto nervioso y recuerdo lo que le sucedió a Shamil cuando quise aprovecharme de él.

—Está bien, puedes marcharte —le indico.

Observo cómo el chico se aleja por el pasillo y decido indagar un poco más por el lugar hacia donde dirigió la mirada. No sé qué es lo que tanto le inquietaba; en este salón no hay nada más que una biblioteca pequeña, un par de sofás antiguos y unos tapices enormes que van desde el techo hasta casi el suelo.

Paseo por la habitación, acercándome a una de las estanterías para mirar de cerca los ejemplares, cuando me percató de que uno de los tapices se mueve por culpa de una corriente de aire. Aparto la pesada tela y descubro una puerta oculta.

Siento la adrenalina recorriendo mi cuerpo mientras la abro. Unos escalones de piedra se pierden en la penumbra, descendiendo hacia un sótano que no sabía que existía. Bajo con cautela, mis pasos resuenan en el silencio. La iluminación tenue de las bombillas desnudas colgadas del techo apenas es suficiente para guiar mi camino.

Al final de la escalera me encuentro con dos soldados custodiando la entrada a una habitación cuya puerta blindada irradia un aire de misterio. Ambos soldados me miran con sorpresa, pero no se mueven de sus posiciones.

—Necesito ver a Yerik, ahora —les digo con una firmeza que no admite réplica.

—Señorita, no podemos permitirle entrar. El señor está ocupado —responde uno de ellos con un tono que intenta ser respetuoso, pero que deja claro que no tiene intención de obedecerme.

—No me importa qué tan importante sea esa reunión. Quiero verlo y lo quiero ver ahora —digo, dando un paso al frente y alzando la voz—. ¿O acaso han olvidado en quién me convertiré en dos meses?

Ambos soldados intercambian miradas nerviosas. Saben muy bien lo que implican mis palabras: en dos meses, cuando me case con Yerik, estaré por encima de su rango y, por ende, me convertiré en una figura de poder dentro de la organización.

Sin esperarlo, uno de ellos asiente, resignado. Se acerca a la puerta blindada y da varios golpes con el puño.

La puerta se abre y mi reacción al verle es dar un paso atrás. Va cubierto de salpicaduras de sangre, sus nudillos están destrozados y ahora sé el motivo por el cual no se le han curado las heridas. Lleva el pecho al descubierto, mostrando el tatuaje de la estrella con el ojo en centro y las hojas de laurel con las navajas, pero mi vista se dirige a sus ojos, esa mirada azul que en cuanto me ve se convierte en mi mundo.

—Nina, ¿qué haces aquí? —pregunta, aunque su tono sugiere que ya se imagina la respuesta.

—Necesitaba hablar contigo —respondo, acercándome a él—. He venido a decirte que Daisy aceptó formar parte de la fundación.

—No deberías estar aquí.

—¿Por qué?

—Estoy ocupado.

—Lo sé, ya lo veo. —Le señalo las manchas de sangre que recorren su antebrazo.

—Dejadnos unos minutos —les indica a los soldados, que se alejan hacia las escaleras dándonos la privacidad que necesitamos—. Estoy en medio de algo importante.

—Es él, ¿verdad? —Estoy afirmando aquello que he oído entre los susurros de sus empleados y los consejos que le han dado Akim y Luka al respecto en cada ocasión; sé que tiene a Cormac encerrado en este lugar.

—Debe pagar. —Sus manos se convierten en puños.

—Haz que pague —pongo mis manos sobre su pecho y siento el latido de su corazón sincronizándose con el mío—, solo te pido que no nos dañe más, no quiero ver heridas en ti por su culpa.

Me pongo de puntillas y rozo sus labios con los míos.

—Me alegro de que Daisy haya aceptado tu propuesta. —Cambia de tema, pero está noche, cuando estemos en la cama, tendré que asegurarle que estoy bien y que, de alguna manera, he hecho las paces con todo aquello que será mi vida.

—Yo también. Haré todo lo que esté en mi poder para que esto funcione. Y necesito tu apoyo, no solo financiero —digo, suavizando el tono.

Yerik toma mis manos entre las suyas.

—Tienes todo mi apoyo, Nina, pero ahora debes marcharte.

Asiento, aceptando su petición. Me doy cuenta de que la vida que estamos construyendo juntos será un equilibrio constante entre nuestras respectivas responsabilidades y nuestros compromisos personales.

Pero al menos sé que Yerik está de mi lado. Porque él es el monstruo que tortura a mis demonios, y lo he aceptado tal como es.

Yerik

Ladeo la cabeza mientras paso las yemas de los dedos sobre las distintas armas que se disponen encima de la mesa. A Nina no le gustaría que apareciese en nuestra propia boda con los nudillos destrozados, por ese motivo he usado otros métodos desde que me encontré aquí abajo.

—Te alegrará saber que Brendan, quien fue tu segundo al mando, ahora es el nuevo líder de la organización —digo mientras cojo un cuchillo para deshuesar y doy la vuelta sobre mis pies—. Tuvo suerte; demostró que no estuvo involucrado en el secuestro de mi mujer ni en su retención. Después de un acuerdo favorable, se le permitió vivir.

Cormac está colgado por sus brazos de una viga, le falta un ojo, varios dedos y las cicatrices que cubren su cuerpo son el mapa de mi venganza. Durante los diez meses que han pasado desde el rescate de Nina y su captura, he tenido que recuperarlo de las garras de la muerte en tres ocasiones. Dos de mis hombres se turnan para controlar que no se muera antes de que obtenga la satisfacción total que ansío. Aunque es muy posible que no lo logre en un futuro próximo.

—Marco Ferraro ha obtenido la aprobación de su primo para liderar una *ndrina* propia en New York, te vendió con tanta facilidad... —Rodeo su cuerpo y medito durante unos minutos sobre en qué parte de su anatomía comenzar.

—¿Qué tal está Nina hoy? —le cuesta hablar, apenas es un murmullo, pero sé que pretende una muerte rápida. No lo conseguirá—. ¿Sigue teniendo sueños con mi polla?

—¿Quieres que te hable de mi mujer? —cuestiono, escogiendo el hueco entre la escápula y el músculo romboides mayor e introduzco el filo con detenimiento. Sisea de dolor, pero se aguanta las ganas de gritar—. Nina ha fundado una organización contra la trata de personas, su amiga Daisy es el rostro de esta. La experiencia de las chicas que rescatamos —giro el cuchillo, evitando acercarme a la arteria subescapular— ha sido un ejemplo de superación. El alcalde y varios concejales han descrito la iniciativa como «necesaria en estos tiempos tan complicados».

—Siempre será una puta más —me incita a que pierda los nervios.

Continúo jugando con su otra escápula, mantengo la calma en todo momento y no caigo en su retorcida provocación. Pasan los minutos, no presto atención al tiempo hasta que escucho unos golpes en la puerta blindada. Es la señal de Akim, debo ir a prepararme.

—Me encantaría seguir manteniendo esta charla, pero en unas horas me caso y aún debo ocuparme de otro asunto antes de irme de luna de miel. —Retiro el arma de su espalda y sonrío al ver como cae por su piel un reguero de sangre.

Me lavo las manos antes de ponerme de nuevo la ropa, y cuando salgo al pasillo doy la orden de que le coloquen la mordaza y atiendan la hemorragia. No me arriesgaré a que se desangre. Pienso mantenerlo con vida un año por cada día de cautiverio que sufrió Nina.

—Mariana está insoportable —me indica mi asesor—, no deja de dar órdenes como si fuese un comandante. Quiere dar una buena impresión a la familia de la esposa de Luka.

—Antonella, la hermana de Mancuso. —Levanto una ceja.

—Exacto, dice que por menos se han creado conflictos y ella no será la responsable de una nueva guerra. —Echa la cabeza hacia atrás, dramatizando.

—Dile a Mariana que no se preocupe y que disfrute de la ceremonia como el resto de los invitados —insto a Akim.

Subo las escaleras dirección a mi dormitorio, tengo que darme una ducha y ponerme el traje.

—¿Es cierto que Pietro solo viene para asegurarse de que cumple el acuerdo y que Luka la acepte como mujer?

—Akim —le amonesto—, no te metas.

—¿Yo? —Levanta las manos, frenándose en mitad de la escalinata—. ¡Para nada!

El jardín de la villa está decorado con flores en tonos pasteles; los cerezos en flor añaden un toque etéreo al paisaje. El aroma de las flores se mezcla con el suave zumbido de las conversaciones y el tintineo de las copas de champán. Cientos de invitados se han congregado para presenciar el acontecimiento, todos vestidos con sus mejores galas, creando un mar de colores y telas finas.

Me mantengo apartado, observando cada detalle, cada persona, asegurándome de que todo esté en su lugar. Esta boda no es solo una ceremonia; es una declaración de poder. Mariana tiene razón al expresar su nerviosismo por si falla algo, por nimio que sea; algo así será catalogado como una debilidad.

Camino hacia el altar con la mirada fría y analítica. En días como este los enemigos salen de debajo de las piedras y muestran sus garras creyendo que bajamos la guardia.

La música cambia y todos los ojos se vuelven hacia la entrada del camino de piedra. Ahí aparece ella, mi *malen'kiy tsvetok*, acompañada de su padre. Avanza con determinación, sin apartar la mirada de la mía. Su vestido sin tirantes resalta el delicado encaje del *corset* que se ajusta a su figura, antes de abrirse en una amplia falda que flota a su alrededor. El blanco puro del vestido hace resaltar su piel ligeramente bronceada mientras que los lirios del valle bordados con hilo de oro en la tela rinden un sutil tributo a nuestro vínculo.

Su cabello cae en suaves tirabuzones sobre sus hombros. En su muñeca, una pulsera de oro con un colgante en forma de lirio del valle.

Su padre, con los ojos llenos de orgullo y una pizca de reticencia, la guía hasta el altar. Cuando ella llega a mi lado, él coloca su mano en la mía, dándome su bendición:

—Cuida de ella —me advierte, y he de reconocer que me cae bien.

—Con mi vida —le respondo.

—Yerik —dice ella, en apenas un susurro, sus ojos buscan algo en los míos.

—Nina.

El oficiante comienza la ceremonia, sus palabras se convierten en un murmullo lejano. Mi atención está fija en Nina, en cada detalle de su expresión, cada matiz de emoción que muestra. Tomo sus manos, la frialdad de mi piel contrasta con la calidez de la suya. Nuestra relación siempre ha sido así, un contraste entre la luz y la sombra, dos mundos que no pueden subsistir el uno sin el otro.

—Hoy nos reunimos para unir a esta pareja en santo matrimonio —dice el oficiante, pero sus palabras son banales. Ella es mi mujer desde mucho antes de que firmásemos un acta.

Llega el momento de los votos:

—Prometo protegerte y cuidarte el resto de mi vida —pronuncio solemne.

—Y yo prometo estar siempre a tu lado —responde ella.

Anoche, mientras me sumergía en el mayor de los placeres, saboreando cada rincón del cuerpo de Nina, nos dimos nuestros verdaderos votos. Aquí, delante de las cientos de personas que nos rodean debemos evitar mostrarnos demasiado pasionales, afectivos o felices.

—Malen'kiy tsvetok, te has clavado en mi alma. Tu piel —acaricio su muslo mientras me introduzco en su interior, sus labios vaginales palpitan alrededor de mi polla—, tus ojos, esos labios...

La beso con pasión, nuestros gemidos se mezclan mientras bombeo en su centro demostrando una devoción que trasciende lo natural. Lamo su cuello, adoro la curva de su clavícula, es tan sensual.

—Yerik, eres mi perdición —musita entre jadeos.

Aumento las embestidas, oírla es casi tan erótico como sentir su calor. Entro y salgo de ella, observándola con detenimiento, adoro los gestos que realiza cuando se pierde en el placer carnal. Exhala con un alarido su clímax, su coño me aprieta la polla con tanta fuerza que soy incapaz de controlarme. Deseo correrme y al mismo tiempo no quiero que se termine nunca.

Con un movimiento rápido, la sujeto de la cintura y me giro, quedando de espaldas al colchón. Nina me lanza una mirada llena de sorpresa y suelta una carcajada al verse en esta posición.

—¿El gran pakhan me cede el control? —me reta, meciendo su cadera mientras se lleva las manos a los pechos y juega con sus pezones.

—Soy todo tuyo —declaro, cerrando los ojos al sentirla subir y bajar, siendo libre.

Agarro su trasero, ayudándola a seguir bombeando, el corazón se me acelera cuando empiezo a sentir los primeros espasmos y termino llenándola con mi semen. Su cabeza cae sobre mi pecho, seguimos unidos, pero sin ninguna intención de separarnos.

Nina acaricia mi bíceps distraída, sé que su mente se ha alejado. Siempre piensa demasiado todo.

—¿Estás bien? —cuestiono.

—Estaba pensando... —Sonríe al escucharla—. Mañana seré tu esposa. Me convertiré en Nina Bykov.

—Así es —respondo lleno de orgullo.

—¿Por qué nunca me lo dices? Tú sabes que yo te amo, te amo tanto que duele.

Acaricio su espalda, está sudorosa, alargo el brazo buscando la sábana y en cuanto la tengo la cubro para que no agarre frío.

—¿Necesitas escucharlo? —termino preguntándole, busco su mirada—. Tú lo sabes, ¿no te llega?

—Me gustaría oírtelo, aunque fuese una vez, sé que para ti puede ser un acto de debilidad, pero...

—Nina Bykov —la interrumpo, apoyo la espalda sobre el cabecero de la cama, incorporándome para sentarla bien sobre mi cadera—, amarte jamás será una debilidad. Eres la mujer de mi vida, la futura madre de mis hijos, una guerrera que es capaz de defenderse por sí misma y mi mayor fortaleza. Eres más Bratva que muchos de mis hombres, eres hermandad, eres mi reina inquebrantable y por supuesto que te amo.

Nina se emociona y se aparta las lágrimas del rostro con el dorso de la mano.

—Te amo, Yerik Bykov —me responde antes de darme un beso.

El oficiante nos declara marido y mujer. El aplauso de los invitados es ensordecedor, pero todo lo que escucho es el ritmo constante de mi propio control y la certeza de que ella es mía. La beso, sellando nuestra unión con una firmeza que deja clara mi mayor victoria.

—Eres mía para siempre —le susurro contra sus labios.

—Y tú eres mío —me replica orgullosa.

Nos alejamos del altar entre aplausos y felicitaciones, pero mi atención está en ella. Nina es mi posesión más preciada, mi obsesión. Y ahora, frente a todos, está claro que nada ni nadie podrá cambiar eso.

Yerik

La celebración de la boda se extiende hasta altas horas de la noche. Estoy deseando alejarme de todos y llevarme a Nina a la pequeña isla que tengo en Fiji. Ha sido una lucha de voluntades llegar a un acuerdo, pero al final consigue que me aleje del despacho durante dos semanas.

Dejaré a Akim y a Luka al mando durante este tiempo y solo se pondrán en contacto en caso de catástrofe.

En mi patria es tradición que el *pakhan* aproveche ocasiones como esta para condecorar a los soldados por su labor, incluso favorecer el ascenso de otros, o dé obsequios. Me alejo de la pista de baile y reúno en el interior de la villa, en una zona apartada, a varios *brigadirs*, trabajadores y a mis asesores.

—Luka, acércate —indico para que se ponga delante de mí—. Te prometí que te compensaría por tu sacrificio, y creo que es hora de que dejes de vivir de hotel en hotel y tengas una propiedad a la que llevar a tu esposa.

—No... —Luka me fulmina con la mirada.

—Es un obsequio, ¿vas a rechazarlo?

—Claro que no, jefe. Muchas gracias —dice con los dientes apretados—, no tenías por qué hacerlo.

—No es nada, he adquirido para vosotros la mansión adyacente a la villa. —A Nina le vendrá bien tener con quién socializar cuando tenga que ausentarme por negocios y, por lo que he visto durante la fiesta, Antonella y ella se llevan bien.

—Repito, no tenías por qué. —Luka se da la vuelta y se aleja hasta quedar apoyado sobre la pared del fondo de la habitación, desde ahí controla a todos.

—Igor, Daniel —menciono los nombres de mis *brigadirs* y me obedecen, dando un paso al frente—. Empiezo con Igor; debido a tu lealtad y servicio ejemplar, desde mañana serás el nuevo jefe de seguridad de mi esposa. Daniel, a pesar de tu juventud, has demostrado que estás a la altura del puesto que ocupas. Por ese motivo, y dado que Igor dejará su brigada pronto, te harás cargo de ellos.

—Gracias —dicen al unísono, y ambos retroceden para permitir que continúe llamando al resto.

Dos camareros entran en la estancia llevando copas de champagne para brindar; las distribuyen entre los doce empleados que están reunidos con nosotros. Un tercer camarero se encarga de repartir el resto de las bebidas entre mis hombres. Sujeto mi vaso y lo alzo para comenzar un brindis:

—A todos mis empleados: esta misma noche cada uno de vosotros tendrá una suma considerable en su cuenta bancaria.

Felices por la noticia, algunos sonríen despreocupados, otros agrandan los ojos incrédulos. Me fijo en Iván, que muestra un gesto de sorpresa; su mano comienza a temblar mientras sostiene la copa de *champagne*.

—Gracias, jefe —expresan varios de mis empleados al unísono.

Continúo mi discurso con un tono de voz firme, pero amigable:

—Este brindis es por la lealtad hacia la hermandad.

Los rostros de mis empleados reflejan alegría y satisfacción, y brindamos juntos, elevando las copas en un gesto de camaradería.

Bebo de un trago el vodka que contiene mi recipiente, la misma bebida que he ordenado les den a aquellos que son leales. El resto...

—Este brindis no es por los encargados de mis clubs —observo con detenimiento el contenido de las copas, asegurándome de que todos las hayan ingerido por completo—. Es un brindis a la lealtad.

—No, no puedo respirar... —Esbozo una sonrisa al ver como uno de los más débiles es el primero en mostrar síntomas.

—Como he dicho antes, esta noche recibiréis una suma considerable en vuestras cuentas, pero para vuestra desgracia ninguno la disfrutará. —Akim se posiciona junto a Luka en la puerta de salida, sacando sus armas. Igor y Daniel se quedan a mi lado, atentos—. Es cierto que la gran mayoría no aceptó las amenazas de Marco, pero ninguno de los presentes dio aviso de lo que ocurría.

Caen al suelo cuatro, cinco, siete sujetándose el pecho con expresiones de dolor. Están sufriendo un ataque cardíaco. El resto parece confuso, desorientado, se llevan las manos a la barriga y se lamentan. La toxina del lirio del valle realiza su trabajo de manera eficiente; todos, sin excepción, morirán.

Miro a Iván de reojo, intenta provocarse el vómito. Me acerco a él.

—No te molestes en intentarlo. Esta es tu sentencia, acéptala —le indico.

—Lo siento, lo siento. No sabía qué hacer. —Se arrodilla y se pone a llorar como un niño.

—La cagaste. —Me doy la vuelta, dejando la habitación a mi espalda. Dentro se quedan los camareros, soldados encubiertos que asegurarán que nadie salga por su propio pie de ahí.

Salimos de la habitación, y afuera el sonido de la música es alegre y rítmico. Los festejos por mi boda con Nina continúan, y en este momento estar junto a ella es lo que más me importa. Mis amigos y asesores, Akim y Luka, me siguen de cerca. Puedo oír a Akim meterse con Luka mencionando a Antonella.

—Luka, si no quieres llevarte a tu esposa a la nueva mansión, yo me ofrezco a dejarle una parcela de mi cama —bromea Akim con una sonrisa traviesa.

Luka responde con contención, Akim no se ha dado cuenta de que está jugando con fuego.

—No sigas por ese camino.

—¡Venga, hombre, no te pongas así! —Akim no puede evitar reírse mientras le da un ligero golpe en el hombro a Luka.

Yo intervengo para aligerar el ambiente:

—Dejemos el matrimonio de Luka por esta noche.

Ambos me miran y asienten antes de seguir caminando hacia donde están los invitados.

—Por cierto, jefe, ¿cuándo nos llevarás a todos a esa isla paradisíaca en Fiji? —pregunta Akim con un brillo travieso en los ojos.

—Tendréis que ganaros ese viaje con más años de lealtad y menos comentarios sarcásticos sobre matrimonios —respondo con una sonrisa mientras me dirijo hacia la figura provocadora de mi esposa.

La sujeto de la cintura y la giro para darle un beso; con la excusa de una nueva canción, la arrastro hasta el centro de la pista y comenzamos a bailar.

—¿Has dejado todos los cabos sueltos atados? —Afirmo moviendo la cabeza de manera sutil, Nina no pregunta por mis negocios, pero es buena indagando y sabe más cosas de las que verbaliza—. Entonces ya está todo, podemos marcharnos de luna de miel tranquilos.

—Nos iremos en una hora, aún tengo que reunirme con Mancuso antes de que se marche de regreso a Calabria —le explico mientras giramos al ritmo de un vals.

—¿Te preocupan Luka y Antonella?

Frunzo el ceño y los busco entre los invitados. Mi consejero observa desde la distancia a su mujer mientras ella mantiene la mirada perdida en las luces led que adornan la carpa.

—¿Deberían de preocuparme? —Me encojo de hombros.

—¡No te has dado cuenta! —Me da una palmada en el hombro y, al ser consciente de su actitud, modifica al instante su postura—. Hombres... —musita, poniendo los ojos en blanco.

—No deberías mencionar a ningún hombre en general estando tu esposo delante —le puntualizo, y decido cambiar los planes—. Nos vamos.

—Pero ¿y la reunión con Pietro Mancuso? —me pregunta Nina mientras la sujeto de la mano y me la llevo hacia el aparcamiento, donde nos espera el coche blindado.

—Que se ocupe Luka, ahora es su cuñado —le digo, y de solo imaginarme la situación me hace gracia.

Nina suelta una carcajada y acelera el paso a mi lado, disfrutando del momento mientras caminamos hacia el coche. La noche está lejos de terminar y nuestra luna de miel en Fiyi promete ser el comienzo de una nueva etapa.

Le abro la puerta del coche y entra sin perder el contacto visual conmigo.

—Yerik...

—Dime, pequeña flor.

—Prometo no matarte.

Epílogo

Luka

Me llevo la mano al cuello y aflojo la corbata, molesto con la etiqueta que ha impuesto Yerik para su boda. Si fuese por mí, llevaría el uniforme de comando: botas militares, un pantalón cargo y una camiseta negra. La música clásica que ha elegido Mariana para esta parte de la celebración es refinada, pero no hace más que aumentar mi incomodidad. Me dirijo a la zona de bebidas, le pido a uno de los camareros que me sirva un vodka y me lo bebo de un trago. Le pido que llene de nuevo el vaso y, antes de darle un sorbo, un poco más tranquilo, giro sobre mis pies y observo a la que es mi esposa: Antonella.

Está impresionante con su vestido de seda verde esmeralda, que resalta sus ojos y su piel bronceada. Deduzco que ese color es su favorito, dado que lo llevaba puesto el mismo día que nos recibió en la casa de su hermano en Calabria. Lleva el cabello recogido en un elegante moño, dejando al descubierto su cuello esbelto y unos pendientes de diamantes. A su alrededor, los invitados murmuran y sonríen, disfrutando del evento. Su hermano, Pietro Mancuso, me echa un vistazo y ladea la cabeza, le dice algo al oído y ella asiente con lentitud. Al instante, me percató de que se dirigen hacia mí.

—Creo que tu jefe se ha escabullido de su propia celebración —me informa Pietro. No es de extrañar que Yerik lo haya hecho; yo también estoy deseando salir volando en cuanto pueda de aquí.

—Por algo es el jefe, puede hacer lo que le dé la gana —puntualizo.

—Deberías aprovechar para bailar con tu esposa, creo que es el mejor escenario para dejar claro que la familia Mancuso y la Bratva van de la mano.

Cierro las manos, cabreado con la situación. Pietro sonrío de manera cínica. Sujeta la mano de su hermana y me la cede para que la saque a la pista de baile. Ambos avanzamos dando pasos cortos. Me doy cuenta de que la gente nos observa; todos están pendientes de cómo nos vamos a comportar, y Pietro tiene razón, estamos en un escaparate en el que cada movimiento es evaluado.

—Lo lamento. —Antonella desvía la mirada. Odio cuando hace eso. Sé que mi cicatriz es desagradable a la vista, pero debería disimular delante de la multitud que nos rodea.

—Mírame —le ordeno en el instante en el que sujeto su cintura y la aproximo más a mi cuerpo antes de comenzar con los primeros pasos del baile.

Ella alza la mirada, sus ojos verdes brillan con las luces led que cuelgan del techo de la carpa. Por un instante me quedo prendado de su mirada; tengo la sensación de que sus ojos eran de otra tonalidad la última vez que nos vimos.

—Sonríe —espeto, molesto.

—¿Por qué? Si tú no lo haces. —Frunce el ceño, y sé que está nerviosa. La voz le tiembla al hablar y tiene un tic nervioso que no sabe controlar. Se humedece los labios cada dos putos segundos.

—Yo soy tu esposo, deberías obedecerme.

Antonella alza una ceja y me da la sensación de que no es tan dócil como he creído que sería.

—Solo hemos firmado un papel, no hemos consumado nada. —Su voz se ha vuelto más firme y, por algún motivo que no comprendo, mi polla reacciona sin que yo le dé permiso.

—Y así seguiremos, ¿o qué te crees? ¿Que soy tan estúpido como para confiar en una víbora? —Abre la boca con sorpresa, ha dejado de dar vueltas pese a que la música sigue sonando—. No te hagas la sorprendida, ¿acaso pensaste que me olvidaría de ti?

—Yo no tuve...

—No te molestes, quedan cuatro años y siete meses para que nuestra condena finalice. Lo mejor es que regreses a Calabria con tu hermano.

—Eso será imposible —responde en voz baja.

—¿A qué te refieres?

—Mi hermano ha exigido y llegado al acuerdo con tu *pakhan* de que debo vivir aquí, contigo.

«¡Blyat!».

Por ese motivo Yerik me regaló esa mansión e hizo hincapié delante del resto de *brigadirs* de que era ideal para un hombre casado.

La información me golpea como un puñetazo. Me quedo en silencio, procesando lo que acaba de decir Antonella. La música sigue sonando, pero ahora es solo un murmullo de fondo mientras intento comprender la magnitud de esta nueva realidad.

—Eso no va a suceder —murmuro, apretando los dientes. Mi mente está trabajando a toda velocidad, buscando una salida, una forma de contradecir esa orden.

Antonella no dice nada, tan solo sostiene mi mirada con una firmeza que no había visto antes en ella. La tensión entre nosotros es palpable, como una cuerda a punto de romperse.

—No puedes obligarme a quedarme aquí contigo —intento mantener la voz baja para que nadie más nos oiga, pero sé que mis palabras están cargadas de rabia y frustración.

—No soy yo quien te obliga —responde ella, y en su voz hay una mezcla de resignación y desafío que me enfurece aún más—. Es la decisión de tu jefe y la de mi hermano. No tenemos elección.

—Siempre hay una elección —replico, aunque sé que, en el mundo al que pertenecemos, eso no siempre es cierto.

Ella asiente, como si supiese lo que estoy pensando. Luego, con un suspiro, se aparta un poco de mí, rompiendo el contacto visual.

—Será mejor que dejemos de discutir y sigamos bailando —dice en voz baja, volviendo a mirarme con esos ojos verdes que ahora parecen más profundos y misteriosos que nunca—. La gente nos está observando.

—Tienes razón —admito a regañadientes, tomando su mano y retomando el baile. Mis movimientos son automáticos mientras mi mente sigue buscando una solución, pero sé que si Yerik ha ordenado algo semejante no me quedará más remedio que obedecerle.

A medida que giramos en la pista, las luces reflejadas en el vestido de Antonella crean destellos que parecen pequeños fuegos artificiales. La música cambia a una melodía más lenta, y la multitud a nuestro alrededor sigue disfrutando de la celebración, ajena a la tormenta que se desata en mi interior.

Pietro nos observa desde un rincón, su sonrisa cínica aún presente, como si supiera algo que yo no. Yerik está en algún lugar, tal vez observando desde las sombras, disfrutando del

espectáculo que ha orquestado.

—Yo tampoco quería esto —dice Antonella de repente, su voz es apenas un susurro contra mi oído.

Y así, seguimos bailando bajo las luces brillantes, rodeados por los altos dirigentes de la ciudad de New York y las intrigas del inframundo, pero en el fondo de mi mente ya estoy trazando un plan.

CONTINUARÁ...

Sobre la autora

Antiliados es el seudónimo de la escritora de novela romántica erótica nacida en Galicia, España. Vive en una ciudad preciosa, La Coruña, donde puede disfrutar tanto del mar como de la naturaleza que la rodea.

Administrativa de profesión, comenzó a escribir en 2015, para dar vida a aquellos personajes que la persiguen en sus sueños.

Decidió autopublicar su primer libro en marzo de 2016, titulado “En busca de Adam” y primero de la saga Slow Death, impulsada por los ánimos de lectores anónimos que solicitaban poder adquirir sus novelas en papel después de alcanzar más de 1 millón y medio de lecturas a través de la red. En menos de una semana ésta primera novela consiguió permanecer entre los primeros puestos de los más vendidos de España, México y USA de Amazon.

Le apasiona el cine, la música, la lectura y perderse entre las letras de sus escritos. Intenta disfrutar cada día como si no hubiera un mañana. Se considera algo friqui, lee y ve manga-anime. Es una serie-adicta y no es capaz de dejar algo inacabado, le pone de los nervios.

En sus novelas podemos encontrar una lectura fresca, ágil, con romance y erotismo. Los giros inesperados suelen ser parte de su firma y los lectores nunca sabrán cómo terminará la lectura.

Redes sociales de la autora:

Instagram: Antiliados Twitter: @antiliados

Agradecimientos

Estoy segura de que se me olvidará alguien, por suerte, me siento una afortunada de tener a mi lado amistades que pese a la distancia y el tiempo están ahí. Mis lectores han sido, sin duda alguna, mi combustible para no quedar en el olvido, gracias por todo vuestro apoyo. ¡Sois magníficos!

En especial quiero mencionar a Marisa, Mapita, quien ha ejercido de mi lectora beta, así como a mis amigas y compañeras de locuras; Cristin Ferro, Jess GR, Lizzie Quintas, Rocío Mañana Bouzón, Clara Maio, y Awenyr.

Por último, pero no menos importante, como se suele decir, Nia Rincón sin ti la novela de Yerik no saldría con la calidad que se merece.

A todos, gracias.

¡Mierda! A mi familia también que me matan si no los incluyo después de andar dando por saco durante más de medio año con los rusos y sus enigmas.